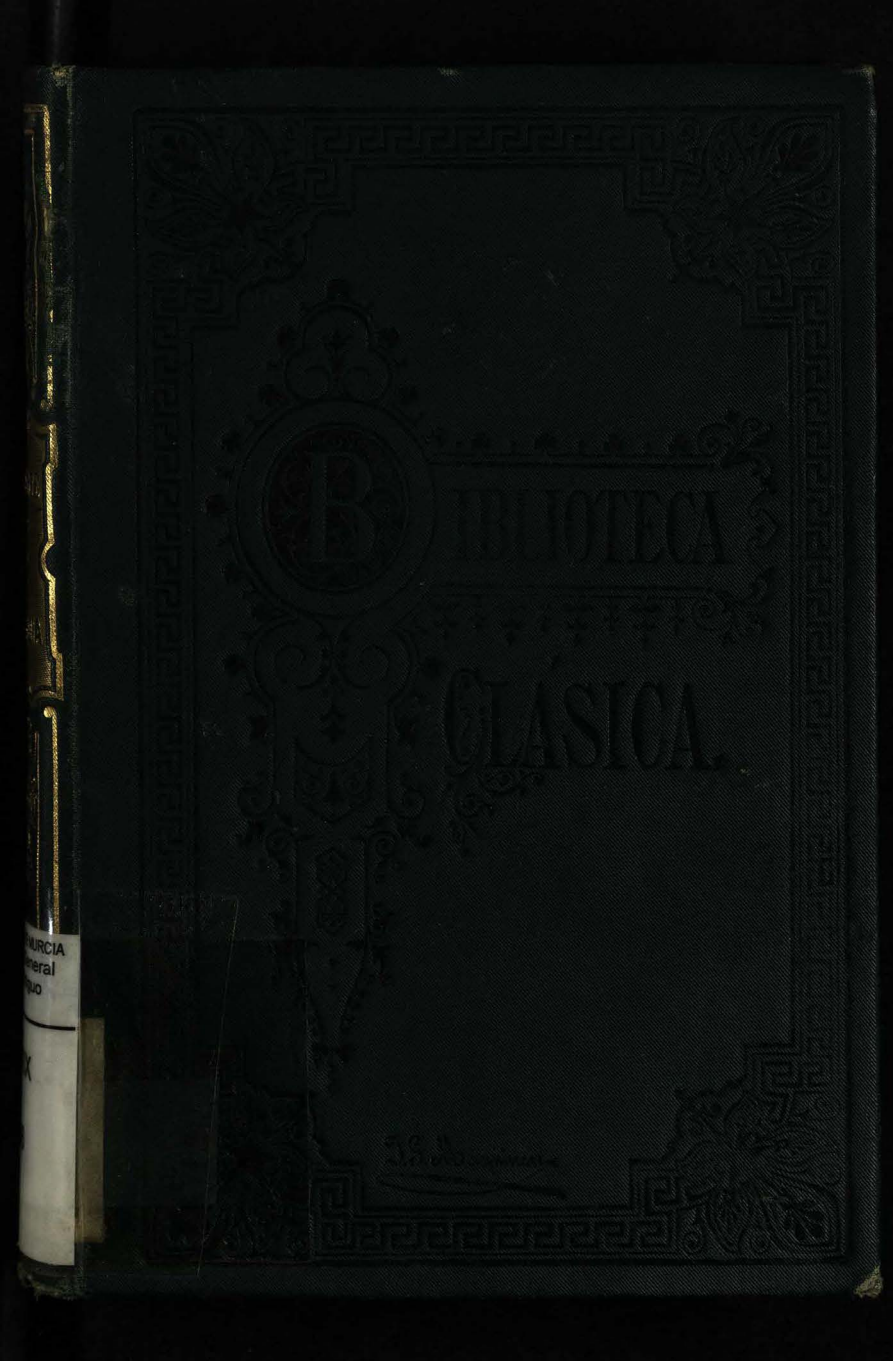


MURCIA
neral
uo

XENOFONTE

LA

CYROPEDIA

UNIVERSIDAD DE MURCIA
Biblioteca General
Fondo Antiguo

S. XIX

756

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
MURCIA
ARMARIO N.º 1
ESTANTE A
VOLUMEN N.º 48

UNIVERSIDAD
DE MURCIA
BIBLIOTECA
S
48

LA CYROPEDIA
Ó
HISTORIA DE CYRO EL MAYOR.

BIBLIOTECA CLASICA.

Doce reales cada tomo en toda España.

OBRAS PUBLICADAS.	Tomos.
HOMERO.—*La Iliada*, traduccion directa del griego en verso y con notas de D. José Gomez Hermosilla.....	3
CERVANTES.—*Novelas ejemplares y viaje del Parnaso*.....	2
HERODOTO.—*Los nueve libros de la historia*, traduccion directa del griego, del padre Bartolomé Pou.....	2
ALCALA GALIANO.—*Recuerdos de un anciano*.....	1
VIRGILIO.—*La Eneida*, traduccion directa del latin, en verso y con notas de D. Miguel Antonio Caro.....	2
— *Las églogas*, traduccion en verso, de Hidalgo.—*Las geórgicas*, traduccion en verso, de Caro; ambas traducciones directas del latin, con un estudio del Sr. Menendez Pelayo.....	1
MACAULAY.—*Estudios literarios*.....	1
— *Estudios históricos*.....	1
— *Estudios políticos*.....	1
— *Estudios biográficos*.....	1
— *Estudios críticos*.....	1
— *Historia de la Revolución de Inglaterra*..... Traduccion directa del inglés de M. Judevías Bender.	1
QUINTANA.—*Vidas de españoles célebres*.....	2
CICERON.—*Tratados didácticos de la elocuencia*, traduccion directa del latin de D Marcelino Menendez Pelayo...	2
SALUSTIO.—*Conjuracion de Catilina.—Guerra de Jugurta*, traduccion del infante D. Gabriel.—*Fragmentos de la grande historia*, traduccion del Sr. Menendez Pelayo, ambas directas del latin.....	1
TÁCITO.—*Los anales*, traduccion directa del latin de don Cárlos Coloma.....	2
— *Las historias*, traduccion del mismo.....	1
PLUTARCO.—*Las vidas paralelas*, traduccion directa del griego por D. Antonio Ranz Romanillos.....	5
ARISTÓFANES.—*Teatro completo*, traduccion directa del griego por D. Federico Baráibar.....	3
POETAS BUCÓLICOS GRIEGOS.—*(Teócrito, Bion y Mosco)*. Traduccion directa del griego, en verso, por el Ilmo. Sr. D. Ignacio Montes de Oca, Obispo de Linares (Méjico).....	1
MANZONI.—*Los Novios*, traduccion de D. Juan Nicasio Gallego.....	1
ESQUILO.—*Teatro completo*, traduccion directa del griego, con notas, por D. Fernando Brieva Salvatierra.....	1
QUEVEDO.—*Obras satíricas y festivas*.....	1
DUQUE DE RIVAS.—*Sublevacion de Nápoles*.....	1
CALDERON DE LA BARCA.—*Teatro selecto*.....	4
HURTADO DE MENDOZA.—*Obras en prosa*.....	1
SCHILLER.—*Teatro completo*, traducción directa del alemán por Eduardo de Mier.....	1
JULIO CESAR.—*Los Comentarios*.....	2
XENOFONTE.—*Historia de la entrada de Cyro el Menor en Asia*.....	1

MADRID.—IMPRENTA CENTRAL Á CARGO DE V. SAIZ, COLEGIATA, 6.

BIBLIOTECA CLASICA
TOMO XLVIII

LA CYROPEDIA

Ó

HISTORIA DE CYRO EL MAYOR

POR XENOFONTE

TRASLADADA DE GRIEGO EN CASTELLANO

POR DIEGO GRACIAN

y enmendada la traducción castellana por el licenciado

D. CASIMIRO FLÓREZ CANSECO



MADRID
LUIS NAVARRO, EDITOR
COLEGIATA, NÚM. 6

1882



LA CYROPEDIA

ó

HISTORIA DE CYRO EL MAYOR.

LIBRO PRIMERO.

ARGUMENTO.

Cyro fué hijo de Cambyses, rey de Persia, y de Mandane, hija de Astyages, rey de los Medos. Criáronle sus padres á la usanza de los Persas, que tenían en el criar de los hijos muy gran vigilancia y orden. Y toda la gobernación que los Persas tenían, así en guerra como en paz, era muy prudente. Y refiere Xenofonte en este primero libro mucha parte della. Después trata cómo Cyro, siendo niño en dichos y hechos, siempre dió grandes muestras como después había de ser muy excelente príncipe y muy valeroso capitán. Señaladamente se cuenta en este primer libro cómo se ejercitaba Cyro en la caza, y cuánto se deleitaba en ella. Y también se cuenta la guerra que los Asyrios hicieron á los Medos, y cómo Cyro entró en ella y desbarató los enemigos; y se aparejó muy de propósito para ir á hacer la guerra á los Asyrios en su tierra con Cyaxares, su tío.

CAPÍTULO I.

Considerando muchas veces conmigo mismo cuántas populosas repúblicas han sido deshechas á causa de que los Gobernadores dellas las gobernaban muy diversamente de lo que convenía á cada una forma y género de república; y por consiguiente, cuántas y cuán grandes monarquías y otras señorías particula-

res han perescido por defecto de sus Monarcas ó personas públicas; y por el contrario, cuánta infinidad de tiranos se han levantado y caído; y cómo algunos de ellos se sostuvieron defendiendo y ensanchando sus reinos y monarquías, que por tiranía habían ocupado; y cómo estos tales causaron admiración en los que los veían conservarse en sus tiranías, unos por vía de pendencias, y otros por sagacidad y astucia, y todos por venturosos: y viniendo con esta consideración á más bajas particularidades, hallo que aun en las casas de los hombres comunes hay quien tenga más y menos criados, y que por experiencia se ve los unos tener muchos servidores, y todos muy domésticos y muy sujetos á obedecer; y por el contrario, que otros tienen muy pocos, y aquellos desobedientes y rebeldes á sus señores.

Allende desto también hallo que los vaquerizos usan de absoluto y libre mando sobre sus bueyes y vacas, y los caballerizos sobre los caballos, y que finalmente todos los que tienen y usan desde nombre de pastores, libremente señorean y mandan á todos aquellos géneros de animales que tienen á su cargo y guarda, y que todos estos animales con mucha mayor facilidad obedecen á sus pastores, que no los hombres á sus Príncipes. Y esto está claro y manifiesto, porque los grandes rebaños de ganados obedecen á sus pastores, y van de buena gana por donde ellos los guían, y se apacientan y están en los pagos y términos que los ponen, sin pasar adelante aunque lo deseen, entendiendo que sus pastores se lo vedan. Y no sólo obedecen en lo dicho, pero allende desto les permiten gozar á toda su voluntad de los frutos que producen. Y nunca hasta ahora habemos visto ni oído que ningún género de ganado se rebelase contra su pastor, dejándole de obedecer ó denegándole la utilidad de su

fruto, como la experiencia nos lo muestra, que á sus propios señores obedecen y sirven con una humildad y mansedumbre doméstica, y de los que no lo son se extrañan y huyen. Solos los hombres veo que son los que naturalmente se rebelan y levantan contra todos aquellos que algún señorío ó mando sobre ellos tienen ó esperan tener.

Y de aquí vengo á inferir y conocer finalmente con cuánta más facilidad se adquiere y alcanza el mando y señorío sobre todos los animales que sobre los hombres. Y por el consiguiente juzgo de cuánta mayor fama y gloria es digno Cyro, que siendo Persa y Bárbaro puso debajo de sujeción tanta multitud de hombres, ciudades, provincias y reinos. Y también juzgo ser justo y aun forzoso mudar el parecer que de antes tenía, confesando no ser, como decía, dificultoso, cuanto más imposible, sujetar y mandar los hombres, sino antes cosa muy ligera y fácil, con tal condición que el que lo hace sea persona que lo sepa sabia y prudentemente hacer, á ejemplo de Cyro, del cual leemos por sola esta razón se le sujetaron y obedecieron, no solamente sus naturales y vecinos, mas también gran número de otras gentes, que sin haberle conocido, de su voluntad se le sujetaron y obedecieron, así los que estaban ausentes por gran distancia de tierra y camino de muchos días, y los que estaban mucho más adelante en provincias más remotas, adonde se había de ir en jornadas de muchos meses, como muchos otros que jamás habían visto ni tenían esperanza de poder ver á Cyro, al cual por sola su fama unos le temían y otros le amaban, y todos de buena gana le obedecían.

Por lo cual Cyro en tanto grado fué ensalzado, y fué su fama antepuesta en su tiempo, así á la de los Príncipes y Reyes que heredaron los señoríos por el ori-

gen y descendencia de sus padres, como á todos los otros que por el valor de sus ánimos por sí mismos los ganaron. Manifiéstanos ser esto así la verdad, ver que hasta su tiempo de los Reyes de Scytia, aunque la nación de los Scitas era muy populosa, nunca ninguno fué poderoso de atreverse á querer ni poder señorear otra ninguna nación, mas antes temeroso de aun no poder como deseaba sustentarse en la propia suya, y con tener algún seguro de poderlo hacer, se contentara con poderla conservar y permanecer en el mando de sola ella. Y así leemos que el Rey de Tracia se contentaba con señorear á los Traces; y el de Ilírico á los de Iliria. Y por esta manera oímos que lo hicieron otras muchas gentes: y aun dicen que en Europa hay hoy día provincias desta calidad, que gozan del sosiego de no haber salido de sus tierras, y de la libertad de nunca haber sido conquistados ni haber probado la dureza del yugo de servidumbre de extraños señores, ni de géneros de gobernaciones diversas. Y así ahora, como gentes libres, dicen que se gobiernan por sus propias y antiguas leyes, que son diferentes y discordan en gran manera de las de todas las otras provincias y naciones. Tornando, pues, á mi propósito, digo que Cyro, no contento con el señorío paternal, saliendo dél con su pequeño ejército de Persas, puso debajo de servidumbre á las gentes que en Asia eran libres: y pasando adelante, sucesivamente señoreó los Medos é Hyrcanos, los cuales se le dieron y sujetaron no tanto por fuerza de armas como de su voluntad. Y por esta vía asimismo ganó también y venció á los Asyrios, á los Arabes, á los Capadocios, á los Frigios unos y otros, á los Lydios, á los Cares, á los Fenices, á los Babylonios. Señoreó á los Bactrianos, á los Indios, á los de Cilicia, á los Sacas y Paflagones, á los Megadios y otras muchas

naciones, cuyos nombres aun no se podrían bien contar. Tambien señoreó á los Griegos que estaban en Asia; y descendiendo hacia la mar, á los Cyprios y Egypcianos.

Gobernó, pues, á todas estas gentes siendo de diversa lengua con él, y teniéndolas ellos diversas entre sí. Y vino á alcanzar tanta tierra con sólo el temor de su nombre, que todos le temían y ninguno le osaba acometer. Y con esto pudo poner á todos tan gran codicia de agradarle, que deseaban y tenían por bueno de ser gobernados por su cabeza y parecer. Finalmente, tantas gentes y naciones atrajo á su mando, que sería dificultoso contarlas. Porque á donde quiera que alguno desde su corte quisiera caminar, ora fuese á Oriente, ora hacia Poniente, ora al Septentrión, ora al Mediodía, había de ser por las tierras de sus señoríos. Pues por todas las cosas dichas se colige haber sido este varón excelente digno de ser estimado y tenido en admiración, á quien considera como un hombre de tal nación, de tal naturaleza, y en tal disciplina enseñado, haya excedido en tanta manera á todos los otros en el imperio y mando. Así que lo que nos parece haber oído y sabido dél procuraremos de contarlo de aquí adelante en esta obra.

CAPÍTULO II.

Cyro (1), según dicen, fué hijo de Cambyses rey de los Persas, que venía del linaje de los Persidas, los cuales traen su origen y descendencia de Perseo.

(1) Genealogía de Cyro.

Su madre afirman que fué Mandane, hija de Astyages, rey de los Medos. Escríbese de Cyro que, entre otros dotes grandes de naturaleza que tuvo, fué señaladamente dotado de gentileza de cuerpo y el más hermoso hombre de todos los Bárbaros; y que asimismo fué muy humano de condición y amigo de ciencias y honra, en tanta manera, que por conseguir cualquiera cosa destas se ponía á todo peligro y trabajo.

Y así se dice que igualaban en él la hermosura del cuerpo y la gran bondad del ánimo. Fué criado entre los Persas y doctrinado y enseñado en las leyes dellos: las cuales, según parece, todas van fundadas y aplicadas sobre la utilidad y provecho del bien común y público, sin consentir que éste sea pervertido por el de los particulares, y no como se hace en otras muchas ciudades, en donde por la mayor parte se permite criar sus hijos como quiere cada uno, y á los ancianos vivir como es su voluntad. Antes son obligados por ley los Persas á criar sus hijos mandándoles que no hurten, que no roben, que no entren por fuerza en casa ajena, que no hagan injuria á otro injustamente, que no sean adúlteros, que no sean desobedientes á su Príncipe y otras cosas semejantes; y si alguno traspasa esto, le dan su pena.

Y así las leyes de Persia, anticipándose en todo, procuran desde su principio que no sean tales los ciudadanos que deseen cosa alguna mala ó fea; y este es su cuidado. Tienen una plaza ó mercado, que se llama la plaza libre, donde está el Palacio Real y las otras audiencias públicas y estancias de los que gobiernan: mas los mercados y tiendas de los mercaderes y sus tratos, y las voces y tráfagos de comprar y vender están muy lejos de aquí, apartados en otro lugar, porque el bullicio destos no se mezcle con la

buena orden y sosiego de aquellos que están bien enseñados en todo reposo.

Esta plaza está repartida en cuatro lugares ó estancias principales: la una es diputada para los niños, la otra para los mancebos, la otra para los hombres de mediana edad, la cuarta para los ancianos y jubilados. Está establecido por ley que todos parezcan presentes en su lugar señalado: los niños en siendo de día, y también los varones de mediana edad: los viejos cuando pudieren, excepto en ciertos días señalados, en los cuales han de estar presentes forzosamente. Mas los mancebos duermen allí en aquellas estancias armados con sus armas, excepto los que son casados, los cuales tampoco son requeridos ni forzados para ello, si no fuese habiéndoles apercibido que parezcan, ni tampoco les es honesto faltar de allí muchas veces.

A cada cual destas cuatro estancias presiden doce como rectores y presidentes, porque en doce tribus ó colaciones se dividen los Persas. A los muchachos presiden aquellos ancianos que á ellos les parece los podrán hacer muy buenos en vida y costumbres. A los mancebos presiden aquellos varones de perfecta edad que les parece los podrán tambien hacer muy buenos. A los varones de edad perfecta presiden aquellos que les parece los podrán mejor doctrinar que hagan lo que les fuere ordenado y mandado por el Príncipe ó Gobernador mayor. También hay sus mayorales entre los ancianos, que les mandan que hagan aquello que conviene.

Diré aquí lo que á cada edad le es mandado y encargado (1), para que todos lo sepan y procuren todos como sean muy buenos ciudadanos. Los muchachos

(1) Ejercicio para cada edad.

frecuentan y van á las escuelas para aprender justicia, y esta dicen que van á deprender, como acerca de nosotros se dice de los que aprenden las primeras letras. Sus rectores y maestros dellos gastan la mayor parte del día en juzgar sus pleitos y causas. Porque también tienen los muchachos entre sí, como los otros hombres, causas y acusaciones, como son de hurto, de rapiña, de fuerza, de engaño, de malicia y otros delitos semejantes; y á los que conocen haber injuriado á otro en alguno de estos crímenes, los castigan como es razón.

Y también castigan á aquel que hallan que acusó injustamente á otro, y juzgan de aquel crimen ó delito, que es causa porque los hombres se tengan odio y quieran muy mal unos á otros; y sobre todo se castiga el vicio de ingratitud (1), y cruelmente es punido aquel que conocen que puede pagar el beneficio recibido, y no le paga: que este tal es tenido por hombre que no cura de Dios, ni de los padres, ni de la patria, ni de los amigos; y tienen por cierto que tras la ingratitud se sigue luégo la desvergüenza, que es una guía para todo lo malo y feo.

Enseñan á los muchachos la templanza, para el ejemplo y doctrina de la cual les aprovecha mucho ver, como cada día ven, á los viejos vivir templadamente. Asimismo les enseñan á tener obediencia á los príncipes y á la justicia y á sus mayores, y para esto les aprovecha mucho ver á los viejos obedecer con presteza á los gobernadores y magistrados que tienen cargo público. También les enseñan ser templados en el comer y beber, y para esto les aprovecha mucho que ven á los viejos que no van á comer antes que

(1) Todos los hombres aborrecen la ingratitud, pero sólo los Persas conocían judicialmente de este delito.

los envíen sus maestros ó rectores. Y no comen con sus madres los muchachos, sino con el maestro cuando se lo mandan sus rectores; y llevan de casa para su comer pan, y para vianda mastuerzo; y para beber cuando tuvieren sed, llevan un vaso para coger agua del río. Hasta la edad de diez y seis ó diez y siete años aprenden á tirar con el arco y el dardo: después vienen á morar entre los mancebos, los cuales viven de este modo:

Por espacio de diez años, después de haber salido de la niñez, duermen en las estancias, armados según que arriba dijimos, y esto, así para guarda de la ciudad, como por causa de templanza. Que cierto parece que esta edad requiere en gran manera cuidado y diligencia. Preséntanse entre día á los gobernadores y rectores, por ver si tienen necesidad dellos para algo que toque al bien de la república. Y cuando es necesario, quedan todos en torno de los palacios; y cuando el Rey sale á caza (lo cual hace muchas veces en el mes), saca la mitad de la guarda. Todos (1) los que salen han de llevar sus arcos y carcajes, y juntamente en su vaina una espada y su escudo, y dos dardos, uno para tirar, y otro que le quede para cuando fuere menester venir á las manos.

Y por esta causa, ordinariamente se dan al ejercicio de la caza, y el Rey es su caudillo, así como en la guerra; y caza él, y procura que los otros cacen, porque esto les parece un ejercicio y ensayo muy de veras para las cosas de guerra. Y los acostumbra á levantarse de mañana y sufrir el frío y la calor, y también los ejercita en caminar y correr, y también es necesario herir con la flecha á la fiera, y con el venablo ó dardo cuando le viene delante. Y muchas veces

(1) Orden que tiene el Rey de Persia en su casa.

es necesario encenderse en el ánimo, cuando alguna fiera brava resiste, porque conviene alguna vez herir la que tiene á par de sí, y guardarse de la que viene contra él. Por lo cual no se hallará que falta nada en la caza de lo que es menester para la guerra.

Cuando salen á caza llevan su comida mayor que los muchachos, como es razón; pero en todo lo demás es semejante, y mientras cazan no comen, y si se ofrece esperar mucho la caza, ó pasarse el tiempo cazando, cenan la comida, y otro día cazan hasta hora de cenar, y cuentan entrambos días por uno, porque gastan el comer de un día, y esto tienen de costumbre, para que si lo tal les acaeciere en la guerra, puedan hacer lo mismo. Y éstos tienen por vianda lo que cazan, y si no cazan, comen mastuerzo. Y si alguno pensare que éste es mal comer, cuando tienen solamente mastuerzo por manjar, ó mal beber cuando beben agua, acuérdese cuán de buena gana come el pan de mediano el que tiene hambre, y cuán dulce le es el agua al que tiene sed.

Las otras tribus ó colaciones que se quedan en casa y no salen á la caza, se ejercitan así en otras artes que aprendieron cuando muchachos, como en tirar el arco y el dardo; y esto hacen contendiendo entre sí los de una parte con los de la otra. Y aun hay entre ellos contiendas públicas de premios y joyas que se ponen, y á los de la tribu ó colación que se muestran más diestros y más esforzados y más fieles, á éstos loan los ciudadanos, y honran no solamente al Rector dellos, pero también á aquellos que los enseñaron cuando muchachos. Destos mancebos que así quedan, se sirven los gobernadores y jueces, si han menester ayuda para prender los malhechores, ó para seguir los ladrones, ó para otro cualquier negocio que requiera fuerzas y ligereza. Y esto es lo que hacen cuando mo-

zos; pero después que han acabado estos diez años, pasan á hombres perfectos.

Desde aquel tiempo que salieron del todo de mancebos, en adelante, gastan otros veinticinco años desta manera. Primeramente, así como los mancebos, se representan á los rectores y gobernadores, para que si es menester se sirvan dellos para el bien y pro común de la república, en aquellas cosas que requieren prudencia, saber y entendimiento, y fuerzas de cuerpo. Pero si es menester entender en cosas de guerra, éstos que así están enseñados no usan más del arco ni del dardo, sino de armas para pelear de cerca, como son corazas en los pechos y un escudo en la siniestra mano, como vemos pintados los Persas, y en la derecha una espada ó alfanje. Y destos varones se eligen y nombran los que han de gobernar ó tener cargos y oficios de la república, sin los que han de quedar para maestros de los muchachos. Después que éstos así han pasado los veinticinco años, y vienen á ser de cincuenta años ó poco más, entonces entran en la orden de aquellos que son y se nombran ancianos.

Estos tales ancianos (1) no van á la guerra ni salen fuera de la tierra, sino que se quedan en casa, y juzgan las causas públicas y particulares, y éstos determinan las causas criminales, y eligen personas para todos los cargos y oficios públicos, y si hay alguno de los mancebos ó de los varones de perfecta edad que haya hecho algún delito contra las leyes, acúsanle los tribunos ó cualquiera otro particular, y los ancianos le oyen de justicia, y le juzgan; y si este tal fuere condenado, vive todo lo que le queda de la vida deshonrado.

Mas porque mejor se entienda esta policía y repú-

(1) Cargos y oficios de los viejos.

blica de los Persas, tomémoslo de un poco lejos, bien que por lo que queda dicho podremos declarar lo restante en breves palabras. Dicen que los Persas son ciento veinte mil, poco más ó menos: déstos todos por ley ninguno es excluído de las honras y cargos públicos (1), sino que es lícito á todos los Persas enviar sus hijos á las escuelas públicas de justicia; y los que pueden mantener sus hijos á su placer y descansadamente, envíanlos, y los que no tienen posibilidad para ello no los envían. A los que así están enseñados en las escuelas públicas es lícito entre los mancebos ejercitar obras de mancebos; á los otros que no están así enseñados no es lícito. Y si alguno hay entre los mancebos que ha hecho lo que es de su oficio le es permitido conversar con los varones ya perfectos y ser participante de los cargos y honras; y los que no han conversado bien, siendo muchachos ó mancebos, no pueden ser admitidos entre los varones perfectos, y los que entre los perfectos han vivido sin culpa ni reprensión alguna, éstos luego entran en la orden y número de los ancianos. Y desta manera son buscados y electos para ancianos aquellos que siempre han vivido bien y honestamente. Y esta es su policía y manera de vivir, la cual aquellos que la usan son tenidos por muy buenos.

Y aun ahora hay testimonios de su templanza en el comer, y de su trabajo para gastar y digerir la comida; porque es cosa torpe y fea entre los Persas el día de hoy escupir ó sonarse, ó presentarse llenos de flatos; y asimismo es feo que alguno sea visto orinar en público, ó hacer otra cualquier cosa semejante que honesta no sea. Lo cual todo se presume que no podían hacer los Persas, si no usasen de mucha tem-

(1) Orden de gobernación de los Persas.

planza, y consumiesen y gastasen los humores del cuerpo con trabajos. Esto es lo que podemos decir de todos los Persas; pero ahora contemos los hechos de Cyro, por cuya causa se movió esta plática arriba dicha, comenzando desde su niñez.

CAPÍTULO III.

Cyro (1), pues, hasta los doce años ó poco más, siendo enseñado en esta disciplina, excedía á todos los otros de su tiempo, así en aprender presto lo que convenía, como en hacer toda cosa honesta y varonilmente. En este tiempo Astyages envió á llamar su hija y su nieto, deseándolos ver; porque había oído decir que era hermoso y virtuoso. Así que vino Mandane á su padre trayendo consigo á su hijo Cyro, al cual como llegase muy en breve, y Cyro conociese á Astyages padre de su madre, luégo de presto, según era de fácil y humano ingenio, le saludó y abrazó, como si se hubiera criado con él mucho tiempo antes.

Y viéndole así ataviado, y la pintura de los ojos y la color del rostro y la postura del cabello (que todo esto se usa entre los Medos, y las vestiduras de púrpura y ropas preciosas y joyeles al cuello, y brazaletes á las muñecas: no como los Persas, que aun al presente cuando están en casa de asiento usan de vestiduras viles, y mucha templanza en el comer). Viendo, pues, el atavío del abuelo, estándole mirando dijo: «¡Oh madre, cómo me parece hermoso mi abuelo!» Su madre le preguntó: «¿Cuál te parece más

(1) Crianza, doctrinas y hechos de Cyro.

lindo, tu padre ó él?» Respondióle Cyro: «Oh madre, el más hermoso de todos los Persas es mi padre, y de los Medos, de cuantos yo he visto en las calles y ventanas, el más hermoso de todos es mi abuelo.»

Tornándole á abrazar Astyages, le vistió una ropa preciosa, y le atavió con joyeles y brazaletes; y cuando quería salir fuera á pasearse, le subían en un caballo con el freno de oro, como el mismo Astyages acostumbraba andar. Cyro, como era muchacho y amigo de pulidez y de loores, alegrábase con aquella vestidura, y holgábase de aprender á cabalgar á caballo, lo cual él ignoraba, á causa de que en Persia, por ser como es muy difícil cosa mantener caballos por la carestía, y asimismo cabalgar en ellos por ser la tierra aspera de montañas, aun el ver algún caballo es cosa muy rara.

Pues estando Astyages cenando con su hija y con Cyro, y queriendo que el muchacho cenase viandas muy suaves, porque no echase menos lo de su tierra, mandóle poner delante platos, guisados y manjares de diversas maneras, dicen que le dijo Cyro: (1) «¡Oh abuelo, qué trabajo tienes en la cena si has de extender las manos á todas estas viandas, y gustar de tantos y tan varios manjares!» Entonces cuentan que dijo Astyages: «¿No te parece, hijo, esta cena mucho más suave que las que usan en Persia?» A lo cual Cyro respondió: «No por cierto, abuelo, que muy más corto y derecho es el camino entre los Persas para venir á hartarse, que no el de vosotros. Porque el pan y la carne nos basta á nosotros para esto; y vosotros queriendo venir á donde nosotros por muchos rodeos y senderos, de arriba para abajo rodeando y yendo erra-

(1) Dicho de Cyro, siendo niño, loando la temperancia, y reprendiendo la curiosidad de manjares.

dos, apenas venís donde nosotros mucho antes hemos llegado.» Replicando Astyages á Cyro le dijo:

«Oh hijo, que estos rodeos no nos dan pesadumbre ninguna; y si tú también los gustas conocerás que son muy suaves». Cyro le respondió: «Antes veo que ya te enhastían estos manjares.—¿Y cómo así? dijo Astyages; ¿en qué lo conoces?» Respondió Cyro: «Porque veo que cuando tocas el pan no limpias la mano, y cada vez que tocas alguna vianda destas otras, luego te limpias la mano á la toalla, como si recibieses pesadumbre de hartarte dellas.»

A esto dijo Astyages: «Si eso conoces, hijo, come de las carnes, porque tornes más recio á tu casa.» Y diciendo esto, hízole traer carnes de fieras salvajes y de las mansas. Cuando Cyro vió tantas carnes le dijo: «¿Cómo, abuelo, dasme estas carnes para que haga dellas lo que yo quisiere?—Sí doy por cierto,» dice Astyages. Entonces Cyro tomando las carnes, las repartió entre los ministros y criados del abuelo, diciendo á uno: (1) «Toma tú esto, porque de buena gana me enseñas á cabalgar á caballo; y tú esto, porque me diste una flecha, que ahora esto sólo tengo que te dar; y tú esto, porque sirves bien á mi abuelo, y tú, porque honras á mi madre.» Y así repartió todas las carnes que le dieron.

Entonces cuentan que dijo Astyages: «¿Cómo no das nada á Saca mi copero, á quien yo hago mucha honra?» Era este Saca hombre de lindo parecer, y tenía cargo de llevar ante Astyages los que habían menester hablar con él, y vedar la entrada á aquellos que le parecía que no venían á tiempo para negociar. Entonces Cyro de presto, y como muchacho sin disimulo, preguntó á Astyages: «Dime, abuelo, ¿por qué

(1) Indicios de la magnificencia de Cyro.

haces tanta honra á este Saca?» Respondióle Astyages burlándose, y dijo: «Porque me sirve muy bien, y muy graciosamente de la copa: porque los que sirven en el beber á estos Reyes echan el vino con mucha destreza, y tienen muy sutilmente la copa con tres dedos, y la dan así, para que la pueda tomar á placer el que la ha de beber.»

A esto dijo Cyro: «Manda á Saca que me entregue la copa, para que yo te sirva al beber con destreza, y gane tu gracia si puedo. Lo cual como mandase Astyages, Cyro tomó la copa, y lavóla, como vió hacer á Saca, y con rostro sereno y mucha mesura, la dió á su abuelo á beber, sirviéndole con mucha gracia, de manera que hizo reir á su madre, y aun á Astyages también. Y el mismo Cyro, no pudiendo tener la risa, se fué para su abuelo, y abrazándole, y volviéndose á Saca, le dijo: «Oh Saca, perdido eres ya, que yo te privaré de tu cargo, porque de aquí en adelante serviré mejor la copa que tú, y no beberé el vino.» Costumbre es que aquellos que sirven el beber á los Reyes (los cuales llaman pincernas), después que han dado la copa en la mano echan un poco della con un vaso en la palma de la mano siniestra, y sórbenlo delante dél; porque si les mezclaren veneno, se puedan guardar.

Por lo cual Astyages, burlándose, dijo á Cyro: «Pues en todo imitaste á Saca, ¿por qué no cataste como él hizo el vino de la salva?» El cual respondió: «Porque cierto yo temí que no hubiese veneno en la copa mezclado con el vino. Porque los días pasados, cuando convidaste los amigos en la fiesta del día de tu nacimiento claramente conocí que Saca os mezcló veneno en el vino.—¿Cómo, dice Astyages, conociste eso, hijo?» Respondió: (1) «Porque os veía á todos fuera de

(1) Operaciones malas del vino destempladamente bebido.

seso y entendimiento desvariar en el ánimo y en el cuerpo; y hacíades aquello que vedáis á nosotros los muchachos que no hagamos. Que todos dabais voces á una, y no decíades nada; y cantábades con gran risa, y no oyendo al que cantaba, jurábades todos que cantaba muy bien: y contando cada cual de vosotros de sus fuerzas, después os levantábades para bailar y danzar, ni danzábades á compás, ni aun os podíades tener derechos. Y finalmente estábades olvidados, tú que eras su Rey, y ellos que eran tus súbditos. Entonces yo conocí muy bien que la causa de vuestra plática tan desconcertada y sin respeto, y de lo que á la sazón sin orden hacíades, era lo que habíades bebido.»

Y Astyages le dijo: «Pues díme, hijo, ¿tu padre no bebe demasiado?—No por cierto, dice Cyro, sino que bebe para matar la sed: y no le sucede desto otro mal alguno, porque no le da Saca de beber como á tí.» Entonces le dijo la madre: «¿Por qué, hijo, persigues en tanta manera á Saca?» Respondió Cyro: «Porque le quiero mal sin duda: porque muchas veces teniendo deseo de entrar presto á do está mi abuelo, me lo estorba aquel malvado. Pero yo te ruego, abuelo, que me des no más de tres días mando sobre él.—Y ¿cómo, dice Astyages, le mandarías?» Respondió Cyro: «Yo estaría á la entrada de la puerta como el hace, y cuando quisiese entrar á comer le diría que no podía entrar de ninguna manera, porque estaba mi abuelo negociando con unos hombres. Y después cuando viniese á cenar, le diría que te estabas bañando: y cuando viese que tenía muy mayor gana de comer, le diría que estabas con las mujeres. Y desta manera le detendría, como él muchas veces me detuvo á mí cuando quería entrar á do tú estabas.»

Estos pasatiempos les daba Cyro en las cenas. Entre día, si sentía que su abuelo ó su tío necesitaban de

alguna cosa, pesábale que otro ninguno le previniese en esto, y en todo lo que Cyro podía hacerles placer, lo hacía. Pues como Mandane se aparejase para tornarse con su marido, rogábale Astyages que le dejase á Cyro. La cual respondió que ella deseaba hacerle cualquier placer como á su padre en todas las cosas que pudiese, mas que tenía por difícil dejar al muchacho contra su voluntad dél.

Entonces Astyages dijo á Cyro: «Hijo, si te quedas conmigo, el primero que entre á do yo estuviere serás tú, sin que te lo estorbe Saca; sino que cuando quisieres entrar será en tu mano, y te lo agradeceré mucho que entres á mí lo más á menudo que pudieres. Demás desto, te serviras de mis caballos, y de todas mis cosas á tu voluntad; y cuando te quisieres ir, tomarás para tu camino los que quisieres: también harás lo que más te agrade para ser sobrio en la comida. Y desde ahora te doy todas las fieras que tengo en mis huertos, y te mandaré allegar otras muchas que podrás correr y acosar, cuando hayas bien aprendido á cabalgar á caballo, y las matarás con saetas y venablos, como hacen los otros grandes varones. Y te daré otros muchachos que se huelguen y jueguen contigo; y todo lo que dijeres que quieres haber de mí no te faltará.»

Después de Astyages haber dicho todas estas cosas á Cyro, la madre le preguntó si quería quedar allí ó irse con ella. El cual de presto, y sin más pensar, la respondió, que quería quedar con su abuelo. Otra vez, siendo preguntado de la madre por qué se quería quedar, Cyro le respondió: «Porque en mi tierra parezco el mejor de mis iguales, así en flechar del arco, como en tirar el dardo; mas aquí bien sé que en el arte de cabalgar á caballo me llevan gran ventaja mis iguales, de lo cual me pesa mucho. Y si aquí me

dejas para que aprenda esto, cuando estuviere en Persia pienso que seré el mejor de los que allí haya; y cuando viniere á Media, siendo buen hombre de á caballo, podré ayudar á mi abuelo.»

Entonces dijo la madre: «Y veamos, hijo, ¿cómo aprenderás aquí la justicia, pues que están allá tus maestros?» Respondió Cyro: «Esa muy bien la sé, madre.—¿Cómo lo sabes, hijo?» dijo Mandane. Respondióle Cyro: «Porque mi maestro, así como aquel que entendía muy bien la justicia, me hizo juez de otros, y entonces me dió de azotes, porque en cierta causa no había juzgado rectamente: y la causa era esta. (1) Un muchacho grande tenía un vestido que le venía muy corto, y encontrándose con otro muchacho pequeño que tenía el vestido demasiado largo, se le quitó, y le puso el suyo, y él se vistió el de aquél. Pues siendo yo juez déstos, parecióme que era mejor para ambos, que cada uno de ellos tuviese la vestidura que le convenía. Por esto me azotó el maestro, diciendo: «Cuan»do fueres juez de conveniencias es bien que hagas »eso; pero cuando hubieres de juzgar de cuál es la ves»tidura, entonces has de considerar quién es el justo »poseedor. Si debe haber la vestidura aquel que la »quitó al otro, ó aquel que la hizo ó la compró. Porque »aquello, dice, es justo que es legítimo según las le»yes; y lo que no es legítimo y contra las leyes, es »fuerza y violencia.» Por lo cual convenía que el juez diese la sentencia según las leyes. Así que yo, dice, madre muy bien sé los derechos, y si algo me faltare mi abuelo me lo enseñará.»

Entonces, le dijo Mandane: «Hijo, muy diferentes son las leyes de aquí donde está tu abuelo de las de Persia. Porque tu abuelo se hizo señor de todos los que

(1) Juicio de Cyro.

están en Media; y en Persia se tiene por justo guardar y tener igualdad; y tu padre el primero de todos guarda las ordenanzas que él hace para la república, y también las recibe, y su medida es la ley, y no su voluntad ó antojo. Por eso, guárdate no mueras á poder de azotes, cuando tornares á tu tierra, si trujeres aprendida la tiranía en lugar de la buena manera de reinar. (1) Que en la tiranía el tener más que todos los otros, piensan que es lo mejor y que más conviene.—Pues desa manera, dice Cyro, tu padre más bastante es para enseñar á tener poco que mucho: ¿no ves cómo ha enseñado á todos los Medos á tener menos que él? Por eso ten confianza, madre, que tu padre ni á otro ninguno ni á mí enviará de sí enseñado á tener mucho.»

CAPÍTULO IV.

Estas y otras cosas semejantes decía Cyro. Finalmente, la madre se fué, y Cyro se quedó allí, y se criaba con el abuelo, y en poco tiempo se juntó con todos los otros sus iguales, y los conversaba muy familiarmente. Y también en poco tiempo ganó la voluntad de los ciudadanos, metiendo á unos y á otros al abuelo, y mostrándoles que los amaba y quería bien á sus hijos; de suerte que si algunos habían menester algo del Rey, rogaban á sus hijos que lo dijesen á Cyro que lo negociase y acabase con él. Así que Cyro, cuando se lo rogaban los hijos, por ser

(1) Los tiranos el poseer y poder ser más que todos tienen por felicidad.

como era humano de ingenio, y deseoso de honra más que todos, holgaba de acabarlo.

Y Astyages cuando le rogaba algo Cyro, en ninguna manera podía contradecirle ni dejar de agradarle; y si el abuelo estaba enfermo, nunca se partía dél Cyro ni cesaba de llorar: de manera que era manifiesto á todos que se temía mucho no se le muriese el abuelo. Y si de noche había menester algo Astyages, el primero que lo sentía era Cyro, y el que con menos pereza saltaba para servirle y agradarle en todo cuanto pudiese. Y con estas cosas ganó del todo la voluntad á Astyages.

Debía ser Cyro algún tanto hablador, ó por la crianza y doctrina, porque le constreñía su maestro á dar razón de lo que hacía y aun de lo que oía á los otros que juzgaba, y también porque era amigo de deprender preguntaba muchas cosas á los que estaban presentes, cómo y de qué manera eran; y en lo que otros le preguntaban, por ser de agudo ingenio y entendimiento sutil, respondía deliberadamente, y desta manera se le había recogido aquel demasiado hablar. Y así como en los cuerpos todos los que son mancebos, aunque crecen, se les parece una mocedad que demuestra los pocos años; así también del mucho hablar de Cyro no se mostraba osadía ó temeridad alguna, sino una simplicidad y llaneza. Por lo cual antes deseaban oirle hablar mucho, que no estar presentes cuando callaba.

Mas cuando por discurso de tiempo y crecimiento de cuerpo llegó á edad de mancebo, entonces era más breve con sus razones y usaba la voz sosegada, y tenía tanta vergüenza, que se paraba colorado cuando venía en plática con los ancianos, y no tenía ya más aquella parlería y atrevimiento de quererse entremeter á hablar de todo, como antes hacía. Así que era

más reposado y en las conversaciones de todos muy agradable y apacible. Nunca desafiaba á sus iguales en aquellas cosas sobre que ellos suelen tener frecuentemente contiendas entre sí, cuando estaba asegurado que les haría ventaja, sino en las que sabía bien que era inferior y menos diestro, y por éstas comenzaba diciendo que lo haría mejor que ellos. Así comenzaba á saltar en el caballo, y tirar la lanza ó dardo, y tirar con el arco desde el caballo, no siendo aún bien diestro en cabalgar en él; y cuando era vencido, se reía mucho consigo.

Desta manera, no rehusando de ser vencido, sino tornando otra vez á la misma contienda por más ejercitarse y por no hacer de ahí adelante aquello en que no había acertado, trabajaba por hacerlo mejor; y así, en poco tiempo vino á saber el arte de cabalgar á caballo también como sus iguales; y en breve espacio, por la afición que tenía á ello, los sobrepujó, y brevemente acabó todas las fieras que estaban en el bosque, corriéndolas, hiriéndolas y matándolas de manera que ya Astyages no era bastante á proveerle de fieras. Lo cual sintiendo Cyro que no podía el abuelo, aunque quería, darle tantas fieras vivas, le decía: «Abuelo, ¿qué menester has de tomar tanto trabajo en buscarme animales vivos? si desde ahora me enviares á caza con mi tío, haré juicio que todas las fieras que viere las criaste tú para mí.»

Y cuando tenía Cyro deseo de salir á la caza no importunaba á su abuelo pidiéndoselo como cuando era muchacho: antes entraba á él menos á menudo; y en lo que de antes culpaba á Saca que no le dejaba entrar al abuelo, ya el mismo Cyro, hecho Saca para sí mismo, no entraba á él si no veía primero oportunidad. Y rogaba á Saca que le hiciese saber cuándo era tiempo de entrar, ó cuándo no. Y áesta causa ya

Saca le quería y amaba mucho, como todos los otros.

Pues como Astyages conociese que en tanta manera deseaba salir fuera á la caza, envióle con el tío, y juntamente con él algunos caballeros ancianos para que le guardasen de algunos lugares difíciles y peligrosos, y también de las fieras bravas que saliesen. Por esto Cyro (1) preguntaba osadamente á los que le acompañaban qué fieras no había de herir de cerca, y cuáles había de acometer animosamente. Los cuales le respondían que los osos habían muerto muchos de aquellos que se les acercaban, y los leones y los puercos monteses y leones pardos; mas que los ciervos y cabras monteses, y ovejas y asnos montesinos no hacían mal ninguno. Demás desto, le decían, que no menos se había de guardar de los lugares peligrosos que de las fieras; porque muchos, juntamente con sus caballos, por no lo mirar, se habían despeñado.

Lo cual todo aprendía Cyro de buena gana. Y en esto, como viese salir un ciervo de través, olvidado de todo aquello que había oído, siguióle, no mirando á otra parte sino á do quiera que el ciervo le huía: y saltó el caballo, y cayó ahinojado, y por poco no le precipitó, de manera que apenas se pudo tener en él; y luégo se levantó el caballo, y llegado á lo llano, hirió al ciervo y derrocóle á tierra, cosa por cierto grande y hermosa, de la cual se alegraba en gran manera. Mas los que le aguardaban y acompañaban, llegándose á él, le reñían que se había puesto en peligro, y le amenazaban que lo dirían á su abuelo. Así que Cyro descendió del caballo, y pesábale mucho de oir aquello; mas estando en esto sintióse ruido y tornó á subir en su caballo, como si fuera arrebatado de

(1) Qué hizo Cyro la primera vez que salió á caza.

espíritu, y luégo vió un puerco jabalí que le venía al encuentro, y fuése para él, y encarando bien en él su venablo, se lo tiró, y hiriéndole con él en medio de la frente, le hizo parar.

El tío viendo su osadía le reñía y le decía mal. Y él, aunque había sido injuriado, todavía rogaba al tío que todo lo que él tomase y cazase se lo dejase llevar y presentar á su abuelo. Y dicen que le respondió el tío: «Bien sería; pero si sabe que tú has seguido fieras, no solamente te reñirá a tí, sino también á mí que te lo consentí.—Siquiera, dice Cyro, me azote, con tal que yo se las dé de mi mano: y tú también, tío, dame la pena que quisieres, con tal que hagas mi voluntad en lo que te ruego.» Entonces Cyaxares su tío le dijo: «Haz lo que quisieres, porque según me parece ahora eres nuestro rey.»

Así que Cyro llevó las fieras, y diólas al abuelo, y decíale que las había cazado para él. Y aunque no le mostraba él los venablos, pero así como estaban ensangrentados, los ponía en parte donde veía que los podía ver su abuelo. Astyages le dijo: «Hijo, yo recibo alegremente de tu mano todo lo que me das, mas no tengo menester nada desto, si por ello te has de poner á peligro.» Respondióle Cyro: «Pues si tú, abuelo, no tienes necesidad dellas, yo te suplico que me las des para que yo las reparta entre mis iguales.» Y Astyages le dijo: «Tómalas, hijo, y repártelas á tu voluntad, esto y todo lo demás que tú quisieres.»

Y tomándolas Cyro, las dió á los otros mancebos que con el venían, diciéndoles: «Oh compañeros, qué locos y desvariados éramos cuando cazábamos las fieras en los huertos: porque á mí parecer era como si alguno cazase las fieras atadas: porque lo uno estaban en lugar estrecho, y después deso eran pequeñas y sarnosas, y la una era coja y la otra manca; mas las que están

en los campos y en los prados y bosques cuán grandes, cuán hermosas, cuán gruesas parecen. Los ciervos corrían tan ligeramente, que parecía que volaban, y los puercos jabalíes como varones esforzados arremetían, tan anchos que apenas se podía errar el tiro dellos. Por cierto, amigos, que me parecen más hermosas estas muertas, que no aquellas vivas que están encerradas, y rodeadas de muros y paredes. Veamos, dice, ¿no os dejarán vuestros padres ir á caza?» Respondieron: «Sí por cierto, si lo manda Astyages.»

«Pues ea, dijo Cyro, ¿cuál de vosotros será el medianero para acabarlo con Astyages?» Respondieron ellos: «¿Quién se lo podrá mejor rogar que tú?—Por Dios, dice Cyro (1), no sé qué hombre me he hecho, que ni le puedo decir nada, ni mirar á mi abuelo á la cara: y si me va adelante esta maña, temo de tornarme del todo necio y bobo. Que cuando era muchacho parecía que podía mucho más hablar que no ahora.—A mal va la cosa, dicen ellos, si lo que hemos menester que hagas por tí y por nosotros, hemos de rogar á otro alguno, pues tú lo puedes hacer.»

Oyendo esto Cyro, le pesó mucho, y fuése callando. Y después animándose á sí mismo para tener osadía, pensando primero consigo lo que había de hablar al abuelo, para que más sin pesadumbre alcanzase para sí y para los otros lo que pedía, entró á do estaba su abuelo, y comenzóle á hablar desta manera: «Dime, abuelo, si alguno de tus criados se te huyese, y después le tomases, ¿qué le harías?—No otra cosa, dice Astyages, sino atarle, y hacerle trabajar por fuerza.—Y si se te tornase de su voluntad ¿qué le harías?»

(1) Cyro se queja de su encogimiento, y piensa cómo se podrá mejor desenvolver.

Respondió Astyages: «Azotaríale porque otra vez no hiciese lo mismo, y después me serviría dél como de primero.» Entonces dijo Cyro: «Pues apareja si quieres para azotarme, porque yo estoy pensando cómo huir de tí tomando mis iguales para irme á caza con ellos.» A lo cual Astyages replicó: «Bien has hecho de avisármelo primero, porque yo proveeré cómo no te muevas. ¡Buena cosa sería si por causa de unas carnecillas de fieras perdiera su hijo Mandane mi hija!»

Oyendo esto Cyro, obedeció á su abuelo, y quedóse por entonces su caza, y vivía muy triste y descontento de ahí adelante. Pero como Astyages conoció que estaba tan triste, queriéndole dar placer, le sacó á la caza, llevando consigo mucha gente de á pie y de á caballo, y muchachos también; y aventando la fieras en los campos y lugares llanos, hizo una gran caza. Y según costumbre de reyes, mandó que ninguno tirase á las fieras estando él presente, hasta que Cyro se hartase de las tirar. Mas Cyro no permitió que lo vedase; antes le dijo: «Abuelo, si quieres que yo tome placer en la caza, permite á los que vienen conmigo que tiren y hieran las fieras, cada cual como mejor pudiere y supiere.»

Así que lo permitió Astyages: y estaba mirando los que contendían y peleaban con las fieras y las acosaban y herían. Y holgábase tanto de ver á Cyro cómo no podía callar de placer, y que bien así como el perro de casta, andaba al derredor de la fiera acercándose á ella, y llamando á todos, cada uno por su nombre: y viendo Astyages que Cyro se reía del uno, y sintiendo que loaba al otro, y todo sin envidia, se gozaba en gran manera. Finalmente, Astyages, después de haber tomado muchas fieras, se tornó para casa: y de ahí adelante en tanta manera se deleitaba con la caza, que siempre que podía se salía con Cyro, y lle-

vaba consigo mucha gente, y también los muchachos entre ellos, por causa de Cyro; y así paso Cyro mucho tiempo, siendo él causa que todos tuviesen placer, bien y provecho, y no siendo á ninguno causa de mal.

Siendo Cyro de edad de quince ó diez y seis años, el hijo del Rey de los Asyrios, estando para casarse, tuvo deseo de irse á cazar en aquel mismo tiempo; y como oyese decir que en los términos que están entre su reino de Asyria y el de Media había muchos animales que no se cazaban por causa de la guerra, tomóle gana de ir allá. Y para poder más seguramente cazar, (1) tomó consigo muchos de á caballo, y hombres de lanza y escudo, para que le aventasen las fieras á los lugares llanos y espaciosos. Después que llegó donde estaban sus castillos y guarniciones, cenó allí, para salir á cazar el día siguiente.

Dejó proveído que venida la tarde saliese de la ciudad otra guarnición en pos de la primera, de gente de á pie y de á caballo. Y esto le pareció que bastaba de ejército para su seguridad y defensa; pues tenía dos guarniciones juntas, y él también que tenía consigo mucha gente de pie y hombres de armas. Viéndose, pues, tan bien apercibido, habiéndolo primero consultado, pensó que sería muy bien hacer alguna presa en las tierras de los Medos; porque haciendo esto, la caza le sería más honrosa, y habría más copia de animales para los sacrificios de sus bodas. Y levántandose muy de mañana sacó su ejército, y dejó la infantería puesta en orden en las fronteras; y él con los de caballo corrió hacia los castillos de los Medos, llevando consigo los más y los mejores. Y estábase allí quedo; porque las gentes que estaban en guarnición de los Medos no

(1) Entrada de los Asyrios en el reino de Astyages.

pudiesen venir á socorrer los suyos ni peligrasen entonces. Y envió los más lucidos escuadrones delante, mandándoles que corriesen la tierra á una parte y á otra; y que hecha la presa, cada uno se tornase, y se la trajese á él: y así todos hacían su mandado.

Sabido por el Rey Astyages que en su tierra andaban los enemigos, movióse con los suyos, para socorrer á los de sus fronteras. Lo mismo hizo su hijo con la gente de caballo que consigo tenía, haciéndolo saber también á sus amigos, para que viniesen á ayudarle. Y como supieron que los Asyrios eran muchos y puestos en ordenanza, y que los de caballo estaban quedos, paráronse asimismo los Medos. Pues Cyro, como viese á los otros todos venir en ayuda del abuelo con todas sus fuerzas, él por su parte también le quiso ayudar, armándose luégo de todas armas, aunque él nunca lo había usado de antes. En tanta manera deseaba armarse, que viendo unas armas muy lindas, que le venían propias á su cuerpo, como hechas para él por orden de su abuelo, las tomó y armóse con ellas; y así armado saltó en su caballo. Y Astyages viéndole, maravillóse, y no podía pensar quién le había mandado venir así armado; empero díjole que siempre se estuviese á par dél.

Cyro, como viese muchos hombres de armas de los contrarios, preguntóle: «¿Por ventura, abuelo, éstos son de los enemigos que están tan quedos en sus caballos?» Respondió Astyages diciendo que eran de los enemigos. Otra vez le preguntó Cyro: «¿Y aquellos que se mueven contra nosotros son también enemigos?—Sí,» dice Astyages. Entonces dijo Cyro: «Por Dios, abuelo, que me parece que muy ruines hombres y encabalgados en muy ruines caballos son estos que nos roban lo nuestro. Por lo cual conviene que algunos de los nuestros salgan contra ellos.—¡Cómo! dice As-

tyages, ¿no ves, hijo, aquel escuadrón tan espeso de hombres de armas que está allí puesto en ordenanza á punto de guerra, que si nos ven ir contra ellos saldrán, y nos tomarán en medio primero que se junte todo nuestro ejército?» Respondióle Cyro: «Antes si tú esperas aquí que se junten los que nos vienen en ayuda, temerán éstos y no se moverán de su estancia; y aquellos que llevan la cabalgada la dejarán, después que vieren cómo algunos de los nuestros les acometen animosamente.»

Esto así dicho, parecióle buen consejo á Astyages el que le daba su nieto, y maravillándose de su saber y vigilancia, mandó á Cyaxares, su hijo, que tomase un escuadrón de los de caballo, y fuése á dar en los que llevaban la presa. «Y yo, dice, acometeré á éstos otros, si se movieren contra tí: de manera que sean forzados á guardarse de nosotros.» Cyaxares, tomando de la gente de caballo que el padre le había dicho los más esforzados de todos, movióse (1) contra ellos. Y Cyro, viéndolos así salir, movióse también de presto, y pasóles delante como caudillo: al cual siguió Cyaxares y todos los demás que quedaban. Pues como los viesen acercar aquellos que llevaban la presa, la dejaron luégo, y se fueron huyendo.

Entonces aquellos que iban con Cyro los atajaron, y herían á todos los que alcanzaban; y Cyro el primero, siguiéndolos en el alcance, prendieron y hirieron á muchos dellos. Y bien así como el can generoso y de casta, por no estar experimentado, acomete al puerco montés con demasiada furia, sin tener otro respeto, así también Cyro se metía en los enemigos, procurando solamente de herir al que alcanzaba, sin

(1) Batalla entre los Asyrios y los Medos.

mirar otra cosa alguna. Los enemigos, viendo á los suyos en trabajo, movieron con sus escuadrones, porque parasen los que iban en el alcance: pues ya los veían pasar adelante.

Mas Cyro no por eso cesaba de ir tras ellos, sino que por el gran gozo que tenía, animando al tío, seguía adelante, y cargando á los enemigos, los hacía huir precipitadamente. Y Cyaxares iba tras él por aventura de vergüenza que tenía de su padre, y también los otros le seguían, mostrando gran corazón en este lance aun aquellos que no son muy alentados contra los enemigos que hacen frente. Astyages, como vió estos dos mancebos que seguían los enemigos inconsideradamente, y que los enemigos muchos y muy espesos y puestos en orden les venían al encuentro, queriendo mirar por el hijo y por Cyro para que no recibiesen algún daño, si desapercibidos y sin orden los acometiesen, movió luégo con los suyos y fuése contra los enemigos.

Mas los enemigos como vieron los Medos venir para ellos, pararon apuntando sus tiros y saetas para detenerlos cuando llegasen á tiro de arco los unos de los otros, como tienen de costumbre de hacer otras muchas veces; porque hasta esta distancia, cuando más, se acercan, y caminan unos contra otros, y pelean con armas arrojadizas muchas veces hasta la noche. Después que vieron los enemigos que los suyos se tornaban huyendo para ellos, y que los que estaban con Cyro los seguían en el alcance, y que Astyages con su gente de caballo se acercaba á un tiro de flecha, retiraron sus huestes y huyeron. Los Medos siguiéndolos todos juntamente á una, prendieron muchos dellos, y á los que tomaban herían, así á los caballos, como á los caballeros, y á los que caían mataban. Y no pararon hasta que llegaron á la infantería

de los Asyrios; y aquí, temiendo que no hubiese alguna celada mayor, se detuvieron.

De allí adelante recogió su ejército Astyages, muy alegre con aquella victoria de caballo, y loando en gran manera á Cyro, porque sabía que él había sido causa deste hecho: y estimábalo por muy osado y denodado en la guerra. Pues como todos se tornasen al real, sólo Cyro no hacía sino mirar los que estaban caídos por tierra, cuando pasaba por ellos, holgándose de ver el estrago de la guerra; y apartándole con gran trabajo destos los que le tenían á cargo, le llevaron á Astyages su abuelo; y Cyro hizo que fuesen delante los que le acompañaban, porque veía el rostro del abuelo alborotado cuando le miraba.

Y esto fué lo que pasó en Media; y todos traían en la boca á Cyro, y en la habla y en los cantares; y Astyages que antes le honraba, desde entonces comenzó á tenerle en mucho más que hasta allí. Oyendo esto Cambyses, padre de Cyro, se alegraba mucho; y como supo que ya Cyro hacía hechos de hombre, envió por él para que acabase de aprender los institutos y costumbres de los Persas. Entonces dijo Cyro (1) que se quería partir, porque el padre no hubiese pesar y la patria no le culpase. Pues como á Astyages le pareciese que era necesario enviarle, lo envió á su padre, dándole todos los caballos que él quiso, y otros muchos dones; porque le amaba muy mucho, y tenía gran esperanza en él que sería varón suficiente para aprovechar á los amigos y hacer daño á los enemigos. Partiéndose Cyro de su abuelo, salieron con él acompañándole todos los mancebos de su edad, y hombres y viejos á caballo, y el mismo Astyages. Y dicen que no había ninguno que no se tornase llorando.

(1) Cyro se vuelve á Persia.

El mismo Cyro dicen que se partió dellos con muchas lágrimas, y que dió muchas dádivas á sus iguales de las que Astyages le había dado: tanto, que tenía una vestidura hecha á la manera de los Medos, y se la desnudó y la dió á uno porque le amaba mucho. Y los que tomaron y recibieron de los dones, dicen que los tornaron á dar á Astyages, y que Astyages los tornó á envíar á Cyro, y que otra vez los tornó á enviar Cyro á los Medos, y mandó decir al abuelo que si quería que tornase á él sin vergüenza, que dejase á aquéllos tener y poseer lo que les había dado. Y Astyages, oído esto, hizo lo que Cyro le envió á rogar.

Pues no hacemos mención aquí de muchas palabras de amor y afición que pasaron á la partida de Cyro, cuando se apartaban unos de otros: que los parientes y deudos de Cyro se despedían dél (1) besándole en la boca, según ley y costumbre de Persia, la cual dura aún hasta ahora entre los Persianos. Dicen, pues, que á esta sazón cuando Cyro se partía, un varón medo, bueno y honesto, que mucho tiempo antes estaba maravillado de la belleza y hermosura de Cyro, cuando vió los parientes que le abrazaban y besaban, estuvo él quedo; y después que los otros se partieron, fuése para Cyro, y díjole: «¿A mí solo de todos tus parientes no me conoces?» Respondió Cyro: «¿Por ventura tú también eres mi pariente?—Sí, dice el Medo.—Luego por eso me mirabas de hito hito, que si bien me acuerdo, he visto que lo has hecho muchas veces.—Antes, dice el Medo, queriendo llegarme á tí, tenía vergüenza.—Eso no habías de hacer, dijo Cyro, siendo mi pariente.» Y diciendo esto, se llegó á él y le besó.

Después de besado, le preguntó el Medo si era cos-

(1) Por ley de los Persas se besan y abrazan los parientes.

tumbre en Persia de besar los parientes. «Sí por cierto, respondió Cyro, cuando se visitan de tarde en tarde, ó cuanto se parten los unos de los otros, para ir á alguna parte.—Luego tiempo es, dice el Medo, que me tornes á besar, porque ya ves cómo me parto.» Cyro le tornó á besar, y se despidió, y se fué. Y después que se había alejado dél algún tanto del camino, tornó á cabo de un rato el mismo Medo con el caballo sudando. Entonces Cyro, como le vió, preguntóle: «¿Por ventura olvidósete algo de lo que me querías decir?—No, dice el Medo, sino que torno como si fuese ya muy tarde para visitarte. —No es sino muy presto, dice Cyro.—¿Qué tan presto? respondió el Medo. ¿No sabes Cyro, que en cuanto cierro y abro los ojos me parece mucho tiempo que no te veo, siendo tal como eres?» Y aquí dicen que primeramente se rió Cyro tras las lágrimas que había derramado antes, y le dijo: «Ten buen ánimo, que no estaré mucho tiempo ausente sin véros; y entonces si quisieres me podrás ver sin abrir y cerrar los ojos, como dices, sino á la clara y de hito en hito.

CAPÍTULO V.

Así se partió Cyro para Persia, donde después que llegó estuvo un año entero entre los muchachos, los cuales al principio le motejaban como que tornaba de Media enseñado á vivir delicadamente. Mas después que le vieron comer y beber á placer como ellos y que en las fiestas, cuando había algún convite le sentían que nunca les pedía nada de lo que ellos comían, antes de su parte repartía él á los otros, y que

en todas las otras cosas se mostraba muy bueno y aprobado, entonces todos sus iguales le tenían reverencia, como de antes. Pues habiendo ya pasado su niñez, entrado en la edad de mancebo, aquí también parecía tener ventaja á todos los de su edad en virtudes y bondad, considerando siempre y ejercitando aquello que era conveniente, y sufriendo y tolerando lo que era menester, reverenciando y acatando los ancianos, y obedeciendo los presidentes y gobernadores que tenían cargos de justicia.

A cabo de tiempo murió Astyages su abuelo en Media, y Cyaxares, hijo de Astyages y hermano de la madre de Cyro, sucedió en el reino de los Medos. Entonces el Rey de los Asyrios, habiendo sujetado todos los Syrios, que no era pequeña nación, y traído á su obediencia el Rey de Arabia, y teniendo sometidos á sí los Hyrcanos, y cercados los Bactrianos, pensó que si hacía más débiles y flacos á los Medos, fácilmente señorearía todas las provincias comarcanas: porque esta nación le parecía la más valiente de todas las otras cercanas.

Por lo cual envió á llamar á todos los que estaban debajo de su mando, y á Creso, rey de los Lydios, y al Rey de Capadocia, y á entrambos los Reyes de Phrygia, y á los Cares, y Paphlagones y Indios, y á los Cilices, calumniando acerca déstos los Medos y los Persas, diciendo que estas gentes eran grandes y valerosas, y que se hacían á una, y estaban ayuntadas por matrimonio y casamientos entre sí las unas con las otras, y que se convenían y concordaban, y que corrían peligro, si no los debilitasen, de que acometiendo los Medos y Persas á cada cual de las naciones por sí las venciesen y sujetasen. Algunos de aquéllos, persuadidos con estas palabras, se ayuntaron con él para ayudarle; otros, vencidos con dádivas y

dineros, de que el Rey de Asyria tenía gran abundancia.

Cyaxares, hijo de Astyages, después que supo sus tramas y asechanzas, y los aparatos de guerra que hacía contra él, luego se aparejó lo mejor que pudo, y envió á la comunidad de los Persianos y á Cambyses, que tenía su hermana por mujer y reinaba en Persia; y también envió á Cyro, rogándole que si alguna gente de guerra le enviase la comunidad de Persia, que viniese por capitán dellos. Porque ya Cyro, habiendo cumplido de residir los diez años entre los mancebos, se contaba entre los varones perfectos.

Así que aceptándolo Cyro, y consultado por los ancianos, fué elegido por capitán del ejército que se enviaba á Media, y también le dieron que escogiese doscientos Omótimos (1), á los cuales otorgaron á cada uno que eligiese cuatro varones de los mismos Omótimos, de manera que fuesen por todos mil Omótimos, y á cada uno destos mil concedieron que pudiesen elegir del pueblo de los Persas diez de lanza y escudo, y diez tiradores de honda y diez flecheros. Así que había por todos diez mil flecheros, y diez mil de lanza y escudo y diez mil honderos, y sin éstos eran los mil Omótimos.

Y este tan gran ejército fué encomendado á Cyro, el cual luego que fué elegido por capitán, comenzó de lo que pertenecía á la religión; y hechos sus sacrificios, eligió aquellos doscientos Omótimos, los cuales así electos, y cada cual dellos sus cuatro, llamólos á todos, y primeramente les hizo este razonamiento:

---

(1) Omótimos parece que se llamaban entre los Persas los que por ser hombres excelentes y señalados, les habían aventajado en alguna manera de honra y dignidad igual á todos los que gozaban della.

«Varones amigos (1): yo os elegí, no porque ahora »primeramente os aprobase (2), sino porque desde »muchachos os ví que en todo lo bueno que la ciudad »determinaba, en aquello de buena gana poníais (3) »vuestro trabajo y diligencia, y que de aquello que »tenía por malo totalmente os apartabais; y que haya »sido la causa porque yo de mi voluntad sea puesto en »este cargo, y porque os llamé y ayunté aquí á todos; »quiero declaróroslo ahora.

»Yo ciertamente pienso que nuestros mayores no »fueron peores que nosotros, pues siempre aquéllos »ejercitaron todas aquellas obras que parecían de vir»tud. Pues siendo éstos tales, qué bien hayan adqui»rido para la república de los Persas ó para sí mismos, »yo no lo siento ni lo puedo sentir. Y según yo pien»so (4), ninguna virtud ejercitan los hombres, sino »para que valgan más los buenos que los malos.

»Los que se abstienen de los deleites repentinos, no »es para que nunca se gocen y alegren de aquello »que entonces hacen, sino para que por esta conti»nencia gocen de multiplicada alegría el tiempo ve»nidero. Y los que son elocuentes y bien hablados, no »por eso lo hacen para que nunca cesen de bien ha»blar, sino porque esperan que persuadiendo á mu»chos hombres con sus buenas razones, les vendrá »muy gran bien dello. Y también los que ejercitan las »cosas de la guerra, no trabajan en ella para que

---

(1) Oración de Cyro á los Omótimos, para apercibirlos á la guerra contra los Asyrios.

(2) En el exordio capta la benevolencia alabándolos.

(3) Háceles atentos con prometer de decirles lo que se cree que desean oir.

(4) Propóneles en general lo que ha después de servir para mostrar que los enemigos no son de temer, y hay apego para ganar con ellos honra y provecho.

»nunca cesen de pelear, sino porque piensan que, ha»ciendo su deber en la guerra, ganarán mucha rique»za, mucha felicidad, y gran honra para sí y para la »república.

»Y los que trabajan en la guerra, si antes que sa»quen el fruto della llegan á verse impotentes y débi»les por la vejez, paréceme les acaece lo mismo que »á aquel que, queriendo ser buen labrador, siem»bra bien y planta bien, y cuando es menester coger »el fruto, lo deja por traer y por encerrarlo, para que »se pierda y se derrame otra vez en la tierra. O como »si alguno de los que pelean en la lucha ó en las otras »contiendas de los juegos, después de haber bien pe»leado, y estando para merecer la victoria, cesase de »pelear al mejor tiempo: este tal, con razón me parece »á mí que no podrá dejar de ser culpado de locura.

»Pero esto no compete en nosotros, varones amigos, »que nos conocemos, que desde la niñez comenzamos »á ejercitarnos en la virtud y buenas obras. Vamos (1), »pues, contra los enemigos, los cuales yo sé cierta»mente que son inútiles y rudos para pelear contra »vosotros. Porque no se han de tener por buenos sol»dados aquellos que sólo saben flechar ó disparar, ó »manejar diestramente un caballo, si desfallecen en »los trabajos; pues ésos son del todo inútiles para las »fatigas de la guerra: lo mismo se ha de decir de »aquellos que cuando es menester velar, se rinden al »sueño; y aun de aquellos ciertamente que son capa»ces de hacer todo esto, pero no saben cómo han de »portarse con los amigos y enemigos, pues es cons»tante que todos ésos ignoran las máximas más prin»cipales de la guerra.

---

(1) Aplica lo que propuso con alabanza cierta de los suyos y menosprecio de los contrarios.

»Mas vosotros podéis también serviros y aprove-»charos de la noche como los otros del día. Los traba-»jos (1) tenéis por compañeros muy dulces de la vida, »la hambre por manjar, y el uso del beber agua más »fácil lo tenéis que los leones, y traéis en vuestros »ánimos aquella posesión más hermosa y más digna »de un hombre de república que todas las otras, que »es preciaros de la honra y fama más que todos los »otros. Pues los que aman la honra (2), necesario es »que por ella sufran cualquier trabajo y se pongan á »todo peligro.

»Esto, si yo lo digo de vosotros conociendo otra co-»sa, á mí mismo me engaño, porque si por causa de »vosotros acaeciere lo contrario, sobre mí caerá todo »el yerro. Pero yo confío en vuestra experiencia, en »el amor que me tenéis, y en la poca prudencia de »los enemigos, que mis buenas esperanzas no me en-»gañarán ni sacarán mentiroso: por tanto, con buen »ánimo nos partamos de aquí; pues claramente se ve »que nosotros por injuriar á otros no codiciamos lo »ajeno. Ahora nuestros enemigos (3) son los que vie-»nen con injustas manos á nos hacer injuria, y los »amigos nos llaman en su ayuda. ¿Pues qué cosa pue-»de ser más justa que defender las injurias, ó más »buena que ayudar á los amigos?

»Y por esto pienso habéis de tener confianza, pues »veis que no salgo á la guerra habiendo tenido des-»cuido ó negligencia en las cosas divinas, sino que,

---

(1) Lo que de suyo no era mucha cosa, lo engrandeció con la comparación.

(2) Con afirmarles más sus loores, les gana las voluntades, y anímalos, mostrándoles á cuánto peligro se pone por confiar tanto dellos.

(3) Hace justa su causa, y muestra la iniquidad de los enemigos, porque tengan más saña contra ellos.

»como sabéis todo lo demás de mí, sabed también es-»to, que no solamente los grandes hechos, pero ni »tampoco tentare los pequeños, sin comenzar primero »de Dios y de su acatamiento y reverencia. Pero ¿qué »es menester deciros ya más sobre esto? sino que eli-»giendo y tomando con vosotros otros varones buenos »y esforzados, y aparejando todo lo demás que será »necesario, os partáis para los Medos. Yo tornaré á »mi padre, y luego seré aquí, (1) por aprender dél bre-»vemente las cosas de los enemigos, y aparejarme lo »más presto que pudiere, para que, con el ayuda de »Dios, peleemos lo mejor que será posible.» Y esto era lo que ellos hacían.

CAPÍTULO VI.

Cyro, pues, se tornó para su casa, y después de haber hecho los sacrificios (*) acostumbrados se partía para su ejército, acompañándole su padre. Salido que fué de su casa, dicen que vieron relámpagos y oyeron truenos prósperos; y visto esto, sin esperar más agüeros caminaron, pues así lo amonestaban las señales que Dios les daba.

Prosiguiendo su camino Cyro, su padre le comenzó á hablar desta manera: «Hijo muy amado, bien se muestra en las señales del cielo que Dios favorable y benigno te envía á esta jornada, y tú también lo conoces: yo fuí el primero que de industria te mostré

(1) Póneles furia con su presteza, y como que de su fuego pone en ellos calor.

(*) El texto dice: *á Vesta, á Júpiter y demás dioses de la patria.*

esta arte de entender las señales y agüeros, para que no por otros intérpretes entendieses los consejos divinos, sino que tú por tí mismo lo conocieses, viendo lo que era de ver, y oyendo lo que era de oir: no cures de adivinos que te querrán engañar, diciendo otra cosa de lo que Dios significa, ni tampoco sin adivino dudes de lo que muestran las señales del cielo, sino que conociendo por arte de divinación los consejos divinos, los obedezcas.»

Dijo entonces Cyro: «Mira, padre (1), cuando Dios favorablemente nos quisiere aconsejar, procuraré en cuanto pudiere de hacer lo que me dices. Que yo me acuerdo haber oído de tí, que aquel alcanzaba más presto de Dios lo que quería (bien así como de los hombres) el que no lisonjeare á Dios cuando estuviere en la adversidad, sino que cuando tuviere prosperidad entonces se acuerde más de Dios; y lo mismo decías que debíamos de hacer con los amigos.

—Y aun por ese cuidado vienes ahora, hijo mío (2), con más confianza á rogar á Dios, estando tan bien dispuesto para ello, esperando que alcanzarás más presto lo que rogares, porque sabes bien de tí mismo que nunca fuiste negligente en las cosas divinas.— Así es por cierto, padre, dice Cyro, que ninguna cosa me fué más amable y preciada en la vida, que la honra y acatamiento de Dios.

—Dime, pues, hijo, dice Cambyses, ¿acuérdaste de aquello que algunas veces entre nosotros tratábamos, cuando nos parecía que más harán los hombres si aprendieren y conocieren lo que Dios les da, que no si lo ignorasen; y si lo pusieren por obra, más que no

---

(1) Nota la gran religión de Cyro siendo gentil.

(2) Consejos y razonamientos prudentes y avisados que pasan entre Cambyses y Cyro su hijo.

si estuvieren perezosos mano sobre mano; y los que fueren diligentes y lo procuraren, vivirán más seguramente que no los negligentes y descuidados dello? Pues los que se mostraren tales cuales conviene, éstos me parece que deben pedir lo bueno á Dios.

—Acuérdome, dice Cyro, haber oído eso mismo de tí: y necesario me será creer tus palabras; porque yo bien me acuerdo que solías decir, juntamente con eso, que no era lícito pedir á Dios la victoria á caballo el que nunca aprendió á cabalgar; ni vencer á los flecheros el que no sabía tirar el arco; ni los ruines pilotos que no sabían gobernar la nao, pedirle que se la guardase, cuando ellos la gobernaban; ni los que no sembrasen trigo, rogar que les naciese muy buen trigo; ni los que no se saben guardar en la guerra, pedir la salud, pues todo esto era contra las leyes divinas. Y los que piden lo que no es lícito, asimismo decías que era justa cosa que no lo alcanzasen de Dios; como tampoco de los hombres lo debían alcanzar los que les pedían lo injusto y malo.

—Mas dime, hijo, dice Cambyses, ¿hásete olvidado aquello que yo y tú platicábamos algunas veces? que era obra digna de varón muy bastante y muy buena, si alguno procurase de ser del todo bueno y virtuoso, y que así él como sus criados tengan muy bien lo necesario; y así como esto nos parecía gran cosa, así también saber mandar á los otros hombres, para que tengan cumplidamente lo que han menester, y que todos sean tales cuales conviene, esto nos parecía muy admirable.

—Sí por Dios, padre, dice Cyro, bien me acuerdo que me lo dijiste, y á mí también me parecia que era muy gran cosa saber bien mandar: y ahora también me parece lo mismo, cuando considero la suprema dignidad del mando. Y cuando miro á los otros hombres, y

pienso cuáles son aquellos que tienen el mando, y cuáles son aquellos que han de pelear contra nosotros, me parece cosa torpe y fea tener miedo y temor á semejantes hombres, y no querer salirles al encuentro: los cuales yo, según siento, comenzando destos nuestros amigos, piensan que el que manda ha de exceder á los súbditos y á los que son mandados en comer más suntuosamente, en tener más riquezas, en dormir más tiempo, y finalmente en tomar menos trabajo que los súbditos á quien manda. Yo, dice, pienso que el príncipe y el que manda ha de exceder á los súbditos y á los que son mandados, no en malicia ni engaño, ni en ocio, sino en prudencia, trabajo é industria.

—Empero, hijo, dice Cambyses, algunas cosas hay en que no se debe traer la contienda con los hombres, sino con las mismas cosas, de las cuales es muy difícil tener abundancia. Por eso debes saber que si el ejército no tiene la provisión que ha menester, que luego se perderá tu mando.—Esta, dice, padre, Cyaxares ha dicho que proveerá della á todos los que allá van, cuantos fueren.—¡Cómo! dice, hijo, ¿confiaste en los dineros de Cyaxares?—Sí por cierto, respondió Cyro.—¿Y qué sabes, dice Cambyses, los dineros que Cyaxares tiene?—No lo sé, dice Cyro.—¿Pues por qué, dice Cambyses, te confías en lo incierto? ¿Cómo no sabes que has tú mismo menester muchos dineros, y que tienes tú necesidad de hacer otros muchos gastos?—Bien lo sé, dice Cyro.—¿Pues si á él le faltan para el gasto, ó miente de su grado, cómo lo pasará tu ejército?—Por cierto no muy bien, respondió Cyro: por eso, padre, si tú sabes algún orden que yo pueda dar en esto mientras que estamos entre los amigos, dímelo.

—¿Pregúntasme, hijo, dice Cambyses, de dónde podrás sacar dineros? ¿Quién mejor y más facilmente

puede haber dineros que aquel que tiene el mando y poder? Tú vas de aquí con infantería tal, cual yo sé que no trocarías por otra mayor. Tienes en ayuda gente de caballo muy buena de los Medos: ¿pues qué nación hay comarcana que no te querrá agradar, ó de voluntad por te servir, ó por miedo que no les venga algún mal si no lo hacen? Lo cual debes consultar con Cyaxares, para que nunca os falte lo que habéis menester. Que aun por el bien y provecho de las mismas gentes que tú defenderás en esta guerra, es bien que les eches algún tributo; y nunca debes esperar á aparejar las provisiones cuando la necesidad constriñe á ello, sino que cuando tuvieres más abundancia, entónces has de proveer más para la necesidad. (1) Porque más presto alcanzarás lo que has menester si sintieren de tí que no tienes necesidad dello: y nó te culparán tus soldados, y serás más temido y acatado de los otros. Y si quisieres con tus fuerzas y poder hacer bien ó mal á algunos, mejor te servirán los soldados teniendo lo necesario: y más fácilmente les podrás persuadir á aquellos que te han de socorrer con dineros cuando les mostrares que eres bastante para les poder hacer bien y mal.»

Entonces Cyro le dijo: «Muy bien dices en todo, padre, que yo habré menester dineros sin los que Cyaxares provee: porque lo que ahora recibieren los soldados no me lo agradecerán á mí en ninguna manera, pues saben las causas por qué Cyaxares los llama en su ayuda; y si demás desto se les diere algo, aquello tendrán por honroso, y darán las gracias dello al que se lo diere. Pues el que tiene fuerzas y poder para hacer bien á los amigos que lo merecieren, y vengarse de los enemigos

(1) Prudencia es prevenir las cosas de antes para cuando son necesarias.

que le enojaron, no querer tener cuenta con los dineros y las provisiones no sería menos torpe que si alguno tuviese tierras y labradores que las labrasen, y después dejase por negligencia que la tierra esté ociosa, y sin fruto y sin provecho. Por lo cual ten por cierto que en lo que en mí fuere, no me descuidaré de proveer á los soldados todo lo que hubiere menester, ora sea entre los amigos, ora entre los enemigos.

—Pues veamos, hijo, dice Cambyses, ¿acuérdaste de aquello que entre otras muchas cosas nos parecía ser conveniente que no hubiese descuido alguno?—¿Cómo no me he de acordar? dice Cyro: pues viniendo á pedirte dineros para dar al que me enseñaba el arte militar, cuando me los dabas me preguntabas desta manera: «¿Por ventura, hijo, este maestro á quien pagas tu dinero hizo mención, en los preceptos de guerra que te dió, de la económica, ó manera de regir la casa? Porque no menos han menester los soldados lo necesario que los criados en la casa.» Mas como yo, por decirte la verdad, te respondiese que no había hecho mención desto, me tornaste á preguntar si había dicho algo de la medicina y sanidad, y del conservar y aumentar las fuerzas del cuerpo, pues que convenía que el buen capitán (1) tuviese tanta cuenta con esto, como con las otras cosas de guerra. Y como yo también te negase esto, me preguntaste otra vez, si me había enseñado alguna doctrina para que los compañeros de guerra se hubiesen muy bien en cada cual de las obras de guerra. Lo cual como también te negase, me tornaste á demandar si me había enseñado á poner ánimo y corazón y osadía á los soldados, diciendo que en toda

(1) Las cosas que ha de prevenir y hacer el buen capitán en paz y en guerra.

cosa se aventaja mucho la osadía á la cobardía. Y como yo también te negase esto, me tornaste á argüir si me había enseñado algo de la industria del capitán, para poder muy bien mover los ánimos de los soldados, y persuadirlos. Lo cual como también te negase, finalmente me preguntaste qué era lo que aquel me enseñaba, ó en qué decía enseñar el arte militar? Y yo te respondí que ordenar las huestes, y poner los escuadrones á punto de guerra. Entonces tú te reiste, y comparándome cada cosa por sí, me mostrabas que traía muy poco provecho saber poner en orden el ejército, si le faltaban las provisiones necesarias, si no tenía sanidad, si no sabían las artes ya dichas de guerra. ¿Pues qué si no había odediencia de los soldados al capitán? Y después de haberme mostrado claramente que la más pequeña parte del arte militar era saber poner en ordenanza los escuadrones, preguntándote yo si me podrías enseñar algo desto, me mandaste ir á los que se tienen por hombres sabidos en la guerra, y comunicarlos y preguntarlos cómo se hacía cada cosa destas. Y desde aquel tiempo conversé con aquellos que yo oía decir ser los más sabios y prudentes en esto. Y cuanto al mantenimiento pienso que nos bastará lo que Cyaxares ha de proveer; y cuanto á la sanidad lo que yo he oído y visto que muchas ciudades que han menester salud buscan médicos que la procuren. y los capitanes también por causa de los soldados sacan los médicos de sus casas. Así también yo, después que vine á esta dignidad de capitán, procuré todo esto, y pienso, padre, que tendré conmigo hombres bastantes que sepan muy bien el arte de medicina.»

A esto dijo el padre: «Pero esos médicos, hijo, son así como unos remendones de vestiduras rotas, que cuando algunos enferman entonces los cu-

ran, (1) pero la cura de su salud ha de ser tu cuidado, el cual has de tener mucho más piadoso y entero que no los médicos, porque desde principio has de tener cuidado que no te enferme el ejército.—Y ¿por qué vía, padre, dice Cyro, podría yo hacer eso?» Respondió Cambyses: «Si hubieres de estar algún tiempo en alguna parte, has de procurar primero de asentar el real en lugar sano, en lo cual no podrás errar si tuvieres cuidado, porque no cesan los hombres de hablar de los lugares que son enfermos y sanos; y de lo uno y de lo otro dan testimonio las disposiciones de los cuerpos, y las colores de los rostros. Y no basta solamente considerar los lugares, sino también tener muy gran cuidado de tí que estés sano.

—Para eso, dice Cyro, yo procuro primeramente nunca comer hasta hartarme; porque esto es cosa muy grave y pesada, y después con trabajo del cuerpo digerir y gastar la comida. Y desta manera parece que me durará más la sanidad, y cobra más fuerzas el cuerpo.—Pues desta suerte y manera, hijo, dice Cambyses, has de mirar por los otros.—¿Qué espacio, dice Cyro, tendrán los soldados para ejercitar sus cuerpos? —No solamente, hijo, dice, es bien que se ejerciten, pero totalmente es necesario. Porque es menester sin duda, si el ejército quiere hacer siempre su deber, que nunca cese ó de hacer mal y daño á los enemigos, ó de hacerse bien y provecho á sí. Porque si es dura cosa mantener un hombre ocioso, más dura es, hijo, mantener una casa entera, y mucho más dura mantener todo un ejército ocioso. En el ejército hay muchas bocas que comen, no capitanes, ni soldados, ni caballos solamente, sino otras menudencias de hombres y

(1) Es cosa más excelente prevenir que la gente no enferme, que curarla después.

animales de servicio, en quien largamente se consume y se gasta, y aun no con concierto, todo lo que se puede haber; y así nunca conviene estar ocioso al ejército.

—Dices, padre, según me parece, que así como no hay provecho ninguno del labrador ocioso, así tampoco no hay ningún provecho del capitán ocioso. Y aquel tengo yo por capitán diligente que, si Dios no se lo estorba, trabaja porque los suyos tengan las provisiones necesarias, y sus cuerpos muy bien tratados. Pero para que puedan mejor ejercitarse en todas las obras de guerra, me parece conviene ponerles algunas contiendas y desafíos, y prometerles sus premios y joyas al que bien lo hiciere; y desta manera los tendré ejercitados más para poderme servir mejor dellos cuando viere que es menester.—Bien dices, hijo, respondió Cambyses; y si esto haces, ten por cierto que verás tus escuadrones ejercitados como conviene, y puestos en tal orden y concierto en sus cosas de guerra, que te parezca no menos acordado y dispuesto todo, que un coro de cantores muy concertados, donde del orden particular que cada uno guarda resulta la armonía que tanto aplace.

—Pues para poner ánimo y corazón á los soldados me parece, dice Cyro, que no hay cosa más eficaz que darles muy buenas esperanzas. — Eso, hijo, dice Cambyses, es ni más ni menos que si alguno animase los perros en la caza con un mismo apellido, así cuando no ve caza, como cuando la ve; porque al principio son obedientes, mas si muchas veces los engañan, cuando de veras viendo la fiera los llaman, no quieren ir tras ella. Así también acaece en las esperanzas, que si muchas veces da alguno buenas esperanzas á los hombres y los engaña, cuando este tal les muestra las esperanzas verdaderas no le creen.

Por lo cual no ha de decir ningún General aquello que no sabe bien, y esto conviene mirarlo mucho, aunque algunos veamos que así quieren errar. Así que entonces ha de animar y poner corazón á los suyos, cuando viere los grandes peligros al ojo, para que tengan más crédito sus palabras.

—Por Dios, padre, dice Cyro, que me parece que dices bien, y que me es agradable oirlo. Mas en cuanto toca á hacer los soldados obedientes, no me parece que estoy sin experiencia, porque tú me lo enseñaste esto desde niño, constriñéndome obedecerte á tí, y después que me entregaste á los maestros, aquéllos también hacían lo mismo. De aquí cuando vine de estar entre los mancebos nuestro rector tenía grandísimo cuidado desto; y también muchas leyes, según perece, nos enseñan especialmente estas dos cosas, que son: saber mandar y ser mandados. Así que, pensando bien en esto, en todas las cosas me parece que veo que el obedecer consiste en la amonestación que loe y honre al obediente, y al desobediente deshonre y castigue.

—Para que sean obedientes por fuerza, hijo, dice Cambyses, ése es el camino; pero otro hay muy mejor y más corto para que lo sean de su voluntad y de su grado. Porque al que tienen los hombres por más prudente (1) que ellos para lo que toca á su utilidad y provecho dellos mismos, á este tal de muy buena gana le obedecen. Que esto sea así, conocerlo has en otras muchas cosas, pero más en los enfermos, que de buen grado llaman aquellos que saben que les han de mandar lo que les cumple; y en la mar también lo verás, donde alegremente obedecen al piloto

(1) Que á los que han de señorear y mandar á otros conviene tener para con ellos opinión de sabios.

los navegantes; y los que caminan, si piensan que alguno sabe el camino mejor que ellos, nunca lo quieren dejar. Mas cuando piensan que obedeciendo han de haber algún mal, ni quieren parar mientes en sus daños, ni se mueven con dádivas ni promesas; porque no hay nadie que de su gana reciba los dones que son para su mal.

—Luego quieres decir, padre, que para tener los soldados obedientes no hay cosa más eficaz que parecer el capitán más prudente que sus súbditos á quien manda y sea tenido por tal.—Así lo digo, dice Cambyses.—Pues ¿cómo padre, dice Cyro, podrá alguno en breve dar esta opinión y parecer de sí á los otros?—No hay camino más cierto para esto, dice Cambyses, que ser prudente de veras en aquellas mismas cosas en que quieres parecer serlo (1). Y si cada cual dellas considerares por sí, conocerás que digo verdad. Porque si quieres parecer buen labrador, ó buen hombre de caballo, ó buen médico, ó buen músico, no lo siendo, piensa cuánto te conviene maquinar, revolver y trabajar por parecerlo. Pues si persuades á muchos que te alaben para alcanzar gloria y honra, y para conseguir cualquiera cosa destas hicieres grandes aparatos, y desta manera engañaras las gentes, esto no se podrá fingir ni disimular mucho tiempo; porque á la hora que se haga la experiencia serás descubierto y reprendido, y al fin parecerás arrogante y vanaglorioso y ostentador.

—Pues para no caer en ese yerro, respondió Cyro, ¿cómo será uno prudente de veras?—Claro está, hijo, dice Cambyses, que todo lo que se puede aprender lo sabrás aprendiendo de la misma manera que apren-

(1) Haciendo las cosas con prudencia fácilmente se alcanza de los otros que nos tengan por prudentes.

diste á ordenar los escuadrones. Y lo que no pueden aprender los hombres, ni ver ni conocer por humana prudencia, conviene que lo sepan de los dioses con el arte de adivinar; y así serás más prudente que los otros: mayormente si procuras hacer aquello que sabes que es muy bien que se haga, porque tener cuidado de lo que conviene es oficio de varón prudente. Y ser querido y amado de los súbditos á quien manda, que es lo más principal, se adquiere por la misma vía que si alguno quiere ser amado de los amigos: lo cual, según pienso, no se puede alcanzar de otra manera que haciendo bien públicamente á todos. Aunque esto, hijo, es cosa difícil, poder hacer bien á todos los que quieras. Pero puede muy fácilmente hacerse esto (que es en alguna manera lo mismo): dar á entender y mostrar que se goza con aquellos que les viene algún bien, y le pesa con su mal, y ayudarles de buena gana y liberalmente en sus necesidades, y encaminarlos que no yerren, y trabajar de proveer que no sean engañados: en lo cual todo se ha de mostrar compañero.

Como si fuere verano, conviene que al capitán le vean sus soldados cómo le cabe la más parte del sol: si es invierno, la más parte del frio; y si es menester trabajar, la más parte de los trabajos: todo esto aprovecha mucho para ser amado de los suyos.—De manera, padre, que según eso que has dicho, conviene que el príncipe ó capitán sufra más en todo que no sus súbditos.—Así lo pienso, dice Cambyses. Mas por eso no dejes de tener buen ánimo, y tener por cierto que aunque son semejantes los trabajos del cuerpo del señor y del súbdito, no tienen semejantes efectos. Porque la gloria y honra hace más livianos los trabajos del príncipe y capitán, mayormente que sabe y conoce que es público y notorio todo lo que él hace.

—Pero dime, padre, cuando los soldados tienen las provisiones necesarias, y tienen sanidad, y pueden trabajar, y están ejercitados en las artes de guerra, y desean mostrarse valientes y esforzados, y quieren antes hacer lo que les mandan que no rehusarlo, ¿entonces no te parece que será sabio el capitán que quisiere de presto encontrar con los enemigos?—Sí por cierto, dice Cambyses, si es en tiempo que conozca tenerles ventaja, y si no, no; porque tanto cuanto yo más pensare que soy mejor yo y los que me siguen, tanto más me guardaré, así en esto como en todas las otras cosas que se tienen en mucho, las cuales no se deben de intentar de hacer sino en su tiempo y con gran seguridad.

—Veamos, padre, ¿cómo se podrá tener ventaja á los enemigos?—Por Dios, hijo, respondió Cambyses, que no preguntas mal, ni es poco dificultoso responder á lo que ahora me pides; pero en resolución has de saber que el que ha de alcanzar eso ha de ser tan sagaz que para bien hacer esto ha de usar de las mañas y ardides que usan los salteadores ó robadores de caminos, que es de asechanzas, disimulaciones, cautelas, cautelosas ficciones, hasta conseguir su fin, que es de hurtar ó robar lo que quieren; y sobre todo, les conviene el secreto para que sin ser sentidos ni entendidos consigan lo que desean de sus enemigos.» A esto Cyro riéndose respondió: «¡Válgame Dios! ¿pues cómo, padre, tal hombre cual es el que ahora acabas de decir que ha de ser el que ha de hacer ventaja á su contrario, me aconsejas, padre, que sea yo?—¿Qué tal, hijo, piensas que digo ha de ser? Por cierto si tú fueres cual yo digo, tú serás no como tú piensas, sino varón justísimo, y guardador de las leyes.

—¿Pues por qué cuando éramos niños y mancebos nos enseñabais lo contrario desto?—Así es verdad, dice

Cambyses, y aun ahora también los enseñamos para con los amigos y ciudadanos; mas para hacer mal á los enemigos, ¿no sabes que aprendisteis muchas ruindades?—No lo sé, padre, dice Cyro.—¿Pues por qué causa, dice Cambyses, aprendíais á tirar el arco, á tirar el dardo? ¿por qué causa tomabais los puercos jabalíes en redes y en cepos y en maderos? ¿por qué los ciervos con lazos y cuerdas? ¿por qué peleabais con los leones y osos, tigres y leones pardos no á la par, sino que con alguna ventaja tentabais siempre de pelear con estos animales? ¿no sabes que en todo esto para ganar la ventaja hay unas astucias, engaños y ardides y mañas.

—Así es cuanto á las bestias; pero si alguna vez yo diera muestra que tramaba asechanzas, ó quería engañar algún hombre, llevara buenos azotes del maestro.—Y aun por eso no os enseñábamos, dice Cambyses, tirar el arco ni el dardo contra los hombres, sino que os mostrábamos tirar al blanco, no para que hagáis mal á los amigos, sino para que cuando fuere menester en la guerra podáis tirar á los hombres y engañarlos hasta poder más que ellos. Y debes mucho considerar cómo esto que dices no os lo enseñamos á hacer derechamente contra los hombres, sino os acostumbramos á hacerlo contra las bestias fieras, y aun no contra las mansas y de poco poderío, sino contra las feroces y rebeldes; y así por el consiguiente has de entender que de nada de lo dicho has de aprovecharte para por esta vía poder empecer á los amigos ni súbditos, sino para que cuando hubiese guerra no estuvieseis faltos de ejercicio.

—Pues luego, replica Cyro, si es útil y provechoso saber hacer bien y mal á los hombres, deberías de enseñar ambas á dos cosas contra los hombres.—Cuentan, hijo, dice Cambyses, que entre nuestros pasados

fué un varón maestro de los mancebos que enseñaba á los muchachos la justicia, tal como la que ahora dices tú, y la injusticia, que es á no mentir y engañar, á no calumniar y calumniar, á no querer más y querer más; y ponía su tasa en esto, para que todos entendiesen qué se debía hacer con los amigos y qué contra los enemigos. Y procediendo adelante en esto, enseñaba que era justo engañar á los amigos por su bien, y hurtar lo de los amigos por su bien.

»Pues el que esto enseñaba tenía necesidad de ejercitar los muchachos á hacerlo unos entre otros; como dicen que los Griegos enseñan en la lucha que para poder y saber bien hacerlo, era lícito luchando usar de mañas y engaños los muchados unos con otros. Y como hubiese alguno de tan buen ingenio para saber bien engañar, y para saber alcanzar más, y aun por ventura de buen natural para saber ganar lo ajeno, no se abstenían de lo de los amigos, sino que tentaban por todas vías haber sus bienes dellos. Desto vino á darse la orden (1) que aún hasta ahora usamos, que es de que los preceptores siempre enseñen simplemente á los muchachos, así como enseñamos á los criados para con nosotros, para que digan y usen verdad, y no engañen ni hurten, ni codicien lo ajeno; y castigar al que lo contrario hiciere, para que acostumbrándose con esta costumbre, se hagan más buenos y mansos ciudadanos.

Pero después que tienen la edad que tú ahora tienes, nos pareció que era cosa segura enseñarlos que aun para con los enemigos guarden lo que las leyes y derechos mandan y disponen. Porque no tenemos

(1) Antiguamente enseñaban las virtudes y vicios, y visto que la naturaleza humana es más inclinada á lo malo que á lo bueno, se comenzó á enseñar sólo lo que pertenece á virtud.

miedo ni sospecha que vendréis á parar, ni aun guiáis á ser duros y malos ciudadanos, pues que estáis criados á teneros vergüenza los unos á los otros. Bien así como de las cosas de amores no hablamos á los muy mancebos, por no añadir ruindad á su deseo grande, para que usen dél desordenadamente; así también ya no enseñamos á hacer mal á los enemigos, porque no uséis de lo que así aprendiereis con los amigos.—Pues ruégote por Dios, padre, dice Cyro, que á mí, como á tardío de ingenio, si tienes algo desas maneras de tener ventaja, no dejes de enseñármelo, para que tenga mas aviso y sagacidad que los enemigos.

—Trabaja, dice Cambyses, hijo (1), en cuanto pudieres, que con tu gente puesta en ordenanza acometas los enemigos desordenados, y con los armados á los desarmados, y con sobresalto á los que duermen, y de repente é improviso da sobre los que se parecen y vienen descubiertos, y estando en lugar difícil recíbelos en lugar llano y seguro.

—¿Y cómo, padre, dice Cyro, podrá alguno tomar los enemigos en estos yerros?—Porque, hijo, dice, por fuerza habéis de dar muchas ocasiones para ello, así vosotros como los enemigos: los unos y los otros de necesidad habéis de ir á buscar de comer: ambos ejércitos habéis de dormir y reposar, y á la mañana os conviene partir casi todos juntos á buscar lo necesario, y de necesidad os habéis de servir de unos mismos caminos, cualesquiera que sean: lo cual todo has de considerar muy bien. Y en aquello que os conocéis ser débiles y flacos (2), en aquello os habéis de guardar en gran manera; y en lo que conocéis que los

(1) Excelentes ardides de guerra.
(2) Las ventajas que se pueden tener y ganar unos á otros.

enemigos son fáciles de tomar, en aquello principalmente los habéis de acometer.

—¿Por ventura, dice Cyro, en solas estas cosas que has dicho hemos de procurar de valer más que ellos, ó también en otras algunas?—En otras mucho más, hijo, dice Cambyses. Porque es así que en estas por la mayor parte todos tienen sus guardas y centinelas muy buenas, porque sabe que son necesarias: mas los que engañan los enemigos pueden mostrando osadía tomarlos desapercibidos, y haciendo que no los ven para seguirlos y desbaratarlos; y fingiendo que huyen, sacarlos á lugar difícil, y allí acometerlos.

»Así que conviene, hijo, dice Cambyses, que después que hubieres aprendido todo esto, que no solamente uses lo que hubieres aprendido, sino que tú también de tí mismo inventes y hagas otras cosas contra los enemigos, como hacen los músicos, que no solamente usan de aquellos cantos y sones que aprendieron, sino que tientan de hacer otras nuevas melodías. Y bien así como en la música es más estimado lo nuevo, lo fresco y florido, así también en la guerra son tenidas en más las nuevas artes é invenciones, por ser estas las que pueden engañar más los enemigos.

»Que aunque tú, hijo, no usases otra cosa contra los enemigos, sino aquellas astucias y diligencias, los aderezos, nuevas maneras de peligros que inventabas y procurabas para contra los pequeños animales que cazabas, podrás sin duda valer mucho más con los enemigos.

»Tú (1) por cazar las avecitas te levantabas en lo más recio del invierno, andabas de noche, y antes que se moviesen las aves las tenías armados los

(1) Comparación de las cosas de la caza á las de la guerra.

lazos que traías para ello, y el moverte de un lugar á otro tan secreto y sosegado lo hacías, que era como si no te movieras, y tenías algunas otras aves tan enseñadas que te servían para tu provecho y engañaban las otras aves de su casta, y tú estabas puesto en asechanzas escondido de manera que las pudieses ver y ellas no te pudiesen ver á tí, y tenías cuidado de prevenirlas y cogerlas antes que huyesen.

»Pues para contra la liebre porque se apacienta de noche en oscuro, y huye del día y de lo claro, criabas perros de caza, que con el olor por el rastro la hallaban; y la que huía mucho después de hallada, tenías otros perros enseñados para alcanzarla corriendo por pies; y la que destos también se escapaba, teniendo de antes sabidos los caminos por do iban, y los lugares donde se suelen acoger, y donde son tomadas de los cazadores, aquí en éstos ponías tus redes tendidas, de manera que no se pudiesen ver, para que cuando más huyese cayese ella de suyo y se enredase. Y para que tampoco se escapasen de aquí, ponías algunos en espía, que estando cerca sobreviniesen de presto, y tú por detrás dándole voces á su tiempo, espantabas la liebre voceando, hasta que atónita se asiese y se enlazase más. Y los que estaban delante puestos en asechanzas enseñándoles á que estuviesen callando y con silencio los hacías estar escondidos.

»Pues, como he dicho antes, si quieres ordenar y intentar esto todo contra los hombres, no sé yo si te quedará algo por hacer, y usar de lo que las artes de guerra pueden enseñar. Mas si alguna vez tuvieres necesidad de pelear en campo abierto cara á cara con los enemigos, venir á las manos los unos con los otros armados y trabar batalla; entonces, hijo, los que tuvieren mejores aparejos llevarán lo mejor y podrán más. Estos aparejos digo que son estar los solda-

dos muy ejercitados en los cuerpos, y muy despiertos en los ánimos, y muy instruídos en las artes de guerra.

»Pero esto te conviene que sepas, (1) que todos aquellos que tú tienes por tales que te obedecerán, todos aquellos te tendrán por tal que creen has de saber aconsejar su bien y mirar por ellos. Pues luego no te descuides jamás, sino que de noche pienses qué es lo que deben hacer los tuyos cuando fuere de día; y entre día cómo se harán las cosas muy bien de noche: cómo se ha de poner en orden el ejército para la batalla: cómo se ha de llevar el ejército de día y de noche; si por caminos estrechos ó anchos, si por montes ó por llanos: cómo se ha de asentar el real, dónde se han de poner las guardas y centinelas de noche y de día: cómo has de mover el ejército hacia los enemigos ó apartarle dellos, ó cómo se ha de llegar á la ciudad ó á los enemigos, ó desviarle dellos: cómo ha de pasar las selvas y bosques y los ríos: cómo se deben guardar de los de caballo, y los flecheros. Y si (2) cuando tienes puesto el ejército en cuernos y sobrevienen los enemigos, cómo has de revolver y ponerle de otra suerte en orden. Y si cuando van en escuadrones ordenados, y vienen por otra parte los enemigos, y no de frente, cómo conviene encontrarlos al través. Y cómo podrás mejor sentir las cosas de los enemigos, y que ellos en ninguna manera sepan las tuyas. Todo esto qué menester es decírtelo yo ahora,

---

(1) Cuáles han de ser los cuidados del capitán, y en qué ha de pensar.

(2) La orden de pelear antigua fué poner una frente cuadrada con dos puntas á los lados, en la forma que quedará el hombre si tiene los brazos hasta fuera no muy derechos; la frente de la gente será el ancho del cuerpo, las puntas serán los brazos. A estas puntas llamaban cuernos, y solíanlos poner de muchas maneras.

pues que todo lo que yo sé lo has oído muchas veces; y si alguno parecía que sabía algo, no te descuidaste de aprenderlo. Conviene pues, cuando acaeciere lo semejante usar de aquellos preceptos que vieres te pueden aprovechar.

»También, dice, hijo, aprende esto de mí principalmente, que sin sacrificios (1) y agüeros, ni contigo solo, ni con el ejército te pongas á peligro ninguno, considerando que los hombres eligen los negocios más por conjetura que no porque sepan de quién les ha de venir el bien. Lo que puedes conocer y entender por los sucesos varios de las cosas. Porque ha habido muchos que parecían ser hombres sapientísimos, que persuadieron á las ciudades á que tomasen la guerra contra algunos, y persuadidas por sus consejos se perdieron. Muchos adelantaron y aumentaron á personas particulares, y á ciudades, de las cuales cosas así ensalzadas y acrecentadas, recibieron después los mismos males y daños. Muchos también á aquellos de quien pudieran usar como amigos y hacerles bien, y recibirlo dellos, queriendo más usar dellos como siervos que como amigos, tuvieron dellos la pena y castigo que merecían. Otros no se contentaron con la parte que les bastaba para vivir con deleite y á su placer, sino que deseando ser señores de todo, perdieron aun aquello que tenían. Otros, después de haber alcanzado las riquezas que deseaban, por causa dellas mismas perecieron.

»Así que la humana sabiduría no sabe más elegir lo bueno que si echando suertes hiciese aquello que sa-

---

(1) Nota si los gentiles pedían favor á sus Dioses de burlas, ¡cuánta más obligación tienen de hacerlo los cristianos al verdadero Dios!

liese acaso; mas Dios, hijo, sabe lo pasado, y lo presente y lo porvenir, y á los hombres que le piden su consejo, si les es favorable, les significa de antes lo que han de hacer ó no; y si no lo quiere aconsejar, no es de maravillar, porque no tiene necesidad de tener cuidado de lo que el no quiere.»

LIBRO SEGUNDO.

ARGUMENTO.

Cyro antes de partirse á la guerra contra los Asyrios con Cyaxares su tío, la fué á hacer él solo á los Armenios, cuyo Rey se había rebelado y no quería pagar el tributo á Cyaxares. Cuenta Xenofonte muy á la larga cómo se aderezó Cyro para esta guerra, y los ardides que propuso de usar en ella, y cómo ordenó su ejército, para que siempre guardase el mismo concierto, y la manera que tenía de tratar, y conversar y consultar con los suyos. Al fin entró por la tierra del Rey de Armenia, y puso sus celadas y aparejó sus ardides.

CAPÍTULO I.

Andando así razonando, llegaron hasta los términos de Persia, y como les pareciese una águila á la mano derecha, la cual parecía que los guiaba, tomándolo por buen agüero, hicieron su oración á los Dioses y héroes (1) que están en la tierra de Persia, rogándoles que los enviasen con su favor y gracia, y así pasaron de los términos. Después de entrados en tierra de Media, otra vez hicieron su oración á los Dioses que son

(1) Héroes llamaba el error de los gentiles á los hombres muy señalados, los cuales, después de muertos, por sus grandes hechos decían que alcanzaban á ser casi divinos.

patrones y abogados de Media, para que los recibiesen alegremente. Y esto así hecho, se abrazaron amorosamente ambos á dos, y Cambyses se tornó á Persia, y Cyro seguía su camino para Media á Cyaxares su tío.

Cuando Cyro fué llegado en Media á Cyaxares, primero se saludaron y abrazaron como era razón, y luégo le preguntó Cyaxares á Cyro qué ejército traía, el cual respondió que traía treinta mil hombres, «de aquellos, dice, que antes por sueldo vinieron á vosotros, y también vienen otros que nunca salieron de su tierra, que son de los Omótimos.—¿Cuántos serán esos? dice Cyaxares.—El número bien sé yo que no te contentará cuando le oyeres, dice Cyro; pero has de pensar que estos pocos nombrados Omótimos fácilmente mandan á todos los otros Persas, que son infinitos. ¿Por ventura tienes necesidad déstos, ó de qué temes? ¿Es por ventura que no vienen los enemigos? —Sí vienen, dice Cyaxares, y muchos ciertamente.—¿Cómo lo sabes? dice Cyro. Respondió Cyaxares:—Porque muchos que de aquellas partes vienen lo dicen, cada cual de su manera, y todos afirman lo mismo. Así que de necesidad hemos de pelear con esta mucha gente.

—¿Cómo, dice Cyro, aun no me has dicho las fuerzas de los enemigos, ni tampoco las nuestras, para que sabidas ambas, consultemos sobre ello cómo podremos mejor pelear?—Oye, dice Cyaxares: Creso, rey de Lydia, dicen que trae diez mil de caballo, y de flecheros y hombres de escudo más de cuarenta mil. Artamas, príncipe de la gran Frygia, dicen que trae ocho mil de caballo, y de hombres de lanza y de escudo no menos de cuarenta mil. Aribeo, rey de Capadocia, trae seis mil de caballo, y de ballesteros y de hombres que traen escudo no menos de treinta mil. Maragdón,

árabe, trae diez mil de caballo y cien carros de guerra y de tiradores de honda trae muy grande copia. Y los Griegos que moran en Asia no se sabe de cierto si vienen con ellos. Mas los de aquella parte de Frygia que linda con el Helesponto, dicen que se juntan con Gabeo, que tiene en los campos Caystrios seis mil de caballo, y diez mil de escudo. Y los Caras y Cilices y Paflagones dícese que no vienen, aunque han sido llamados. Y el Rey de Asyria, que tiene á Babilonia y toda la otra Asyria, pienso yo que trae no menos de veinte mil de caballo, y de carros de guerra, según que sé de cierto, no más de doscientos, y mucha infantería; porque así lo acostumbra hacer cada vez que nos entra la tierra.

—De manera, dice Cyro, que tú dices que hay de los enemigos sesenta mil de caballo, y hombres de escudo y flecheros más de doscientos mil. Ahora, pues, cuéntame los tuyos cuántos son.—Serán, dice Cyaxares, más de diez mil Medos de á caballo, y hombres de escudo y flecheros serán de nuestro reino á lo menos sesenta mil, y de los Armenios, nuestros vecinos, que vendrán en nuestra ayuda, serán cuatro mil de caballo y veinte mil infantes.—Luego según tú me cuentas, dice Cyro, tenemos menos de la tercia parte de gente de caballo que los enemigos, y de hombres de pie casi la mitad menos.—¿Pues cómo, dice Cyaxares, piensas que son pocos los Persas que tú dices que traes?—Si habremos menester más gente de guerra ó no, dice Cyro, después lo consultaremos: ahora quiero que me digas la manera de pelear de los unos y de los otros qué tal es.

—Casi toda es una misma manera, dice Cyaxares, la de todos; porque los suyos y los nuestros son flecheros y tiradores de azagaya y dardo.—Luego, dice Cyro, ¿de necesidad han de pelear con tiros, pues vienen armados con esas armas?—Así es, respondió Cyaxares.—

De manera que en tal caso, dice Cyro, la victoria será de los que fueren más, porque los pocos, heridos de los muchos, más presto serán apocados y acabados que no los muchos de los pocos.—Pues si así es, oh Cyro, dice Cyaxares, no podemos hallar cosa mejor que enviar á Persia, y mostrarles, que si los Medos lo pasan mal, que lo peor vendrá á los Persas, y juntamente con esto, pedirles más gente de guerra.—Esto quiero bien que sepas, dijo Cyro, porque aunque vengan todos los Persas, no podemos sobrepujar á los enemigos en número de gente.

—Pues luego, dijo Cyaxares, ¿qué otra cosa ves que sea mejor que esta?—Yo, respondió Cyro, si fuera que tú, haría muy en breve armas para todos los Persas que viniesen, tales cuales son aquellas que traen los que vienen con nosotros, nombrados Omótimos, conviene á saber: traen coseletes para los pechos, y traen un escudo para la mano izquierda, y traen un segur ó espada en la mano derecha. Si esto nos aparejas ó mandas aparejar, harás dos efectos, que podremos ir más seguramente á acometer de cerca los contrarios, y los enemigos escogerán antes de huir que no de esperar, y desta manera nos ponemos en orden á nosotros mismos para contra los que esperaren, y los que dellos huyeren, os echamos en las manos á vosotros y á los vuestros de á caballo, de manera que no tengan espacio para poder huir ni tornarse.»

Pues como esto acabase de hablar Cyro, y le pareciese á Cyaxares que decía muy bien, no curó de hablar más en enviar por más gente de guerra, sino mandó que les aparejasen todas las armas arriba dichas, y cuando casi las tenía acabadas y á punto, estando ya allí presentes los Omótimos de los Persas, que traían á cargo el ejército persiano, mandólos lla-

mar á todos que se ayuntasen, Cyro les hizo este razonamiento:

«Varones amigos (1): cuando os miro á vosotros de »la manera que estáis armados, y los ánimos que te»néis aparejados para venir á manos con los enemi»gos, no obstante al ver los Persas que os siguen ar»mados con tales armas que sólo desde muy lejos »pueden pelear, pudiera temer que siendo vosotros »los Omótimos pocos y desnudos de bastante compa»ñía que os ayude, encontrando con muchos enemi»gos recibiríades algún mal y daño. Mas ahora, pues, »que venís con cuerpos varoniles y muy esforzados, »en los cuales no hay que tachar, antes dais á enten»der que querríades estar ya en el efecto, y los com»pañeros han de tener también las armas semejantes »á las nuestras; á vuestro cargo es incitarles y desper»tarles los ánimos para la batalla, y ponerles mayor »ánimo y esfuerzo para ella. Que cierto no solamente »conviene al príncipe y caudillo que él mismo sea »bueno, pero juntamente debe tener cuidado de los »súbditos, y procurar que aquéllos sean muy buenos.»

Y después que así les habló Cyro, todos se alegraron, pensando que habían de pelear muchos en su ayuda; y uno dellos comenzó á decir desta manera: «Acaso os causará admiración, amigos, si yo aconsejo »á Cyro que hable por nosotros, cuando hubieren to»mado ya armas *iguales á las nuestras* aquellos que han »de pelear en nuestra compañía; pero yo conozco, »dice, que las razones de aquellos que pueden mucho »para hacer bien y mal en gran manera penetran los

(1) Oración de Cyro á los Omótimos, en la cual tanto los alaba que les muestra que tiene temor del peligro en que los podría poner su mucho esfuerzo, y con esta congoja los acaricia artificiosamente, para que lo que les ha de encomendar lo hagan de mejor gana.

»ánimos de los oyentes. Y si estos tales dan dones y »dádivas, aunque sean menores que los que suelen »dar los semejantes é iguales á los que los reciben, »los estiman en mucho más. Y por eso también los »Persas que aquí están ayuntados por Cyro, más ale»gremente recibirán su amonestación que la nuestra: »y los que nuevamente son de la orden de los Omóti»mos tendrán por más cierto y firme lo que hiciere el »hijo del Rey su capitán general, que no lo que nos»otros hiciéremos, aunque sea lo mismo. Mas no por »esto tampoco me parece que debemos nosotros des»cuidarnos en amonestar también por nuestra parte »los compañeros; antes por todas vías nos conviene »animar los corazones déstos, porque á nosotros es »útil y provechoso de cualquier suerte que ellos ven»gan á ser mejores.»

Pues Cyro, teniendo ya delante de sí todas las armas que á los Persas se habían de dar, para juntarlos con los Omótimos, mandó que todos se juntasen delante dél, y hablóles desta manera: «Varones »Persas (1), nacidos y criados sois en la misma tierra »que nosotros: y así como no tenéis peores los cuer»pos que nosotros, así también conviene que no ten»gáis más ruines los ánimos. Pues siendo tales en »vuestra patria, no participabais de iguales honras »que nosotros; no porque nosotros os lo estorbáse»mos, sino porque teníais necesidad de trabajar y »buscar la vida. Pero ahora, con la ayuda de Dios he »de cuidar yo de vuestra subsistencia; y así os será »lícito, si quisiéredes, tomando las mismas armas que

(1) Oración de Cyro á los Persas, en la cual con la memoria del beneficio que les ha hecho les obliga á cumplir con la dignidad en que los pone, y con la esperanza de poderla alcanzar con efecto, les pone ánimo para merecerla bien peleando.

»nosotros tenemos, aunque seais hasta ahora menores »en dignidad, entrar con nosotros en el mismo peli- »gro; y si alguno de vosotros se mostrare bueno y es- »forzado, podrá ser honrado igualmente que nosotros »lo somos.

»El tiempo pasado fuisteis también flecheros y tira- »dores como nosotros, y si no erais tan buenos, no es »de maravillar, porque no tuvisteis ocio como nos- »otros para os ejercitar en esto. Mas ya ahora, teniendo »como tenéis esta armadura, no tenemos más que »vosotros: ya tenèis cada uno el coselete en los pe- »chos, y la espada ó segur en la derecha, con que »conviene herir los contrarios, sin que sea menester »temer que no erremos hiriendo, como cuando tira- »mos el arco ó la honda. Pues en esto ¿qué es lo que »difiere uno de nosotros del otro sino en la osadía? la »cual no menos os conviene á vosotros mostrar que »á nos. El codiciar la victoria (1), que es aquella que »adquiere todo lo bueno y honesto, y lo conserva, »decid, ¿por qué ha de tocar más á nosotros que á vos- »otros? Y el mando y señorío, que es lo que da y otorga »todo lo de los vencidos á los vencedores, ¿por qué »razón es más necesario á nosotros que á vosotros?

»Con esto os he dicho todo lo que conviene; véis »aquí las armas, el que las ha menester tómelas, y »váyase á escribir luégo ante el centurión y capitán »de la compañía, por la misma orden que nos somos »escritos. Y el que se contentare con quedarse en »lugar de soldado jornalero (2), quédese en sus armas »de servicio.»

---

(1) Aunque les pudiera decir esto mismo de otra manera, pero háceles mención de los premios de la victoria porque más la deseen.

(2) Puesto delante tal denuesto, todos procuran evitar tal deshonra.

Así acabó Cyro de hablarles. Los Persas, oído esto, pensaron entre sí que si amonestados para trabajar en una misma cosa, y para alcanzar un mismo premio, no lo quisieren hacer, que toda su vida vivirían pobres de seso y de hacienda. Por lo cual todos se escribieron luégo, y todos tomaron las armas. Mientras que se decía que los enemigos venían, y no llegaban, en todo este tiempo Cyro procuraba de ejercitar los cuerpos de los suyos, para que cobrasen fuerzas, y enseñarles la ordenanza, é incitar y despertar sus ánimos para las cosas de la guerra.

Y primero tomando algunos ministros de Cyaxares, les mandaba que á cada cual de los soldados les diesen aparejado todo lo que habían menester: y esto así proveído, no les dejó otra cosa que hacer sino ejercitarse para la guerra: teniendo por cosa sabida (1) y cierta, que aquellos hombres se diferencian y aventajan de los otros, que no se ocupan ni divierten á muchas cosas, sino que en sola aquella se ocupan y ejercitan siempre en que principalmente desean salir excelentes. Por lo cual demás desto, quitándoles de los ejercicios de guerra, el ejercitarse en el arco y en toda manera de tirar, solamente les dejó que se ejercitasen en pelear de espada y de segur y escudo, armados con sus coseletes. Y con esto les aparejó los ánimos para que fuesen buenos, para ir determinadamente á encontrar y afrontar con los enemigos, ó se entendiese claro dellos que no valían nada para llevarlos á la pelea por compañeros. Lo cual tienen por cosa áspera y muy infame aquellos que saben que no por otra cosa los mantienen sino para que peleen por aquellos que los sustentan.

---

(1) Nota que los hombres divertidos á muchas cosas, en ninguna pueden ser tan perfectos como si se diesen á una sola.

Demás desto, considerando Cyro que más quieren los hombres ejercitar aquello sobre que hay competencia y contención, mandó pregonar contiendas de todas aquellas cosas en que era bien se ejercitasen los soldados: y también mandó pregonar, que cualquiera hombre particular fuese obediente á su capitán, y amigo de trabajo y de ponerse á peligro con discreción, y que supiese bien las cosas de la guerra, y que fuese pulido en las armas, y amigo de honra y prez sobre todo. Y que el quincurión (1) se hubiese como cualquiera buen soldado particular, é hiciese que su cuadrilla fuese tal en cuanto él pudiese. Y el decurión (2) asimismo la suya: y al primípilo (*) ó caporal de la escuadra, y al centurión (3) ó capitán de cien hombres le encargó que tuviese muy obediente y muy animosa toda la capitanía. Y á cada cual de los otros capitanes que tenían cargo, les pidió que sin más mandárselo, tuviesen cuidado de lo que convenía á los suyos; y que también procurasen que los suyos que tenían á cargo hiciesen su deber.

Y también les prometió sus premios, declarando que á los centuriones ó capitanes que gobernasen bien sus compañías les haría tribunos (4) coroneles: y á los caporales de escuadras que hiciesen muy buenos los soldados de su escuadra los haría capitanes: y á los decuriones caporales de escuadra: y á los quincuriones haría decuriones; y que el particular que se mostrase muy bueno y esforzado soldado le haría quincurión. Tenían las personas destos cargos por honra

(1) Quincurión es caporal de cinco hombres.

(2) Decurión es capitán de diez hombres.

(*) Primipilo llama Gracián al cabo de escuadra; cada escuadra constaba de veinticuatro hombres.

(3) Centurión es capitán de cien hombres.

(4) Chiliarco ó tribuno es coronel de mil hombres.

principal ser obedecidos y acatados de los suyos á quien mandaban; y demás desto tenian otras honras que se seguían tras esta. Dábales mayores esperanzas á los que lo merecían y eran dignos de loor, si acaso en aquella jornada les sucediese bien.

Mandó publicar premios de victoria á todas las capitanías y á todas las escuadras, y á todas las compañías si se mostrasen obedientes á sus caudillos, é hiciesen prestamente lo que les mandasen. Y estos premios eran tales, cuales convenía para tanta multitud de gente. Esto era lo que se pregonaba y ejercitaba en el real.

También les mandó aparejar sus estancias y tiendas en multitud, según el número de los capitanes; y en grandeza, segun que bastaba á cada escuadrón ó capitanía, y cada cual capitanía tenía cien hombres. Y así estaban alojados por capitanías. (1) Parecíale á Cyro que el habitar en unas mismas tiendas era de suma importancia, porque así veían que todos eran sustentados de un mismo modo, y por lo mismo sin excusa para ser más cobardes que sus compañeros con los enemigos. Parecíale también que aprovechaba mucho, para que se conociesen los unos á los otros, que estuviesen juntamente en unas mismas estancias: porque conociéndose todos, se tienen más vergüenza entre sí; y los que no se conocen, parece que están más inclinados á hacer en cualquier ruindad. Bien así como los que están en oscuridad y tinieblas donde nadie lo pudiese ver.

También le pareció á Cyro que para saber mejor lo que hacían los de cada capitanía, aprovechaba mucho que estuviesen todos juntos en unas mismas tiendas y estancias. Y los centuriones y capitanes

(1) Orden y concierto del ejército de Cyro.

tenían so su mando sus compañías, como cuando caminaba cada cual por sí: y los primípilos, ó cabos de escuadra, las suyas; y semejantemente los decuriones y quincuriones. Porque tenía por muy bueno que se conociesen los escuadrones, para que no se desconcertasen, y si fuesen desconcertados, tornasen de presto á ponerse en orden y concierto. Bien así como las piedras y los maderos, si es menester componerlos, aunque estén apartados cada cual por sí, se juntan y componen si tienen sus señales para que se conozcan de qué lugar es cada uno. También le parecía muy provechoso que se criasen y mantuviesen juntamente, para que no se desamparasen los unos á los otros; pues vemos las bestias y animales que se crian juntas, que tienen muy gran cariño y deseo si las apartan unas de otras.

También procuraba Cyro esto, que nunca viniesen á comer ó á cenar sin haber primero sudado trabajando. Así que, ó los sacaba á caza para que sudasen, ó inventaba tales juegos que los hiciese sudar; ó si era menester hacer algo, el primero les precedía con su ejemplo, con comenzar él la obra, para que no tornasen sin sudor. Esto le parecía ser necesario para que comiesen de mejor gana y el manjar les fuese más suave, y para sanidad del cuerpo y poder mejor trabajar. Y también pensaba que eran buenos los trabajos para que fuesen más mansos entre sí; pues vemos que los caballos que trabajan, juntamente están más mansos. Finalmente, son más animosos para contra los enemigos aquellos que se conocen estar bien ejercitados.

Demás desto, mandó Cyro que le aparejasen su tienda para él, cual fuese bastante para caber él y los que convidaba á comer: y por la mayor parte convidaba los capitanes cuando había oportunidad: otras

veces á los cabos de escuadras, caporales, y aun á algunos soldados rasos; y algunas veces toda una escuadra, y toda una compañía. También convidaba y honraba á algunos otros particulares, cuando veía que hacían aquello que el quería que todos hiciesen. Lo que les ponía delante era siempre igual á él y á los convidados.

A los ministros y oficiales del ejército asimismo les mandaba dar raciones iguales y bien cumplidas. Porque le parecía que eran dignos de tanta honra los que servían en el ejercito como los oradores y embajadores: pues pensaba que iba mucho en que éstos fuesen fieles y leales, y que supiesen y entendiesen muy bien las cosas de la guerra, y fuesen hábiles, animosos, ligeros, activos é intrépidos. Demás desto, conocía bien Cyro que todo aquello que tienen los que son tenidos por muy buenos, todo aquello convenía que tuviesen los ministros, y que lo ejercitasen, para que no rehusen ninguna obra, sino que piensen que les cumple todo aquello que el príncipe y capitán les mandare.

CAPÍTULO II.

También procuraba Cyro, cuando estaba con los otros en su tienda, (1) que las razones que se hablasen fuesen graciosas, y que moviesen y despertasen los ánimos para lo bueno. Entre las otras pláticas que entre él y los suyos había, sucedió una vez que él moviese ésta: «Quiéroos preguntar, oh amigos míos,

(1) La manera de conversar que Cyro tenía con los suyos.

que me digáis si os parece que hay alguna diferencia destos nuestros soldados á nosotros en que no son doctrinados á nuestro modo; ó si es así que no nos diferenciamos nada dellos en la común conversación ni en el pelear.»

Entonces respondió Hystaspes diciendo: «Cómo ellos se habrán en la guerra ó cómo no, yo no lo sé: á lo menos en las conversaciones, por Dios que algunos dellos son terribles y pesados y desabridos. Poco ha que Cyaxares envió á cada capitanía de las carnes de los sacrificios, y á cada uno de nosotros le cupo tres pedazos de carne, ó más, de aquellas que traían; y comenzó el cocinero á repartirlas tomando el principio de mí y así pasó uno á uno por todos los que allí estábamos: la segunda vez, queriendo hacer lo mismo, mandéle que comenzase desde el postrero, y lo repartiese hacia atrás. Entonces, dando voces un soldado de los que estaban sentados en medio de la mesa, dijo: «Por Dios que la cosa no va ordenada con igualdad, »pues nunca se comenzará á repartir desde nosotros »que estamos enmedio.»

»Oyendo yo esto, pesóme en gran manera que aquél pensase se le había de dar menos que á nosotros; llaméle que viniese luégo á mí, lo cual él hizo obedeciendo de buena voluntad. Después que llegó á nosotros lo que se repartía, como éramos ya los que tomábamos á la postre de todos, quedaron muy pequeños los pedazos que se nos habían de dar. Entonces aquél, ensañándose muy terriblemente y á la clara, dijo contra sí mismo: «En mal hora aquí me pasé,» al cual yo le respondí: no te pene, amigo, que otra vez comenzará el repartimiento desde nosotros, y tú serás el primero que tomes lo más. Y en esto traían la tercera parte de las carnes que quedaba, y aquél tomó el segundo tras mí: después, como tomase el tercero,

y le pareciese á éste que yo llamé que aquél otro había tomado más que no él, arrojó el pedazo que tenía, para tomar otro mayor.

»Y el cocinero, pensando que no quería ya más, pasó de largo sin que aquél tomase nada, y así, se quedó en blanco. Entonces á aquél le pesó en tanta manera de lo que había acaescido, viendo que no quedaba ya más de que él pudiese tomar que lo que le había quedado en el plato de lo que había tomado antes, por estar turbado y airado de descontento y desabrido, lo trastornó. El cabo de escuadra que estaba á par de nosotros, viendo esto, comenzando á plegar las manos, se finaba de risa, y yo también fingía que tosía, porque no podía tener la risa. Ves aquí, Cyro, te muestro cuál era uno de aquellos soldados.»

Así que todos se rieron dello como era razón. Otro capitán dijo: «Éste, según parece, Cyro, tropezó con un hombre inquieto; pero yo, como tú nos amonestaste cuando nos enviaste á las capitanías, y mandaste que cada cual enseñase su compañía lo que de tí habíamos aprendido; yo también, como hacían los otros, luego que hube llegado, enseñaba una escuadra, y habiendo puesto en la delantera un primípilo y después dél un mancebo varonil, y los otros donde veía que convenía, paséme yo al frente, y mirando el escuadrón, cuando me pareció que era tiempo mandé que se moviese.

»Entonces aquel mancebo varonil, pasando delante al cabo de escuadra, fué el primero que salió, y yo como le ví, dije:—Hombre, ¿qué es lo que haces?—Y él me respondió: «Voy donde me mandas.» Entonces yo le dije:—No solamente á tí, pero también á todos mandaba ir.—Oyendo aquél esto, volvióse á los compañeros de su escuadra y díjoles: «¿No oís, cómo nos manda á todos salir?» Todos los soldados, pasando al cabo

de escuadra, vinieron á mí. Mas después que el cabo de escuadra los retiró en su lugar, se enojaban y decían: «¿Á quién hemos de obedecer? El uno nos manda salir, y el otro nos los veda.» Y yo sufriendo esto mansamente, los torné á poner en orden de presto, mandándoles que ninguno de los postreros se moviese antes que procediese el primero, sino que todos mirasen solamente esto, que siguiesen en pos del primero.

»Pues como un hombre que iba para Persia, viniese á mí á pedirme le diese una carta que había escrito para mi casa, yo, porque el cabo de escuadra sabía dónde estaba la carta, mandéle que fuese corriendo á traerla; y como él corría, aquél mancebo varonil iba en pos dél con su coselete armado y su segur en la mano, y todo el escuadrón viéndole ir corría también juntamente, y así vinieron todos trayendo la carta. Desta manera, dice, mi escuadra procura de hacer con diligencia lo que tú mandas.»

Pues como todos los otros se riesen de la traída de la carta, por la cual tantos hombres armados habían ido, Cyro dijo: «¡Oh Dios! y qué buenos varones tenemos por compañeros, qué buenos de contentar, que algunos dellos con muy poca vianda los ganaréis por amigos, y algunos tan obedientes que antes están puestos al mando que sepan lo que les mandan. Por cierto yo no sé á cuáles otros podríamos desear más que á los soldados que tenemos.»

Y desta suerte Cyro riéndose loaba los suyos. Estaba acaso allí en la tienda de Cyro á la sazón uno de los capitanes, nombrado Aglaytadas, hombre muy severo en las costumbres, que habló entonces desta manera: «¡Cómo! Cyro, ¿piensas que es verdad lo que éstos dicen?» Respondióle Cyro: «¿Pues qué interés podrían pretender para que quisiesen decir mentira?

—No, dice Aglaytadas, sino mover risa á los otros, por lo cual sólo dicen esto, y blasonan y se congracian.»

Entonces Cyro le respondió: «Habla comedidamente por tu fe, y no los llames á éstos fanfarrones y vanos; que el nombre de fanfarrón á mi parecer cuadra muy bien á aquellos que fingen de ser más ricos de lo que son, ó más forzados de lo que son, y que prometen más de lo que pueden hacer; y estos manifiestamente lo hacen por causa de recibir ó ganar algo; mas los que mueven risa á los que están presentes, ni lo hacen por su ganancia, ni por daño de los que los oyen, ni por empecer á algunos. Y así no hay por qué no sean justamente llamados palancianos y graciosos antes que fanfarrones.» Y esto respondió Cyro en favor de aquellos que hacen reir.

Luégo el capitán que había contado la gracia del escuadrón dijo contra Aglaytadas: «Por cierto (1), Aglaytadas, que me parece que si hubiéramos trabajado en hacerte llorar, que muy agriamente nos reprehendieras: como hay algunos que en las canciones y oraciones escribiendo algunas cosas miserables procuran de hacer saltar las lágrimas; pues viendo tú ahora que te queremos alegrar, y no empecerte en nada, tan malamente nos tratas con culparnos.

—Por Dios sí, dice Aglaytadas, porque el que mueve á risa los amigos hace cosa de menos valor que el que los mueve á llorar. Y si bien lo piensas, hallarás que digo verdad; pues ves que los padres con lloros enseñan la templanza á los hijos, y los maestros á los muchachos las buenas doctrinas, y las leyes amenazan á los ciudadanos con lloros y aspereza de tristes tormentos, para amonestarles lo bueno y lo justo. Pues

(1) Donaires que se decían en la conversación de Cyro.

los que hacen reir, ¿podrás decirme ó que aprovechan á los cuerpos, ó que hacen los ánimos más políticos y mejores gobernadores de la república y de su casa?»

A esto respondió Hystaspes diciendo: «Tú, Aglaytadas, si á mí me crees, de buena gana puedes gastar esto que tú dices que es de más valor en los enemigos, y procurar de hacerlos llorar, y para con nosotros sé liberal en lo que es de menos valor, que es el reir. Porque yo sé que tienes guardada mucha risa, que ni la has gastado usando della, ni á los amigos ni á los huéspedes la das de tu voluntad: por lo cual no tienes excusa para dejar de dárnosla.» Dijo entonces Aglaytadas: «¿Tú, Hystaspes, piensas de hacer risa de mí?» Respondió el capitán: «Loco sería el que no pensase sacar más fácilmente de tí fuego que no risa.»

Aquí se rieron todos aquellos que conocían las costumbres de Aglaytadas, y el mismo Aglaytadas se sonrió. Y Cyro, viéndole reir, vuelto á Hystaspes le dijo: «Agravio nos haces, capitán, en corrompernos un hombre tan grave y severo, con persuadirle que sería, mayormente siendo tan enemigo de la risa.» Y desta manera pasaban su tiempo.

En esto, Chrysantas, un hombre principal, dijo: «Yo, Cyro, y todos los que aquí están presentes que han salido con nosotros, pienso que algunos son hombres dignos de mucha estima, y otros de menos; pues si nos viene algún bien, dime: ¿se contentarán con salir todos premiados por sus partes iguales? Yo no por cierto; porque á mí me parece que no puede ser cosa más desigual entre los hombres, como es que el ruin y el bueno sean iguales.» A esto respondió Cyro diciendo: «Yo por Dios, varones persianos, pienso que será muy bueno tomar pareceres del ejército sobre esto: que si Dios nos diere en esta jornada algún premio de nuestros trabajos, ¿cuál les parece mejor, ó

que se reparta entre todos por iguales partes, ó considerando las obras de cada cual, conforme á ellas dar á cada uno la honra que merece?

—¿Qué menester es, dice Chrysantas, consultar sobre esto al ejército, sino declarar luégo que así quieres que se haga? ¿Cómo, veamos, no publicaste desta manera en los juegos los premios?—No tiene que ver lo uno con lo otro, dice Cyro; porque lo que adquieren peleando en la guerra pienso lo tendrán por común de todos. Y por ventura les parecerá que la dignidad de capitán general me coresponde por mi casa y nacimiento; por lo cual si yo nombro capitanes, no creo pensarán que les hago injuria.

—¿Cómo, dice Chrysantas, piensas que la multitud toda junta ha de tener por mejor que no se reparta todo por igual, sino que los más buenos y esforzados excedan en honra y en dones?—Pienso, dice Cyro, que amonestándolo vosotros juntamente vendrán en lo mejor; y también porque es torpe cosa contradecir á esto, que el que más trabaja y más aprovecha á la República no alcance mayor premio. Y así, pienso que aun á los ruines les parecerá útil que los buenos y esforzados hayan lo mejor.»

Cyro quería por causa de los Omótimos hacer este decreto; porque á éstos tenía por los mejores, y por hombres que entendían, si habían de ser juzgados por sus obras, que alcanzarían lo que merecían. Así que le parecía tiempo de consultar sobre esto, porque ya los Omótimos tenían vergüenza de venir en esta igualdad con los otros soldados vulgares. Y así también les parecía á los que estaban en la tienda que se pusiese en consulta, y decían que había de promover esto mismo cualquiera que quisíese ser reputado por hombre animoso.

Entonces riéndose uno de los capitanes dijo: «Yo

conozco un hombre de la plebe que no sin causa le pesará desta igualdad en todos.» Preguntándole otro que declarase quién era, respondió: «Es un nuestro compañero que en todas las cosas procura lo más.» Y como otro le preguntase si también procuraría lo mismo en los trabajos: «No por Dios, dice; en esta sola cosa no tiene verdad lo que dije; porque de los trabajos y de todo lo semejante, de buena gana deja lo más al que lo quiere.

—Pues yo, dice Cyro, bien conozco estos tales hombres; por tanto, ahora si queremos tener el ejército obediente y bueno para los trabajos, conviene alanzar del ejército los semejantes; porque, á mi parecer, la mayor parte del ejército es desta suerte, que sigue tras aquel que los guía. Según yo pienso, los buenos y esforzados trabajarán de hacer lo bueno y honesto, y los malos y ruines lo que es malo; y muchas veces los malos hallan más que sean de su parecer que los buenos. Porque la maldad que corrompe los hombres con ímpetu de deleites, tiénelos muy obedientes, y con ellos les persuade para que muchos consientan y otorguen con ella. Mas la virtud, porque guía á lo bueno, no es muy poderosa para atraer de presto y sin causa; mayormente cuando hay otros que amonesten para lo vicioso y deleitable. Por lo cual, si hay algunos que de pereza y por no trabajar solamente son ruines y malos, estos tales, á lo que yo pienso, no son más dañosos al ejército de cuanto como zánganos han de mantenerse y se ha de hacer costa con ellos. Mas los que son malos compañeros para los trabajos, y para la codicia de más tener diligentes y desvergonzados, estos son buenas guías para todo mal; porque así muchas veces pueden mostrar cómo su codicia y su avaricia muchas veces viene á verse contenta y satisfecha por medio é industria de su

maldad. Estos tales debemos alanzar de nosotros en todas maneras.

»Y no os fatiguéis en pensar cómo podréis suplir las huestes de ciudadanos, sino que bien así como cuando buscáis caballos procuráis los que son muy buenos, y no los que son de vuestra tierra, así también habéis de tomar los hombres entre todos, que sean tales que os puedan ayudar con sus fuerzas y honrar con sus personas. Y entonces entiendo yo muy claro qué es lo que más nos conviene, cuando miro que ni el carro será ligero si tiene los caballos flojos y tardíos, ni el justo unido y ayuntado con el malo no puede ser bueno, ni la casa puede ser bien regida si tiene ruines criados. Antes estará más acertada y ordenada teniendo falta de criados, que no si fuere revuelta por la sobra de muchos malos servidores que haya en ella. Esto habéis de saber enteramente, varones amigos, que no solamente os aprovecharán en esto los malos quitados de los buenos, en que estarán apartados dellos, sino que también los que quedaren se purgarán de la maldad de que estaban llenos; y los buenos, cuando vieren los malos deshonrados y afrentados, con más ánimo se emplearán en la virtud.»

Después que Cyro hubo hablado, á todos les pareció lo mismo, y así lo hacían. En esto Cyro tornó otra vez á burlarse con ellos con juegos y motes (1), y entendiendo que un capitán de aquellos que había traído consigo á cenar había hecho sentar á par de sí otro convidado lleno de vello y muy feo, llamando al capitán por su nombre, le dijo: «¿Cómo tú, Sambaula, á la manera de los Griegos que tienen junto á sí siempre lo hermoso, pusiste junto á tí este mancebo tan lindo? —Por Dios, dice Sambaula, antes me huelgo de con-

(1) Moteja Cyro á un feo donosamente.

versar con éste y de verle.» Oyendo esto los que estaban allí sentados, volvieron á mirarle; y como vieron el rostro del mancebo tan feo, todos se rieron.

Y uno de ellos dijo: «Por Dios, Sambaula, que me digas cómo te ganó la voluntad este mancebo.» El cual respondió: «Yo os lo diré por cierto. Cuantas veces le llamo para alguna necesidad, sea de noche ó de día, nunca me pone excusas que no le vaga, ni viene paso á paso á mí llamado, sino corriendo. Cuando le mando hacer algo, nunca se lo ví hacer sin sudor, y ha hecho á todas estas mis escuadras, no mostrándoselo con palabras, sino con obras, que sepan cuáles conviene que sean.» Dijo entonces otro: «Pues siendo tal como dices, ¿por qué no le abrazas como á los parientes?» A lo cual respondió el mancebo feo: «Yo sé que no hará él eso, porque le conozco que no es amigo de mucho trabajo; y abrazarme á mí es tanto como tomar muchos trabajos juntos.»

CAPÍTULO III.

Estas cosas de burlas y de veras pasaban entonces en la tienda de Cyro. Finalmente, después que hicieron la tercera vez sacrificios, y pidieron con ruegos á Dios que les diese bien y prosperidad, se fueron de la tienda á sus lechos. El día siguiente mandó Cyro ayuntar todos los suyos, y hablóles desta manera: «Varones amigos (1): el tiempo de la batalla se nos

(1) Oración de Cyro á los suyos para animarlos á la batalla, y entra poniéndoles delante lo agradable de la victoria y premios della, porque con mayor ímpetu la deseen.

»acerca, porque ya se llegan los enemigos: el premio »de la victoria será, que si nosotros vencemos, los ene- »migos serán nuestros y todo lo que tienen; pero si »somos vencidos (porque también esto se ha de decir, »y aun pensar *que puede suceder*), todas las riquezas de »los vencidos serán premio de los vencedores. Pero »conviene que sepáis, así como todos somos compañe- »ros en la guerra (1), por lo que á todos toca, así si no »se hubiere valerosamente cada cual en la batalla, sin »tener pereza de hacer lo que conviene, y poniendo »por obra con presteza buenos y notables hechos, no »alcanzaremos lo que todos deseamos. Y si alguno »piensa que otro ha de ser el que haga, y el que pe- »lee por él, aunque él sea descuidado y flojo en la »guerra, engañase, porque el mal que viniere redun- »dará sobre todos. Que así vemos que Dios lo hace »desta manera: que á los que no se quieren valer de »sí mismos, ni mandarse ni trabajar por alcanzar »el bien, les da otros que los manden. Ahora, pues, »levántese alguno, si lo hay que hable desto, y diga »si por ventura piensa que para ejercitar mejor la vir- »tud y esfuerzo nos vale más ponernos al trabajo y »peligro para alcanzar mucha honra y gloria, ó si »cree que no va nada en que seamos flojos y cobar- »des; pues semejantemente todos hemos de ser igua- »les en la honra y en el provecho.»

Levantóse entonces Chrysantas, uno de los Omóti- mos, varón pequeño de cuerpo, y no de muchas fuer- zas al parecer, empero que en prudencia y saber ex- cedía á otros, y dijo así: «Yo (2) ciertamente, Cyro, »creo que tú no pensaste proponernos esta cuestión,

---

(1) Con decirles esto pone á cada uno en particular cuidado de todo el hecho. Y es singular manera de animar.

(2) Oración de Chrysantas para animar los Persas.

»si los buenos y los malos han de haber iguales par-»tes, sino por tentar si habrá alguno que quiera mos-»trarse que sin hacer como bueno y esforzado piense »haber igual parte de aquello que los otros alcanzaren »por su esfuerzo y virtud. Yo, dice, ni soy ligero de »pies, ni valiente de manos, y me conozco que de lo »que hiciere con el cuerpo, ni seré juzgado por el pri-»mero ni por el segundo, ni aun por uno de mil, por »ventura ni aun por uno de diez mil; pero manifiesta-»mente sé esto: que de los hechos que hicieren los va-»lientes y esforzados me cabrá alguna parte, como es »razón. Y si los ruines y cobardes no hicieren nada, »y los buenos y valerosos desmayaren y fueren flojos, »temo que habré mayor parte que yo querría de al-»guna cosa que no sea buena.»

Después que Chrysantas cesó de hablar, levantóse luégo tras él Feraulas Persiano, uno de los plebeyos que desde su casa había seguido á Cyro y le era muy familiar, hombre apacible y dispuesto y de gentil parecer en el cuerpo y generoso en el ánimo, y habló desta manera:

«Yo (1), dice, Cyro y todos los Persas que aquí es-»tamos presentes, pienso que nos movemos igual-»mente á desear ahincadamente la virtud, y trabajar »por haberla; porque veo que todos nos ejercitamos el »cuerpo, y lo contentamos con semejante manteni-»miento, y que todos somos tenidos por dignos de que »igualmente nos comuniquemos, y que á todos nos-»otros se pone delante los ojos unos mismos premios »y honores. Todos veo que tienen por presupuesto co-

(1) Oración de Feraulas á los Persas, en la cual muestra que es cosa natural al hombre, y principalmente á los Persas el pelear, y así les encarga mucho el pelear animosamente, persuadiéndoles que es cosa que naturaleza les muestra y encomienda.

»munmente de obedecer á los príncipes y á quien los »manda; y el que esto hace de buena gana, este tal »veo que es honrado y estimado de Cyro. Pues mos»trarse valiente contra los enemigos, no sólo conviene »á uno y no á otro, sino que á todos les conviene; y »esto es lo que principalmente cada uno se persuade »á sí mismo y lo que tiene por mejor.

»Ahora se nos acerca ya el haber de pelear, lo cual »yo veo que todos los hombres lo saben, porque natu»raleza se lo enseña, como también saben todos los »otros animales cada cual dellos su manera de pelear, »sin que lo aprendiese de otro, sino de la misma na»turaleza. (1) El buey hiere con el cuerno, y el caba»llo con sus coces, y el perro con la boca, y el jabalí »con el colmillo. Y todos estos animales saben guar»darse del peligro que se deben guardar, y esto sin »haberlo aprendido de ningún maestro.

»Yo mismo desde que era muchacho sabía poner un »mamparo delante cuando me querían azotar, y si no »tenía otra cosa, ponía las manos delante para estor»bar en cuanto pudiese al que me daba, y esto hacía »sin ser enseñado: tanto, que aun señaladamente me »castigaban por el mismo caso que me defendía. Y »aun siendo muchacho arrebataba la espada donde »quiera que la veía, sin haber aprendido de otro nin»guno cómo la había de tomar en la mano, sino de la »misma naturaleza. Y esto digo que hacía, no sólo sin »serme enseñado, sino aun siéndome vedado; como »también hacía yo y hacen todos los hombres muchas »cosas constreñidos y forzados de su natural, por más »que sus padres se lo veden y se lo estorben. Y por »Dios que cortaba con la espada todo lo que podía sin »que me viesen. Porque no solamente me era natural

(1) Industria de los animales.

»esto como andar y correr, sino que además me pare»cía muy suave este entretenimiento.

»Mas pues nos espera esta batalla, donde más es »menester el ánimo y osadía que no el arte, ¿por qué »no trabajaremos alegremente de igualarnos con estos »Omótimos, pues los premios de la virtud y esfuerzo »son iguales si nos damos diligencia á igualarnos con »ellos? Porque á la hora de ahora sabemos que no »aventuramos tanto como ellos, que exponen una vida »honrada, que es la cosa más suave y más agradable, »y nosotros una vida trabajosa á la verdad, pero des»honrada, que es muy triste y molesta. Y lo que más »nos convida á trabajar de igualarnos con éstos ani»mosamente, es que tenemos por juez á Cyro (1), que »no juzga por odio ni envidia, sino que por Dios juro »que me parece que Cyro ama á los buenos no ménos »que á sí mismo. Y véole dar á estos tales lo que tiene, »de mejor gana que guardarlo para sí.

»Paréceme que estos Omótimos tienen soberbia, »porque están enseñados á sufrir la hambre, la sed y »el frío, no sabiendo que esto también lo aprendimos »nosotros de otro mejor maestro que ellos. Que cierto »que no hay mejor maestro desto que es la necesidad, »que nos lo enseñó todo muy bien. Éstos se acostum»braron al trabajo manejando y trayendo las armas, »las cuales han sido inventadas por todos los hombres »con tanta comodidad, que fácilmente se pueden su»frir; pero nosotros éramos forzados á andar y correr »con la carga acuestas, de manera que me parece que »el peso de las armas es más semejante á las alas que »á la carga.

»Por lo cual, Cyro, tenme por tal, que sabré bien

(1) Propóneles la bondad y liberalidad del capitán, porque señalándose procuren merecer que les haga merced y los honre.

»pelear, y tal cual yo fuere por mis merecimientos »merezco ser honrado. Y yo os amonesto, varones »plebeyos, que en esta lid trabajaréis de parecer tan »bien como estos Omótimos que aprendieron á pelear; »pues que Cyro os pone no sólo en contienda de ba»talla con los enemigos, sino también en competen»cia de la honra y pundonor con los Omótimos.» Después que Feraulas acabó su plática, levantáronse otros muchos que favorecían con sus razones á la una parte y á la otra. Y al fin fué determinado que cada cual fuese honrado por sus merecimientos, y que desto fuese Cyro el juez.

Y esto así pasado, Cyro convidó á cenar á toda una compañía con su capitán. Y viendo la mitad del escuadrón puesto en orden (1), como para encontrar los unos con los otros de una parte y de otra, y que todos tenían sus coseletes vestidos y los escudos en la mano siniestra, mandó dar á la mitad de ellos unas varas gruesas en las manos derechas, y á los otros dijo que con terrones tirasen á los contrarios. Después que fueron apercibidos de ambas partes, dióles señal de encontrarse. Aquí algunos herían con los terrones, con los cuales daban algunas veces en los coseletes y escudos, y otros en los muslos y en las piernas. Después que se juntaron los unos con los otros, los que tenían las varas herían á unos los muslos y á otros las piernas y á otros las manos; y á los que se bajaban á tomar terrones, heríanlos en los pescuezos y en los colodrillos. Finalmente, los de las varas, haciendo huir los contrarios, les iban en el alcance hiriéndolos con mucha risa y burlas. Después desto trocábanse, y los que habían peleado con varas tomaban terrones, y los que con terrones tomaban las varas, y lograron la

(1) Ejercicios particulares y juegos del ejército de Cyro.

misma ventaja, maltratando á los que peleaban con terrones.

Deleitándose Cyro de la invención del juego del capitán y de la obediencia de los soldados, porque se ejercitaban juntamente con esto y se animaban unos á otros, y vencían aquellos que imitaban en las armas á los Persas, alegróse mucho dello, y convidólos á todos á cenar, y viéndolos en la tienda que mostraban algunos dellos, el uno atada la pierna y el otro la mano, preguntaba qué mal tenían, los cuales respondían que habían sido heridos con los terrones. Y él les tornaba á preguntar si era cuando estaban cerca ó cuando estaban de lejos, y respondían que cuando estaban lejos, porque cuando estaban cerca, los de las varas decían que era muy linda cosa de ver el juego. Los que estaban heridos con las varas daban voces diciendo que no les parecía juego de burla sino de veras cuando los herían de cerca, y juntamente con esto mostraban las heridas que les habían hecho las varas en las manos y en los cuellos, y algunos en las caras. Y entonces, como era razón, reían los unos y los otros. El día siguiente todo el campo estaba lleno de hombres de guerra que imitaban á éstos, y mientras que no hacían otra cosa mejor, usaban de este juego.

Paróse Cyro otra vez á mirar á otro capitán, que desde el río caminaba á cenar con su gente ordenada de uno en uno; y cuando le parecía tiempo mandaba que la segunda, tercera y cuarta escuadra ocupasen el frente; y estando ya en ala los cabos de escuadra, y al frente de su compañía cada uno, mandaba que cada escuadra marchase de dos en dos, y con esto salían al frente los decuriones. Poco después volvía á mandar que avanzasen de cuatro en cuatro, y desta manera salían también á la primera fila los quincuriones, y marchaba cada escuadra dividida en cuatro

trozos. Cuando llegaron á las puertas de la tienda mandó que desfilasen uno á uno, y entremetió la primera escuadra, y mandó que la segunda siguiese luégo en pos della; y asimismo mandó á la tercera y cuarta entrar dentro, y así como venían se sentaban á cenar. Deleitándose también Cyro de ver esto, por su mansedumbre, doctrina y diligencia convidó también esta compañía, juntamente con su capitán, á cenar.

Pues como se hallase allí presente otro capitán, convidado también á la cena, dijo: «¿Por qué, señor, no convidas mi compañía á cenar en la tienda? pues que cada y cuando que vienen á cenar hacen todo esto, y cuando tiene fin el convite el cabo de escuadra de la postrera escuadra lleva su escuadrón poniéndolos en orden de batalla, los que eran primeros por postreros, y después el segundo cabo de escuadra tras éstos, y el tercero y el cuarto por el semejante. Porque cuando fuere menester desviarlos de los enemigos sepan cómo y dónde han de ir. Demás desto cuando habemos de caminar, si vamos al alba yo guío, y el primer cabo de escuadra es el primero en la orden, y la segunda escuadra sigue luégo como conviene, y la tercera y la cuarta y las decurias (1) y quincurias como yo lo mando. Y cuando caminamos á la tarde, el cabo de escuadra y los postreros guían á los primeros. Y á mí, que soy el postrero, de tal manera me obedecen, que se acostumbran á seguir tras otro, y guiar ellos asimismo obedeciendo.»

Entonces dijo Cyro: «¿Y esto, veamos, hacéislo siempre?» Repitió el capitán: «Hacémoslo todas cuantas veces vamos á cenar.—Por Dios, dice Cyro, que yo os convido, porque yendo y viniendo siempre guardáis

(1) Decuria, cuadrilla de diez. Quincuria, cuadrilla de cinco.

la ordenanza de noche tan bien como de día, y porque ejercitáis los cuerpos paseando, y aprovecháis los ánimos enseñando. Pues porque todo lo hacéis doblado, justo es que os dé doblado el convite.—Por Dios, dice el capitán, no sea eso en un mismo día, si no nos quieres dar también doblados los vientres.» Y así dieron fin á su convite. El día siguiente convidó Cyro aquella compañía, como había dicho; y sintiendo esto los otros, de ahí adelante todos procuraron de imitarlos.

CAPÍTULO IV.

Estando Cyro haciendo su alarde de toda su hueste, teniéndolos armados, y poniéndolos en ordenanza, vínole un mensajero de Cyaxares, diciendo que había venido embajada de los Indios. «Manda, pues, dijo el mensajero, que vengas cuanto antes á verte con él, y te traigo una vestidura muy preciosa que te envía Cyaxares, porque quiere que muy adornado y ataviado vengas á que te vean los Indios cuando salieres.» Oído esto, Cyro mandó al capitán que estaba en la primera fila que se mantuviese en el frente, guiando su compañía de uno en uno, y ocupando él mismo la derecha; y al segundo mandó que hiciese lo mismo, y diese mandato por todos.

Los cuales, obedeciéndole, lo hicieron saber á todos prestamente, y lo que les fué mandado lo hicieron con presteza: y en poco tiempo se pusieron en la delantera doscientos dellos (porque tantos eran los capitanes), y el fondo era de ciento. Después que todos fueron allí ayuntados, mandóles que siguiesen

en pos dél por donde él guiaba apresurado. Mas considerando que la calle que iba á Palacio era muy estrecha para poder ir todos en la delantera, mandó al primer escuadrón que le siguiese en su lugar en ordenanza, y al segundo que fuese en pos dél; y así por consiguiente á todos.

Y el mismo Cyro venía delante guiándolos á todos, y poniéndolos en orden sin parar ni descansar. Y los otros escuadrones seguían todos unos en pos de otros. También envió dos oficiales suyos á la entrada de la calle, para que si alguno no supiese el camino, les mostrasen lo que habían de hacer. Después que llegó á las puertas del palacio de Cyaxares, mandó al primer capitán que pusiese en orden su escuadrón con doce hombres de fondo: y que á los doce caporales de las escuadras mandase estar en la frontera junto al Palacio, y lo mismo mandó al segundo; y finalmente á todos. Los cuales lo hacían así.

Esto hecho, entró Cyro adonde estaba Cyaxares, vestido de una vestidura pérsica, que, aunque llana, no era de menospreciar. Cuando Cyaxares le vió, alegróse mucho por su venida tan breve, mas pesóle por verle venir con aquel vestido llano y no precioso; y díjole: «¿Qué es esto, Cyro? ¿por qué lo hiciste así de querer parecer delante los Indios desta manera? Quería yo, dice, que te mostraras muy ricamente ataviado, porque me fuera honra á mí que vieran al hijo de mi hermana mágnífico y muy arreado.»

A esto Cyro le respondió: «¿De qué manera te honrara más, dí, Cyaxares, si viniendo vestido de púrpura y con mis ajorcas en los brazos y el collar al cuello ociosamente hiciera tu mandado, ó ahora que con tan gran poder de gentes vengo de presto á obedecerte, por honrarte sudado y apresurado, adornándote á tí y á mí, y mostrándote los otros tan obedientes

á tí?» Cuando Cyro acabó de hablar, á Cyaxares le pareció que tenía razón en lo que decía, y mandó entrar los embajadores indios.

Los cuales entrados que fueron, dijeron que los enviaba el Rey de los Indios (1), y les había mandado que le preguntasen por qué causa tenían guerra los Medos con los Asyrios; «y después que oyésemos tu respuesta, nos mandó que nos partiésemos para el Rey de Asyria, y le preguntásemos lo mismo. Finalmente, que dijésemos á entrambos, que el Rey de los Indios era de parecer de juntarse con el que déllos había sido injuriado.»

A esto respondió Cyaxares diciendo: «Oidme ahora: nosotros no hemos injuriado al Rey de Asyria en cosa alguna; y si es menester, venidos que seáis ante él, preguntádselo, por ver lo que dice.» Hallándose Cyro allí presente, preguntó á Cyaxares si él también podría decir lo que sentía desto. Y Cyaxares le mandó que hablase libremente. Entonces les dijo: «Vosotros (2) diréis al Rey de los Indios esto (si otra cosa no le parece á Cyaxares): que nosotros decimos así: que si el Rey de Asyria dice que le hemos injuriado, que elegimos al mismo Rey de Indios por juez.»

Y oído esto, los embajadores se fueron. Después de partidos los Indios, Cyro comenzó á hablar á Cyaxares desta manera: «Yo, Cyaxares, salí de mi casa sin traer muchos dineros propios, y todos los que me habían quedado, que eran pocos, los he gastado con la gente de guerra; de lo cual te maravillarás cómo los he expendido, pues que tú los mantienes. Quiero que sepas que los he gastado no en otra cosa sino en honrar y gratificar á los que lo merecían, cuando el

(1) Embajada de los Indios á Cyaxares.
(2) Respuesta de Cyro á los embajadores de los Indios.

esforzado hacía algún hecho bueno en armas que me agradase. Porque me parece que á todos aquellos que quisiere alguno hacer buenos compañeros y ayudadores para cualquiera cosa, que les será agradable y apacible si diciéndolo y haciéndolo bien con ellos los incitare y moviere á ello, antes que si á su pesar, y constriñéndoles á ello, lo quisiere alcanzar. Pues (1) á los que alguno quisiere tomar por compañeros de la guerra, y que le ayuden para los trabajos della, á estos, me parece, en todas maneras los debe cazar con buenas palabras y con buenas obras. Conviene que sean amigos y no enemigos los que sin excusa te hubieren de ayudar: y que ni tengan envidia en la prosperidad del príncipe y del que manda, ni en la adversidad se escondan y le desamparen.

»Así que, mirando bien esto, pienso que son menester dineros. Pues querer que tú lo proveas todo, sabiendo yo que tienes infinitos gastos, paréceme una cosa muy fuera de razón. Por tanto, me parece que debemos considerar tú y yo cómo no nos falten dineros; porque si tú tienes abundancia dellos, tambien sé que me podré yo servir y aprovechar cada y cuando que los hubiere menester, mayormente si los tomare para gastarlos en tu servicio.

»Acuérdome que poco ha te oí decir que el Rey de Armenia no hace cuenta de tí, después que ha sabido que se te entran los enemigos en tu tierra: y que ni te envía socorro ni el tributo que te debe.—Así es, dice Cyaxares; pero yo dudo, oh Cyro, cual será mejor, hacerle guerra y constreñirle á que le dé por fuerza, ó disimular al presente, por no añadir este enemigo á los demás que tenemos.»

---

(1) Cómo se han de animar los soldados, y entre ellos los principales.

A esto le preguntó Cyro, si su estancia era en lugares fuertes, ó en tales partes que fuesen buenas de entrar. Respondió Cyaxares: «Su morada no es en tierras muy fortalecidas (que yo lo sé muy bien), sino que hay montes donde se puede acoger de presto, y estar seguro que no le prendan, ni tomar lo que allí llevare consigo, si no le cercasen muy apriesa, como lo hizo mi padre el tiempo pasado.» Entonces dijo Cyro: «Si me quisieres enviar á mí allá, y darme algunos de caballo, los que vieres que son bastantes, pienso, con la ayuda de Dios, que le haré que envie socorro y que pague el tributo; y aun espero que nos será más amigo que era de antes.»

A esto dijo Cyaxares: «Y yo también tengo esperanza que ellos antes se sujetarán á tu mando que no al mío: porque he oído que algunos dellos siendo muchachos acostumbraban á cazar allí juntamente contigo. Así que por ventura otra vez se vendrán á tí, y si algunos dellos has á las manos, el Rey de Armenia hará todo lo que quisiéramos.—Pues dime, Cyaxares, respondió Cyro, ¿parécete que será bien tener esto secreto?—Bien por cierto, dice Cyaxares, porque entre tanto nos vendrá alguno dellos á las manos; y si los acometemos de improviso, podrémoslos tomar desapercibidos.

—Oye, Cyaxares (1), dice Cyro, si te parece que digo bien: yo muchas veces con los Persas que iban conmigo cazaba en los montes que están entre tus tierras y las de los Armenios, y tomando algunos de á caballo destos Medos por compañeros, iba allí.—Pues si ahora tú haces lo mismo, dice Cyaxares, no tendrán sospecha de tí; y si parecieres allí con más gente de la que

(1) Astucia de Cyro contra el Rey de Armenia.

solías llevar cuando ibas á caza, entonces tendránte por sospechoso.

—Para esto, dice Cyro, hay muy buen achaque aparejado y verisímil, si alguno les llevare nueva que yo quiero hacer una muy gran caza, y que para esto te pido públicamente gente de caballo.—Muy bien dices, respondió Cyaxares; y por esto yo no te quiero dar sino unos pocos, como que quiero ir á los castillos y fronteras de Asyria; porque á la verdad quiero ir allí, y proveerlas de munición y fortalecerlas. Y después que tú con tu gente pasares adelante, y gastares dos ó tres días cazando, yo te enviaré hombres de caballo y de pie, tantos cuantos basten de los que estuvieren ayuntados, y tomándolos contigo, podrás entrar la tierra á tu salvo. Yo con la gente que me quedare trabajaré por no estar muy lejos de vosotros, para que cuando fuere tiempo me muestre.»

Así que Cyaxares luego recogió los suyos de pie y de caballo, caminando hacia los castillos, y envió delante muchas carros de provisión al camino que va á los castillos, Cyro hacia sus sacrificios para ponerse en camino, y juntamente con esto envió á Cyaxares á pedirle los hombres de caballo mancebos; el cual no le dió muchos dellos, aunque muchos quisiesen ir. Partido Cyaxares con todo su ejército de pie y de caballo para el camino que iba á dar á los castillos, sucedióronle á Cyro muy bien los sacrificios que hizo para ver si pasaría contra los Armenios. Y así sacó de allí los suyos como que iba aparejado para la caza.

Caminando por su camino adelante, luego en las primeras tierras se levantó una liebre; y como la viese huir una aguila que venía volando, dejóse ir para ella, y dióle un alcance y otro; y arrebatándola en las uñas la llevó á un collado que no estaba muy lejos de allí, donde gozó de la presa á su voluntad. Viendo Cyro

este agüero tan bueno, fué muy alegre; y haciendo su oración á Dios, vuelto á los que estaban presentes, les dijo: «Buena será la caza, varones amigos, si Dios quiere.»

Después que llegó á los términos, comenzó de cazar, como otras veces había acostumbrado: y todos los de pie y de caballo, se movían corriendo de una parte á otra para levantar las fieras. Y repartiéndose los más valientes hombres de pie y de caballo, todos esperaban las fieras, y las seguían y tomaban muchas dellas, puercos monteses, ciervos, cabras y asnos silvestres; porque en estos lugares hay muchos asnos silvestres aun el día de hoy.

Acabada la caza, se acercó á los términos de Armenia, y allí cenó. Otro día por la mañana tornó á cazar: y entrando en los montes que deseaba, cesó de cazar, y cenó. Mas como entendiese que no estaban muy lejos de allí las gentes de guerra que le enviaba Cyaxares, envióles á decir que se detuviesen tras dél dos parasangas (1), que son sesenta estadios, y que allí cenasen; porque veía que esto les aprovechaba mucho para estar más escondidos. Después que hubiesen cenado, mandó á su caudillo dellos que se viniese para él. Y Cyro, acabada su cena, llamó á todos los capitanes; y estando todos juntos les habló desta manera:

«Varones amigos: el Rey de Armenia, que de antes »era compañero y súbdito de Cyaxares, ahora que ha »sentido que los enemigos vienen, no hace caso dél, ni »le envía gente de socorro, ni aun el tributo que le de»be. Pues conviene cazar á éste, si podemos; y desta »manera me parece que debemos hacer. Tú, Chrysan-

(1) Parasanga era treinta estadios, y cada estadio son 125 pasos: de manera que 8 estadios hacen una milla, y 4 millas una legua; y así parasanga es poco menos que legua.

»tas, después que hubieres dormido un poco, toma la »mitad de los Persas contigo, y véte por la montaña, y »ocupa los montes á donde dicen que huyen luego »que tienen algún temor, que yo te daré guías para el »camino.

»Dícenme que estos montes son tan espesos, que se»guramente podemos tener esperanza de no ser vistos; »pero enviarás delante de tu ejército algunos hombres »de guerra ligeros y desenvueltos, que parezcan la»drones en su manera de vestir y en el número. Estos, »si encuentran con algunos Armenios, á todos los pren»dan, para estorbarles que no den aviso á los suyos; y »si no los pudieren prender, córranlos para remontar»los de manera que no puedan ver todo nuestro ejér»cito, sino que antes piensen que es cosa de ladrones.

»Y tú haz como tengo dicho: yo, luego que sea de »día, tomaré la mitad de la gente de pie y todos los »de caballo, y caminaré por el campo derecho al Pa»lacio real: y si allí me resistieren, de necesidad he»mos de pelear: y si se aparta del campo, será menes»ter correr tras él, y atajarle; y si huyeren á los mon»tes, entonces será á tu cargo que ninguno se te es»cape de todos los que allí vinieren. Has de pensar »que, bien así como en la caza, nosotros somos los que »levantamos las fieras y las buscamos por el rastro, y »tú como los que están junto á las redes. Pero te has »de acordar que conviene prevenir y tapar las salidas, »antes que muevas y levantes la fiera; y también »es menester que estén quedos y ocultos los que para »esto son ordenados, porque no avienten las fieras si »se levantaren.

»Y tú, Chrysantas, no quieras hacer como haces al»gún tiempo por codicia de la caza: que muchas ve»ces estás toda la noche sin dormir por entender en el »negocio; sino que ahora conviene dejar la gente repo-

»sar medianamente, para que después puedan pelear »y resistir el sueño. Ni porque tú estás acostumbrado »á andar perdido por los montes sin hombres que te »guíen, sino que por donde quiera que sabes que van »las fieras las persigues y atajas, has de hacer ahora lo »mismo: ni vayas por lugares ásperos y malos de »pasar, sino que mandes á las guías que si no fuere »muy corto el camino, te guíen por el mejor y más de»recho; porque el ejercito tanto más va ligero y apre»surado cuanto es más fácil y corto el camino. Y no »porque tú estés acostumbrado á correr por los mon»tes, los has de llevar corriendo, sino por donde te »pudiere seguir muy bien el ejército, guíalos con toda »presteza. Y es muy bien dejar atras algunos de los »más valientes y de mayor corazón, para que puedan »animar á los otros. Después que ya hubiere pasado el »escuadrón, has de apresurarlos que anden, para que »parezca que van corriendo, hasta llegar á todos los »que van andando.»

Oído esto, Chrysantas se alegró en gran manera con lo que Cyro le mandaba: y tomando consigo guías para el camino, se partió dél; y mandando lo que convenía de hacer á aquellos que con él habían de ir, se fué á dormir. Después que todos hubieron reposado medianamente, se partió para los montes. Cyro, luego que fué de día, envió un mensajero al Rey de Armenia, mandándole que le dijese estas palabras: «Cyro me envía á tí, Rey de Armenia, y te manda que hagas esto: que vengas de presto en su ayuda con tu ejército, y pagues el tributo que debes. Y si te preguntare dónde estoy, dile la verdad, que en sus términos. Y si te pregunta si pasaré yo mismo en persona á delante también aquí dirás verdad, diciéndole que no sabes. Y si preguntare cuántos somos dí que envíe contigo alguno que lo sepa.»

Así que enviado el mensajero le amonestó Cyro al Rey de Armenia, pareciéndole que esto era más amigablemente hecho, que no entrar primero sin decir nada. Mas él, poniéndose en orden lo más bien que pudo para proseguir su camino y para pelear si fuese menester, pasaba adelante: y mandó á los suyos que no hiciesen mal á nadie, sino que si encontrasen con algún Armenio, le pusiesen buen ánimo; y les persuadiesen que trajesen á vender las provisiones al precio que ellos quisiesen, donde quiera que ellos estuviesen; ahora quisiesen vender cosas de comer, ahora cosas de beber.

LIBRO TERCERO.

ARGUMENTO.

Cyro tratando con el Rey de Armenia amistad, y no queriéndola él, le combatió la fuerza donde se había metido. Y después que lo tuvo preso, por la intercesión de Tigranes, hijo del Rey, lo soltó y lo dejó en su tierra, y llevó consigo á Tigranes con la gente de caballo de los Armenios que el Rey le dió. Puso también Cyro paz y conformidad entre los Caldeos y los Armenios; y envió á convidar al Rey de los Indios con su amistad. Y vuelto á Media, habiendo consultado él y Cyaxares lo que convenía para la guerra de los Asyrios, se partieron ambos á ella, y en la primera batalla los vencieron é hicieron huir del campo.

CAPÍTULO I.

Andando Cyro entendiendo en esto, el Rey de Armenia, oído lo que decía el mensajero de Cyro, turbóse en gran manera, pensando entre sí que había hecho injuria á Cyaxares en dejar de pagar el tributo y de enviar ejército en su socorro como era obligado. Y lo que principalmente temía que se había de creer dél que había comenzado á fortalecer su alcázar de cavas y baluartes con ánimo y voluntad de defenderse. Por lo cual, recelándose de todo esto, comenzó á ayuntar sus gentes: y juntamente con esto envió á los montes á su hijo Sabaris el menor y á sus mujeres, y á sus hijas, enviando con ellos muchos atavíos y apa-

ratos muy preciosos, dándoles algunos que los acompañasen. Ya en esto enviaba sus espías para ver y saber lo que hacía Cyro; y entre tanto ponía en orden todos los Armenios que allí había presentes. Y también otros venían apresurados, diciendo que ya venía junto con ellos Cyro. Entonces el Rey de Armenia no osó esperar á venir á las manos, sino que se apartó y le dió lugar.

Pues como los Armenios vieron esto, huyendo cada cual por su parte, se recogían á sus moradas, queriendo sacar de allí sus riquezas. Viendo Cyro todo el campo lleno de los que huían y se iban corriendo, enviaba de presto á ellos á decirles que á ninguno tendría por enemigo de los que se quedasen y esperasen; y que si alguno tomase huyendo, que se aprovecharía dél como de su enemigo: por lo cual muchos se quedaron. Mas los que de antes se habían partido estaban con el Rey, y los que salieron con las mujeres vinieron á dar en manos de aquellos que estaban en los montes, y daban voces y alaridos acuitándose; y muchos dellos huyendo fueron presos. Finalmente, el hijo del Rey y las mujeres y las hijas fueron presas, y todas las riquezas que llevaban consigo. Pues como el Rey entendió el hecho, no sabiendo qué hacerse, huyó para un collado que allí cerca estaba.

Lo cual viendo Cyro, cercó el collado con la gente de guerra que allí tenía, y envió á Crysantas á mandarle que dejando guarnición en los montes se viniese para él. Y así recogido todo el ejército de Cyro estaba, envió un mensajero (1) al Rey de Armenia que le dijese: «Dime Rey de Armenia, ¿cual quieres más, quedarte aquí y pelear con la hambre y la sed, ó salir en campo á batalla conmigo?» A esto respondió el Rey

(1) Mensaje de Cyro al Rey de Armenia, y respuestas suyas.

de Armenia, que no quería pelear con ninguno. Otra vez envió Cyro á él á preguntarle, que por qué se quería estar allí de asiento, y no salir con él al campo á pelear. Respondióle: «Porque no sé lo que me cumple hacer.» Dijo entonces Cyro: «No hay por que tengas duda alguna: bien puedes descender en el campo á alegar de tu derecho y defender tu causa.—¿Quién, dice, será el juez? — Ciertamente, respondió Cyro, aquel á quién Dios le ha concedido que sin juicio haga de tí lo que quisiere.»

Entonces el Rey de Armenia, vista la necesidad, descendió al campo, y tomándole Cyro en medio, prendióle á él, y tomóle todo lo que tenía, y asentó su real teniendo consigo recogido todo su ejército. En este tiempo el hijo mayor del Rey de Armenia, llamado Tigranes, vino allí, que tornaba de una peregrinación. Éste había sido un tiempo compañero de Cyro en la caza; y como supo el hecho, así como estaba se vino para Cyro. Mas cuando vió al padre y la madre y las hermanas y su mujer cautivas, no pudo estar sin llorar, como era razón. Pues como Cyro le viese no le hizo caricias ningunas, sino que le dijo: «A tiempo veniste que puedas oir la causa de tu padre estando presente.» Y luego llamó á los caudillos y capitanes de los Persas y de los Medos, y también juntamente los varones honrados armenios que allí había, y no mandó apartar las mujeres que allí estaban en sus carros, sino que las dejó que oyesen.

Y cuando fué hora comenzó á hablar desta manera (1): «Rey de Armenia, yo te aconsejo que en tu causa hables verdad, porque no haya en tí lo que es sin duda cosa muy odiosa y aborrecible. Pues sabes bien que el querer mentir claramente es gran estorbo

(1) Juicio de Cyro contra el Rey de Armenia.

á los hombres para que no puedan alcanzar perdón alguno. Tus hijos y tus mujeres saben todo lo que has hecho, y también los Armenios que aquí están presentes, y si te sintieren que dices otra cosa de lo que es, pensarán que tú mismo te condenas para sufrir todo mal, si yo llegase á entender la verdad.—Pregunta, Cyro, dijo el Rey, lo que quisieres, que yo por esa causa que dices diré la verdad, y hágase tu voluntad.

—Pues dime ahora, Rey, ¿hiciste algún tiempo guerra contra Astyages, padre de mi madre, y con los otros Medos?—Sí hice, respondió el Rey.—Y siendo vencido dél, dice Cyro, ¿no otorgaste de darle tributo, y envíar socorro de gente, y que no tendrías fuerzas ni municiones en tu tierra? Veamos ahora: ¿por qué no diste el tributo, y enviaste el ejército, y por qué has fortalecido tus tierras? — Porque, dice el Rey, deseaba ser libre, y dejar á mis hijos libertad.—Bueno es, dice Cyro, pelear por no ser siervo; pero si vencido en guerra ó de otra manera viene á manos de sus enemigos en servidumbre, y después se quiere privar y apartar de su señor, á este tal dí tú primero si le honrarías como á hombre bueno y que hace lo que debe, ó como á injusto le castigarías si le tomases.—Castigaríale, dice el Rey, pues no me has de dejar mentir.

—Ahora dime claramente, dice Cyro, cada cosa de por sí. Si uno tuviese algún cargo ú oficio por tí, y acometiese á hacer alguna maldad en él, ¿le dejarías que mandase más y tuviese el mismo cargo, ó pondrías otro en su lugar?— Pondría, dice, otro en su lugar. —Y si hubiese alcanzado gran dinero, ¿dejaríasle rico como estaba, ó le harías pobre?—Quitaríale, dice el Rey, lo que tuviese. — Pues si supieses que se había rebelado á tí, y pasádose á los enemigos, ¿qué le ha-

rías?—Digo que le mataría, dice el Rey, pues quiero más perder la vida por haber confesado la verdad, que no por haber sido convencido de embustero.»

Entonces su hijo, oído esto, despedazó la tiara que traía en la cabeza, y rasgó sus vestiduras; y las mujeres dando voces se hacían pedazos, como si ya fuera muerto el padre y ellas todas hubieran perecido. Cyro, mandándolas que callasen, tornó á decir: «Basta por ahora. Estos son los derechos que puedes alegar, Rey de Armenia, por tí; pero ¿qué nos aconsejas que hagamos en esto?» El Rey de Armenia callaba, dudando qué aconsejaría á Cyro, ó que le matase, ó que diese muestra de lo contrario que él decía que haría. Entonces su hijo Tigranes (1) preguntó á Cyro: «Dime, Cyro, pues que mi padre, según me parece, duda, ¿quieres que te aconseje lo que pienso te será muy bueno?» Mas Cyro, porque al tiempo que con él andaba á caza Tigranes le había conocido al lado de un hombre astuto y muy vivo y muy entendido, y por tal le había tenido en admiración, deseaba oir qué querría decir; y así le mandó que hablase sin temor alguno lo que le parecía.

«Yo, dice Tigranes, te aconsejo que si apruebas todo lo que ha aconsejado ó lo que ha hecho mi padre, que lo imites; y si te parece que erró en todo lo que hizo, que no lo imites.—Luego, dice Cyro, haciendo lo que es justo, en ninguna manera podré imitar al que yerra. — Así es, dice Tigranes.— De suerte, dice Cyro, que según tu razón tu padre debe ser castigado; porque justo es castigar al injusto.—Mas, ¿cual tienes por mejor, dice Tigranes, darle la pena con tu provecho ó con tu daño?—Si con mi daño fuese, dice Cyro, á mí mismo me atormentaría y no á él —Pues

(1) Tigranes responde por su padre.

luego, dice Tigranes, muy gran daño te harías, si matases entonces los tuyos, cuando habías de estimar en mucho el tenerlos y conservarlos.—¿Cómo, dime, han de ser los hombres estimados en mucho, dice Cyro, entonces cuando son hallados ser injustos, ó entonces, según como yo lo creo, cuando son prudentes?—Así es por cierto, Cyro, dice Tigranes, que sin la prudencia ningún provecho hay de las otras virtudes. Porque ¿cómo se podrá aprovechar nadie del valiente y esforzado, si no es prudente? ¿cómo del hombre de caballo? ¿cómo del rico? ¿y cómo del que es poderoso en la ciudad? Con la prudencia cualquier amigo es útil, y cualquier siervo es bueno.

—Luego, según eso, querrás decir, Tigranes, que tu padre en un día se ha hecho prudente de imprudente.—Así lo digo, respondió Tigranes.—Según eso das á entender que la prudencia es pasión del ánimo como dolencia, y que no es disciplina; porque aunque para ser sabio uno conviene que sea prudente, no por eso se sigue que siendo naturalmente necio se pueda hacer prudente. La sabiduría alcánzase por diligencia; la prudencia don es que da naturaleza.—¡Cómo, Cyro! dice Tigranes, ¿no has visto un hombre que por imprudencia se toma á pelear con otro que es más fuerte y mejor que él, y después de vencido, luégo cesa de su imprudencia? ¿Y también nunca viste una ciudad puesta con otra ciudad, que después que es vencida, luégo quiere obedecer en lugar de pelear?

—¿Pues qué vencimiento es el de tu padre, dice Cyro, en que tan reciamente afirmas que él se mostró sabio y prudente?—Cuando sabe ya, dice Tigranes, que en lugar de la libertad que deseaba habrá de ser hecho siervo, como nunca fué de antes. Y lo que pensaba que convenía tener ó encubierto, ó prevenir ó defender, no fué bastante para acabarlo, ni saber cómo lo

había de proveer. Juntamente con esto conócete á tí, que cuando le quisiste engañar le engañaste de tal manera como si alguno engañase los ciegos y mudos y que no tienen seso. Pues lo que pensaste que convenía tenerse encubierto de tal manera, sabe que lo encubriste; que los lugares que el pensó tener aparejados muy fuertes y seguros, aquellos tú escondidamente le aparejaste para sus cárceles. Y con tanta presteza le venciste, que viniendo de lejos con gran ejército, antes le preveniste que pudiese allegar su gente de guerra.

—Parécete, Tigranes, dice Cyro, que el tal vencimiento es bastante á hacer los hombres prudentes para conocer que los otros son mejores que él?—Mucho más bastante es cierto, dice Tigranes, que cuando alguno es vencido en batalla. El que es vencido por fuerza de cuerpo, piensa que alguna vez ejercitándose podrá volver á pelear, y las ciudades que una vez son tomadas y sujetas, llamando después en su ayuda otros compañeros piensan tornar á pelear. Mas los que á algunos tienen por mejores que ellos, á estos tales muchas veces y aun sin necesidad los quieren obedecer.—Tú me parece, dice Cyro, que no piensas que los injuriadores conocen muy bien los que son más templados que no ellos, y que los ladrones tienen noticia de los que no hurtan, y los mentirosos de los que dicen verdad, y los injustos de los que hacen lo que es justo. Pero esto ni basta para que los unos dejen de ser injuriosos á los que no se lo merecen, ni tampoco para que los ladrones dejen de hurtar por ejemplo de los que así no pecan. ¿No sabes ahora, dice, que tu padre mintió, y no guardó lo que había puesto con nosotros, sabiendo que nosotros no habíamos traspasado cosa alguna de lo que Astyages prometió?—Pues no pienso yo, dice Tigranes, esto que

sólo el conocer á los otros por mejores hace los hombres más sabios y prudentes, sin que paguen pena alguna á los mejores, como ahora la paga mi padre.

—Tu padre, dice Cyro, hasta ahora no ha padecido mal ninguno, aunque bien sé que teme de padecer todo cuanto mal se pueda.—¿Piensas, dice Tigranes, que hay otra cosa en el mundo que más sujete á los hombres y los ponga en servidumbre que el gran miedo? ¿No sabes que los que son heridos con hierro, lo cual se tiene por el más recio castigo, quieren tornar á pelear contra aquellos que los hirieron, y á los que en gran manera temen los hombres, á éstos no los pueden mirar la cara aunque los consuelen?—Según eso, dice Cyro, tú, Tigranes, ¿debes de entender que mayor tormento es á los hombres el miedo que si de hecho recibiesen mal?

—Tú entiendes, dice Tigranes, que digo verdad, pues sabes bien que los que tienen miedo de ser desterrados de su patria, y los que han de pelear que temen de ser vencidos pierden el ánimo, y los que navegan con temor de perderse con efecto en la mar, y los que temen la servidumbre y las cadenas, estos tales ni pueden comer ni dormir de miedo. Mas los que ya están desterrados, y los que están ya vencidos y los que ya son siervos, algunas veces pueden comer y dormir más que los prósperos y bienandantes. Y está claro y manifiesto que en estos tales el miedo es como una carga pesada, pues que algunos temiendo de morir después de tomados, mueren primero de miedo: unos se despeñan, otros se ahorcan, otros se matan á hierro. Así que el miedo vence todas las cosas terribles, y es el que más espanta los ánimos. De donde puedes pensar que tal ánimo debe tener ahora mi padre, que no solamente teme su servidumbre, sino la mía y la de su mujer y la de todos sus hijos.»

A esto dijo Cyro: «Que tu padre esté en la disposición que ahora dices, no lo dejo de creer. Porque me parece que de un mismo hombre es cuando está en prosperidad (1) ensoberbecerse, y en la adversidad desmayar fácilmente; y si torna á respirar, tornar á engreirse, y de nuevo trabar contienda.—Es así por Dios, Cyro, dijo Tigranes, que nuestros yerros son causa que no se nos dé crédito. A tí será lícito hacer fuertes los castillos, y tener las fuerzas, y tomar las rehenes que quisieres, y á todos nos tendrás aparejados para sufrirlo con buen ánimo, pues nos acordamos ser causa de todo. Pero si á alguno de los que no erraron entregas el reino, mira que juntamente con hacerle bien, no te tendrá por amigo. Y si también por evitar odio no les pusieres yugo á los desta tierra para que no hagan injuria, mira no hayas menester corregir á aquellos más que no ahora á nosotros.

—Por Dios, dice Cyro, que yo no me serviré de buena gana de aquellos ministros que conozco que sirven por fuerza de necesidad; mas á los que sé que por amor y amistad hacen lo que deben, estos tales me parece que aunque yerren los sufriré más facilmente que no á los que me tienen odio y aborrecen, aunque trabajen y hagan todo cuanto hay constreñidos por necesidad.» A lo cual respondió Tigranes: «¿De quién podrás haber jamás tanto amor y amistad cuanto de nosotros?—¿De quién? dice Cyro, de aquellos á mi parecer que nunca fueron mis enemigos, si quisiere hacerles bien, como ahora tú dices que haga á vosotros.

—Pues cómo, Cyro, dijo Tigranes, ¿quién podrás hallar al presente á quien hagas tanto bien y merced como á mi padre? Si otorgas la vida á uno que nunca

(1) Quien de prosperidad se deja corromper con soberbia, también se deja derribar muy presto de la adversidad.

te hizo injuria, ¿qué gracias piensas ganarás por ello? ¿Pues qué hará si no le quitas los hijos y la mujer? Pues veamos: ¿quién te amará más por esta causa que aquel que piensa que con razón se lo puedes quitar todo? Si el reino de Armenia fuere menoscabado, sabes que á ninguno le pesará más que á nosotros, y así está claro que aquel que tomare mayor dolor y pesar, si no reinare, que este tal recibiendo el reino de tu mano tendrá mucho más que agradecerte. Pues si te fatiga el cuidado de cómo dejarás muy pacíficas y sosegadas las cosas deste reino cuando de aquí te partieres, considera cómo podrán estar más quietas, ó comenzando en ellas nuevo mando y señorío de nuevo señor, ó permaneciendo el viejo y acostumbrado. Pues si procuras cómo sacarás mayor ejército, ¿quién piensas que lo sabrá mejor buscar que el que lo ha buscado muchas veces? Y si has menester dineros, ¿quién te los podrá hacer haber mejor que aquel que sabe dónde están, y que los tiene todos? Oh buen Cyro, mira que si nos pierdes te podrás hacer más daño á tí mismo, que no mi padre te podrá dañar ni empecer.»

Estas y otras semejantes razones decía Tigranes, de que Cyro se alegraba en gran manera de oirlas, porque pensaba ver cumplido todo aquello que había prometido á Cyaxares que sucedería. Acordábase haber dicho á Cyaxares que pensaba hacerle más amigo del Rey de Armenia que era de antes. Después desto Cyro preguntó al Rey de Armenia, diciéndole: «Dime Armenio, si yo os creo á vosotros, ¿qué ejército enviaréis conmigo? ¿Cuántos dineros me daréis para la guerra?» A esto respondió el Rey: «No puedo, Cyro, decirte otra cosa más sencilla ni más justa, que es mostrarte todas mis fuerzas y poder que tengo; y cuando tú lo vieres, lleva todo el ejército que te pareciere, dejándome guarnición para guarda de la tierra. Asi-

mismo de los dineros, justo es que te declare los que tengo, para que sabiéndolo, tomes los que quisieres, y dejes los que te pareciere.»

Entónces dijo Cyro: «Ahora, pues, declárame la gente que hay, y también cuántos dineros tienes.» A esto respondió el Armenio: «De caballo serán hasta ocho mil, y de pie hasta cuarenta mil. Dineros, dice, con los tesoros que dejó mi padre, serán en dinero contado más de tres mil talentos.» Entonces Cyro, sin esperar más, dijo: «Del ejército, porque los Caldeos, tus comarcanos, tienen guerra contigo, enviarás no más de la mitad: de los dineros, por los cincuenta talentos que habías de enviar de tributo, darás ahora doblado á Cyaxares, porque se los dejaste de pagar. A mí, dice, me prestarás otros cien talentos, y yo te prometo que si Dios me da buen suceso y prosperidad, que por lo que me prestes te haré mucho más bien, ó si tuviere posibilidad, te pagaré tu dinero; y si no pudiere, entonces con razón seré condenado de imposibilidad y no de injusticia.—Por Dios, Cyro, dice el Rey, no hables eso, si quieres que tenga confianza en tí, sino que pienses que los dineros que me dejares no serán menos tuyos que los que llevares cuando te fueres.

—En buen hora, dice Cyro; pero porque te dé á tu mujer, ¿cuántos dineros me darás?—Cuantos pudiere, respondió el Rey.—¿Y por los hijos? dice Cyro.—Cuanto te pudiere dar, otra vez respondió el Rey.—Desta manera, dice Cyro, doblado será que todo lo que tienes. Y tú, Tigranes, habla, ¿por cuánto comprarás á tu mujer para que te la den? (Era Tigranes recien casado y amaba en gran manera á su mujer.) Yo, Cyro, respondió Tigranes, la compraré con mi vida, porque no venga á ser sierva.—Pues tú, dice Cyro, llévate á tu mujer, la cual yo no pienso que ha sido

cautiva, pues que tú nunca huiste de nosotros; y tú, Rey, lleva tu mujer y tus hijos sin pagar nada por ellos, porque vean que van libres. Y ahora cenad con nosotros; y después que hubiereis cenado, id do fuere vuestra voluntad.» Y así se quedaron.

Estando sentados á la mesa después de cena, preguntó Cyro á Tigranes: «Dime, ¿donde está aquel buen hombre que andaba á caza con nosotros, á quien tú tenías mucha reverencia y acatamiento?—A ese, dice, ya le mandó matar mi padre.—¿Qué mal le hizo? dice Cyro.» Respondió Tigranes: «Decía que me corrompía y echaba á perder. Y por Dios, que era tan bueno y tan honesto, que estando para morir me llamó, y me dijo: «Mira, Tigranes, no tengas enojo con tu padre »porque me mata, que esto no lo hace de mala volun»tad, sino de ignorancia; y cuanto yerran los hom»bres por ignorancia, todo pienso que lo hacen contra »su voluntad.» Entonces dijo Cyro: «¡Ay, Dios, y qué buen hombre era!»

Y el Rey de Armenia dijo así: «Oyeme, Cyro: los maridos que matan á los que acarician y conversan con demasiada familiaridad con sus mujeres, no hacen esto por causa que las hacen más malas y desenvueltas, sino (1) porque piensan que les quitan el amor y entera afición que han de tener á sus maridos; y por eso los tratan como enemigos. Así yo también tuve envidia de aquél, porque me parecía que hacía á mi hijo que le tuviese á él en más que no á mí.» A esto dijo Cyro: «Por Dios, Rey, que me parece que fué de hombre humano tu yerro: por eso, tú, Tigranes, perdona á tu padre.»

Estas y otras cosas razonando, abrazándose y honrándose entre sí, como era razón, después de haberse

(1) La causa porque los maridos matan los adúlteros.

reconciliado enteramente en su amistad, subieron en sus carros el Rey y su hijo con sus mujeres, y partiéronse muy alegres. Después que tornaron á sus casas, todos tenían que contar de Cyro; uno loaba su sabiduría, otro su esfuerzo, otro su mansedumbre, otro su hermosura y magnificencia. En este tiempo Tigranes preguntó á su mujer: «¿Qué te parece de Cyro? ¿viste cuán hermoso era?» Respondió ella: «Por Dios, dice, que yo no tenía los ojos puestos en él.—¿Pues en quién? dice Tigranes.—En aquel, por cierto, que dijo que con precio de su vida mercaría que yo no fuese sierva.» Y esto dicho, cesaron de hablar entre sí.

El día siguiente el Rey envió á Cyro y á todo su ejército muchos dones en señal de amor y hospitalidad; y declaró los que habían de ir con él á la guerra, mandándoles que estuviesen apercibidos dentro de tres días. Y mandóle contar á Cyro doblados dineros de los que le había prometido. Mas Cyro, tomando aquellos que había dicho, le tornó á dar los demás. Y preguntóle cuál de los dos había de ser el caudillo del ejército, su hijo ó él. Respondieron ambos juntamente, el padre desta manera: «Quien tú mandares.» Y el hijo dijo así: «Yo, Cyro, no te dejaré, aunque sepa ir para llevar una carga acuestas tras tí.» Y Cyro le dijo riendo: «¿Por cuánto querrías que tu mujer te oyese eso que habías de ir cargado?—No es menester, dice Tigranes, que lo oiga, porque yo la llevaré, y ella podrá ver todo lo que hiciere.—Ya es tiempo de aparejaros, dice Cyro.—Haz cuenta, respondió Tigranes, que ya están aparejados los que te dió mi padre.» Entonces los hombres de guerra con sus dones que habían recibido se fueron á reposar.

CAPITULO II.

El día siguiente Cyro, tomando consigo á Tigranes y á los más esforzados caballeros de los Medos y sus amigos, cuantos le parecía que convenía, descubría la tierra, mirando donde estaba fuerte; y llegando á unas subidas, preguntó á Tigranes cuáles eran los montes de donde descendían los Caldeos para venir á correr y robar la tierra. Tigranes se los mostró. Otra vez le preguntó Cyro si aquellos montes eran desiertos. «No, por Dios, respondió Tigranes, sino que siempre hay en ellos atalayas que hacen señas á los otros de lo que ven.—¿Pues qué hacen, dice Cyro, cuando lo sienten?—Vienen, dice Tigranes, á los altos con socorro y ayuda cada uno como puede.» Oído esto Cyro, y considerándolo, pensó que los Armenios tenían mucha tierra desierta y no cultivada por causa de la guerra. Y entonces él y todos los que iban con él se tornaron al real; y después que hubieron cenado, se fueron á reposar.

Otro día siguiente Tigranes fué presto con todos sus aparejos, y recogió hasta cuatro mil de caballo y diez mil flecheros, y otros tantos de lanza y escudo. Cyro, mientras que todos se llegaban, hizo sus sacrificios; y después de hechos, mandó llamar á todos los capitanes de los Persas y de los Medos, y hablóles desta manera: «Varones amigos (1): estos montes que »vemos son de los Caldeos; si éstos tomamos, y pone-

(1) Oración de Cyro á los capitanes para apresurarlos que atajen los enemigos.

»mos algún fuerte en lo alto, de necesidad haremos »que se templen con vosotros de aquí adelante ambas »naciones, así los Armenios como los Caldeos. Los sa»crificios se nos muestran favorables: aquí no nos po»drá ayudar tanto la osadía humana como la presteza. »Porque si prevenimos los enemigos antes que se »puedan allegar y subir á los montes, ó tomaremos »sin pelear los altos, ó nos aprovecharemos de los ene»migos, siendo ellos pocos y desapercibidos. Por lo »cual no podría ahora haber trabajo más fácil y más »sin peligro que apresurarnos con esfuerzo. Vamos, »pues, ahora á las armas: y vosotros, Medos, venid á »nuestra siniestra; y vosotros, Armenios, la mitad á la »derecha, y la otra mitad preceda delante de nosotros; »y vosotros, los de caballo, seguidnos en la retaguar»dia, amonestándonos y animándonos para que pa»semos adelante hacia arriba; y si alguno se hubiere »flojamente, no le perdonéis.»

Diciendo esto, Cyro precedía, habiendo hecho desfilar sus escuadrones. Los Caldeos, luégo que sintieron el ímpetu de los contrarios, hicieron seña á los suyos, y dando voces y alaridos se comenzaron á ayuntar. Cyro, acercándose más á ellos, amonestaba su gente diciendo: «Varones Persas (1), estos dan señas para que nosotros nos demos priesa: porque si prevenimos los enemigos en lo alto, muy poco ó nada podrán hacer contra nosotros.» Traían los Caldeos sus escudos, y cada uno dos lanzas arrojadizas en la mano, y decían que eran los más belicosos de toda aquella tierra: y ganan sueldo cuando son menester para la guerra, porque son muy belicosos y pobres, por ser toda su tierra montañas, y es muy poca y estrecha la que puede tener dineros.

(1) Pelea Cyro con los Caldeos.

Pues como los de Cyro se acercasen á lo alto, Tigranes, que iba junto á Cyro, le dijo: «Bien ves, Cyro, que nos conviene pelear luégo, y los Armenios no podrán esperar los enemigos.» Respondióle Cyro, que lo sabía bien; y mandó á los Persas que se apercibiesen, para ser los primeros que siguiesen los enemigos, cuando los Armenios huyendo se los acercasen y pusiesen delante: y desta manera precedían los Armenios guiando la gente. Los Caldeos que allí se hallaron al presente, viendo los Armenios acercárseles de presto, dando voces y alaridos, como habían de costumbre, corrieron sobre ellos. A los cuales los Armenios, como otras veces solían hacer, no osaron esperar.

Y como los Caldeos siguiéndolos en el alcance viniesen á dar en los contrarios, viéndolos tan apercibidos con sus espadas y tan cercanos, dellos desmayaron, dellos fueron muertos, y dellos presos, y otros se escaparon huyendo. Así que de presto ocuparon los altos; y después que los tuvieron los de Cyro, miraban desde allí las habitaciones de los Caldeos, y sintieron que huían los que allí cerca moraban. Cyro, después que toda su gente de guerra fué ayuntada, mandóles que fuesen á comer; y después que hubieron comido, y supo que los lugares donde estaban las atalayas de los Caldeos eran tan fuertes y cercados de agua, luégo resolvió construir un castillo, y mandó á Tigranes que enviase á su padre para que viniese luégo allí, y trajese consigo todos los carpinteros y canteros que pudiese haber.

Y partido que fué el mensajero para Armenia, Cyro con los que con él estaban comenzó la fábrica. Y en este medio trajeron ante Cyro los prisioneros Caldeos atados, y algunos dellos heridos: el cual como los viese, á la hora los mandó desatar, y mandó llamar

médicos y cirujanos que curasen los heridos. Y después vuelto á los Caldeos, les dijo: que él había venido allí, no porque deseaba destruirlos, ni porque tenía necesidad de guerra, sino porque quería hacer paz entre los Armenios y los Caldeos. «Antes que se ocupasen los altos, bien sé, dice, que no habíais de menester la paz, porque seguro estaba vuestro partido, pues tomábades y llevábades todo lo de los Armenios á vuestro salvo. Mas ahora mirad en qué términos estáis puestos: yo os suelto libres los cautivos para que se vayan á sus casas; y os doy lugar á vosotros y á los otros Caldeos para que consultéis si queréis tener guerra con nosotros, ó ser nuestros amigos. Y si escogéis la guerra, no vengáis más aquí sin armas, si sois cuerdos; y si os parece que os conviene más la paz, venid en buena hora, que yo tendré cuidado que todas vuestras cosas vayan bien, si sois amigos.»

Oído esto los Caldeos, loáronle en gran manera, y abrazáronle amorosamente, y después se tornaron para sus casas. El Rey de Armenia, como oyó que Cyro le llamaba, y entendido todo el hecho, tomando consigo los carpinteros y todo lo demás que le pareció necesario, se vino para Cyro lo más presto que pudo. Y llegado que fué donde estaba Cyro, como le vió, hablóle desta manera: «¡Oh Cyro, (1) cómo los hombres pudiendo prever muy poco de lo venidero emprenden hacer grandes cosas! Vesme aquí ahora á mí, que procurando (cuando me levanté contra Cyaxares) libertad, me hice, cuando tú me prendiste, siervo, cual nunca antes había sido; y después que fuí preso, pensando que ya había perecido, se ve clara-

(1) El Rey de Armenia habla á Cyro en llegando con gentil consideración de lo pasado.

mente que me hallé más libre y seguro que nunca. Así los Caldeos, que nunca cesaban de hacernos mal, los veo ahora como yo deseaba. Y esto quiero que sepas, Cyro, que yo por lanzar los Caldeos destos altos, te diera doblados más dineros que los que poco ha recibiste de mí. Ahora veo que nos haces el bien que nos prometiste cuando te dimos los dineros, y que cumples tu palabra. Por lo cual me parece que te debemos otras gracias, las cuales tendríamos vergüenza de no pagarlas, si no queremos ser del todo malos y desvergonzados; y aunque las paguemos, no hacemos nada de lo que debemos á quien tanto bien nos ha hecho como tú.»

Habiendo el Rey acabado de hablar esto, llegaron los Caldeos á rogar á Cyro que hiciese paz entre ellos. El cual les preguntó: «Veamos, Caldeos, ¿deseáis la paz porque pensáis que podréis vivir más seguramente teniendo paz que no teniendo guerra, mayormente después que hemos ocupado estas alturas?—Así lo pensamos, dijeron los Caldeos.—¿Y qué, dice Cyro, si también se os recrecen otros bienes de la paz? —Con ello seremos más alegres, respondieron ellos.—Bien lo entiendo, dice Cyro, pues veo que sois tenidos por pobres de buenas tierras, que tenéis muy pocas y raras.—Así lo confesamos, dijeron todos.—Decidme más, dice Cyro, ¿querríades dar tanto tributo cuanto dan los Armenios, porque os consintiesen ellos labrar y cultivar tanta tierra en Armenia cuanta quisiéredes?—Si querríamos, respondieron los Caldeos: si nos pudiésemos confiar que no se nos hiciese injuria.»

Vuelto entonces Cyro al Rey de Armenia le dijo: «Tú, Armenio, (1) ¿quieres que estos Caldeos labren

(1) Paces que hizo Cyro entre los Armenios y los Caldeos.

la tierra que tienes perdida, ociosa, y no cultivada, pagando el censo que pusieren contigo los labradores?» Respondió el Rey: «Antes lo compraría eso por gran precio, pues desta manera se aumentarán mucho más mis rentas.—Y vosotros los Caldeos, dice, pues tenéis muchos montes y buenos, ¿queréis dejar apacentar en ellos á los Armenios sus ganados, si los pastores que pacieren os pagaren lo que sea justo?—Si por cierto, dijeron los Caldeos, porque sin trabajo alguno nos vendria gran provecho.—Y tú, Armenio, dice Cyro, ¿quieres gozar de los pastos déstos, pues que aprovechando un poco á los Caldeos, te aprovechará mucho más á tí?—Sí quiero de buena gana, dijo el Rey, con tal que nos sean seguros los pastos allá.—¿Pero, dice Cyro, seguramente paceríais allí, si tuvieseis por vuestras y á vuestro mandado estas alturas?—Así es, dijo el Rey.

—Mas, por Dios, dicen los Caldeos, que nosotros no podríamos labrar seguramente no sólo la tierra déstos, pero ni aun la nuestra, si éstos tuvieran las cumbres.—¿Y si vosotros los Caldeos, dice Cyro, las tenéis también de vuestra parte?—Desa manera, respondieron los Caldeos, bien librados seremos.» Entonces, replicaron los Armenios: «Pues nosotros lo seríamos mal si éstos las tuviesen, mayormente ahora que están fortalecidas.—Ahora pues, dice Cyro, yo quiero hacer desta suerte: á ninguno de vosotros daré las fuerzas de aquellos lugares altos, sino que yo las guardaré; y cualquier de vosotros que hiciere injuria al otro, nosotros seremos con los injuriados.»

Oyendo esto, ambas partes lo aprobaron, diciendo que desta manera solamente podía ser la paz firme y durable. Y sobre esto dieron los unos á los otros su fe y seguridad, y se concertaron que los unos y los otros viviesen en libertad y seguros, y que se comuni-

casen y mezclasen con casamientos, y labranzas y pastos; y se ayudasen contra cualquiera que á una ú otra nación quisiese injuriar. Y así fué concluído todo esto; y hasta ahora duran los conciertos y convenciones; que entonces se hicieron entre los Caldeos y el Rey de Armenia. Después que fueron hechos los contratos, luégo ambas partes, cada cual por lo que le tocaba, fortalecieron el castillo como una fortaleza común, y metieron dentro todo lo necesario.

Venida la noche, convidólos Cyro á cenar á los unos y á los otros, como aquellos que ya estaban amigos. Estando ya sentados á la mesa, dijo uno de los Caldeos que aquellas capitulaciones eran muy buenas para todos ellos y deseadas, pero que había algunos de los Caldeos que vivían de robar, y que no sabían labrar la tierra, ni podían, por estar acostumbrados á vivir de la guerra; porque siempre robaban y ganaban sueldo las más veces del Rey de los Indios, porque decían que era hombre muy rico; y otras veces del rey Astyages. «Pues cómo, dice Cyro, ¿no lo ganarán también conmigo? que yo les daré tan gran sueldo que otro alguno nunca se lo dió mayor.» A esto todos afirmaron que hallarían muchos que lo querrían tomar; y así fué concertado entre ellos.

Oyendo Cyro que los Caldeos iban muchas veces al Rey de los Indios, acordándose que también habían venido embajadores del Rey de los Indios al real de los Medos para informarse de sus cosas, que habían pasado á los Asyrios para saber también de sus negocios, queriendo que el Rey de los Indios supiese lo que el mismo Cyro había hecho, comenzó á hablar desta manera: «Tú, Rey de Armenia, y vosotros los Caldeos, decidme: si yo quisiese enviar ahora alguno de los míos al Rey de las Indias, ¿enviaréis juntamente con él por mi causa algunos que le guiasen y mostrasen el cami-

no, y le ayudasen para negociar lo que yo quiero del Rey? Yo, dice, querría tener dineros hartos para pagar el sueldo liberalmente, y honrar y hacer bien y mercedes á la gente de guerra que lo merecen, y para esto querría tener dineros en abundancia; porque pienso los habré menester, no queriendo tocar á los vuestros, pues ya os tengo por amigos: mas del Rey de los Indios de buena gana los recibiría si me los diese. Así que el mensajero para quien yo os demando guías, y quien le ayude á negociar, venido que sea ante el Rey le dirá desta suerte:

«Cyro (1) me envía á tí, Rey de los Indios, á decirte que ha menester dineros, porque está esperando otro ejército que le ha de venir de su tierra de Persia, (y á la verdad le espero). Por lo cual si le enviares todo el dinero que pudieres buenamente, dice que si Dios le diere buena fortuna y buen fin, que él trabajará que tú entiendas cómo has mirado mucho por tu bien y pro en agradarle.—Y esto le dirá de mi parte, y de la vuestra vosotros mandad á los vuestros lo que os pareciere que es en vuestro provecho. Y si recibiéremos los dineros dél, nos aprovecharemos copiosamente dellos; y si no nos los da, no tendremos que agradecerle, sino que nos será lícito por su culpa hacer todo lo que nos cumple.»

Esto les dijo Cyro, pensando que los Armenios y los Caldeos que iban allá dirían tales cosas dél, cuales deseaba que dijesen y oyesen todos los hombres dél. Y viendo que este hecho estaba bien ordenado, por entonces se levantaron de cenar, y se fueron á reposar.»

---

(1) Embajada de Cyro al Rey de los Indios.

CAPÍTULO III.

El día siguiente Cyro envió el mensajero, mandándole decir todo lo que había dicho; y el Rey de Armenia y los Caldeos enviaron con él personas bastantes, para que le ayudasen á negociar y decir por Cyro todo lo que convenía. Cyro, después que fortaleció el castillo de los montes, y puso en ellos la guarnición que era menester y todas las provisiones necesarias, y les dejó un capitán de nación Medo, el que pareció sería más contento á Cyaxares para quedar allí, se partió para Media, llevando consigo su ejército, y el que le había dado el Rey de Armenia, y la gente que tomó de los Caldeos, que serían hasta cuatro mil hombres, á los cuales todos los tenía por mejores que todos los otros.

Después que descendió á tierra poblada, no quedó ninguno de los Armenios dentro de su casa, ni hombre ni mujer, que todos no le saliesen á recibir, alegrándose con la paz, y trayéndole y presentándole todo lo bueno que tenían. El Rey de Armenia no le pesaba desto, porque pensaba que Cyro se holgaba de ser honrado de todos. A la postre le salió á recibir la mujer del Rey, trayendo consigo las hijas y el hijo menor, y entre otros dones traía también el dinero que Cyro no quiso recibir primero.

Lo cual como viese Cyro, dijo: «Vosotros no me haréis á mí que por precio alguno sea bienhechor cuando por acá viniere. Por tanto, tú, señora, toma esos dineros que traes, y véte y no los des más al Rey tu marido, porque no los atesore y esconda y meta bajo la tierra; sino que aderezando á tu hijo muy bien con

ellos, le envíes á la guerra, y los demás guarda para tí y para tu marido, y para tus hijas é hijos. Porque teniéndolos andéis muy bien ataviados y adornados, y paséis mejor y más alegremente la vida. Basta, dice, que se cubran y se metan debajo la tierra los cuerpos cuando cada cual muere, y no los tesoros.»

Diciendo esto pasaba su camino adelante, y el Rey de Armenia y otros muchos hombres buenos le acompañaban, llamándole bienhechor y varón bueno; y esto hacían hasta que lo sacaron de la tierra. Y el Rey de Armenia le envió mayor ejército, porque había paz en su reino. Y así se partió Cyro rico, no solamente de los dineros que recibió, pero de muchos más que había alcanzado por su buena condición, para tomarlos cuando los hubiese menester. Y por entonces asentó sus reales en los términor de Armenia.

El día siguiente envió ejército y dineros á Cyaxares (que estaba cerca de allí, como arriba se dijo): y él con Tigranes y con los más principales de los Persas andaba cazando do quier que hallaba las fieras, en lo cual se deleitaba mucho. Después que llegó á tierra de los Medos repartió los dineros entre sus capitanes, dando á cada uno cuanto le parecía que bastaba, para que ellos también pudiesen honrar los que traían bajo su mando. Parecíale que si alguno obraba en parte alguna cosa digna de loor, que todo lo demás tendría bueno. Y donde quiera que veía alguna buena cosa, la procuraba para darla á los que más la merecían. Teniendo por sí que todo el bien y riquezas que tenían los suyos era honra y gloria para él. Pues habiendo repartido entre los suyos todo lo que había habido en la guerra, estando en medio de los capitanes y cabos de escuadras y de todos aquellos á quien honraba, les habló desta manera:

«Varones amigos (1): parece que bulle entre nos-»otros una cierta alegría común, porque tenemos »abundancia de las cosas necesarias, y porque tene-»mos con qué honrar á los que quisiéremos, y ser »honrados también, según que cada uno lo merece. »Ante todas cosas, pues, conviene que nos acordemos »de las obras que han sido causa de todos estos bie-»nes. Si bien lo consideráis, hallaréis que el velar »cuando era menester, y trabajar y apresurarse, y »no dar ventaja á los enemigos han sido causa deste »nuestro placer. Por esto conviene que de aquí ade-»lante seamos buenos y esforzados, sabiendo ya como »experimentados que los grandes deleites y los gran-»des bienes los da la obediencia y el esfuerzo, y los »trabajos que se toman á su tiempo, y el ponerse á »los peligros cuando es menester.»

Pues entendiendo Cyro que los suyos tenían bien aparejados sus cuerpos para sufrir los trabajos de la guerra, y también los ánimos para tener en poco los enemigos, y que todos sabían muy bien lo que les era conveniente á sus armas, y estaban apercibidos para hacer lo que su príncipe y capitán les mandase, deseaba hacer alguna buena hazaña en los enemigos, conociendo que muchas veces con la tardanza de los príncipes se mudan y alteran los buenos aparejos de la guerra, y viendo que había alguna ambición en las competencias que tenían los suyos, y que se tenían envidia unos á otros, los quería sacar á tierra de los enemigos, para que los peligros comunes los hiciesen más amigos y compa-

(1) Oración de Cyro á los suyos, en la cual les representa la común alegría con que ahora se gozan, y con ella misma les avisa de su deber. Y hace más poderosa la amonestación con la esperanza que les ofrece de tales premios, cuales son los que ya por experiencia conocen.

ñeros entre sí: donde ya entonces no se tienen envidia los que están con las armas en las manos, y codiciosos de honra, sino que antes se loan unos á otros, y aman á los que son semejantes, creyendo que les son ayudadores y compañeros para el bien público de todos.

Así que lo primero armó su ejército, y le puso en orden lo mejor y más lucidamente que pudo: después mandó llamar á los brigadieres (*), coroneles, capitanes y caporales. Estos, aunque no entraban en la cuenta de los otros soldados para ser mandados como ellos, así obedecían, ó á algunos otros superiores, y al capitán general señaladamente; y así cuando era menester hacer ó mandar algo, ninguna cosa quedaba sin superior que lo mandase, sino que los decuriones y quincuriones ordenaban y concertaban todo lo que se quedaba por mandar de los otros capitanes más principales. Cyro, vista la ocasión, les mostraba lo que le parecía que estaba bien ordenado, y les enseñaba lo que era firme y valedero para ayudarse unos á otros, cada cosa por sí. Y habiéndoles ya encendido sus ánimos en amor, para que quisiesen hacer algo de bueno, les dijo que se fuesen á sus compañías, y enseñasen á cada uno de los suyos lo que él les había enseñado á ellos, y les pusiesen á todos codicia de guerrear, para que se moviesen con ánimo; y que á la mañana viniesen á las (*) puertas de Cyaxares. Ellos se fueron, y lo hicieron así.

El día siguiente á buena hora vinieron todos á las

(*) Al jefe de diez mil hombres llama el autor *Myriarchos*, que de algún modo puede equivaler á nuestro *brigadier*.

(*) Acostumbran los Orientales á llamar el palacio ó casa Real *Puertas del Rey*, y esta es la acepción propia de esta voz, así en este lugar, como en otros de esta obra. Aun en el día se dice en este mismo sentido *La Puerta del Gran Señor*.

puertas de Cyaxares; y entrando Cyro con ellos á Cyaxares, le comenzó á hablar desta manera: «Bien »sé, Cyaxares, que lo que tengo de decir ahora, te »ha parecido bien á tí de antes, ni más ni menos que »á mí, sino que por ventura tienes un encogimiento »que te estorba el decirlo, porque no parezca que »haces mención de nuestra salida de aquí, mostrando »que te pesa de mantenernos. Mas pues que tú callas, »yo quiero hablar por tí y por nosotros.

»A nosotros todos (1) nos parece que pues ya esta»mos aparejados, no esperemos á pelear entonces »cuando los enemigos ya hubieren entrado en tu »tierra, ni los esperemos estando sentados de reposo »en tierra de amigos, sino que lo más presto que ser »pueda salgamos á tierra de enemigos. Porque ahora »estando en tu tierra hacemos mucho daño á las cosas »della contra nuestra voluntad: mas si salimos á tierra »de los enemigos, haremos mal y daño á las dellos »alegres y de buena voluntad. Demás desto, tú ahora »nos mantienes á gran costa tuya; y si salimos al »campo nos mantendremos á costa de los enemigos. »Y también si allí hubiésemos de tener mayor peli»gro que aquí, por ventura sería bien escoger lo más »seguro, que es que fuera de tu tierra peligremos. »Mas ahora ellos son iguales á nosotros, ahora los »esperemos aquí para pelear, ahora les salgamos al »encuentro. Y también nosotros somos iguales para »la batalla, si los recibimos aquí cuando vengan, ó »si salimos á pelear con ellos.

»Pero mejores y más fuertes tendremos los ánimos »de nuestras gentes de guerra si salimos contra los »enemigos y si damos á entender que no vemos con-

(1) Trata Cyro con Cyaxares de partirse para entrar en tierra de enemigos.

»tra nuestra voluntad los contrarios, y ellos nos te»merán más cuando oyeren que no por su miedo nos »estamos detenidos en nuestras casas, sino que en »sintiendo que vienen les salgamos al encuentro »para venir de presto con ellos á las manos, y no es»peremos que nuestra tierra reciba mal y daño, sino »que previniéndolos, destruyamos su tierra dellos. »Y si á ellos les ponemos más miedo, y nosotros sali»mos con más osadía, pienso que será mayor ganan»cia para nosotros. Y desta manera creo que será »menor el peligro para nosotros, y mayor para los »enemigos. Porque como tu padre decía siempre, y »tú también dices, y todos los otros consienten en »ello, las batallas (1) más se han de juzgar por los »ánimos, que no por las fuerzas de los cuerpos.»

Acabando Cyro de hablar, respondió Cyaxares: «Que á mí me pese de manteneros, no quiero que tú, Cyro, y vosotros los Persas, tengáis tal pensamiento; pero el salir á tierra de los enemigos paréceme que es mejor para todo.—Luego, dice Cyro, pues que somos de un mismo parecer, aparejémonos; y si los sacrificios nos lo otorgan, salgamos de presto á ellos.»

Esto dicho, mandó á todos los suyos que se aparejasen: hizo sus sacrificios primero al Dios Júpiter, y después á todos los otros dioses, pidiéndoles que benignos y favorables fuesen defensores y ayudadores, y consejeros para todo bien. Y también hacía sus ruegos y plegarias á los héroes y dioses patrones y abogados de Media; y conociendo que sus sacrificios les eran aceptos, y habiendo recogido todo su ejército en los términos de Media, y viendo que los

(1) Las batallas se han de estimar por los ánimos antes que por los cuerpos.

agüeros le eran favorables, entró con su hueste en tierra de los enemigos. Y pasado que fué de los términos tornó de nuevo á hacer sus sacrificios á los dioses patrones de Asyria, y de nuevo tornó á sacrificar al Dios Júpiter, y á cualquier otro Dios que le parecía, sin descuidarse de ninguno.

Esto así hecho, comenzó á caminar con toda su infantería; y haciendo pequeñas jornadas, asentaba su real. Y los de caballo iban corriendo la tierra, y traían gran presa de toda suerte. En lo demás, continuando su marcha destruían y talaban la tierra, y hallándose con abundante provisión de todo esperaban sus enemigos. Pues como tuviesen nueva que ya se acercaban, y que no estaban más lejos de camino de diez días, entonces Cyro dijo: «Ahora es tiempo, Cyaxares, de salirlos á recibir; porque no parezca á los enemigos ni á nosotros que por miedo no les salimos al encuentro, sino que vean claramente que peleamos de nuestra voluntad.»

Pareciéndole buen consejo este á Cyaxares, puestos todos en ordenanza de guerra, así como siempre caminaban, proseguían su camino, no haciendo mayor jornada cada día de la que veían que les bastaba para que siempre cenasen de día. De noche no encendían fuego en el real, sino delante del real, para que si algunos viniesen de noche fuesen descubiertos por el fuego, sin que ellos fuesen vistos de los que venían. Muchas veces hacían fuego detrás del real para engañar los enemigos: por lo cual algunas veces las espías de los contrarios venían á caer en las guardas y velas dellos, por los fuegos que estaban detrás de los reales, pensando que estaban lejos del ejército.

Los Asyrios y los que con ellos venían, después que se acercaban los ejércitos, hacían sus fosas, como también ahora lo hacen los Reyes bárbaros cuando

asientan sus reales, que los cercan de fosados con la gran multitud de la gente de guerra que traen. Porque ven manifiestamente que el ejército de caballo se alborota de noche y no es de provecho, mayormente el de los Bárbaros: por lo cual tienen los caballos con sueltas atados á los pesebres. Y si alguno va á ellos, es cosa muy trabajosa desatarlos de noche, y más enfrenarlos, y mucho más lo es ensillarlos y encubertarlos; y después que suben á caballo es muy difícil pasarlos por el real. Por esta causa ellos y los otros Bárbaros cercan los reales con sus fosas y municiones; y también porque les parece que cuando están con su fuerte que tienen facultad de pelear ó no cuando quisieren.

Y haciendo esto se acercaban las unas huestes á las otras; y después que estuvieron los unos de los otros no más lejos de una parasanga, los Asyrios asentaron su real, como arriba se dijo, en lugar cercado de fosa, aunque en descubierto. Mas Cyro en el lugar más oculto que podía, haciendo sus baluartes de tierra y bastiones, teniendo por sí que todas las cosas de guerra que de repente se ven, ponen más miedo y temor á los contrarios. Aquella noche, poniendo los unos y los otros sus guardas y velas como les convenía, se fueron á dormir.

El día siguiente el Rey de Asyria y Creso, Rey de Lydia, y los otros capitanes detuvieron su ejército reposando en su fuerte. Cyro y Cyaxares con toda su gente puesta en orden, estaban esperando si los enemigos saldrían á pelear. Pero como vieron claramente que los enemigos no salían de su fuerte, ni pelearían aquel día, Cyaxares llamando á Cyro y á todos los otros que allí estaban á la sazón les dijo: «Paréceme, caballeros, que será bien que así como ahora estamos todos puestos en ordenanza, vamos á dar en

el fuerte de los enemigos, y nos declaremos que querémos pelear y presentarles la batalla; y si entonces ellos no salieren á nosotros, los nuestros tomarán más ánimo para acometerlos; y ellos viendo nuestra osadía, cobrarán más miedo.»

Y esto le parecía á Cyaxares; mas Cyro le respondió: «Por Dios, que en ninguna manera hagamos eso que tú dices, Cyaxares; porque si yendo así como tú dices, nos manifestamos, y los enemigos nos miraren cómo venimos, no tendrán temor alguno, sabiendo que están en lugar seguro, do no les pueden hacer mal; y después que nos tornáremos sin hacer nada, viendo á la clara nuestra hueste que es mucho menos que la suya, nos menospreciarán y saldrán mañana con más valientes ánimos y corazones. Ahora, dice, sabiendo que estamos aquí presentes, sin que nos vean, has de creer que no nos despreciarán, sino que pensarán entre sí: ¿qué es esto? Y hablando de nosotros, yo sé bien que no reposarán; y cuando salieren, entonces conviene que nos mostremos, y vamos luégo á ellos para tomarlos donde antes queríamos.» Este consejo de Cyro le pareció muy bien á Cyaxares y á todos los otros; y por entonces cenaron y pusieron sus guardas y velas, y encendieron muchos fuegos delante dellas, y así se fueron á dormir.

El día siguiente por la mañana Cyro con su guirnalda en la cabeza hacía sus sacrificios, y mandó á los Omótimos que también ellos coronados estuviesen presentes á ellos; y después de acabados los sacrificios, llamólos á todos y les habló desta manera: «Va»rones amigos (1): pues los Dioses, según que dicen

(1) Oración de Cyro á los Omótimos, para que amonesten la gente que tienen á cargo, en la cual les promete ante todas cosas el favor divino, porque más confiados entren en la batalla.

»los adivinos, y según que también á mí me parece, »nos significan la batalla, y nos muestran la victo»ria, y nos prometen la salud en los sacrificios, yo »tendría vergüenza de amonestaros qué tales con»viene que os mostréis en esta afrenta; porque yo »sé que lo sabéis esto tan bien como yo, y que lo ha»béis ejercitado y oído y lo oís al presente, y aun lo »podéis enseñar con razón á los otros; y si no lo ha»béis bien entendido, oidlo ahora.

»Los que ahora nuevamente tenemos por amigos y »compañeros, y trabajamos por hacerlos semejantes á »nosotros, á éstos les debéis traer á la memoria por »qué causas los ha mantenido Cyaxares, y en lo que »nos ejercitábamos, y para qué los llamamos, y por »qué vinieron de su grado á ayudarnos. Y también »les acordaréis que este día de hoy mostrará muy »bien qué es lo que cada uno merece. Aquello que »aprenden tarde los hombres no es de maravillar si »algunos dellos han menester quien se lo acuerde y »amoneste; y aun es harto que con el aviso y amo»nestación sean buenos y esforzados. Y para hacer »esto tomaréis la experiencia en vosotros: pues el que »puede en esta cosa hacer á los otros mejores, ya se »conoce á él mismo que es bueno y perfecto varón. Y »el que solamente se puede amonestar é inspirar va»lor á sí mismo, y se contenta con esto, se ha de tener »por medianamente perfecto. Por lo cual yo no se »lo digo á ellos, sino que os mando que se lo digáis »vosotros, porque ellos todos trabajen por agradaros: »por ser como sois vosotros más familiares á ellos, »cada uno á la parte destos noveles que le toca, por »tenerla encomendada; y así como de más cerca les »podeis poner ejemplos de lo que conviene. Bien sa»béis que mostrándoles á éstos vuestro esfuerzo y »osadía, que á éstos y otros muchos enseñareis no

»con palabras sino con obras á ser osados y esfor-»zados.»

Esto dicho, los mandó ir á comer, y que después, puestas sus coronas y guirnaldas, sacrificasen y viniesen á sus escuadrones á ponerse en la ordenanza. Cuando éstos fueron idos, mandó llamar los cabos de escuadras de la retaguardia, y habló desta manera: «Varones persianos, vosotros sois Omótimos y escogi-»dos, que aunque en todo lo ál sois semejantes é igua-»les á los capitanes y á los que mandan, aun les prece-»déis en la edad y prudencia, porque vais en la reta-»guardia, viendo y amonestando los buenos: y lo que »yo tengo que rogaros, es que tengáis más cuidado de »hacerlos mejores. Y si alguno se hubiere floja y afe-»minadamente, y lo viéredes, que no se lo consintáis. »Que cierto á vosotros conviene más que á otro nin-»guno el vencimiento y la victoria, así por la edad »como por la gravedad de vuestro hábito (1). Y si »por ventura los que van en la delantera os llamaren »para que les ayudéis, seguid tras ellos y obedeced-»les. Y porque en esto no seais menos que ellos, yo os »doy también el cargo á vosotros de amonestarles que »con toda presteza vayan delante y se metan en los »enemigos. Ahora también vosotros iréis á comer, y »venid tambien con los otros, puestas vuestras guir-»naldas, á poneros en la ordenanza.»

Y en esto entendían los de Cyro. Los Asyrios, que ya habían comido, salieron osadamente, y poníanse en orden con grande esfuerzo. Y el mismo Rey ordenaba los escuadrones subido encima de un carro, y les amo-

(1) Estos capitanes y caporales de la retaguardia, que eran también los que tenían cargo de socorrer las necesidades de la batalla, debían de andar señalados con algún género de vestidura diferente; y por eso dice esto.

nestaba desta manera: «Varones Asyrios (1), ahora »conviene que seáis buenos y esforzados. Ahora la »contienda es sobre vuestras vidas, sobre vuestra tie»rra, de donde sois naturales: sobre vuestras casas, »donde os habéis criado; sobre vuestras mujeres é hi»jos, y sobre todos los bienes que tenéis y poseéis. Si »vencéis, seréis señores de todo ello como antes; y si »fuereis vencidos, todo lo habéis de entregar á los »enemigos. Por tanto, si amáis la victoria, esperad los »enemigos, y pelead con ellos. Porque sería gran lo»cura que quisiesen vencer aquellos que vuelven las »espaldas á los enemigos, y les ponen delante hu»yendo aquellas partes ciegas del cuerpo que están »sin armas y sin manos. Y locura es también que »alguno queriendo vivir procure de huir, pues que »sabe que los vencedores se salvan, y los que huyen »mueren antes que los que esperan. Y también es lo»cura el que tiene codicia de dineros y de haberes »dejarse vencer. ¿Quién no sabe que los que vencen »salvan lo suyo, y toman lo de los vencidos, y que los »que son vencidos se pierden á sí mismos y todo lo »que tienen?»

Entretanto que el Rey de Asyria estaba entendiendo en esto, Cyaxares envió á Cyro á decirle que ya era tiempo de salir á los enemigos. «Ahora, dice, son pocos los que están fuera de su fuerte; y si esperamos á salir más tarde, serán muchos cuando fuéremos. Pues luégo no esperemos á que sean más que nosotros, sino que vamos ahora cuando pensamos que más fácilmente los podremos vencer.» Al cual Cyro

(1) Oración del Rey de Asyria á los suyos, en la cual parece cuán consideradamente lo hizo Xenofonte, y muy bien lo miró, que siendo todas las amonestaciones de Cyro enderezadas á honra y valor, la del Bárbaro toda va á parar en riqueza y deleite, y cosas con que hombres bárbaros se mueven.

respondió: «Bien sabes, Cyaxares, que si no fueren vencidos ahora más de la mitad dellos, que dirán que teniendo nosotros miedo á los muchos, acometimos á los pocos: y no se tendrán por vencidos; antes nos será menester pelear otra vez. Y entonces por ventura tomarán mejor consejo que ahora han tomado; y nosotros los cogeremos á nuestro placer, teniendo tantos dellos para pelear, cuantos deseamos que sean.»

Con esto se fué el mensajero. En este medio llegó Chrysantas Persa y algunos otros Omótimos, que traían algunos fugitivos que habían pasado del real de los enemigos. A los cuales Cyro con mucha prudencia preguntaba todo su hecho de los enemigos: y ellos decían que ya habían salido de su fuerte todos con sus armas, y que el Rey los estaba poniendo en orden fuera del real, y los estaba amonestando después de salidos con razones muy bastantes y eficaces, según que decían los que las habían oído.

Entonces dijo Chrysantas: «¿Qué mal será, Cyro, que tú también llames ahora á los tuyos mientras que hay tiempo, y los amonestes y animes? por ventura los harás mejores.» A esto Cyro le respondió. «Oh Chrysantas, no te pene nada de las amonestaciones de los Asyrios; porque ninguna amonestación hay tan buena, que en un día pueda hacer buenos y esforzados á los que no lo son, por oirla: ni hará buenos flecheros á los que de principio no estuvieren ejercitados: ni buenos tiradores, ni buenos hombres de caballo: ni los cuerpos suficientes para sufrir los trabajos, si no estuvieren de antes ejercitados.»

Y Chrysantas dijo: «Bástete, Cyro, si alcanzares, animándoles ahora los corazones á los tuyos, que los hagas mejores de lo que son.» Respondióle Cyro: «¿Qué razón bastará para plantar en un día vergüenza

en los ánimos de los que la oyeren, ó apartarlos de lo torpe y feo, y convertirlos como conviene, que por causa de la honra y fama sufran todo trabajo y se pongan á todo peligro; y ponerles un pensamiento muy constante, para que escojan antes morir peleando que salvarse huyendo? ¿Cómo, dice, si estos pensamientos han de estar escritos en los corazones de los hombres, y quedar y permanecer firmes y estables con ellos, no es por fuerza menester que de mucho antes haya unas leyes que ellos mismos se hayan puesto, por las cuales á los buenos y esforzados se les apareje en sus pensamientos una vida esforzada y libre, y á los malos y cobardes deshonrada, servil y abatida, y tal, que no sea vida de vivir? Demás desto, pienso que es bien que haya habido sobre éstos que tales han de ser, desde su primera edad, rectores y maestros, los cuales les hayan mostrado y enseñado derechamente, y los hayan acostumbrado á pensar y obrar lo mejor, hasta engendrarles en los corazones una presunción que piensen que los hombres buenos y famosos son bienaventurados de veras, y los malos y difamados los más desventurados de todos. Y desta manera han de aparejar los ánimos de aquellos que han de tener en más la disciplina militar que aprendieron, que el miedo de los enemigos.

«Pues si alguno al tiempo que los hombres de guerra salen con sus armas á la batalla, donde los más se olvidan de lo que antes aprendieron, en este instante pudiere mostrarles abreviado lo que les cumple hacer, para que sean de presto hombres belicosos, la más fácil de aprender y de enseñar de todas cosas humanas será la virtud y el esfuerzo. Porque yo, dice, ni aun pudiera creer que estos Persas que ahora he armado como Omótimos habían de permanecer constantes y buenos, por más que los hayamos ejercitado en todo,

si no os viera á todos vosotros que estando presentes les mandáis lo que conviene, dándoles ejemplo con vuestro obrar, de cuáles conviene que sean, trayéndoles desta manera á la memoria lo que ya tienen puesto en olvido. Mas los que no están enseñados en la virtud, maravillaríame yo, Chrysantas, si les aprovechase más un razonamiento muy bien compuesto, para en cuanto toca á la virtud y al esfuerzo, que les aprovecharía á los que del todo ignoran la música una canción muy buena y muy bien cantada.»

Estando en estas razones, Cyaxares tornó otra vez á enviar á Cyro á decirle que lo erraba en gastar tiempo esperando y en no ir de presto con su gente á dar en los enemigos. Entonces Cyro respondió á los mensajeros: «Bien sabe Cyaxares que aun no han salido del real los que es menester que salgan. Y decidle esto en presencia de todos, que lo oigan. Mas que á él así le parece, ya salgo.» Diciendo esto, hizo sus plegarias á Dios, y salió con todo su ejército. Y comenzando á andar, iba muy apresurado guiando los suyos adelante, los cuales seguían todos en orden, porque sabían muy bien y estaban acotumbrados á ir en la ordenanza: mostrándose todos muy valientes, por la competencia de honra que tenían entre sí los unos con los otros, y por tener ejercitados los cuerpos para los trabajos, y porque aquellos que los mandaban estaban en la primera fila, y eran príncipes y señores prudentes; porque sabían bien ser cosa segura y muy fácil salir al encuentro, y acometer de cerca á los enemigos, mayormente á los flecheros y tiradores y á los de á caballo.

Cuando estaban á un tiro de piedra los unos de los otros, Cyro dió la señal á los suyos de acometer á los enemigos, apellidando *Júpiter ayudador y caudillo*. Y después que tornó á dar otra vez este apellido, comenzó

á cantar á Cástor y Póllux (1) el cántico de guerra que estaba establecido por ley que lo cantasen los Persas entrando en alguna batalla señalada: y como Cyro la comenzó, todos á una voz lo resonaban. Con este cántico pensaban los Persas, como hombres supersticiosos, que temerían menos á los enemigos. Acabado el cántico, comenzaron á caminar los Omótimos, hombres animosos y bien enseñados, mirándose los unos á los otros, y nombrándose ayudadores y favorecedores; y diciendo á menudo unos á otros: «ea varones, ea amigos,» convidaban á todos á que los siguiesen; y los que venían en la retaguardia animaban los primeros que acometiesen valerosamente. Había en el ejército de Cyro hombres de gran corazón, codiciosos de honra, osados, valerosos, prudentes y obedientes, que á mi parecer es lo más terrible para los enemigos.

Los Asyrios que peleaban desde su fuerte, después que vieron junto todo el ejército de los Persas, subieron en sus carros, y acercáronse á los suyos. Los flecheros y tiradores de honda soltaban sus tiros antes que pudiesen alcanzar con ellos á los contrarios. Los Persas arremetieron para ellos; y después que se acercaron los unos á los otros para poderse tirar, Cyro comenzó á dar voces, diciendo: «Varones esforzados (2), salga ahora de presto alguno de vosotros que de muestra de sí, y anime los otros:» y esta voz iba de uno en otro. Algunos de gran corazón y presteza comenzaron á correr, á los cuales seguían corriendo todos los es-

(1) Castor y Pollux fueron los dos hermanos hijos de Leda, y porque los gentiles los tenían especial cuidado de apartar todo mal y daño, por tanto tenían los Persas esta superstición de este cántico.

(2) Animo grande y ardor de Cyro en medio de la batalla.

cuadrones de infantería muy en orden. Y Cyro, olvidando el andar, iba delante corriendo, y diciendo á voces: «¿Quién me sigue? ¿quien es el bueno y esforzado? ¿quién será el primero que derribe algún enemigo?» Oyendo esto los Persas, decían con ahinco lo mismo: é iba esta voz por todos, así como él lo amonestaba y decía: «¿Quién me sigue? ¿quién será el esforzado?»

Y desta manera los Persas se metían en los enemigos matando é hiriendo; hasta tanto que los contrarios, no osando más esperar, volvieron las espaldas y huyeron hacia su fuerte. Los Persas, siguiedo en pos dellos hasta la entrada, herían y mataban muchos dellos: y saltando sobre los que caían en las fosas los mataban, así á hombres como á caballos; y algunos carros que iban huyendo venían á caer en los fosados. Viendo esto la gente de caballo de los Medos, se dejaron ir para los escuadrones de caballo de los enemigos, y los trabajaron tanto, que los hicieron retraer. Así que de la una parte y de la otra había grandes persecuciones y muertes de hombres y de caballos.

Los que estaban dentro del fuerte de los Asyrios, y á la entrada de los fosados, ni podían tirar sus flechas y tiros á los Persas que los herían y mataban, espantados de este espectáculo feroz y terrible, y del miedo que les habían cobrado. Y también por ventura huían de sus estancias, porque veían á algunos de los Persas matar a los que alcanzaban á las entradas del fuerte. Las mujeres de los Asyrios y de sus compañeros que estaban dentro en el real, viendo huir los suyos aun en el mismo real, comenzaron á dar voces y á correr: turbadas y espantadas de miedo, las unas tomaban sus hijos; las otras que eran más mozas rasgaban sus vestiduras, y á sí mismas se despedazaban; suplicando á los que encontraban huyendo, que no

se fuesen y las dejasen, sino que defendiesen y socorriesen á ellas y á sus hijos, y á sí mismos. Aquí los mismos Reyes con los más fieles de los suyos, estando á las entradas del fuerte, y subidos en lo más alto de las entradas de las cavas, peleaban fuertemente, y animaban los otros que peleasen.

Cyro, después que vió el hecho desta manera, temiendo que si entraba dentro del real por fuerza de armas, que siendo pocos, podría recibir daño de los muchos, mandó retirar los suyos sin que tirasen más á tiro á los enemigos, y que en esto le obecediesen. Aquí podrá alguno conocer los Omótimos, y cuán bien estaban enseñados, que tan presto obedecen, como mandan á los otros que obedezcan. Después que se arredraron lejos de donde pudiesen tirarles, se pararon en sus estancias con más concierto que un coro de danzantes, sabiendo muy bien en el lugar que cada uno había de estar y pararse.

LIBRO CUARTO.

ARGUMENTO.

Vencida la batalla, Cyro juzgó ser Chrysantas el que mejor se hubo en ella: el juzgar de los otros reservó para después. Amonestó de nuevo á los suyos, y consultó con Cyaxares si seguiría á los Asyrios que huían; determinóse seguirlos, porque los Hircanos amigos de los Asyrios se le dieron y se le ofrecieron por guías: con ellos acabó de desbaratar á los Asyrios acometiéndoles de improviso. Murieron en el asalto los Reyes de Capadocia y de Arabia: huyeron Creso, rey de Lydia, y el Principe de Frigia, siguiéndolos en el alcance los Medos y los Hircanos, que fueron los que solos hicieron este destrozo en los enemigos. Por lo cual Cyro, como envidioso de que ganasen aquéllos por ser hombres de caballo tanta honra, estándose él con sus Persas sin hacer nada, ordenó como también entre los suyos hubiese gente de caballo. Envió á Persia por más gente, y ordenando sus cosas con hacer repartir muy bien la presa; libertó y armó los siervos que halló entre los Asyrios. Gobrias, un señor principal de los Asyrios, vino á darse con su tierra y vasallos á Cyro, y le ofreció su hija por mujer, y le contó la dolorosa muerte de un su hijo.

CAPÍTULO I.

Después que Cyro hubo estado allí algún tiempo quedo con su ejército, haciendo muestra que estaba aparejado para pelear si alguno saliese, cuando vió que no salía ninguno, se apartó de allí tanto espacio cuanto le parecía que convenía; y habiendo asentado

su real, y puesto guardas y enviado sus espías, mandó llamar su gente de guerra; y estando en medio de todos ellos, les habló desta manera:

«Varones persianos (1): cuanto á lo primero yo alabo »á Dios cuanto puedo, y vosotros también lo hacéis »según pienso, porque hemos alcanzado la victoria y »la seguridad con ella. Porque de todo lo que alcanza»mos en señorío y en esfuerzo debemos siempre pagar »á Dios las gracias que le debemos; y también os loo »á vosotros, porque juntamente todos hemos acabado »un hecho tan grande y señalado. De lo que cada »cual particularmente hizo, después que yo fuere in»formado como es razón, gratificaré á cada uno con »palabras y con obras, según que lo merece.

»Mas del capitán Chrysantas, que está junto á mí no »es menester preguntarlo á otros; pues yo mismo he »visto y conocido quién es, y que hizo todo su deber, »como vosotros también pienso que lo hicisteis. Y lo »que tengo dél en más, es que después que yo mandé »se retirasen los míos, nombrando á él por su nombre, »estando con la espada alzada para herir al enemigo, »luégo me obedeció (2); y dejando de hacer lo que él »quería, hizo lo que yo mandaba. Él se retiró luegó, y »mandó á los otros que así lo hiciesen prontamente, y »sacó su escuadrón á salvo fuera de donde le pudiesen »alcanzar los tiros de los enemigos, antes que ellos pu»diesen entender que nos retirábamos, ni pudiesen ar»mar sus arcos ni tirar sus tiros. Y así trajo á sí mismo

(1) Oración de Cyro á los Persas, alabándolos después de la victoria. Donde está muy bien guardado el decoro en que siendo Cyro, como parece por toda esta su historia, tan religioso, comience de hablar en la victoria de las gracias que se deben á Dios por ella.

(2) Los Lacedemonios aprueban antes obedecer al capitán que herir al enemigo.

»primero, y después á toda su compañía salva y sin »lesión alguna, por haber obedecido de presto. A los »demás yo los veo heridos, sobre los cuales yo me in- »formaré cómo y cuándo, y en qué tiempo los hirie- »ron, y daré mi parecer sobre ello. Pero á Chrysantas »porque hizo muy buenos hechos en esta guerra, y se »hubo como varón sabio y prudente, y que es bastante »y suficiente para saber mandar y ser mandado, yo le »doy la dignidad de coronel, y cuando Dios nos diere »algún bien, entonces no me olvidaré dél.

»Y así quiero, dice, que todos vosotros lo tengáis »entendido: y lo que ahora habéis visto en esta bata- »lla nunca ceséis de revolverlo en vuestros ánimos, »para que juzguéis siempre con vosotros mismos, si »por ventura la virtud y el esfuerzo antes que el huir »salva las vidas á los hombres, (1) y si por dicha los »que quieren pelear se libran más fácilmente que los »que no quieren, y también el deleite que trae con- »sigo la victoria, y ahora lo conoceréis. Y todo lo po- »déis muy bien juzgar por la experiencia que tenéis, »y porque ahora poco ha que pasó el hecho, y pen- »sando siempre en ello seréis mucho mejores. Ahora, »como hombres religiosos, buenos y templados, idos »á comer, y haced sacrificios á Dios, y comenzad »vuestro cántico, y proveed en lo que se os ha man- »dado.»

Dicho esto, subió encima de su caballo, y vínose para donde estaba Cyaxares; y después que le saludó y se gozó con él por el bien común, como era razón, y visto lo que allí se hacía, y habiéndole preguntado si había menester algo, se tornó para su real. Los de

(1) Propóneles para animarlos su mismo ejemplo dellos, el cual hace más poderoso la propia experiencia para tener por mejor lo que ya una vez han visto que es bueno.

Cyro después que hubieron cenado pusieron sus guardas y velas, y fuéronse á dormir. Mas los Asyrios, viendo muerto su Príncipe, y con él casi todos los mejores caballeros, estaban todos muy tristes en su corazón, y muchos dellos huían de noche del real, y se iban. Viendo esto el rey Creso y los otros sus compañeros, se angustiaban en gran manera, y todo estaba lleno de tristeza, y lo que más pesar daba á todos era que veían que toda la gente principal del ejército estaba casi fuera de juicio; y así dejando los reales se fueron huyendo todos de noche.

Venida la mañana, como pareciese el real de los enemigos solo y desamparado de gentes, luego Cyro metió á los Persas dentro los primeros de todos, porque habían dejado en él los enemigos muchas ovejas y muchos bueyes, y muchos carros llenos de bienes y riquezas. Entraron tras éstos los Medos todos que estaban con Cyaxares, y comieron todos juntamente allí; y después que hubieron comido mandó llamar Cyro á todos sus capitanes, y hablóles desta manera:

«¡Qué os parece (1), caballeros, cuántos bienes deja»mos que nos da Dios! y ahora bien veis que los ene»migos por el miedo que nos tienen huyen. Pues si »los que están en el fuerte desampárandole huyen, »¿cómo pensáis que osarán esperar aquellos que nos »vieren en el campo? Y si algunos dellos, sin ha»bernos experimentado no osan esperarnos, ¿cómo »nos esperarán aquellos que ya fueron vencidos y »recibieron mucho mal y daño de nosotros? Y si »déstos los mejores dellos han perecido, ¿cómo los rui

(1) En el calor de la prosperidad les añade Cyro muy cuerdamente más ánimo á sus soldados con mostrarles con manifiestas razones la facilidad de todo el vencimiento.

»nes que quedan dellos querrán pelear con nosotros?

»Pero diráme alguno ahora: ¿por qué no seguimos »tras ellos de presto, pues vemos el bien al ojo? Por- »que tenemos falta de caballos, y los mejores y más »esforzados de los enemigos, que son los que nos con- »viene matarlos ó prenderlos, están todos ya á caba- »llo, y á éstos con la ayuda de Dios los pudimos hacer »huir, pero alcanzarlos y tomarlos no podemos.—Pues »¿por qué, dijeron algunos, no vas á decir esto á »Cyaxares?—Respondió Cyro: seguidme ahora todos, »porque vea él que á todos nosotros nos parece lo »mismo.»

Y luégo le siguieron todos diciendo lo que les parecía que era necesario para aquello que pedían. Mas Cyaxares, luego que ellos comenzaron á hablar, ó porque les tenía envidia de secreto, ó porque le parecía muy bien estarse quedo y no ponerse otra vez á peligro, pues él estaba en descanso y sosiego y veía á muchos otros Medos hacer lo mismo, respondió desta manera:

«Oh Cyro (1), que vosotros los Persas, más que todos »los otros hombres del mundo, pensáis de nunca os »hartar de ningún deleite, ya lo sé y lo he visto y »oído; pero á mí me parece ser muy útil y provechoso »en medio del mayor deleite tener más templanza y »continencia. ¿Pues qué mayor deleite puede dar la »fortuna que el que ahora nos dió á nosotros? Si cuan- »do tenemos prosperidad sabemos conservarla con »prudencia, ¿por ventura no podremos envejecer prós- »peros y bienaventurados? Y si por nunca hartarnos »queremos tentar lo uno y lo otro, mirad no nos su- »ceda lo que á muchos dicen que les aviene en la mar, »que no quieren con prosperidad dejar de navegar

(1) Razonamiento prudente de Cyaxares.

»hasta que vienen á perecer navegando. Así también »muchos, habiendo alcanzado una victoria y codi»ciando otra, perdieron la primera.

»Si los enemigos vencidos que huyeran fuesen me»nos que nosotros, por ventura sería seguro perse»guirlos como aquellos que son menos. Mas ahora »debéis pensar con cuán pequeña parte dellos pelea»mos cuando ganamos la victoria. Algunos dellos no »pelearon, á los cuales si ahora no los constreñimos á »pelear no conociendo las fuerzas de nosotros ni las »dellos mismos, por su poco saber y flojedad y cobar»día se irán. Mas si saben que yéndose su camino no »tienen menos peligro que si esperasen, guardémonos »que no los constriñamos á que aunque no quieran se »muestren buenos y esforzados. Bien sabes, Cyro, que »tú no puedes tener mayor codicia de tomarles sus »mujeres é hijos, que ellos la tienen de guardarlas »y defenderlas. Considera también que las puercas »monteses, por muchas que sean, huyen con sus hijos »cuando ven al cazador; mas cuando les cazan alguno »de sus hijos no huyen más, aunque sea una sola, sino »que arremete tras el que la quiere tomar.

»Ahora cuando estaban encerrados en su fuerte nos »dieron lugar para pelear con cuantos dellos quisié»semos; mas después que han salido al campo (1), y »pelearán apartados unos por la delantera como ahora »vamos, y otros por los lados, y otros por las espaldas, »mira que cada cual de nosotros no haya menester »muchos ojos y muchas manos. Demás desto, viendo »ahora estar los Medos en reposo y sosiego, no querría »levantarlos y constreñirlos á que se fuesen á poner »á peligro.»

---

(1) Los vencidos suelen cobrar más ánimo cuado ven su total destrucción.

A esto le respondió Cyro: «No fuerces á ninguno, sino dame aquellos que me quisieren seguir de su voluntad, y por ventura volveremos trayendo para tí y para cada cual de tus amigos aquello con que todos nos holguemos. No perseguiremos la multitud de los enemigos, porque á éstos, ¿quién los podría tomar? Pero si hallamos algunos apartados del ejército, ó que se hayan quedado atrás, éstos los traeremos á tí. También has de pensar que cuando nos habías menester, venimos muy largo camino por agradarte; pues ahora también será justo que tú por el consiguiente nos lo gratifiques, para que llevemos algo cuando nos tornáremos á nuestras casas, y no tengamos todos puestos los ojos en tus tesoros.»

Entonces dijo Cyaxares: «Si alguno quisiere seguirte de su voluntad, antes se lo agradeceré.—Pues luégo envía conmigo, dice Cyro, alguno de aquellos que tienen más crédito contigo, para que les diga lo que tú demandas.» Respondió Cyaxares: «Toma el que quisieres dellos.» Estaba á la sazón presente aquel Medo que el tiempo pasado había dicho á Cyro que era su pariente, y que lo abrazó, por lo cual dijo luégo Cyro: «Éste solo me basta.—Pues éste, dice Cyaxares, vaya contigo; y tú también dí que el que quisiere ir con Cyro, que vaya.»

Así tomando Cyro aquel varón, se salió de allí; y después de salido, Cyro le dijo: «Ahora manifestarás claramente si hablabas verdad cuando dijiste que te alegrabas en verme.—Nunca te dejaré, dice el Medo. —Pues esto dices, le respondió Cyro, ¿no dirás también á los otros que hagan eso mismo de buena gana?» Entonces el Medo juró por Dios que así lo haría, hasta que hiciese que le mirase Cyro con rostro alegre. Y así enviado de Cyaxares dió su embajada á los otros Medos alegremente, añadiendo también que él nunca

dejaría á hombre tan bueno y tan honesto como era Cyro, y engendrado de los Dioses, que era lo más de todo.

CAPITULO II.

Mientras que esto así pasaba, á Cyro, por don y providencia de los Dioses, le llegaron mensajeros de los Hircanos. Son los Hircanos vecinos de los Asyrios, no muy grande nación, y por eso eran sus súbditos. Entonces eran tenidos por buenos hombres de caballo, y ahora también tales parecen. Y servíanse de los Asyrios, como los Lacedemonios se sirven de los Elotes (1), no perdonándoles de mandarles nada, ni en los trabajos, ni en los peligros: por tanto, entonces les mandaban ir los postreros de todos por guarda del ejército (que podían ser hasta mil de caballo), para que si por las espaldas viniese algún mal ó peligro al ejército de los contrarios, aquellos Hircanos fuesen los primeros que sufriesen el daño por todos.

Así que los Hircanos, como aquellos que iban á la postre, seguían con sus carros y criados y carruaje á los postreros, porque es así que los de Asia por la mayor parte van á la guerra llevando consigo sus hijos y mujeres y toda su familia. Y desta manera venían también entonces los Hircanos, los cuales revolviendo en su corazón los males que sufrían de los Asyrios, y

(1) Elotes eran unos pueblos de Lacedemonia, los cuales fueron tan rebeldes, que después de vencidos quedaron por siervos públicos de los Lacedemonios. Y Elotes también llamaban los Lacedemonios los siervos que poseía la república en común. Y para encarecer aquí Xenofonte la sujeción que los Hircanos tenían á los Asyrios, los compara á estos Elotes.

el mal tratamiento que les hacían, y que ya su príncipe era muerto, y ellos también vencidos, y que todos los del ejército estaban con gran miedo y temor, y que sus ayudadores desfallecían y los desamparaban, pensando todos esto entre sí, parecióles que ahora era buen tiempo de rebelarse, si los de Cyro los quisiesen favorecer. Y enviaron sus mensajeros á Cyro, cuyo nombre y fama había crecido mucho más después de la batalla.

Y los que fueron enviados dijeron á Cyro, que ellos tenían odio y malquerencia á los Asyrios y con mucha razón, y que sí querían ahora ir contra ellos, que ellos serían en su ayuda, y los guiarían delante; y juntamente con esto le contaban en qué estado estaban las cosas de los enemigos, queriéndole mover con esto para que fuese más presto contra ellos. Entonces Cyro les preguntó si les parecía que los podrían alcanzar antes que se pusiesen en salvo en sus fuertes: «porque esto, dice, tenemos á mala dicha, que se nos escaparon huyendo escondidamente.» Y esto decía Cyro queriéndoles mostrar su magnanimidad. A esto ellos le respondieron, que si el día siguiente muy de mañana se partiesen bien apercebidos y desenvueltos, que los alcanzarían, pues ellos por la gran compañía que consigo traían y por los carros caminaban despacio. Y también le dijeron, que porque los enemigos Asyrios habían velado la noche primera, hacían pequeñas jornadas y asentaban sus reales cerca de don de partieron.

Entonces les dijo Cyro: «¿Qué seguridad nos daréis para que os creamos que decís verdad?» Respondieron ellos: «Queremos dar rehenes, y luégo cabalgaremos y las traeremos esta noche, con solamente que tú nos prometas tu fe, jurando por Dios, y nos des la mano, para que relatemos seguramente á los nues-

tros lo que contigo hemos tratado. Y luégo Cyro les dió su fe y seguridad, y les prometió, si cumpliesen lo que habían dicho, de tenerlos por amigos y leales, de manera que ni los Persas ni los Medos tuviesen más con él que los Hircanos tendrían. Y aun hasta ahora se puede ver cómo dura esto, que los Hircanos tienen crédito y cargos y oficios públicos, ni más ni menos que los más principales de los Persas y Medos.

Después que hubieron cenado, Cyro sacó su hueste antes que viniese la noche, y mandó á los Hircanos que esperasen para que fuesen juntamente. Ya todos los Persas habían salido, como era razón, y con ellos Tigranes con su ejército á punto, y también salieron los Medos, unos, porque (1) siendo muchachos fueron amigos de Cyro cuando era muchacho; otros, porque tuvieron su familiaridad y conversación en la caza, y por eso y por sus costumbres estaban aficionados á él; otros, conociendo el beneficio que les había hecho, porque les había librado de miedo; otros, porque tenían gran esperanza en él, que les parecía buen varón, esforzado y bien afortunado y valeroso; otros, porque cuando se criaban con él en Media siempre les favoreció y ayudó para alcanzar algún bien, y por eso querían mostrarse agradecidos en esto. Muchos también, porque por su humanidad y bondad dél habían alcanzado mucho bien de su abuelo. Y otros muchos, porque veían á los Hircanos presentes, y había fama que se movían como guías para procurar á todo el ejército muy grandes bienes; y así también ellos salían con esperanza de alcanzar parte dello.

Y desta manera salieron todos los Medos, excepto aquellos que estaban en servicio de Cyaxares, y eran

(1) Las causas por qué muchos se movieron á ir con Cyro en aquella salida.

ú ministros oficiales de su casa, que se quedaron y con ellos también sus criados. Todos los otros se movieron alegremente, y no por necesidad, sino por su voluntad y de su grado salían. Cuando estuvieron todos fuera, Cyro se llegó á los Medos, y los saludó y loó; y después hizo su oración á Dios que le fuese benigno y favorable, y le ayudase para que él pudiese pagarles á todos tan buena voluntad. Finalmente. dijo, que toda la infantería había de ir delante, y que ellos siguiesen detrás con los de caballo, y que en cualquier lugar que reposasen ó se detuviesen en el camino, mandó que algunos dellos á caballo viniesen á do él estaba para que supiesen dél lo que les convenía hacer.

Después desto mandó á los Hircanos que fuesen delante, y ellos le preguntaron diciendo: «¿Cómo, Cyro, no quieres esperar los rehenes que te prometimos, para que tú vayas con más fe y seguridad de nosotros?» A esto dicen que respondió Cyro: «Yo pienso que tenemos la fe y la seguridad en el esfuerzo de nuestros corazones y en la fuerza de nuestras manos; porque de tal manera vamos apercebidos y aparejados, que si tratáis verdad, seremos bastantes y suficientes para haceros bien; y si no la tratáis, y nos queréis engañar, pienso que estamos en términos para no venir á estar debajo de vuestro poder, sino que antes, si Dios quiere, vosotros vendréis debajo del nuestro. Y vosotros, Hircanos, porque decís que vuestro escuadrón es de los postreros que van, cuando los viéredes, hacednos señas que son los vuestros para que no les hagamos mal.»

Oyendo esto los Hircanos, pasaron delante guiando como se lo mandaba Cyro, maravillándose de su esfuerzo y valentía, y ya no tenían temor de los Asyrios ni de los Lydios, ni de todos sus compañeros que

les venían en ayuda, sino sólo de que Cyro no acabase de creer que era cosa de importancia el que ellos fuesen ó dejasen de ser sus amigos. Yendo por su camino adelante, dicen que á Cyro y á los de su ejército, siendo de noche, se les apareció una luz muy grande del cielo, de que á todos les tomó gran horror y espanto y temor de Dios, y cobraron gran esfuerzo y osadía para contra los enemigos. Pues yendo como iban sueltos y desembarazados, como es dicho, es de creer que en poco rato caminaron gran camino, y ya que se llegaba el alba se hallaron cerca del escuadrón de los Hircanos, que iba detrás del ejército de los Asyrios.

El cual después que le conocieron los mensajeros Hircanos, dijeron á Cyro: «Estos son los nuestros.» Decían que los conocían bien, porque eran los postreros, y por los muchos fuegos que tenían. Y entonces Cyro mandó á un mensajero de los Hircanos que fuese para ellos, y les dijese, que si eran sus amigos, que de presto le saliesen á recibir y le viniesen al encuentro, y alzasen las manos derechas; y envió con él algunos de los suyos, y mandóles que dijesen á los Hircanos que así como viesen á ellos acometer á los enemigos, así también hiciesen ellos. Así que el uno de los mensajeros se quedó con Cyro, y el otro corriendo á caballo se fué á los Hircanos.

Mientras que Cyro esperaba lo que habían de hacer los Hircanos, hizo parar su ejército, y luégo vinieron para él á caballo los caudillos de los Medos, y Tigranes con ellos, y le preguntaron qué les mandaba hacer. El cual les dijo: «Este escuadrón que está más cercano de nosotros es de los Hircanos, y ya va uno de sus mensajeros á ellos, y algunos de los nuestros con él para decirles que si son nuestros amigos salgan á recibirnos al encuentro alzando sus manos de-

rechas; y haciéndolo así, vosotros recibidlos así como vinieren uno á uno, y ponedles buen corazón: mas si toman las armas y procuran de huir, acometedlos de presto, sin dejar ninguno dellos á vida.»

Y así se lo mandó. Los Hircanos cuando oyeron lo que los mensajeros de parte de Cyro les decían, alegráronse en gran manera, y saltando luégo en sus caballos, se presentaron todos juntos alzando las manos derechas, como les fué mandado. Los Medos y los Persas los recibieron amigablemente, animándolos y amonestándoles que tuviesen buena esperanza. Y Cyro les habló desta manera: «Nosotros, oh Hircanos, »ya os damos fe y crédito y nos confiamos de vos»otros, y así también es menester que tengáis de nos»otros la misma fe y confianza. Mas ahora, decidnos »ante todas cosas cuán lejos de aquí están las estan»cias de los enemigos y las mayores compañías »dellos.» Los Hircanos respondieron que estaban poco más de una parasanga (1) de allí.

Entonces dijo Cyro: «Ahora, pues, varones Persia»nos y Medos, y vosotros Hircanos, que ya también »hablo con vosotros como con amigos y compañeros, »conviene que sepáis que ahora estamos en punto que »si nos mostramos flojos ó cobardes, se nos recrecerá »dello todo cuanto mal se pueda decir ó pensar: por»que ya bien saben los enemigos á dónde vamos y »para qué vamos. Y si osadamente vamos contra »ellos, y con ánimo valiente y esforzado acometemos »los enemigos, veréis cómo luégo que los hubiéreis »alcanzado huyen como siervos y esclavos fugitivos, »y que los unos nos suplicarán las manos alzadas, y »otros huirán; otros quedarán tan atónitos y espanta-

(1) Parasanga ya hemos declarado arriba cómo es espacio de camino que corresponde casi á una legua.

»dos, que no tendrán sentido ni saber para poder ha»cer algo desto. Primero se verán ellos vencidos que »piensen que venimos; y antes que estén apercebidos »ni aparejados los tomaremos de sobresalto. Pues si »queremos cenar hoy suavemente y pasar las noches »de ahí adelante sosegadas y vivir á placer, no les »demos espacio para que puedan consultar ni apare»jarse para bien alguno, ni aun para conocer qué »hombres somos, sino que piensen que todo carga »sobre ellos en un punto (1), las armas, los escudos, »las espadas y las hachas y segures, y las heridas.

»Y vosotros los Hircanos, acercándoos á los enemi»gos, id delante de nosotros; porque viendo vuestras »armas estemos más tiempo ocultos. Después que yo »me acercare al ejército de los enemigos dejad junto á »mí un escuadrón de los vuestros de caballo, para que »me sirva dellos si fuere menester cuando me queda»re atrás esperando. Y los que entre vosotros sois los »que mandan, y los más ancianos, si me creéis, id »muy juntos en vuestro escuadrón cuando acometáis »los enemigos; porque no os metáis en los más espe»sos dellos, y recibáis algún mal ó daño; sino que de»jéis á los que son más mozos que los sigan, y maten »todos los más que pudieren dellos. Pues lo más segu»ro es, de los enemigos los menos.

»Y porque si por ventura (como muchas veces suele »acaecer á los vencedores) alguna fortuna adversa se »atraviesa, debéis guardaros mucho que no os tome »la codicia de robar en lugar de pelear; porque el que »esto hace no es hombre, sino ganapán que quiere

(1) Este es un color retórico que llaman congeries, que quiere decir montón, y es cuando muchas cosas se amontonan, que parecen así juntas más espantosas, y entran por los oídos como de tropel.

»llevar carga á cuestas; y cada uno podría entonces »servirse deste tal como de siervo y esclavo. Pero esto »debéis saber que ninguna ganancia hay mayor que »el vencer. Pues el que vence todo lo roba y saquea, »hombres, mujeres, dineros y riquezas y toda la tie»rra. Y esto solo habéis de mirar, que conservéis la »victoria, porque el que roba, si fuere vencido, tam»bién él va prisionero. Y también parad mientes en »esto: que cuando persiguiereis los enemigos os »acordéis de tornar á mí con luz, antes que sea »de noche; porque de noche y á oscuras no recibiré á »ninguno.»

Habiéndoles dicho esto, envío á cada uno á su compañía, y mandóles que dijesen esto mismo á los decuriones (porque como estaban éstos en la delantera, fácilmente los podían oir), encargándoles también que cada uno hiciese saber esta orden á su fila. En esto fueron adelante los Hircanos en la vanguardia, y Cyro (1) iba en medio del ejército con los Persas; y á todos los de caballo puso en ordenanza á los lados de la una parte y de la otra.

Cuando fué de día claro los enemigos se espantaron de lo que veían. Unos lo entendían, otros lo querían dar á entender, otros daban voces y alaridos, otros desataban los caballos, otros se aparejaban, otros derribaban las armas de las bestias, otros se armaban; algunos saltaban en sus caballos, otros los enfrenaban, otros subían sus mujeres en los carros, otros tomaban las más preciosas cosas que tenían para salvarlas, otros cuando las estaban escondiendo bajo la tierra los tomaban con ellas, otros se apercibían para huir; y así es de pensar que hacían otras cosas seme-

(1) Acomete Cyro á los Asyrios, y ellos huyen turbados, y se dejan todos vencer.

jantes, muchas y varias, excepto que ninguno peleaba, sino que todos perecían sin pelear.

Creso, rey de los Lydios, porque era tiempo de estío, puso sus mujeres en los carros, y enviólas de noche porque fuesen más á su placer con la fría, y él con los de caballo seguía tras ellas; y lo mismo dicen que hizo el Príncipe de la Phrygia, que estaba á la parte de Helesponto; pero después que entendieron de los que huían y llegaban ya á ellos lo que pasaba, ellos mismos echaron á huir cuanto más podían. El Rey de Capadocia y el Rey de Arabia, que estaban más cerca, y sin coseletes en los pechos esperaban los contrarios, fueron muertos de los Hircanos; pero la mayor parte de los muertos eran Asyrios y Arabes, los cuales por estar en su misma tierra caminaban despacio.

Los Medos y los Hircanos, así como vencedores, iban en el alcance á los enemigos, haciendo gran matanza en ellos. Cyro mandaba á los suyos de caballo que anduviesen alrededor del real de los enemigos, y si hallasen algunos que saliesen dél con armas, los matasen. Y mandó denunciar por público pregón que todos aquellos de los enemigos que quedasen, ahora fuesen de caballo, ahora de lanza y escudo, ahora flecheros ó archeros, viniesen con las armas atadas, y dejasen los caballos en las tiendas; y el que así no lo hiciese, que perdiese la cabeza luego por ello. Los Persas puestos en orden con sable en mano los cercaron; y los que tenían armas las arrojaban y traían al lugar que les fuera mandado, donde las quemaban luégo aquellos que Cyro tenía puestos para que así lo hiciesen.

Pues considerando Cyro que había venido allí sin provisiones de comer y de beber, sin las cuales es imposible sostener la guerra ni hacer otra cosa alguna; y pensando cómo se podría esto proveer muy presto y

muy bien, parecióle que era menester que hubiese uno en el ejército que tuviese cargo de las provisiones, para que á la gente de guerra no le faltase nada de todo lo necesario: y que era razón que estuviesen en el real éstos, para que en tal tiempo de necesidad entendiesen en las provisiones. Por lo cual mandó pregonar que todos los mayordomos y veedores pareciesen luego presentes; y donde no hubiese mayordomo, que el más anciano de la estancia viniese en su lugar; y el que no obedeciese luego, que incurriese en graves penas. Los cuales viendo cómo siempre obedecían tan de buena gana y con tanta presteza los capitanes, que eran sus señores, cuando algo se les mandaba, ellos también obedecieron luego, y se presentaron á Cyro, como les era mandado.

Después que todos fueron presentes, mandó sentar primero á aquellos que tenían en su estancia provisiones para más de dos meses, y tras éstos aquellos que las tenían para un mes; y desta manera casi todos se sentaron. Viéndolos juntos á todos, y habiendo ya sabido qué provisiones tenían, hablóles desta manera: «Varones amigos, si hay algunos entre vosotros que »aborrezcáis el mal, y queréis alcanzar de nosotros »algún bien, procurad con diligencia que haya dobla»das más provisiones en cada estancia para los seño»res y para los criados, que no las que solíais hacer de »cada día; y que esté siempre aparejado todo lo demás »que fuere menester para tener muy buenas viandas; »porque muy presto serán aquí los vencedores, que »merecen tener abundantemente todo lo necesario. Y »sabed que nos conviene recibirlos muy bien, y tra»tarlos de suerte que no tengan de qué quejarse.»

Oyendo esto los mayordomos y veedores, con gran presteza hicieron todo lo que Cyro les mandaba. El cual mandó llamar á todos los capitanes que no se há-

bían partido de con él, y les hizo este razonamiento: «Varones amigos (1), bien sabemos que ahora pode »mos nosotros los que aquí estamos ayuntados comer »muy á nuestro placer, y gozar de muy alegre convite »primero que los otros nuestros compañeros que están »ausentes; pero á mí me parece que esta comida no »nos entrará en provecho, si no pareciere que tene»mos cuidado de los compañeros: ni el convite nos »hará más valientes, y si no fuese que hiciésemos, con »dilatarlo, á nuestros compañeros más animosos. Por »que si ahora, estando ellos persiguiendo y matando »á nuestros enemigos, ó peleando con los que les re»sisten, pareciéremos estar descuidados dellos, para »que antes que sepamos lo que ellos hacen nos pon»gamos á comer de nuestro espacio, por ventura nos »tendrán por viles y apocados, y que no curamos de »los compañeros. Mas si alguno procura por aquellos »que están ahora trabajando y poniéndose á peligros »para que cuando entrare en el real tengan todo lo »necesario, este convite nos agradará más, á mi pare»cer, por el buen respeto que habremos tenido de hon»rar con él los que lo merecen, que si luégo quisiése»mos cumplir con nuestro vientre.

»Pensad también, que ya que no tuviésemos ver»güenza de aquéllos, en ninguna manera nos convie»ne hartarnos ahora de comer y beber: pues no está »aún acabado lo que queremos; antes están en su »vigor todas las cosas de nuestros contrarios, y re»quieren cuidado y diligencia. Tenemos en el real »muchos más enemigos en número que no somos

(1) Oración de Cyro á los capitanes, en la cual, aunque en cosa de mucha importancia, muestra Cyro al principio el cuidado que tiene de los suyos, y cuánto los aprecia; y así les pone codicia á todos de más servirle, pues ven la mucha voluntad que tiene para en todo gratificarles.

»nosotros, y éstos sueltos y libres, de los cuales nos »debemos recatar, y guardarlos y conservarlos, para »que haya quien haga lo que nos cumple y es nece»sario. Demás desto, nuestra gente de caballo está au»sente, que nos pone gran cuidado y solicitud donde »están; y aun cuando vuelvan, no sé yo si se querrán »quedar con nosotros. Por lo cual me parece, amigos, »que usemos por ahora de tal comida y bebida que »cada cual piense que pueda bastar para no hartar»nos luégo tras ella de sueño y locura.

»También yo sé que hay muchos dineros en el real, »los cuales porque, según entiendo, son comunes á mí »y á los que los tomaron, podría muy bien apropiár»melos, para hacer dellos lo que quisiese. Mas no me »será tan gran ganancia tomarlos, cuanta me será »mostrar yo á todos que soy justo: así que compraré »con ellos más la gracia y benevolencia de aquellos »que también ahora nos quieren y aman sin ellos. Por »lo cual me parece que debo dar el repartimiento de»llos á los Medos y Hircanos y á Tigranes cuando vi»nieren; y si á mí me cupiere lo menos, tendrélo por »ganancia; porque de mejor gana quedarán con nos»otros, por cuanto vieren mayor el provecho. Que »cierto la codicia de presente por ventura nos podrá »adquirir riquezas que duren poco tiempo; mas con la »liberalidad (1) que ahora usáremos en darlas, adqui»riremos aquellas cosas de donde nace la riqueza: y »esto, á mi parecer, nos podrá dar más perpetua riqueza »á mí y á todos vosotros. Y por esta causa pienso que »nos ejercitamos en nuestras casas á vencer los apeti-

(1) La liberalidad del capitán compra las voluntades de sus soldados, y dásele por añadidura mucho mayor esfuerzo que se acrecienta en ellos: por esto Cyro pone diligencia en mostrar el cuidado que tiene en esta parte.

»tos del vientre, y hollar las ganancias torpes, para »que cuando fuere menester podamos usar destas »buenas costumbres para nuestro mayor provecho. »¿Pues en qué mayor cosa podremos mostrar nues»tra buena disciplina y costumbres que en la que al »presente tenemos entre manos? Yo ciertamente no »la veo.»

Desta manera habló Cyro, con el cual luego consintió Hystaspas, varón Persiano, uno de los Omótimos, diciendo así: «Recia cosa sería, Cyro, si pudiendo nos sufrir muchas veces en la caza sin comer por codicia de cazar alguna fiera de poco valor, que ahora que andamos procurando de cazar todas las riquezas y bienaventuranza, nos ponga estorbo é impedimento para ello la codicia de viandas ó dineros, que siempre es señora de los malos y esclava de los buenos.» El parecer de Hystaspas fué desta manera conforme al de Cyro; y todos los otros le aprobaron. Entonces Cyro dijo: «Ahora, pues que todos concordamos en una misma cosa, envie cada uno de vosotros cinco hombres de cada escuadra, los más diligentes, para que vayan por todo el real, y miren y pesquisen quién son los criados que están entendiendo con cuidado en aparejar las provisiones y lo demás que es necesario para los que están con los enemigos y para nosotros; y á estos tales los loen y se lo agradezcan, y á los que hallaren en esto negligentes los reprendan y los castiguen como si fuesen sus amos.»

CAPITULO III.

Mientras que esto así pasaba, los Medos tomaron algunos carros de los enemigos, y hacíanlos tornar atrás de donde habían partido; y los traían cargados de aquellas provisiones que había menester el ejército. Otros llevaban los carros que habían tomado llenos de mujeres muy hermosas, algunas de ellas legítimas, y otras mancebas, que las traían consigo los enemigos por su beldad y hermosura. Porque todos los Asianos aun hasta ahora usan esto, que cuando van á la guerra llevan consigo las más preciosas cosas que tienen, diciendo que de mejor gana pelearán cuando tengan presente lo que más aman, y que de necesidad han de ayudarlo y socorrerlo. Por ventura es así como dicen; y también podrá ser que lo hagan por gozar de sus deleites y placeres.

Cyro, viendo los hechos de los Medos y de los Hircanos, en alguna manera se culpaban á sí y á los suyos, porque podía parecer que á una misma sazón los otros florecían más en honra y fama que no ellos; y que aquellos adquirían algo, y ellos se quedaban esperando en lugar más perezoso. Los que traían la presa, mostrando á Cyro los despojos que traían, tornaban por más persiguiendo los enemigos, diciendo que así se lo mandaban sus capitanes. Por lo cual re mordiéndose Cyro por ello, los ponía á una parte, y tornó á llamar á sus capitanes; y estando donde todos pudiesen oir lo que decía, les habló desta manera:

«Varones amigos (1), pienso que todos veis muy

(1) Oración de Cyro á los Persas, donde parece que en este ra-

»claro que si tuviésemos lo que esta victoria parece
»ofrecernos, que para toda Persia habríamos ganado
»muy grandes bienes, y para vosotros en particular
»mucho mayores, pues que por nosotros se ganan y
»se alcanzan. Mas yo no veo ciertamente cómo poda-
»mos ser señores dellos, no siendo bastantes para ad-
»quirirlos, porque los Persas no tienen gente de ca-
»ballo propia suya. Pensad, pues, ahora, que nosotros
»los Persas tenemos armas con que perseguir á los
»enemigos hasta ponerlos en huída, cuando los aco-
»metemos de tropel. Mas después que les hacemos
»volver las espaldas, ¿cómo podremos alcanzar ó ma-
»tar los que huyen, ahora sean de caballo, ahora
»flecheros, ahora tiradores, ahora escudados, no te-
»niendo caballos? ¿Quién temerá de hacernos mal,
»flecheros, tiradores, ó hombres de armas, sabiendo
»bien que ningún peligro deben temer de nuestra
»parte de que les venga más mal que de los árboles
»que están plantados?

»Pues si esto es así, ¿no está manifiesto que esta
»gente de caballo extranjera que aquí mantenemos al
»presente podrá pensar que todo lo que se ha tomado
»de los enemigos no es menos suyo que nuestro? Y
»no solamente creerán que debemos partir con ellos,
»sino que á buena razón la mayor parte, ó casi todo,
»es suyo. Y no dudéis, sino que es necesario que esto
»pase desta manera, sintiéndolo ellos así, y queriendo
»por ventura que así lo entendamos nosotros. Mas si

---

zonamiento quiere Cyro persuadir á los Persas cuánto les conviene tener gente de caballo suya propia. Para esto les muestra primero los muchos inconvenientes que se siguen de no tenerla; después, los provechos que se seguirían con ella; últimamente, mostrándoles el mucho aparejo que tienen para tener hombres de caballo, responde á todas las dificultades que parece podrían estorbárselo.

»adquirimos nosotros gente de caballo que no sea peor »que la suya, claro está que podremos hacer de los »enemigos, sin ellos, lo que ahora hacemos con su »ayuda: y entonces no los tendremos en tanto. Por- »que ahora quieran quedar, ahora se quieran ir, poco »se nos dará por ellos, si podemos ser bastantes y su- »ficientes nosotros mismos sin ellos. Y así pienso que »ninguno será de contrario parecer al mío, el cual es, »que les vale mucho á los Persas tener gente de ca- »ballo propia.

»Pero, ¿por ventura pensáis cómo se podrá hacer »esto? A mí me parece, si queremos ordenar que haya »gente de caballo, que debemos considerar qué es lo »que tenemos, y qué es lo que nos falta. Aquí hay »caballos muchos, que se tomaron en los reales de los »enemigos, y frenos con que regirlos, y todo lo demás »de que se han menester servir los que tienen caba- »llos. Y también tenemos lo que requiere tener el ca- »ballero, que es coseletes para armar nuestros cuer- »pos; y tantas paltas (1), que podemos tirar algunas, »y quedarnos en las manos otras. Pues luego, ¿qué »nos falta? ¿Por ventura hemos menester hombres? »Destos tenemos más abundancia que de otra cosa; »porque ninguna cosa hay que sea tanto nuestra para »nosotros mismos, como somos nosotros.

»Dirá alguno acaso que no lo sabemos hacer. Tam- »poco sabía ninguno de nosotros, antes de aprenderlo, »nada de aquello que ahora sabemos. Dirá otro: así es, »pero aprendíamoslo cuando éramos muchachos. Pues »veamos: ¿por ventura, son los muchachos más pru- »dentes para aprender lo que se puede enseñar y mos-

(1) Palta era un tiro propio de los Medos, del cual usaban yendo á caballo, arrojándolo al enemigo: sería á manera de una azagaya pequeña ó de un dardo.

»trar, que los hombres enteros? ¿Y cuáles son más bas-
»tantes para ejercitar con el trabajo de sus cuerpos lo
»que aprendieron, los muchachos ó los hombres ya
»hechos? Demás desto, tenemos tanto ocio y aparejo
»para aprender, cuanto no pueden tener los mucha-
»chos, ni otros hombres algunos. Que cierto no es
»menester que aprendamos á tirar el arco como los
»muchachos, que ya lo sabemos esto, ni tampoco tirar
»otros tiros, que también lo sabemos. Ni tampoco
»como á los otros hombres nos lo estorbará la labran-
»za y agricultura, ó las artes y oficios mecánicos, ó los
»negocios de la casa y familia; sino que nosotros no
»solamente tenemos ocio para ocuparnos en las cosas
»de guerra, pero en todo caso nos es necesario.

»Demás desto, en la guerra vemos que hay muchas
»cosas que son provechosas, mas son muy difíciles.
»Pues no es desta manera el usar los caballos en la
»guerra: antes el cabalgar á caballo en el camino nos
»es mejor y más suave, que no que vayamos andando
»en dos pies. Pues para hacer alguna diligencia, ¿no
»iremos más presto á caballo á socorrer el amigo,
»ahora sea para ir contra algún hombre, ahora contra
»alguna fiera para alcanzarla? Y también es fácil y
»provechoso, que si es menester llevar las armas
»á cuestas las lleva el caballo, de manera que una mis-
»ma cosa es tenerlas á punto, y no ir cargado con
»ellas. Mas por ventura temerá alguno que si es me-
»nester ponerse á peligro á caballo antes que haya
»bien aprendido el arte de cabalgar, que ni seremos
»buenos á pie ni á caballo. Tampoco nos será esto muy
»difícil, porque cuando quisiéremos nos será lícito pe-
»lear á pie, pues no perderemos nada del arte de saber
»pelear á pie, por haber aprendido el arte de ca-
»balgar.»

Acabando Cyro su razón, Chrysantas, aprobando su

parecer, habló desta manera: «En tanta manera, dice »Chrysantas (1), yo deseo aprender el arte de caba»gar á caballo, que pienso si fuese caballero sería »hombre tan ligero como ave, pues que aun ahora me »contento, si puesto á correr mano á mano con otro, le »gano la delantera sólo el alto de la cabeza, ó si viendo »alguna fiera venir corriendo, puedo corriendo anti»ciparme para herirla con el venablo, ó tirarle con la »saeta antes que se aparte lejos de mí. Pues si fuere »hombre de caballo, podré matar al contrario vién»dole de lejos, podré acosar y seguir las fieras, hirien»do con la mano las que estuvieren junto á mí, y ti»rando á las que estuvieren apartadas como si estu»viesen cerca. Que por más ligeras que sean, me po»dré acercar de presto para tirarles como si estuviesen »quedas.

»Por lo cual me parece que más querría ser como »los Centauros, si es que los hubo, que como otro al»gún aminal, porque con el sentido de hombre usan »de saber y consejo, y con las manos hacen lo que les »conviene, y tienen ligereza y fuerzas de caballo, para »alcanzar el que huye y derrocar al que espera. Esto »todo comparo conmigo, si fuese buen hombre de ca»ballo, y pienso que gozaría de todo ello junto; por»que con el saber y entendimiento de hombre lo po»dría proveer todo: con las manos me armaría, con el »caballo iría en seguimiento y alcance de otro: con »las fuerzas del caballo echaría en tierra al contrario, »sin estar asido y pegado naturalmente como los Cen»tauros, medio hombre y medio caballo. Y por esto »más vale haber nacido hombre que Centauro.

---

(1) Oración de Chrysantas para persuadir á los Persas que aprendan el arte de cabalgar á caballo, por los muchos provechos que se siguen della para la caza y guerra.

»Los Centauros carecen de muchos bienes que in»ventaron los hombres para usar dellos, y no pueden »gozar de muchos deleites que la naturaleza concedió »á los caballos. Mas yo si aprendiere el arte de cabal»gar, cuando estuviere á caballo haré obras de Cen»tauro, y cuando me apeare dél podré cenar y vestir»me, y dormir como los otros hombres. De manera »que no seré otra cosa pie sino á un Centauro dividido »en dos partes: otras veces Centauro compuesto es»tando á caballo.

»Y aun esto tendre más que el Centauro; que el Cen»tauro mira con dos ojos y oye con dos orejas, mas yo »podré ver y conjeturar con cuatro ojos, y podré oir »y sentir con cuatro orejas. Pues dicen que el caballo »manifiesta muchas cosas á los hombres, porque las »vió de antes con los ojos, y también les significa »muchas cosas con las orejas que oyó primero. Así »que tú, Cyro, me puedes escribir en el número de »aquellos que desean en gran manera saber el arte de »cabalgar á caballo.»

Y luego todos los otros dijeron: «Por Dios que tambien á nosotros nos asientes en ese mismo memorial.» Entonces dijo Cyro: «Pues que así á todos nos parece, ¿no sería bien que estableciésemos por ley á nosotros mismos, que se tenga por deshonra si alguno de aquellos á quien yo diere caballo fuere visto andar á pie, ahora haya de andar gran camino, ahora corto, para que en todo caso los hombres nos tengan por Centauros? Habiendo Cyro propuesto esto, todos lo loaron y aprobaron. Por lo cual desde aquel tiempo hasta ahora quedó en uso entre los Persas, que á ningún hombre principal (1) dellos le verán andar á pie por su gusto.

(1) Los principales de Persia siempre andan á caballo.

CAPÍTULO IV.

Ellos estaban en estas razones, cuando después de mediodía llegaron los de caballo, Medos é Hircanos, que traían muchos hombres prisioneros y muchos caballos, porque no mataban á ninguno de aquellos que se les daba y entregaba las armas. Después que vinieron delante de Cyro, primero les preguntó si todos venían salvos: respondiendo todos que sí, les tornó á preguntar qué es lo que habían hecho, y ellos le contaban todo lo que hicieron, ensalzando con palabras cada cosa. Y Cyro les oía de buena gana todo cuanto querían decir, y les loaba desta manera en presencia de todos: «Varones amigos, bien se cree que os habéis mostrado valientes y esforzados, porque hora parecéis más grandes y más hermosos y más terribles de vista que de antes.» Tras esto les preguntó cuánta tierra habían corrido, y si estaba habitada la tierra. Ellos decían que habían corrido mucha tierra, y que toda estaba poblada, y que estaba llena de ovejas y de cabras, de bueyes, de caballos y de trigo, y de todos bienes.

»Pues dos cosas, dice Cyro, hemos de procurar: la primera, que seamos mejores que los que lo poseen; y la otra, que los dejemos estar en su tierra. Porque la tierra poblada es muy preciosa posesión, y la que está despoblada y yerma de hombres, también está yerma de todos bienes. Bien sé, dice Cyro, que matasteis á los rebeldes que os resistían y repugnaban, y esto ha sido muy bien hecho (pues esto es lo que más conserva la victoria), y á los que se os daban y entregaban

las armas habéis traído cautivos. Pues si ahora soltamos á éstos y les damos libertad, pienso que haremos en nuestro provecho. Primeramente, ni tenemos por qué recatarnos dellos, ni tampoco hay para qué guardarlos, ni menos para qué mantenerlos (porque no los hemos de matar de hambre). Por tanto, si los dejamos ir libres, tendremos más cautivos y esclavos que nos sirvan; porque si ganamos la tierra, todos los moradores della serán nuestros siervos y esclavos. Y los que vieren á éstos sueltos, y que les otorgamos la vida, querrán más quedar que irse, y antes escogerán obedecernos, que pelear contra nosotros. Este es mi parecer, y si alguno sabe otro mejor, dígalo luego.» Todos los que le oyeron lo aprobaron y consintieron que se hiciese así.

Cyro mandó llamar entonces todos los cautivos, y hablóles desta manera: «Amigos (1), por haber sido »obedientes, habéis salvado vuestras vidas; y si así »lo hacéis de aquí adelante, no os vendrá mal alguno »por ello, sino que no tendréis el mismo señor que de »antes. Moraréis vuestras casas, labraréis vuestras tie»rras, y os juntaréis con vuestras mujeres, y manda»réis á vuestros hijos como hasta ahora: no pelearéis »ni contra nosotros ni contra otro alguno; y si alguno »os hiciere injuria, nosotros mismos pelearemos por »vosotros. Y porque nadie os mande ir á la guerra, »traedme aquí las armas, y los que las trujeren, ha»brán paz y todo lo que he dicho arriba, sin fraude ni »engaño alguno. Y los que no entregaren las armas »nos tendrán por enemigos, y también les haremos

(1) Oración de Cyro á los cautivos, la cual contiene aviso particular de lo que deben hacer, y así no tiene nada de artificio, sino es en que les descubre los provechos que de bien obedecer se le pueden seguir.

»guerra como de antes. Y el que viniere á nosotros, y »con amor y buena voluntad diere á entender que »hace ó enseña algo en nuestro servicio, á este tal le »tendremos respeto de amigo y bienhechor, y no de »siervo. Y esto es bien que lo sepáis y lo hagáis saber »á los otros; y si queriendo vosotros esto, algunos lo »contradijeren, llevadnos contra ellos, para que nos»otros los mandemos á ellos, y no ellos á nosotros.» Acabando Cyro de decir esto, todos ellos se hincaron de rodillas y le querían adorar, y le dijeron que así lo cumplirían.

CAPÍTULO V.

Después que aquellos se fueron, dijo Cyro á los Medos y Armenios que ya era hora que cenasen todos, pues ya estaba aparejado lo mejor que habían podido. «Por esto me parece que os vayáis ahora á comer, y enviadnos la mitad del pan, que harto hay aparejado para los unos y los otros. Viandas no nos las enviéis, ni tampoco de beber: nosotros tenemos desto lo que nos basta. Y vosotros, Hircanos, acompañadlos á las tiendas: los principales á las grandes, pues los conocéis, y los otros, donde os pareciere que estarán mejor. Y cenad donde más os pluguiere, y donde hubiere mejores estancias, pues también lo tenéis aparejado en todas ellas. Pero es bien que sepáis esto los unos y los otros, que nosotros guardaremos de noche todo lo de fuera del real; mas vosotros mirad por lo que está dentro de las tiendas, y poned las armas á recaudo, porque los que están en las tiendas no son del todo nuestros amigos.»

Los Medos después desto y los Armenios de Tigranes se lavaban para comer, porque ya lo tenían todo aparejado, y mudadas sus vestiduras, cenaban, habiendo primero cuidado muy bien sus caballos. A los Persas enviaban la mitad de los panes á cada uno, y no les enviaban vianda ni vino, pensando que lo tenían los de Cyro; porque él mismo había dicho que lo tenían abundantemente. Mas Cyro decía esto entendiendo por la vianda que no les habían de enviar, la hambre, y por el beber, el agua del río que corría.

Cuando Cyro hubo cenado, después que fué de noche oscura envió, por escuadras de cinco y diez en diez, muchos dellos que estuviesen escondidos en torno del real, pensando que sería muy bien que estuviesen en guarda, para que si alguno viniese de fuera, ó alguno se huyese de los de dentro que sacase dineros, que le prendiesen. Y así se hacía, porque muchos huían y muchos eran presos. Y Cyro permitía que se quedasen con los dineros los que los tomaban, y á los hombres que huían mandaba degollar. Por lo cual de ahí adelante, aunque alguno quisiera, no pudiera fácilmente hallar ninguno que saliese de noche, y desta manera vivían los Persas. Mas muchos de los Medos bebían, comían y tañían sus flautas, y cantaban y dábanse á todo placer y deleite hasta hartarse; y por el descuido dellos se tomaban muchas cosas, que sacaban algunos á hurto del real: por manera que las guardas que velaban tenían bien en qué entender.

Cyaxares, rey de los Medos, la misma noche que salió Cyro había muy bien bebido, y todos los que con él estaban en su tienda, por alegría de la fortuna próspera que les había sucedido, y pensaba que todos los otros Medos estaban en el real, excepto algunos pocos; porque oía un gran ruido y tumulto. Y eran los criados de los Medos, los cuales, por estar sus amos

ausentes, bebían y comían disolutamente, y hacían muy gran estruendo; porque del real de los Asyrios habían traído vino y otras muchas provisiones.

Cuando ya fué de día, y ninguno vino á las puertas (*) sino aquellos que habían cenado juntamente con él, y oyó que el real estaba vacío de los Medos y de los de caballo, y salido á verlo, halló que era así, comenzó á bramar y airarse con Cyro y con los Medos, porque le habían dejado solo y se habían ido. Y luego, según dicen, muy sañudo y airado, mandó á uno de los suyos que allí estaban presentes, que tomase sus caballos, y fuese de presto al ejército de Cyro y le dijese estas palabras de su parte: «Pensaba yo, Cyro, que ni tú consultabas tan inconsideradamente de mí, ni aun que Cyro lo quisiera, vosotros los Medos me consintiérades dejar sólo. Mas ahora si Cyro quisiere venir, en buen hora, y si no, vosotros los Medos venid para mí prestamente.»

Y esto lo mandó él así. Mas el que era mandado ir, díjole: «Veamos, señor, ¿cómo hallaré yo aquellos?—¿Cómo? dice Cyaxares, del mismo modo que Cyro y los que van con él hallaron aquellos contra quienes han salido.—Por Dios, respondió el mensajero, que he oído que algunos Hircanos de los que se rebelaron de los enemigos van allí y los acompañan. Oyendo esto Cyaxares, se ensañó mucho más con Cyro, porque no le había hecho saber esto. Y por eso más apresuradamente envió á llamar los Medos, porque se disminuyesen sus fuerzas; y con más asperas amenazas que de antes los enviaba á llamar. Y también amenazó al mensajero que enviaba, si no se lo dijese tan ásperamente como él se lo mandaba.

(*) Ya se ha dicho que por *Puertas* se ha de entender en muchos lugares de esta Historia el Palacio, Corte ó Casa Real.

Así que el mensajero enviado se partía llevando consigo ciento de caballo, y muy triste porque él también no se había partido con Cyro: caminando por su camino, vinieron á una encrucijada do se partían los caminos, y allí por las sendas andaban errados. Y antes que llegasen al ejército de Cyro encontraron con unos Asyrios, á los cuales constriñeron á que los acompañasen; y así á tino de los fuegos que veían llegaron allá cerca de media noche. Cuando ya llegaron cerca del real, las guardas que arriba dijimos de Cyro no los dejaron entrar antes del día. Mas después que fué de día claro, Cyro mandó llamar los Magos (1) y elegir los sacrificios legítimos que se debían hacer á los Dioses, por la próspera fortuna y buena andanza. Y estando con este cuidado llamó los Omótimos é hízoles este razonamiento:

«Varones amigos (2), Dios, según que véis, nos »muestra muchos bienes; pero nosotros los Persas »somos muy pocos en número para poderlos siempre »tener y conservar. Pues si lo que ganamos con nues»tro trabajo y sudor no sabemos guardar, tornará muy »presto á ser de otro dueño. Y si dejamos algunos de »nosotros aquí en guarnición, para que guarden lo »que ahora tenemos y poseemos, luego se parecerá »claramente que nos quedan pocas fuerzas de guerra, »ó por mejor decir, ningunas. Por lo cual me parece »que prestamente vaya alguno de nosotros á Persia, »para hacer allá relación de todo esto que digo, y »decirles que lo más breve que ser pueda me en»víen más ejército si quieren ser señores de Asia y

(1) Magos eran sacerdotes de los Indios.

(2) Oración de Cyro á los Omótimos, la cual, y también el razonamiento que se sigue, es muy llana y sencilla, sin tener cosa que se pueda notar de artificio.

»gozar de los frutos della. Por tanto, tú que eres el »más anciano de todos, véte luégo para Persia, y lle- »gado que seas allá, díles que todos los hombres de »guerra que enviaren, después que á mí vinieren, yo »tendré cuidado de mantenerlos. Lo que aquí ahora »tenemos tú lo ves claramente, y nada desto encu- »brirás. Y para que todo esto sobre que yo te envío »ahora á Persia lo hagamos bien, y nuestras cosas »nos sucedan próspera y legítimamente y como con- »viene, mira que lo que vieres que toca al culto di- »vino y á la religión de los Dioses lo preguntes á mi »padre, y lo que toca al bien público y común de la »República pregúntalo á los jueces y á todos aquellos »que tienen cargo de gobernación, y díles que tam- »bién nos envíen veedores para que vean lo que ha- »cemos, é intérpretes y declaradores para que deter- »minen y declaren lo que les preguntáremos. Y tú »aparéjate luégo para ir tu camino, y toma un es- »cuadrón de gente de guerra que te acompañe y »salga contigo.»

Pasado esto, mandó llamar á los Medos, y luégo pareció allí presente el mensajero que Cyaxares había enviado; y en presencia de todos dijo la ira que Cyaxares tenía con Cyro, y las amenazas que enviaba á los Medos; y finalmente, que mandaba que los Medos se partiesen luégo para él, aunque Cyro se quisiese quedar. Los Medos, oyendo lo que el mesajero decía, callaron luégo todos, que no supieron qué responder, dudando por una parte si sería bien no ir á su llamada de Cyaxares, y por otra parte temiendo sus amenazas si no obedecían su mandado, porque conocían su crueldad y aspereza.

Entonces Cyro, tomando la voz por todos, dijo: «Mira tú, mensajero, y vosotros también los Medos, no me maravillo que Cyaxares, viendo tantos y tales enemi-

gos, y no viendo á nosotros, ni sabiendo lo que hacíamos, se temiese que no le viniese mal á sí ó á nosotros. Mas después que hubiere entendido que muchos de los enemigos son muertos y todos hudíos, entonces cesará su miedo y conocerá que no está solo, cuando los amigos le matan y destruyen á sus enemigos, pues no seremos dignos de culpar por hacerle bien. Cuanto más que esto no lo hacemos movidos de nosotros mismos, sino que yo primero se lo rogué á él, y le persuadí que me dejase tomar de vosotros los que quisiesen salir conmigo; y vosotros, sin tener codicia alguna de caminar, le preguntasteis si saldríais, y ahora venistéis aquí mandados por él que saliéseis; y así no hay por qué le deba pesar por ello. Por lo cual bien sé que su ira amansará, vencida de tantos bienes como le habemos causado; y cesando el miedo, se le quitará del todo. Ahora tú, mensajero, véte con Dios á descansar, porque estás trabajado del camino; y nosotros los Persas, pues estamos esperando los enemigos, que necesariamente ó han de pelear ó rendirse, pongámonos en orden lo mejor que se pueda: porque si nos ven desta manera apercibidos, de creer es que habremos dellos más antes lo que hemos menester. Tú, coronel de los Hircanos, quédate aquí, y mandarás á tus capitanes que todos se armen.

Lo cual como hiciese á la hora, y tornase de presto á él, le dijo Cyro: «Yo por cierto, Hircano, me huelgo en gran manera, porque conozco que no solamente muestras tener verdadera amistad, pero también saber y buen entendimiento, que nos puede aprovechar al presente, como se ve á la clara; porque los Asyrios son mis contrarios, y á tí mucho más enemigos que á mí; y así conviene á ambos á dos aconsejarnos como ahora no se vaya de nosotros ninguno de los compañeros y nos dejen, sino que antes tomemos

muchos más si podemos. Bien has oído que el Rey de Media envía á llamar su gente de caballo; y si éstos se van, ¿cómo quedaremos nosotros solos y á pie? Pues luego cumple á tí y á mí que hagamos que este mensajero que los viene á llamar se quiera quedar con nosotros. Por tanto, tú aparéjale una estancia donde tenga muy abundantemente todo lo que hubiere menester; y yo procuraré de demandar algo en que entienda, que él huelgue más de hacerlo que no de irse. Y tú le dirás tales razones, que le den buena esperanza á él y á sus amigos, si sucedieren bien nuestros hechos. Y después que así lo hubieres hecho torna luégo á mí.»

Así se despidió el Hircano de Cyro, llevando consigo al Medo para hacerle honra, y á la hora vino allí el que había de ir á Persia aparejado para partirse, y Cyro le mandó que dijese á los Persas lo que primero le había dicho, que arriba declaramos, y que diese á Cyaxares las letras que le escribía: «las cuales, dice, quiero que leas primero; porque sepas lo que envío á decir, y sepas responderle si algo te preguntare.» Y lo que la carta contenía era lo siguiente (1):

«CYRO Á CYAXARES SALUD. No hay por qué te que»jes, Cyaxares, que te dejamos solo. Ninguno está solo »de sus amigos, cuando es señor de sus enemigos: ni »tampoco cuando nos partíamos de tí pensábamos »que quedabas en peligro; sino que cuanto más lejos »estamos ausentes de tí, tanto más seguro creemos »que te hacemos. Pues no los que están sentados junto »á los amigos les dan más seguridad, sino aquellos »que hacen huir más lejos á los enemigos, aquellos

(1) Carta de Cyro al Rey Cyaxares en satisfacción de todo aquello que sin razón le culpaba.

»ponen los amigos fuera de peligro. Considera, pues, »ahora cuál he sido yo para tí, y qué tal eres tú para »conmigo, y después me culparás si hubiere por qué. »Yo truje amigos y compañeros que nos ayudasen: »no los que tú aconsejaste que viniesen, sino todos »los más que yo pude. Tú estando en tierra de amigos »me diste todos aquellos que pudiese persuadir que »me siguiesen: ahora que estamos en tierra de ene- »migos, no solamente mandas llamar al que quiere »seguirme, sino que á todos los Medos juntamente los »mandas venir á tí. Entonces pensaba que era obli- »gado á dar las gracias á tí y á ellos, y ahora me cons- »triñes á que me olvide de tí, y procure de dar todas »las gracias á estos solos que me siguen. No puedo »acabar con mi condición de ser semejante á tí: antes »de nuevo envío á pedir ejército á Persia, mandando »que todos los que me enviaren vengan primero á tí, »si los hubieres menester, para que les puedas man- »dar y servirte dellos, no como ellos quisieren, sino »como tú mandares. Pues aunque soy más mozo, yo »te aconsejo que nunca quites lo que una vez has »dado, porque no ganes enemistad en lugar de gra- »cias. Y también que si quisieres que alguno venga »á tí llamado de presto, que no le envíes á llamar con »amenazas, y que diciendo que estás solo, no amena- »ces á muchos, porque no les enseñes á que no curen »de tí. Nosotros serémos contigo cuando hubiéremos »acabado muy en breve lo que pensamos se debe »hacer para el bien común de todos. Dios sea con- »tigo.»

—Esta carta, dice, le darás; y si te pregunta algo desto, respóndele conforme á lo que va escrito. Yo lo mismo te mando que hagas con los Persas, que ha bles según lo que llevas por escrito.—Y hablando des-

ta manera le dió la carta y le envió, mandándole que se diese tanta priesa á caminar, cuanta veía que convenía para tornar presto.

Después desto miró cómo todos estaban ya puestos en armas, los Hircanos y los Armenios de Tigranes, y también los Persas estaban ya armados. Ya algunos vecinos y comarcanos les habían traído caballos y armas; y Cyro les mandó echar las paltas, donde ya había mandado echar de antes otras muchas, y que los que tenían el cargo desto quemasen todas aquellas que no habían menester. Y los caballos mandó guardar, y que aquellos que los habían traído esperasen hasta que él diese otra orden; y llamando á todos los caudillos y capitanes de los Hircanos, les habló de esta manera:

«Varones amigos y compañeros (1), no os maravi-»lléis que os mande llamar y ayuntar tantas veces. »Que como las cosas en que andamos sean todas »nuevas, están por la mayor parte desordenadas, pues »todo lo que carece de orden, de necesidad ha de dar »en que entender á los hombres, hasta que torne en »su orden y lugar. Ahora tenemos muchos dineros »que hemos tomado, y con ellos muchos prisioneros; »y porque no sabemos á quién pertenece de nosotros »cada cosa de todo esto, ni aquellos tampoco saben »quién es el verdadero señor; ni yo puedo entender si »hacen todos lo que deben en usar de lo que es suyo, ó »si exceden de la razón gastando de lo ajeno; y ellos »también casi todos dudan en lo que conviene que »hagan.

»Y para que no sea así de aquí adelante, bien será »que lo determinéis desta manera: que cualquiera

(1) Oración de Cyro á los capitanes y caballeros Hircanos para que repartan los despojos.

»que tomó alguna estancia ó tienda de los enemigos »que tuviese bastante provisión de comer y beber, y »siervos, alhajas y vestidos, y todo lo demás que suele »tener una tienda de guerra que se mora, á este tal no »se le debe añadir más, sino que el que lo tomó tenga »cuidado de todo esto como si fuese propio suyo. Y »si alguno le cupo tal tienda que tenga menester al»guna cosa, miradlo muy bien, y suplid todo lo que »falta: que yo sé bien que hay mucho superfluo y de»masiado en el real, y que los enemigos tenían mu»cho más abundantemente todas las cosas que nues»tro ejército. Porque los tesoreros y contadores de »los Reyes de Asyria y de los otros Príncipes vinieron »á mí diciendo que había mucho oro amonedado en »su poder para ciertos tributos que contaban.

»Por tanto, mandad pregonar que todo lo traigan »ante vos, donde quiera que residiéredes, y ponedle »miedo y temor al que no hiciere vuestro mandado. »Y después que lo recibiéredes, daréis al hombre de »caballo doblada paga, y al soldado de pie sencilla: »para que tengáis en vuestro poder para lo que hu»biéredes menester, y compréis siempre algo dello. »Ahora mandad pregonar mercado público en el real, »y que á ninguno se le haga agravio: y que los tende»ros y mercaderes puedan verder todo lo que tuvieren »para sacar en venta; y después que hayan vendido »estas cosas, vuelvan á traer otras, para que el real »esté siempre poblado de gente.»

Y al punto fué así pregonado. Y los Medos y los Hircanos vinieron á Cyro, diciéndole: «¿Cómo podre»mos repartir todo esto sin tí y sin los tuyos?» A esto les respondió Cyro: «Varones amigos, ¿pensáis que si »es menester hacer algo, que será necesario que nos»otros estemos siempre presentes á cada cosa, y que »yo no soy bastante para hacer lo que cumple antes

»que vosotros, ni vosotros antes de mí? Si desta ma-
»nera fuese, tomaríamos mucho trabajo y haríamos
»muy poca obra. Ahora, pues, mirad, dice, nosotros
»os hemos guardado todo esto, y vosotros creéis que
»ha sido bien guardado: pues vosotros lo repartid, y
»nosotros creeremos de vos que lo habéis bien repar-
»tido. Y así en lo demás procuraremos de hacer algo
»que sea para el bien común de todos.

»Cuanto á lo primero, ya veis cuántos caballos
»aquí tenemos, y que también nos traen muchos más:
»éstos, si los dejamos estar holgando que no suban
»en ellos, no nos darán ningún provecho, y han de
»darnos trabajo en que entender para tener cuidado
»de pensarlos; mas si les ponemos hombres encima,
»nos excusaremos de trabajo, y aumentaremos las
»fuerzas de nuestro ejército. Por lo cual, si tenéis otros
»á quien los deis, con los cuales de mejor gana os
»pongáis á peligro que no con nosotros, dadlo á estos
»tales; pero si nos queréis tener por mejores compa-
»ñeros y ayudadores, dádnoslos á nosotros mismos.
»Que á la verdad ahora cuando salisteis sin nosotros
»á poneros en peligro, nos causabais gran miedo y
»temor que no os viniese algún mal; y también está-
»bamos avergonzados de que no nos hallásemos allí
»presentes donde vosotros estabais. Mas desde hoy
»más, si tomamos caballos, os seguiremos á todas par-
»tes; y si viéremos que podemos aprovechar más pe-
»leando á caballo, no dejaremos de emplear en esto
»todas nuestras fuerzas; y si nos pareciere que á pie
»lo haremos mejor, entonces en medio de todos des-
»cenderemos de nuestros caballos, y os ayudaremos
»á pie, y ordenaremos á quién podremos entregar los
»caballos.»

Desta manera les habló Cyro, al cual ellos respon-
dieron: «Nosotros, Cyro, ni tenemos hombres que

poder poner encima destos caballos, ni aunque los tuviésemos, queriendo tú esto, no escogeremos otra cosa en ello. Así que tú toma en buen hora los caballos, y haz dellos lo que bien te pareciere.—Yo, dice Cyro, los recibo de vuestra mano en tal punto, que con la buena fortuna de aquí adelante seamos también nosotros hombres de caballo, y vosotros repartáis lo que es común de todos. Primeramente apartad para los Dioses lo que los Magos señalaren, y después escoged para Cyaxares lo que pensáis que le será más agradable.»

Entonces ellos riyendo, dijeron que le debían escoger las mujeres cautivas hermosas. «Pues escogedle las mujeres, dice Cyro, y todo lo demás que os pareciere, y cuando lo repartiereis, vosotros, Hircanos, mirad muy bien que estos Medos, que de su voluntad nos siguieron, no queden quejosos. Y vosotros, los Medos, honrad estos Hircanos como á los primeros compañeros que nos vinieron á ayudar, porque piensen que fueron bien aconsejados en seguir nuestra amistad. Y también repartid parte de todo al mensajero que vino de parte de Cyaxares, para él y para sus compañeros; y amonestadle que se quiera quedar con nosotros, diciéndole que á mí también me parece lo debe hacer así; para que sabiendo y entendiendo lo que aquí se hace, pueda dar mejor cuenta de todo á Cyaxares su señor. A los Persas que están conmigo, bien les bastará todo aquello que os sobrare á vosotros después que estéis muy bien contentos. Pues no somos criados en deleites ni vicios, sino rústicamente y con aspereza, de donde por ventura os reiríais de nosotros si nos vistieseis de algunas ropas pulidas y costosas; como también sé que os daremos que reir cuando nos veáis subidos á caballo, y caer dellos á tierra.»

Con esto se fueron de allí, para ir á hacer la partición, con gran risa de lo que Cyro había dicho sobre esto de cabalgar á caballo. Luégo Cyro hizo llamar los capitanes, y mandóles que recibiesen los caballos y los aparejos dellos, y también los mozos que los curaban, y que los tomasen por número y por suertes, y por orden igualmente cada uno. Y tras esto mandó pregonar que si había en el real de los Asyrios, ó de los Syrios ó Arabes, algún siervo ó cautivo que fuese de los Medos, ó de los Persas, ó de los Bactrianos, ó de los Cares, ó de los Cilices, ó de los Griegos, ó de otra nación alguna, que estuviese allí preso y por fuerza, que pareciese ante él. Oyendo este pregón todos los que así estaban presos y detenidos, vinieron luégo allí de buena gana á su presencia.

Cyro, escogiendo entre ellos los que eran de más lindo parecer y disposición, les dijo que bien podían siendo libres tomar las armas, las cuales él mismo les dió á la hora, diciendo que él tendría cuidado de lo demás que les era necesario. Y llevándolos á los capitanes, se los entregó y encomendó, y mandó que les diesen sus escudos y sus espadas ligeras, para que teniendo esto siguiesen juntamente con los caballos la guerra, y que se les diesen para esto las cosas necesarias, como para los Persas que consigo tenían, y los capitanes armados con sus coseletes y lanzas viniesen á caballo, y el mismo Cyro comenzó á hacerlo así. A los Omótimos de pie mandó que cada cual dellos pusiese otro en su lugar que mandase.

CAPÍTULO VI.

Ellos estando en esto, llegó al real Gobrias, Asyrio, hombre anciano, á caballo con sus criados, que todos venían armados sobre sus caballos: y como los vieron aquellos que arriba dijimos que estaban diputados para tomar las armas, mandábanles que luégo entregasen las lanzas para quemarlas, como hacían las otras todas. Entonces Gobrias dijo que primero quería ver á Cyro. Los guardas, dejando á todos los otros de caballo, á solo Gobrias llevaron ante Cyro, el cual así como vió á Cyro le habló desta manera:

«Noble Señor (1), yo soy de nación Asyrio, y tengo »una ciudad muy fuerte, y soy señor de mucha tie»rra, y tengo cerca de mil de caballo con que solía »servir al Rey de los Asyrios, y era muy gran amigo »suyo. Después que aquél fué muerto de vosotros, que »á la verdad era un varón bueno, succedió en el reino »su hijo, que es mi enemigo mortal. Y por eso vengo »ahora á tí, y humillándome en tu presencia, te supli»co humildemente que me recibas por siervo y com»pañero de guerra, que yo por tal me doy á tí, y te »pido que vengues mi injuria. Y desde aquí te prohijo »por mío en cuanto puedo de derecho, pues no tengo »hijo varón.

»Uno solo que tenía (2), mancebo, hermoso y vir-

---

(1) Oración de Gobrias, Asyrio, que se pasa á Cyro, y le da las causas por qué lo hace.

(2) El cuento es muy doloroso, y todos los afectos están dulcísimos.

»tuoso, que me amaba y honraba como cualquier buen »hijo que quiere hacer dichoso á su padre y darle bue- »na vejez, llamómele aquel Rey difunto, padre deste »que al presente reina, para darle su hija por mujer; »y yo se le envié luégo muy alegre y contento, por- »que vería mi hijo casado con hija del Rey. Y así es »que este Rey que ahora tenemos convidóle para que »fuese con él á caza, permitiéndole que cazase libre- »mente, persuadido que era mejor hombre de caballo »que mi hijo, y así andaba con él cazando juntamente »como con amigo. En esto se les apareció delante una »osa, á la cual ambos á dos seguían en el alcance, y »este príncipe, que ahora es rey, tiróle el venablo y »erróle, que no debiera; y mi hijo tirándole el suyo »(que pluguiera á Dios que nunca lo pensara) derrocó »la osa muerta á tierra. Entónces este príncipe, eno- »jado dello, por ventura disimuló, y tuvo encubierta »la envidia que desto hubo.

»De allí á poco rato vínoseles á poner delante un »león, al cual otra vez le tiró el príncipe y le erró (no »porque se maravillase dello, según yo pienso), y mi »hijo asestándole muy bien tiró al león y matóle, di- »ciendo:—Dos veces solas he tirado, y de dos tiros he »muerto dos fieras.—Entonces aquel malvado, no pu- »diendo más disimular la envidia, arrebató la lanza »de uno de aquellos que le seguían, é hirió con ella »en los pechos á mi hijo, que me era único y muy »amado, y quitóle la vida. Y yo, mezquino de mí, llevé »mi hijo muerto en lugar de desposado, y enterré yo »viejo á mi buen y mi querido hijo, mozo que apenas »comenzaba á barbar. Y el que lo mató, como si hu- »biera apartado de sí un cruel enemigo, nunca jamás »mostró arrepentirse, ni por el mal hecho hizo algu- »nas honras y exequias al que estaba debajo de tierra.

»Pero su padre tenía lástima de mí, y claramente

»mostraba que le pesaba de mi desventura. Sepas que »yo, si viviera aquél, nunca viniera á tí sobre aquel »mal hecho, que muchas obras de amigo he recibido »dél, y también le serví yo lo mejor que pude. Mas »pues ha venido el reino á poder de aquel que mató á »mi hijo, ni yo jamás le podré á él querer bien, ni él »tampoco á mí. Porque él bien sabe la mala voluntad »que le tengo, y cuán alegre vivía de antes, y que »ahora viudo y sólo paso la vejez amarga en lloro y »planto. Pues si me recibes por tuyo, y me das alguna »esperanza de poder vengar contigo la injuria de mi »hijo muy amado, me parecerá que torno á remozar, »y que no vivo con vergüenza, y cuando falleciere »no me pesará de morir.»

Desta suerte habló Gobrias, al cual Cyro respondió: «Si así lo entiendes, Gobrias, como nos lo decís, yo te recibo como me lo suplicas, y prometo, con la ayuda de Dios, castigar al que mató á tu hijo. Pero dime, si yo hago esto, y te dejo tus villas y tu tierra, y tus armas, y tus fuerzas y poderío, como lo tenías de antes, ¿qué servicios me harás por esto?

—Yo, dice Gobrias, te daré mis villas cada y cuando que quisieres para tu casa y morada, y el tributo de la tierra que solía pagar á aquél, te lo daré á tí, y cuando hicieres guerra, saldré contigo á ella con todo el poder de mis tierras. Demás desto, tengo una hija doncella muy linda, de edad para casar, que yo pensaba de antes criarla para darla por mujer á este que al presente reina; mas ahora la misma mi hija con gemidos y lágrimas me ha suplicado que no la dé por mujer al que mató á su hermano, y á mí también me parece que lo debo hacer así. Ahora yo te otorgo que dispongas y cuides della de la misma manera que veas que yo me intereso y miro por tí y tus cosas.

—Así sea, dijo Cyro; y para más verdad de todo esto, yo te doy mi mano derecha y tomo la tuya, y llama á Dios que nos sea testigo.» Esto así hecho, mandó á Gobrias que se fuese y llevase sus armas; y preguntóle qué tanto camino había de allí á su tierra, porque quería ir allá. El cual respondió: «Si mañana partes en amaneciendo, otro día podrás anochecer en ella.» Y con esto se partió Gobrias, dejando una guía para el camino.

Luégo vinieron allí los Medos, diciendo que ya habían ofrecido á los Dioses lo que habían escogido los Magos, y que habían apartado para Cyro una tienda muy rica y una mujer cautiva de Susia, que, según decían, era la más hermosa que había en toda Asia, y otras dos mujeres músicas muy excelentes. En el segundo lugar pusieron las segundas suertes para Cyaxares, y de todo lo demás tomaron abundantemente cuanto habían menester todos aquellos que estaban en la guerra, sin que les faltase nada, porque había abundante provisión de todo. También los Hircanos tomaron lo que les cumplía, y dieron igual parte al mensajero de Cyaxares, y las tiendas que le sobraron dieron á Cyro para que las repartiese entre los Persas. Y la moneda dijeron que la darían cuando estuviese toda cogida para repartirla.

Así lo hicieron y dijeron. Cyro mandó que tomasen la parte de Cyaxares aquellos que conocían le eran más aceptos, y que se la guardasen. Y dijo á los repartidores: «Todo lo que me diereis recibiré de buena gana y podrá aprovecharse dello el que de vosotros lo hubiere más menester.» Uno de los Medos, amigo de música, oído esto, dijo desta manera: «Yo, Cyro, oí anoche tañer á aquellas mujeres músicas que tienes, y me deleitaron en gran manera; y si me das una de ellas, de mejor gana iré contigo á la guerra,

que quedar en mi casa.» Al cual Cyro respondió: «Yo te la doy, y pienso que te debo agradecer mucho más á tí que me la pediste, que no tú á mí porque te la dí, según lo que deseo agradaros.» Y así la llevó el que la pidió.

LIBRO QUINTO.

ARGUMENTO.

Cyro razonaba con Araspas, Medo, sobre la fuerza del amor de las mujeres, á propósito de una cautiva hermosa que Cyro no quiso ir á ver. Después consultó con los Medos y con las otras naciones si querían seguirle ó volverse. Todos quisieron pasar adelante con él, y así llegó al lugar donde Gobrias le esperaba. Y presentándole él delante todas sus riquezas y su hija con ellas, Cyro no quiso más de la gloria que habia en menospreciarlas; y consultando las cosas de guerra, caminó derecho para Babilonia, y envió á desafiar al Rey de Asyria: y por un gentil ardid ganó un castillo. Diósele Gadatas, otro señor principal: por lo cual el Rey le fué á destruir; y Cyro le socorrió, y venció al Rey en el reencuentro. Y pasáronsele también á Cyro dos naciones enteras, que fueron los Cadusios y los Sacas. Poniendo, pues, en orden toda aquella tierra, y dejando sus guarniciones en las fuerzas, con su ejército en orden se volvió, pasando otra vez por Babilonia, para Cyaxares. El, viendo volver á Cyro tan poderoso, mostró claramente que le pesaba de su acrecentamiento. Y Cyro razonando con él le satisfizo muy á la clara. Esto todo con lo que replica Cyaxares es una harto linda plática.

CAPÍTULO I.

Cyro mandó llamar á Araspas, Medo (que habia sido su compañero desde niño, y fué aquel á quien dió la vestidura rica hecha en Media, desnudándosela de su cuerpo, cuando se partió de Astyages, su abuelo,

para ir á Persia), y encomendóle la mujer cautiva y la tienda que se lo guardase. Esta era mujer de Abradatas, rey de Susia; y cuando se tomó y robó el real de los Asyrios no se halló allí su marido en el real, que era ido por embajador al Rey de los Bactrianos, que le había enviado el Rey de Asyria á pedirle ayuda, pórque había sido su huésped. Así que Cyro mandó á Araspas que se la guardase hasta que él la quisiese tomar.

Y cuando se lo mandaba, preguntóle Araspas: «Díme, Cyro, ¿no has visto aquella mujer que me mandas guardar? —No, por Dios, respondió Cyro.— Pues yo sí, dice Araspas, y muy bien, cuando la escogí para tí; y luégo que entramos en la tienda no la conocíamos, porque estaba sentada en tierra, y todas sus criadas al derredor della, y tenía la vestidura semejante á la de sus sirvientas; pero cuando quisimos conocer quién era la señora, y las miramos á todas, luégo manifiestamente se pareció la diferencia que había della á todas las otras, aunque estaba sentada y cubierta el rostro mirando á tierra. Después que la mandamos que se levantase en pie, levantáronse juntamente con ella sus sirvientas. Excedía á todas ellas en altura de cuerpo (1), en parecer, fuerzas, gentileza y hermosura, aunque estaba vestida de hábito vil y amenguado: y claramente la corrían las lágrimas á veces en las vestiduras y á veces hasta los pies. Entonces el más anciano de nosotros la dijo:—Ten buen ánimo, señora; que aunque, según oimos, tienes bueno y hermoso marido, aquél para quien ahora te escogimos, sábete que no es menos que él en hermosura, saber y poder; sino que, á lo que nosotros creemos, si algún otro hombre hay en el mundo, Cyro es

(1) Loa de una mujer hermosa, y muy señora y prudente.

digno de ser tenido en admiración, cuya mujer tú has de ser desde ahora.

»Pues como la mujer oyese esto, luégo rasgó sus vestiduras desde arriba hasta abajo, y comenzó á llorar y plañir; y sus damas gritaban también. En esto descubrió la mayor parte de su rostro, y también se le pareció el cuerpo y las manos. Y quiero que sepas, Cyro, según que á mí me pareció y á los otros todos que la vieron, que nunca fué ni será nacida entre los hombres tal mujer en toda Asia. Así que en todas maneras la debes de ver.»

A esto dijo Cyro: «Antes no (1), por Dios, si ella es tal como tú dices.—¿Pues por qué no? dice Araspas. —Porque, respondió Cyro, si ahora cuando oigo de tí que es hermosa, fuere persuadido de tí que la vaya á ver, no teniendo mucho ocio, temo que más presto me tornará ella á persuadir que la vaya otra vez á ver. Y desto, por ventura se me seguirá que, no curando de lo que me cumple hacer, me esté asentado mirándola.»

Entonces Araspas riyéndose le dijo: «¡Cómo! Cyro, ¿piensas que la hermosura de las mujeres es bastante á forzar al que no quisiere, que haga lo que no es muy bueno? Si esto fuese natural, á todos forzaría semejantemente. No ves que el fuego todo lo quema de una misma manera, porque su naturaleza es tal; mas á las hermosas á veces las aman los hombres, y á veces no; y el uno ama á la una, y el otro á la otra. Porque el amar es una cosa voluntaria y cada uno ama la que quiere: el hermano no ama á la hermana, mas no por eso deja de ser amada de otro; ni tampoco el padre á la hija, y ámala otro. Porque el temor y la ley son bastantes para prohibir el amor. Que si hubiese ley pues-

(1) Cyro no quiere ver la mujer hermosa, su cautiva.

ta que los que no comiesen no tuviesen hambre, y los que no bebiesen no tuviesen sed, y ni frío en el invierno, ni calor en el verano, ninguna ley podría acabar esto con los hombres; porque en esto son vencidos de naturaleza. El amar es voluntario, y cada uno ama lo que es suyo, como el vestido y el calzado.

—Pues si el amor es voluntario, dice Cyro, ¿cómo no le puede dejar alguno cuando quiere? Sino que yo he visto llorar algunos de pesar por causa del amor, y servir á sus amigas aquellos que, antes que supiesen de amor, tenían por muy gran mal el servir; y que les daban mucho de lo suyo, que les fuera mejor guardarlo, y deseaban ser librados del amor (1) como de otro cualquier mal, y no podían librarse, sino que estaban atados con más fuerte necesidad que cadena de hierro, y se entregaban del todo á sus amigas, haciéndoles muchos servicios locos y desvariados. Y estando en estos males no procuran de soltarse y huir, sino que están guardando las que aman, porque no se les ausenten.»

A esto dijo Araspas: «Todo esto que tú dices hacen algunos amadores desventurados: por lo cual pienso que desean siempre morir en desventura, y habiendo mil artes para librarse de aquella vida, no se escapan della. Los mismos procuran de hurtar, y no se abstienen de lo ajeno; mas después que han robado ó hurtado algo, bien ves que tú el primero de todos acusas al que hurta y al que roba, y no le perdonas, sino que antes le castigas; porque sabes que el hurtar no es cosa que hicieron por fuerza, y tal que no fué posible dejarla de hacer por ser natural. Pues desta misma manera, dice, como el hurtar no fuerza á nadie que hurte, así las hermosas no fuerzan á na-

(1) El amor no voluntario es gran servidumbre.

die que las ame, ó que los hombres deseen lo que no es lícito. Sino que los hombrecillos ruines y apocados se dejan vencer de todos los deseos y apetitos, y después acusan al amor. Mas los buenos y virtuosos, aunque tengan codicia de oro y plata, y de buenos caballos, y de mujeres hermosas, empero fácilmente se pueden abstener de todo esto, para no tocarlo contra razón y justicia. Por tanto yo, dice, ví esta mujer, y aunque me pareció muy hermosa, por eso no dejo de andar contigo y de cabalgar á caballo, y hacer todo lo demás que toca á mi oficio.

—Ciertamente, dice Cyro, por ventura tú te partiste della muy presto, antes que el amor tuviese tiempo para naturalmente poder prender al hombre: como vemos que el fuego no enciende luégo de presto al que le toca, y la leña no levanta luégo la llama. Mas yo de mi voluntad ni toco al fuego, ni miro á las hermosas, ni tampoco te aconsejo á tí, Araspas, que ejercites la vista en ver las hermosas: que el fuego quema á los que le tocan, y las hermosas encienden aun á los que las miran de lejos, para que ardan de amor.—Bien puedes estar seguro, Cyro, dijo Araspas, que aunque nunca cese de mirarlas no me dejaré vencer, para que haga lo que no es lícito de hacer.—Muy bien hablas, dijo Cyro, y por eso, guarda esta mujer, como te he mandado, y ten cuidado della, que por ventura algún día nos podrá servir de mucho.»

Dicho esto, se partieron el uno del otro, y Araspas, mirando á menudo la mujer hermosísima, y conociendo su bondad, y cuidando della, y procurando de agradarla, porque sentía que no era ingrata; y ella por el semejante procurando por sus sirvientes que cuando entrase Araspas lo hallase todo aderezado á su voluntad, y que cuando estaba enfermo no le faltase nada de lo necesario: con estas cosas y otras semejan-

tes fué preso de su amor, y por ventura no es de maravillar. Entretanto que esto así pasaba, Cyro, queriendo que los Medos se quedasen con él de su grado, y también los compañeros de guerra, mandólos llamar todos en tiempo oportuno; y estando todos juntos, les habló desta manera:

«Varones Medos (1) y todos los que aquí estáis pre»sentes, yo sé bien claramente que no salisteis con»migo porque teníais necesidad de dineros, ni pen»sando que en esto hacíais servicio á Cyaxares, sino »que solamente por agradarme y por honrarme habéis »querido caminar de noche y poneros juntamente »conmigo al peligro. Yo os debo las gracias dello, si »no, fuese hombre injusto, y no veo cómo os las pueda »pagar según vuestro merecimiento, y no me pesa »de decirlo. Pues que yo diga que lo pagaré si que»dáis conmigo, bien sabéis que tendría vergüenza de »decirlo, porque pensaría que parecía decirlo porque »tuvieseis mayor voluntad de quedaros: y por esto »ahora claramente os digo esto. Yo, aunque ahora os »partáis de mí por obedecer á Cyaxares, todavía si »hago algo de bueno, trabajaré por hacerlo de tal ma»nera que vosotros me podáis loar. Que yo no me ten»go de ir por ahora de aquí, sino que á los Hircanos, á »quien yo hice juramento y dí la mano y la fe, cum»pliré mi palabra, y nunca seré tomado en esto por »traidor. Y Gobrias, que nos dió sus villas y su tierra, »y sus fuerzas y poder, yo procuraré por hacer de ma»nera que no se arrepienta del camino que tomó para

(1) Oración de Cyro á los Medos, en la cual les hace gracias, por la voluntad que han mostrado en sus cosas, y confiesa que no puede estimar tanto como debe el beneficio: el cual es el mayor encarecimiento que puede haber en la gratificación. Y esta es una gentil manera mostrarse agradecido, dar á entender que no pretende su interés, sino que va forzado de su deber.

»venir á mí. Y lo que más de todo es, dándonos Dios »tan á la clara los bienes que nos da, tendría temor »dél y vergüenza de mí, si los dejase y me partiese lo»camente. Yo, dice, así lo haré, y llevaré adelante la »victoria: vosotros como viéredes así haced, y decidme »lo que os parece.»

Con esto acabó su razón: y aquel que, como hemos contado un tiempo, dijo que era pariente de Cyro, el primero de todos le respondió desta manera: «Rey Cyro, que bien te puedo llamar rey, pues naturalmente lo eres: ni menos que aquel que en la colmena es caudillo y rey de las abejas, al cual siempre las abejas de su voluntad obedecen, y donde quiera que aquel se pára ninguna se parte de allí; y si sale á alguna parte, ninguna dellas le deja: tan grande es el amor que tienen engendrado en sí de querer ser mandadas dél. Tales como éstos, según veo, se muestran ser los hombres que te son aficionados; porque cuando te partiste de nosotros para ir á Persia, ¿quién hubo de los Medos, mozo ó viejo, que se quedase y no te siguiese, hasta que Astyages nos mandó volver? Pues cuando veniste de Persia en nuestra ayuda también vimos casi todos tus amigos seguirte de su grado; y cuando otra vez quisiste sacar ejército para aquí, todos los Medos te siguieron de buena gana. Ahora por consiguiente somos en tal disposición, que estando contigo como estamos en tierra de enemigos, tendremos osadía y confianza; y sin tí temeremos aun de ir á nuestras casas. Así que lo que los otros quisieren hacer, ellos lo dirán. Yo, Cyro, y todos los que están debajo de mi mando quedaremos contigo, y miraremos lo que nos mandas, y esperaremos á recibir de tí beneficios y mercedes.»

Tras éste habló Tigranes desta manera: «No te maravilles, Cyro, dice Tigranes, que yo calle, porque mi

ánimo no está aparejado para dar consejo, sino para hacer todo lo que mandares.» El Hircano dijo así: «Pues yo, Medos, si ahora os vais, diría que es la causa asechanzas y envidia de algún demonio que no os deja ser muy dichosos y bienaventurados. Decidme, ¿quién hay que tenga juicio de hombre, que huya de los enemigos cuando ellos huyen, ó que si entregan las armas, no las tome, y que cuando se dan á sí mismos y á todo lo que tienen, no lo reciba? Mayormente teniendo tal capitán general, que á mi parecer yo juraría por Dios que se huelga más de hacer bien á todos vosotros, que de enriquecerse á sí mismo.» Después que el Hircano acabó su razón, todos los Medos hablaron desta manera: «Tú, Cyro, nos sacaste de nuestras casas, y cuando te pareciere tiempo de tornarnos á ellas, nos llevarás contigo.» Oyendo Cyro todo esto, alzó los ojos al cielo, y dió gracias á Dios diciendo: «Oh gran Dios, yo te pido y te demando que me otorgues que pueda vencer siempre en hacerles bien á estos todos que tanto me honran.»

Dicho esto, mandó á los otros que ordenasen y dispusiesen las guardas en su lugar, y á los Persas que tomasen las tiendas, y las repartiesen, á los de á caballo las que les convenían, á los de á pie las que fuesen bastantes y suficientes; y de tal manera lo ordenasen todo, y repartiesen el cuidado, que los que estuviesen en las tiendas sirviesen en todo lo necesario, y lo llevasen aderezado á los Persas que estaban en sus escuadras, y allí les llevasen también los caballos, cuando fuese menester, bien á punto; y que los Persas no hiciesen otra cosa sino entender y trabajar en las cosas que pertenecían á la guerra

CAPÍTULO II.

Y desta manera pasaron aquel día. A la mañana se levantaron y caminaron para hacia el lugar donde estaba Gobrias. Iba Cyro sobre su caballo, y con él cerca de dos mil hombres de armas Persianos, y tras éstos venían otros tantos en número con sus espadas y escudos; y después seguía todo el ejército en su ordenanza. Cyro mandó que cada cual avisase á los soldados nuevos, que el que dellos fuese hallado tras de las guardas ó en la delantera, ó á los lados fuera de la ordenanza, que sería castigado. Otro día siguiente cuando quería anochecer llegaron á la villa de Gobrias, y miraron como era fuerte, y que en las murallas tenía hartos aparejos y municiones necesarias para poder combatir, y vieron muchos bueyes y muchas ovejas dentro del fuerte.

Entonces Gobrias envió á decir á Cyro, que así á caballo como estaba mirase en toda la villa por donde le parecía que estaba mejor entrada en ella, y que le enviase dentro algunas personas de confianza, para que viesen lo que había dentro, y se lo hiciesen saber. Y así Cyro, queriendo ver ciertamente si la villa era buena de tomar ó no, en caso que Gobrias le mintiese, andaba á caballo rodeándola, y mirándola de todas partes, y vió que era muy fuerte para poderse entrar por fuerza de armas. Aquellos que fueron enviados á Gobrias enviaron á decir á Cyro, que había tantos bienes en la villa, que les parecía que bastaban para que en vida de hombres no pudiese faltar nada á los que estuviesen dentro. Estando Cyro muy pensa-

tivo qué podría ser esto que así se detenía Gobrias, salió él mismo á él, y sacó consigo los que estaban dentro, que traían vino y pan y harina: otros traían bueyes, puercos, ovejas y cabras, y otras provisiones de comer, todo muy abundante, de manera que pudiese muy bien cenar todo el ejército de Cyro. Los que eran ordenados para esto repartían todas estas cosas á las gentes de guerra de Cyro, y comían juntamente con ellos.

Gobrias, después que todos los suyos salieron fuera de la villa, mandó á Cyro que entrase, porque entendiese que todo estaba seguro. Cyro envió primero delante sus espías y su gente de guerra, y así entró él después. Cuando fué entrado, teniendo las puertas de la villa abiertas, mandó llamar á todos los amigos y príncipes que con él venían, y como todos fueron dentro, sacó Gobrias muchas tazas y copas y jarros y vasos de oro, y diversos atavíos muy ricos, y en moneda daricos (1) sin número, y todo lo mejor que tenía. Y á la postre de todo su hija, que era hermosa en gran manera y de muy gentil cuerpo y parecer, aunque estaba llorosa por la muerte del hermano. Y cuando la traía de la mano dijo así: «Yo, Cyro, te doy todos estos dineros y estas riquezas, y te entrego esta mi hija para que dispongas della á tu voluntad, y te suplicamos ella y yo lo que yo primero te rogué por mi hijo, y ella ahora pide por su hermano, que vengues su injuria.»

A esto respondió Cyro: «Yo te prometí que no hallándote mentiroso, te vengaría con todo mi poder; y ahora que te he hallado verdadero te debo la promesa, y lo mismo prometo á esta tu hija, que haré con ayu-

(1) Darico era moneda de oro, que por tener la imagen de Darío se llamaban daricos.

da de Dios. Yo recibo los dineros y los doy á tu hija y á aquel que la tomare por mujer. Con un don sólo me partiré de tí, el cual tendré yo en más que todas las riquezas de Babilonia, por muchas que allí haya, y más que lo que hay en todas partes, y con él iré muy contento y pagado.» Maravillándose Gobrias qué podría ser esto, y sospechando que entendía la hija, le preguntó así: «¿Qué cosa es ésa, Cyro?»

Al cual Cyro le respondió: «Yo te lo diré. Pienso yo (1), Gobrias, que hay muchos hombres que ni querrían ser crueles ni injustos, ni mentirosos de su grado; porque no querrían perder sus virtudes por muchos dineros, ni por el reino, ni por las villas muy bien cercadas, ni por los hijos, aunque más los amen. Mas son desdichados porque mueren sin ofrecérseles ocasión de mostrar esta su grandeza de ánimo y firmeza que tienen en lo bueno. Mas tú, poniendo en mis manos tus fortalezas y todas tus riquezas y todas tus fuerzas y poder, y una hija de tán gran merecimiento, á todos los hombres me manifiestas, dándome tan bastante ocasión para que yo dé muestra de mí, dándoles á entender que debo ser tal, que ni quiero ser cruel para con los huéspedes, ni injusto por codicia del dinero, ni mentiroso en guardar lo que prometo. Que pues con tanta seguridad me has metido en tu tierra y en tu casa, y puesto en mis manos todo lo que tienes tan libremente, bien muestras tienes confianza de mí que no te dañaré en nada, y que todo esto ha de ser ocasión para que todos vean cómo yo por ello no tuerzo nada del respeto que siempre procuro tener á la vir-

(1) Toda esta respuesta de Cyro á Gobrias, si se trasladara al pie de la letra, como está en Xenofonte, no se pudiera lograr su lindeza: por eso la ensanchamos mucho, y hacemos como parafrasi sobre ella.

tud. Desto sepas de cierto que yo nunca jamás me olvidaré, mientras que quisiere ser tenido por varón justo, y parecer tal á los hombres, y por tal ser loado dellos; sino que antes procuraré por el semejante de honrarte con todos mis bienes, por este tan gran beneficio como me has hecho. Y no temas que te faltará marido para esta tu hija, tal cual le merece. Yo tengo muchos y muy buenos amigos, y déstos alguno se casará con ella, aunque no sé si tendrán tantos dineros cuantos tú ahora das, ó muchos más déstos. Tú sabes bien que hay algunos dellos que porque des muchos dineros no por eso te tendrán en mayor admiración, y que me imitan y ruegan á Dios haga que ellos puedan mostrar que no son menos fieles que yo para con los amigos, y no más cobardes para con los enemigos mientras que vivieren, si la fortuna no les fuere contraria; y que más querrán la virtud y la honra que todos los bienes de los Syrios y Asyrios, aunque entren los tuyos con ellos. Y quiero que sepas que tales hombres como los que digo están aquí sentados.»

Entonces Gobrias, riéndose dijo: «Por Dios, Cyro, que me muestres dónde están éstos, para pedirte alguno dellos que sea mi hijo.—No cuides deso, dijo Cyro, que no has menester preguntármelo, sino que estando con nosotros, tú podrás mostrarlos á los otros.» Dicho esto tomó á Gobrias por la mano, levantóse, y salíase sacando consigo todos los suyos; y rogándole mucho Gobrias que se quedase á cenar dentro, no lo quiso hacer, sino que cenaba en el real, teniendo á Gobrias por convidado.

El cual estando sentado en un poyo, tejido de mimbres y de yerbas y hojas, Cyro le preguntaba: «Dime, Gobrias, ¿cuál piensas que tiene más estrados, tú ó cualquier de nosotros?» Respondió Gobrias, diciendo: «Vosotros, por Dios, tenéis más estrados y más lechos

y mucho mayor casa que la mía: pues en lugar de casa os servís de la tierra y del cielo, y por lecho tenéis todos los recostaderos que hay en la tierra, y por estrados y almohadas, no la lana que crían las ovejas, sino los sarmientos y ramos que llevan los montes y los campos.»

Y primero cuando Gobrias cenaba con ellos, viendo las viandas y manjares viles que les ponían delante, parecíale que él y los suyos eran mucho más liberales que los Persas; mas después que consideró su templaza del comer, se halló confuso. Y es así que por ninguna comida ni bebida que vea el varón Persiano (1) que es bien enseñado y criado en buenas costumbres, no se moverá ni con el apetito ni con el pensamiento á pensar en ello, no más que si no tuviese el sentido en el comer. Sino que bien así como los caballeros, porque no se turban en los caballos, pueden cuando van á caballo ver y oir y hablar lo que les cumple, así también los Persas, mientras comen, piensan que les conviene parecer prudentes y templados; y moverse por el comer ó por el beber, les parece que es cosa bestial y de perros.

Y también echó de ver Gobrias que se preguntaban los unos á los otros cosas que era más suave preguntarlas que no callar, y que se motejaban motes, que era mejor que se motejasen que no que lo dejasen de hacer, y que burlaban burlas sin perjuicio de otro, y que no podían injuriar ni enojar á ninguno. Y lo que más bien de todo le pareció, fué que á los que estaban en el real no se les aparejaba más de comer que cuando entraban en batalla y que tenían por muy buen convite aparejar los compañeros de guerra de manera que fuesen muy buenos.

---

(1) Templanza de los Persas.

Pues cuando Gobrias se levantó de la mesa para irse á su casa, cuentan que dijo: «No me maravillo, Cyro, si aunque poseemos más oro y vajillas y vestiduras que vosotros, somos tenidos en menos; pues nosotros ponemos todo el cuidado en adquirir mucho desto, y vosotros solamente procuráis, según veo, cómo os haréis siempre mejores.» Luego que Gobrias acabó su razón, le dijo Cyro: «Mira, Gobrias, que de mañana seas aquí con toda tu gente de caballo bien armados, para que yo pueda ver tus fuerzas y poder, y que nos lleves por tu tierra, para que sepamos cuál lugar hemos de tener por de amigos, y cuál por de enemigos.» Dicho esto, se fué cada cual á lo que le cumplía.

Cuando fué de día vino allí Gobrias con los suyos de á caballo, y él por caudillo dellos. Y Cyro, como convenía á buen príncipe y capitán, no solamente paraba mientes por el camino que iba, sino que también caminando pensaba cómo podría hacer más débiles y flacos los enemigos, y más fuertes á los suyos. Y llamando al capitán de los Hircanos y á Gobrias, porque pensaba que éstos sabían muy bien lo que á él le convenía aprender, les dijo: «Yo, varones amigos, pienso que si me aconsejo con vosotros, como con amigos leales, lo que se debe hacer sobre esta guerra, que no erraré, pues veo que á vosotros más que á mí os cumple considerar cómo el Rey de los Asyrios no nos venza. Que si no acertare en esto, por ventura tengo otra guarida; pero vosotros, si éste vence, todo lo que ahora tenéis será ajeno. Que aunque él es mi enemigo, no es porque me aborrece, sino porque piensa que en ninguna manera le está bien que nosotros seamos grandes en fuerzas y poder, y por esto sólo nos hace guerra, y á vosotros por eso os tiene odio, porque piensa que le habéis injuriado.» A esto le respondieron ambos, que acabase lo que tenía

á cargo, que bien sabían ellos que todo el hecho presente les tocaba á ellos de cualquier manera que sucediese, bien ó mal.

Entonces Cyro les comenzó á hablar desta manera: «Decidme: ¿el Rey de Asyria piensa que sois vosotros solos los que movéis guerra (1) contra él, ó sabéis también que él tenga algún otro enemigo?—Por Dios, dijo el Hircano, que los Cadusios son muy grandes enemigos suyos, y es nación muy grande y muy valerosa; y los Sacas nuestros comarcanos han recibido muchos males del Asyrio, porque procuró de conquistarlos y sojuzgarlos también como á nosotros.—¿Luego, dice Cyro, pensáis que ambas á dos naciones de buena gana querrán acometerle con nosotros?—Sí por cierto, respondieron ellos, con tal que se puedan juntar con nosotros.—¿Pues qué hay en medio porque no se puedan ayuntar?—Los Asyrios, dijeron ellos, que son aquellas gentes contra quien tú vas ahora.»

Cuando Cyro oyó esto, dijo: «Dime tú, Gobrias, ¿no acusas á este mancebo que ahora reina en Asyria por soberbio y de malas costumbres?—Tales injurias he sufrido dél, dice Gobrias, para no hacerlo.—Veamos, dice Cyro, ¿ha sido tal para contigo solo, ó también para con otro alguno?—Por Dios, dice Gobrias, que también para con otros muchos; y no hay para qué decir las injurias que hace á los que poco pueden. A un hijo de un varón que es más poderoso que yo, siendo su compañero, como lo era mi hijo, estando comiendo con él en un banquete, le tomó y le castró, porque algunos le dijeron que su manceba del Rey le loaba y alababa de hermoso, y decía que tendría por bienaventurada á la que fuese su mujer. Aunque ahora el Rey dice al contrario, que lo hizo porque el mancebo

(1) Consulta Cyro de la guerra para adelante.

la requería de amores. Ahora el cuitado eunuco tiene el reino, porque ya murió su padre.

—¿Crees tú, dice Cyro, que éste nos verá de buena gana, si piensa que le ayudaremos?—Bien lo sé, dice Gobrias; pero difícil cosa sería el verle ahora.—¿Por qué? dicé Cyro:—Porque el que se quisiere juntar con él, respondió Gobrias, había de pasar por medio de Babylonia.—¿Pues por qué, dice Cyro, sería difícil la pasada por ella?—Por Dios, dice Gobrias, porque conozco que saldría más poder de gentes della, que el que tú ahora tienes. Y bien sabes que por esto ahora no tanto como de antes te entregan los Asyrios las armas, y traen sus caballos; porque les parece mucho menor tu poder que de primero, y este rumor está ya sembrado por muchas partes: y así me parece mejor que guardándonos caminemos.»

Oyendo Cyro lo que decía Gobrias, le habló desta manera: «Paréceme que dices muy bien, Gobrias, en mandarnos que hagamos seguramente nuestro camino. Por lo cual, pensando bien en ello, no veo que podamos tomar ningún camino más seguro que el que va derecho á Babylonia, si así es que allí están las mayores fuerzas de los enemigos. Porque allí hay muchos, según tú dices, que toman cada día más ánimo no teniéndonos conocidos, los cuales se mostrarán bravos contra nosotros, si dura en ellos esta confianza. Y cuanto más tardemos en presentarnos á ellos y hacer que nos conozcan, tanto más les faltará del miedo, y tanto más les irá creciendo el ánimo con la opinión que tienen de nuestra flaqueza y poco poderío. Mas si ahora vamos derechos á ellos, hallaremos muchos dellos que aun están llorando los que fueron muertos de nosotros, y muchos que aun tienen atadas las heridas que recibieron de nosotros; y que todos aun se acuerdan de la osadía y esfuerzo deste

nuestro ejército, y de la huída y pérdida de los suyos.

»Y esto ten por cierto, Gobrías: que los muchos hombres comunmente cuando tienen ánimo cobran esfuerzo y osadía; y cuando tienen temor, cuantos más son, tanto más se turban y cobran más miedo. Y aqueste miedo se les ha aumentado de la mucha fama que anda, y muy mala para ellos, y de las colores muy ruines que tienen, las cuales les han causado las heridas que les dimos, y de la cobardía y temor, y poco ánimo de todos. Y por ser este temor demasiadamente grande, no se puede apagar con palabras, ni pueden poner fuerzas á los suyos para contra los enemigos, ni darles esfuerzo; sino que mientras más les amonestaren que tengan osadía, tanto más pensarán ellos que están en mayor peligro.

»Así conviene considerar la cosa como ella es. Que cierto si de aquí adelante las victorias dependen de los hechos de guerra que hacen los que tienen mayor número de gente, con razón temes que nos venga algún mal, y nosotros ciertamente estamos en peligro. Mas si las victorias se han de juzgar ahora como de antes, que estén en los que bien pelearen, no errarás en tener buen ánimo y confianza en nosotros. Porque con la ayuda de Dios, muchos más hallarás de los nuestros que quieran pelear, que no de los suyos.

Y porque mayor confianza tengas, considera lo que quiero decir. Los enemigos mucho menos corazón tienen ahora que cuando fueron vencidos de nosotros, y muchos menos son ahora en número que eran de antes, cuando huyeron de nosotros. Nosotros somos ahora más valientes que antes, porque vencimos, y más poderosos, porque os habéis juntado con nosotros. Y no tengas en poco los tuyos, pues ya que están conmigo: pues çlaro está, Gobrias, que con los vencedores los que siguen tras ellos tienen ánimo y osadía, y

bien sabes que ya los enemigos nos pueden ver, y que más temor les ponemos si vamos derechamente á ellos, que si esperamos á que nos vean. Y pues que yo lo conozco así, llévanos derechos á Babylonia.»

CAPITULO III.

Así que caminando por su camino, al cuarto día llegaron á los términos de los estados de Gobrias (1); y cuando estuvieron en tierra de enemigos, Cyro sacó de todos los escuadrones los hombres de pie y de caballo que bien le pareció que eran menester, y á los demás hombres de armas permitió que corriesen la tierra, y mandóles que á los enemigos que hallasen con armas los matasen, y á los otros que los prendiesen, y todo el ganado que tomasen lo trajesen ante él. Y también mandó á los Persas que ellos también corriesen; y muchos dellos venían, que los habían volteado los caballos y habían caído, y otros muchos que traían gran presa.

La cual teniendo ante sí, mandó llamar los capitanes de los Medos y de los Hircanos, y á los Omótimos, y hablóles desta manera: «Varones amigos (2), bien »sabéis que Gobrias, nuestro huésped, nos recibió »muy bien, y nos ha hecho mucha honra en su casa »á todos: pues cuando hayamos escogido para Dios lo »que es justo y acostumbrado, y repartido en el ejér-

(1) Llega Cyro á tierra de Babylonia.

(2) Oración de Cyro á los capitanes, en la cual les pone delante la honra que puedan comprar con hacienda: lo cual para los hombres valerosos y de generoso corazón es grandísimo motivo.

»cito lo suficiente, si damos á éste la resta de los des-»pojos, ¿no os parece que ganaremos honra? porque »luégo manifestaremos á todos que procuramos de »vencer con beneficios á los que bien nos hacen.» Oido esto, todos lo loaron, todos lo aprobaron; y uno dellos se levantó, y habló así:

«Todo esto, Cyro, lo haremos como mandas, porque, á mi parecer, Gobrias nos debe tener por pobres y mendigos, porque no venimos como él llenos de monedas y daricos de oro, ni bebemos en copas de oro; y si esto hacemos que tú dices, conocerá que aun sin poseer oro somos liberales.—Id pues, dice Cyro, y dad á los magos lo que es de Dios, y repartid al ejército lo que les basta, y lo demás llamad á Gobrias, y dádselo. «Y así tomaron aquellos todo lo que habían menester, y la resta dieron á Gobrias.

Desde allí se partió Cyro para Babylonia con su ejército puesto en orden, como cuando están para pelear. Mas, como los Asyrios no les saliesen al encuentro, mandó Cyro á Gobrias que llegando cerca de la ciudad á caballo, dijese si quería el Rey salir á combatir sobre cúya sería la tierra, que él combatiría con él; y si no, que defendiese su tierra, porque de necesidad había de obedecer á los vencedores. Gobrias llegó á caballo hasta donde pudiese seguramente decirlo. El Rey envió uno suyo que le respondiese desta manera: «Tu señor te dice, Gobrias, que no se arrepiente porque mató á tu hijo, sino porque no te mató á tí también con él. Y si queréis pelear, venid de aquí á treinta días; porque ahora no tenemos ocio, que nos estamos aparejando.» A esto le respondió Gobrias: Plega á Dios que nunca te falte este arrepentimiento, porque claro está que te hago pesar, mientras que tuvieres este arrepentimiento.»

Y luégo Gobrias hizo saber á Cyro la respuesta del

Asyrio. Oida por Cyro, movió luégo con su hueste; y llamando á Gobrias, le dijo: «Ven acá, Gobrias; ¿no me dijiste que pensabas que aquel que fué capado por este Rey sería con nosotros?—Bien me parece, dice Gobrias, que lo conocí dél; porque yo y él hablamos muchas veces libremente sobre esto.—Pues cuando te pareciere que es tiempo, dice Cyro, vété para él, y al principio haz desta manera: que mires bien todo lo que dice; y cuando estuvieres con él, si conocieres dél que quiere ser nuestro amigo, entonces se ha de tener arte y manera como esto sea muy oculto. Porque ninguno podrá hacer más bien á los amigos en la guerra, que mostrando serles enemigo; ni más daño á los enemigos, que mostrando serles amigo.

—Ciertamente, dijo Gobrias, bien sé que Gadatas el eunuco compraría, aunque le costase muy caro, poder hacer algún mal á este Rey de los Asyrios que ahora es; pero cómo lo podrá hacer ó no, esto hemos nosotros de pensar.—Dime ahora, dice Cyro, el alcaide deste castillo que está antes que entren en la tierra, el cual vosotros decís que hicisteis contra los Hircanos y los Sacas para defensa della en tiempo de guerra, ¿por ventura permitirá que el eunuco venga á él con su ejército?—Sí permitiría sin falta alguna, respondió Gobrias, si viene sin sospecha á él, como ahora lo está.

—Luego, dice Cyro, demos orden como en ninguna manera parecerá sospechoso. Lo cual será así sin duda (1), si yo acometo sus castillos de Gadatas como que los quiero tomar, y él se defendiere con todas sus fuerzas; y si al fin yo le tomare algo de lo suyo, y él también tomare cautivos á algunos de los nuestros, ó los mensajeros que yo enviare á éstos que vos decís

(1) Ardid de Cyro para tomar un castillo.

ser enemigos del Rey: y los tales cautivos dirán que van al ejército á traer escalas para entrar el castillo; y el eunuco oído esto, disimulará, como que lo quiere avisar luégo al alcaide. — Pues si desta manera se hace, dice Gobrias, yo sé claramente que le acogerá el alcaide en el castillo, y aun le rogará que se quede allí hasta que tú hayas pasado.

—Desta manera, dice Cyro, si él una vez entra, podrá hacer que tomemos fácilmente el castillo.—De creer es, dice Gobrias, si él da aparejo por de dentro, y tú le combates valerosamente por de fuera.—Ve, pues, ahora tú, dice Cyro, y procura de darle á entender todo esto, y acabarlo con él: y torna luégo para mí; y no le des más crédito, ni muestras de más confianza de las que has entendido de mí.»

Y con esto se partió Gobrias para el eunuco; y llegado que fué á donde estaba, el eunuco le vió y recibió de buena gana, y le abrazó y saludó; y finalmente, consintió en todo lo que pedía, y hizo con él sus tratos y conciertos como convenía. Después que Gobrias hizo saber á Cyro lo que había pasado con el eunuco, y que le parecía muy bien todo lo que enviaba á decir, luégo el día siguiente Cyro dió sobre ellos, y Gadatas se defendía muy bien. Y al fin Cyro tomó el lugar que Gadatas había mandado sitiar; y dejó pasar los mensajeros que Cyro había dicho que enviaría para que trajesen gente y escalas, y á los que prendía dábales tormento delante de muchos; y sabiendo dellos á lo que decían que iban, aparejándose de presto, como quien iba á avisarlo, caminaba de noche para el castillo; finalmente, dándole fe á sus palabras, y creyendo que los venía á ayudar, entró en el castillo, y allí juntamente con el alcaide dél aparejaba lo necesario para su defensa. Así que llegado Cyro, tomó luego Gadatas el castillo con la

ayuda de aquellos cautivos que Cyro había enviado.

Hecho esto, luégo Gadatas el eunuco ordenó todas las cosas de dentro, y salió á Cyro y le saludó y adoró, como tenían de costumbre los Asyrios, diciéndole: «Sea en hora buena.—Yo la recibo, replicó Cyro, muy cumplida, porque tú, con la ayuda de Dios, no solamente me mandas ser salvo, pero me constriñes á ello. Bien sabes, Gadatas, que yo estimo en mucho poder dejar este lugar que sea amigo de los compañeros que aquí estamos. A tí, Gadatas, según parece, te quitó el Asyrio que no pudieses hacer hijos, pero no te pudo quitar que no hicieses amigos: y por eso quiero que sepas que con estas tus obras que ahora haces nos hiciste tus amigos, y tales, que si podemos, procuraremos de no serte peores ayudadores que si tuvieras hijos ó nietos.»

Y así acabó Cyro su razón. Entonces el capitán de los Hircanos, que ya había sentido el hecho, se llegó á Cyro, y tomándole por la mano, le dijo: «¡Oh, qué gran bien eres, Cyro, para tus amigos, y cómo me haces que tenga mucho que agradecer á Dios porque me juntó contigo!—Véte, pues, ahora, dice Cyro al Hircano, y toma la posesión del lugar por cuya causa te gozas conmigo; y gobiérnalo todo como conviene á tu nación y á los compañeros, y principalmente á este Gadatas que le tomó y nos lo entregó.

—Antes sería mejor, dice el Hircano, que después que sean venidos los Cadusios y los Sacas, y los de mi tierra, llamemos á este Gadatas, porque todos juntamente consultemos lo que nos cumple, para que nos sirvamos todos á nuestro provecho del castillo.» Y esto le pareció muy bien á Cyro, y lo aprobó. Después que vinieron todos estos á quien tocaba lo del castillo, se aconsejaron juntamente cómo lo podrían mejor guardar aquellos á quienes les estaba bien tener este lugar

de su parte, porque era una defensa en tiempo de guerra, y una fortaleza contra los Asyrios.

Y esto así hecho, los Cadusios, los Sacas y los Hircanos iban con más ánimo á la guerra; y se juntó todo el ejército de los Cadusios, que era hasta veinte mil escudados, y cuatro mil de caballo; y de los Sacas diez mil flecheros, y otros dos mil flecheros de caballo. Y los Hircanos tornaron á enviar todos los más hombres de pie que pudieron; y de caballo cumplieron hasta el número de dos mil. Porque de antes habían dejado en su tierra muchos hombres de armas contra los Cadusios y los Sacas, que eran enemigos de los Asyrios. Pues mientras se detuvo Cyro en fortalecer el castillo, muchos de los Asyrios comarcanos traían caballos y entregaban las armas, porque se temían de sus vecinos.

En este medio vino Gadatas á Cyro, y díjole que sus mensajeros habían venido á avisarle cómo el Rey, después que supo la tomada del castillo, lo había sentido en gran manera, y que se aparejaba para entrar en su tierra. «Por tanto, Cyro, sí me dejas, iré á guardar mis villas, pues desto sólo debo tener cuenta, y no de otra cosa alguna.» Cyro le dijo: «Pues si ahora vas, ¿cuándo llegarás á tu casa?» Respondió Gadatas: «De aquí á tres días podré ir á cenar en mi tierra.—¿Piensas de hallar allí al Rey? dijo Cyro. —Bien sé, dice Gadatas, que se da gran priesa á venir mientras que tú estás lejos dél.—Yo, dice Cyro, ¿cuándo podría llegar allá con todo mi ejército?—Tú, señor, respondió á esto Gadatas, tienes muy gran ejército, y no podrías llegar á mi casa en seis ó siete días.—Pues tú, dice Cyro, vete muy presto, pues te cumple: yo iré cuando pudiere.»

Y así se partió Gadatas; y Cyro mandó llamar los príncipes y los capitanes de los compañeros: porque,

según parece, ya había allí juntos muchos y muy buenos y muy esforzados; y estando en medio dellos les habló desta manera: «Varones compañeros (1): »Gadatas ha hecho tales cosas, que á todos nosotros »nos parece se deben estimar en mucho, y esto antes »que hubiese recibido ningún beneficio de nosotros. »Ahora dicen que el Asyrio le entra la tierra; y claro »es que lo hace porque quiere tomar venganza dél, »que, según parece, le ha hecho mucho daño. Y tam»bién que por ventura considera que si aquellos que »se pasaron á nosotros no reciben algún mal dél, y »que si nosotros matamos y destruímos á los que están »con él, que antes de mucho no querrá quedar con »él ninguno. Pues ahora, varones esforzados, me pa»rece que haremos muy bien si de presto vamos á »socorrer y ayudar á Gadatas, hombre bueno y que »nos ha hecho bien: y con esto juntamente haremos »lo que es justo en pagar el beneficio recibido en la »misma moneda, y á nosotros, á mi parecer, nos ha»remos provecho. Que si todos ven claramente que »procuramos vencer á los que hacen mal, en hacerles »también mal y daño, y de sobrepujar en los bene»ficios y buenas obras de los bienhechores, cierto »está que, viendo esto, muchos querrán ser nuestros »amigos, y ninguno deseará ser nuestro enemigo. »Mas si se pudiere pensar de nosotros que no cura»mos de Gadatas, decidme por Dios, ¿con qué razones »podremos persuadir á los otros que nos quieran agra»dar y contentar? ó ¿cómo nos osaremos alabar á nos-

(1) Oración de Cyro á los príncipes y capitanes sus compañeros de guerra, que de nuevo se le habían juntado. La cual no tiene otro artificio, sino que mostrándose tan aficionado y tan cuidadoso en favorecer á su amigo Gadatas, pone á los que están presentes mayor voluntad en la amistad.

»otros? ¿Cuál de nos podrá alzar los ojos para mirar »á la clara á Gadatas si somos vencidos dél en bene- »ficios, siendo tantos como somos, de un sólo hom- »bre, y esté tan bien acondicionado?»

Con esto acabó Cyro su razón: entonces todos aprobaron en gran manera lo que había dicho. «Ahora, dice Cyro (1), pues que á todos os parece lo mismo que á mí, dejemos cada cual de nosotros con los que traen las bestias y el carruaje aquellos que vemos ser más aparejados para caminar con ellos; y Gobrias tenga cargo de mandarlos y ser su caudillo, como aquel que sabe muy bien los caminos y es bastante para todo lo demás. Y nosotros con los mejores caballos y más esforzados hombres de guerra caminemos nuestro camino, tomando con nosotros provisión para tres días; y cuanto más livianamente y á menos costa nos aparejáremos, tanto más suavemente comeremos y cenaremos, y dormiremos los días siguientes.

»Ahora nos partamos desta manera: primeramente, tú, Chrysantas, llevarás todos los que van armados de coseletes, pues el camino es llano y ancho; y pondrás todos los capitanes en la delantera; y cada escuadrón vaya por sí; porque yendo recogidos, caminaremos más presto y más seguros. Y por esta causa quiero que vayan delante los que llevan coseletes, porque esto es lo más pesado de todo el ejército. Y cuando va delante lo más embarazoso, de necesidad todo lo ligero ha de seguir más fácilmente; y cuando precede lo ligero caminando de noche, no es de maravillar si el ejército sale de orden y se derrama: porque se va apartando muy á la larga de los que no le pueden seguir con el peso de las armas.

»Tras éstos, Artabazo lleve los escudados y flecheros

(1) Da orden Cyro en el socorro que ha de hacer á Gadatas.

Persianos; y tras éstos, Andramas Medo lleve los infantes Medos; y tras éstos, Embas lleve la infantería de los Armenios; y tras éstos, Artucas lleve la de los Hircanos; y tras éstos, Tambradas lleve la de los Sacas; y después Damatas lleve la de los Cadusios; y todos éstos caminen llevando en la delantera los capitanes, y á la mano derecha los escudados, y á la siniestra los flecheros; porque yendo desta manera nos será de más provecho. A la postre de todos vengan en seguimiento los que traen el carruaje; y los caudillos tendrán cuidado de todos, para que lo tengan todo aparejado antes que vayan á dormir; y de mañana sean con todos sus aparejos en el lugar señalado, y vayan todos por orden.

»Tras el carruaje, dice, venga Madatas, Persa, con los hombres de armas Persianos; y también ponga sus capitanes de los de caballo en la delantera, y el capitán traiga su escuadrón por sí como van los de la infantería. Tras éstos, Rambacas, Medo, semejantemente traiga los suyos de caballo; y tras éstos, tú, Tigranes, trae tu gente de armas; y los otros capitanes de hombres de armas vengan tras tí con toda aquella gente de caballo que cada uno traía cuando vinieron á nosotros. Los postreros de todos vengan los Cadusios en la misma orden que venían. Tú, Alceunas, que los traes á cargo, mira que vengas á la postre de todos, y que ningún hombre de armas de los tuyos se te quede rezagado.

»Y también procurad de caminar con silencio, así los capitanes como todos los otros que fueren cuerdos. Pues que de noche por las orejas, más que por los ojos, necesariamente se ha de sentir y obrar cualquier cosa. Y el desordenarse de noche da más trabajo que de día, y es más difícil de tornar á ordenarse el ejército. Por lo cual el silencio se debe tener, y

la ordenanza se ha de guardar. Las velas de la noche cuando fuere menester que nos levantemos de noche, coviene que sean cortas y muchas: porque ninguno, por ser grande la vela y estar mucho en guarda, no reciba detrimento en el camino. Cuando fuere hora de partirnos, el trompeta haga señal; y vosotros teniendo ya á punto todo lo que á cada cual le cumple, salid al camino que va derecho á Babylonia: y el que va delante siempre amoneste al que va en pos dél, que camine y le siga.»

Y con esto se fueron todos para sus tiendas; y cuando andaban juntos por su camino, iban razonando unos con otros de la memoria que tenía Cyro, y á cuántos ponía en orden, y cómo los llamaba á todos por su nombre cuando algo les mandaba. Pues Cyro ponía mucho cuidado y diligencia en esto; pareciéndole que era cosa de maravillar que los oficiales sepa cada cual los nombres de todos los instrumentos de su arte y oficio, y el médico y cirujano sepa los nombres de todos los instrumentos y medicinas que usa, y que el capitán general sea tan necio que no sepa los nombres de los otros capitanes sus súbditos, de quien se ha de servir, como de instrumentos, cuando quisiere prevenir y anticipar alguna cosa, y cuando quisiere guardarse á sí y á los suyos, y osar y emprender algo, y espantar los enemigos; y aun cuando quisiere honrar á alguno, le parecía que era cosa muy conveniente llamarle por su nombre.

Y también le parecia á Cyro que aquellos que pensaban que ya eran conocidos del príncipe y del capitán general, que codiciaban más ser vistos hacer algún buen hecho y abstenerse de hacer mal. Y le parecía cosa de poco saber, si queriendo que se hiciese algo, lo mandase como algunos señores lo mandan en sus casas: «vaya alguno por agua, y vaya alguno á

cortar leña.» Porque siendo mandados desta manera, le parecía que todos se miraban los unos á los otros, y ninguno hacía lo que era mandado; y todos tendrían causa, y ninguno por esta tal causa tendría vergüenza ni temor, porque ve que tiene la culpa juntamente con otros muchos. Por eso él los nombraba á todos por su nombre cuando les quería mandar algo; y tal era su parecer de Cyro en estas cosas.

La gente de guerra, después de haber cenado y puesto sus guardas y vela, y aparejado todo lo necesario, se fueron á dormir: á la media noche, cuando dió señal la bocina, Cyro dijo á Chrysantas, capitán de los de caballo, que él esperaría en el camino delante del ejército: y se salió con los criados de su casa; y de allí á poco rato vino Chrysantas con los soldados armados de coseletes: al cual Cyro le dió guías para el camino, y le mandó que caminase paso á paso, hasta que tuviese aviso de cómo todos estaban en camino. Y él, estando en el mismo camino por donde habían de pasar, al que venía adelante enviaba á la ordenanza, y al que se tardaba á la postre lo enviaba á llamar.

Después que todos estuvieron puestos en camino, envió algunos de caballo á Chrysantas, á decirle que ya todos estaban en el camino, por tanto que moviese apriesa. Y él á caballo en la delantera de callada miraba los escuadrones, y á los que veía ir en buen orden y callando, se llegaba á ellos, y preguntaba quién eran, y sabido, los loaba; y si sentía algunos que hacían ruido y se alborotaban, sabía la causa de ello, y procuraba de amansar y sosegar el alboroto.

Una sola cosa me quedaba por decir de la diligencia de Cyro en tiempo de noche: que delante de todo el ejército enviaba algunos de pie muy ligeros, que fuesen vistos de Chrysantas y le viesen á él, para que

pudiesen oir y sentir algo que pudiesen significar a Chrysantas cuando fuese tiempo. Y también había uno que los mandaba y gobernaba, y les mostraba lo bueno que debían hacer, y les reprendía lo malo sin denuesto. Y desta manera caminaban de noche.

Y cuando ya fué de día, dejó los hombres de armas Cadusios junto la infantería dellos, porque eran los postreros, y no quedasen flacos de socorro de gente de caballo. A los otros mandó poner en la delantera (porque también los enemigos venían por delante) para que, si hubiese algún reencuentro, estuviesen las más fuerzas en la delantera, y peleasen; y si viesen que huían los enemigos, estuviesen más aparejados para seguir el alcance. Siempre tenía ordenados los que debían seguir en el alcance cuando hubiese oportunidad, y los que se habían de quedar con él cuando fuese menester; y nunca permitía que se derramase todo el escuadrón. Desta manera guiaba Cyro su ejército, no aprovechándose siempre de un lugar, sino pasando de uno en otro, miraba y procuraba todo lo que había menester.

CAPÍTULO IV.

Caminando asi todos los de Cyro, un hombre principal de los hombres de armas de Gadatas, de que vió que Gadatas, su señor, se había rebelado del Rey de Asyria, pensó entre sí que si algún mal le venía á Gadatas, que fácilmente podría haber todos sus bienes, que el Rey le haría merced dellos; por tanto, envió uno de los que más se confiaba al Rey, y mandóle que si cuando fuese hallase el ejército del Rey en tie-

rra de Gadatas, que le dijese que si quería tramar ase chanzas, que prendería á Gadatas y á todos los que con él estaban. Y mandó que hiciese sabidor al Rey de las gentes que llevaba Gadatas, y que Cyro no le seguía; y que le mostrase el camino por donde le había de acometer. Y mandó á sus ministros para que fuese más creído que un castillo que él tenía en tierra de Gadatas le entregasen á el Rey con todo lo que estaba dentro, y que él vendría tras él, si pudiese matar á Gadatas, y si no, que de ahí adelante siempre estaría con él.

Después que aquel mensajero, que para esto fué enviado, llegó lo más presto que pudo, vino al Rey, y le declaró la causa por qué venía. Oyéndolo el Rey, fué luégo á tomar el castillo, y puso mucha gente de caballo y muchos carros de guerra en celada en lugares espesos. Gadatas cuando llegó cerca destos lugares, envió algunas espías delante que descubriesen la tierra. El Rey, como sintió acercarse las espías, mandó que se levantase dos ó tres carros y algunos pocos de caballo, y que fingiesen huir de temor porque eran pocos. Viendo esto las espías, siguiéronlos é hicieron señas á Gadatas meneando las lanzas, el cual así engañado, siguiólos á rienda suelta. Entonces los Asyrios, pareciéndoles que Gadatas era bueno de tomar, se levantaron de presto del lugar donde estaban en celada, y volvieron sobre ellos.

Los de Gadatas, como era razón, viéndolos y conociendo la traición, echaron á huir, y los Asyrios los seguían en el alcance. En esto aquel que arriba dijimos que quería matar á Gadatas, le dió un golpe, errando el tiro con que pensó acertarle á su placer, que le alcanzó solamente en el hombro y allí le hirió; y hecho esto, huyó hasta llegar donde estaban los enemigos que los seguían, y juntóse con ellos. Y como

fué conocido quién era, y cómo era de la parte de los Asyrios, guió su caballo para donde estaba el Rey, y junto con él iban siguiendo los de Gadatas. Aquí fueron alcanzados todos aquellos que tenían los caballos pesados de los que los tenían más ligeros. Estando en mucho aprieto los caballeros de Gadatas por el trabajo del camino, y muy acosados de los enemigos, vieron á Cyro que se acercaba con su ejército de tan buena gana como aquellos que escapados de una gran tempestad se acercan á un buen puerto.

Luégo al principio se maravilló mucho Cyro, mas después que entendió la cosa, puso en orden su gente contra los contrarios que venían, y salió contra ellos. Mas viendo los enemigos el gran poder de Cyro, volvieron las espaldas y huyeron: y Cyro mandó (1) á los que para esto estaban ordenados, que los siguiesen; y él mismo también iba en el alcance juntamente con los otros por donde veía que más convenía. Aquí fueron tomados muchos carros armados de los enemigos; unos por haber caído dellos aquellos que los guiaban; otros por haberse trastornado, y otros de otra manera. Algunos también se tomaron por haber sido atajados de los hombres de armas, y mataron muchos de los contrarios, y entre ellos aquel que dió la herida á Gadatas. Los hombres de pie de los Asirios que tenían cercado el castillo de Gadatas, muchos de ellos se fueron huyendo para el castillo que se había rebelado: otros se dieron más priesa y se recogieron á una ciudad muy grande de los Asyrios, donde el mismo Rey había huído con sus carros y caballos.

Acabado esto, Cyro se partió para la tierra de Gadatas, después de haber ordenado todo lo que convenía,

(1) Cyro pone en huída al Rey de los Asyrios, y le roba el campo.

así acerca de los cautivos como de los despojos; y luégo fué á visitar á Gadatas por ver cómo estaba de la herida, y entrando á él, le salió á recibir Gadatas con la herida atada. Luégo que le vió Cyro, se alegró y holgó con él, y le dijo (1): «Yo venía á verte cómo estás.»

Respondió Gadatas: «Y yo, por Dios, venía á verte á tí; pues tal pareces, y tan buena intención tienes conmigo; porque sé que no habiéndome menester, ni habiéndome prometido que harías lo que has hecho por mí, ni habiendo recibido de mí ningún placer, sino porque viste en mí que procuraba aprovechar los amigos, tan prestamente y con tan buena voluntad me veniste ayudar, á tiempo que yo había perecido en cuanto era en mí, y tú me salvaste en cuanto fué en tí. Por Dios, Cyro, si yo fuera tal cual era de primero cuando nací, y engendrara hijos, no sé si pudiera tener hijo que fuera tal para conmigo como tú has sido. Porque yo conozco otros hijos, y más este Rey de Asyria que ahora reina, que hizo mayor enojo y pesar á su padre que puede hacerte ahora á tí.»

A esto respondió Cyro: «Tú, Gadatas, te maravillas de mí, olvidándote de lo que es digno de mayor admiración.—¿Qué puede ser eso? dijo Gadatas.» Respondió Cyro: «Que todos los Persas te son aficionados, todos los Medos, todos los Hircanos, y todos los Armenios, Sacas y Cadusios que aquí están presentes.» Entonces Gadatas, alzando las manos, dijo: «Plégate, Júpiter, que todos los otros Dioses den á éstos muy grandes bienes, y mucho mayores á Cyro, que es autor y causa que ellos sean tales. Y para que yo sea agradecido con estos que tú ahora me loas, recibe de mí estos dones que yo te puedo dar.» Y diciendo esto, sacó

(1) Pláticas de Cyro con Gadatas en la primera vista.

muchos dones para el mismo Cyro, si quisiese sacrificar y galardonar á todos los de su ejército, según que lo habían merecido y les había bien sucedido.

Pues el capitán de los Cadusios, que venía en la retaguardia y no pudo llegar á tiempo para ir con los otros todos en el alcance, queriendo hacer por su persona algún hecho señalado, sin comunicarlo, ni decirle nada á Cyro, metióse hacia Babylonia á correr la tierra, y derramándose los de caballo, salió el Rey de Asyria de la ciudad donde se había recogido, y vínole al encuentro con su ejército puesto en orden; y conociendo que los Cadusios estaban solos, acometiólos con furia (1), y mató á su capitán y otros muchos dellos; y tomó muchos prisioneros y caballos, y muy gran presa. Y siguiólos en el alcance hasta donde vió que era seguro, y después se tornó á salvo. De los Cadusios que se escaparon vinieron los primeros al real cerca de la noche.

Como Cyro supo el hecho, tuvo gran pesar, y salió á recibir los Cadusios; y á los que vió dellos que venían heridos, los tomó y envió á Gadatas que los curase, y á otros mandó alojar y que los curasen y diesen todo lo necesario, tomando consigo los Omótimos Persas, que tuviesen juntamente con él cuidado dellos; porque en semejantes cosas los buenos de buena gana quieren trabajar. Y á todos daba á entender que tenía gran dolor y tristeza por lo acaecido: de tal manera, que cuando todos los otros cenaban, y era hora de cenar, Cyro con sus ministros y con los médicos no dejaba ninguno por curar, sino que él mismo por sus ojos lo miraba todo, y cuando no podia él, enviaba otros que lo procurasen; y así todos se fueron á dormir.

Venida la mañana, mandó pregonar que se ayunta-

(1) Matan al capitán de los Cadusios.

sen todos los capitanes de las otras naciones y los Cadusios que allí fuesen, y hablóles desta manera: «Varones compañeros (1), humano caso es el desastre »que ahora os aconteció (2), y no es de maravillar, se»gún pienso, que los hombres yerren como hombres. »Mas es bien que sepáis que deste mal nos podrá venir »algún bien, y será aprender de aquí adelante que »nunca se derrame el ejército ni se aparte del todo, »siendo menor que el de los enemigos en número y »fuerzas y poder. Y esto no lo digo porque piense que »algunas veces no conviene acometer á los enemigos »con menos gente que ahora poco ha les acometió el »capitán de los Cadusios; pero el que así se moviere, »sea habiéndolo primero comunicado con aquel que »es bastante para le ayudar y socorrer. Que bien »puede ser que se engañe, y puede ser que esperando »un poco para tomar consejo, engañe los enemigos y »les haga volver las espaldas á los que así salieren á »ellos. Y también puede ser que dando en qué enten»der á los enemigos, haga seguros los amigos, y esto »ha de ser no apartándose lejos de donde pueda ser »ayudado de los suyos. Pues el que quisiere salir sin »consultarlo primero con otro, vaya á do quiera, que »este tal no difiere nada del que está solo peleando. »Empero por este mal, si Dios quisiere, nos vengare»mos antes de mucho de los enemigos. Sino que »quiero primero que cuando hubiéredes prestamente »comido, vayáis conmigo al lugar donde se recibió el

---

(1) Oración de Cyro á los Cadusios sus compañeros vencidos, en la cual, consolándolos con el recuerdo de la común naturaleza, les quita buena parte del pesar que pudieran tener, por pensar que los había de culpar porque sin su licencia se desmandaron.

(2) Hablándoles tan mansamente, gana con ellos reputación de piadoso, que es muy gran parte para que más le amen.

»daño, y enterremos los muertos, y juntamente con »esto mostraremos á los enemigos que allí donde »piensan que vencieron, allí hay otros mejores que »ellos, y que si place á Dios no quieran ver el lugar »donde mataron nuestros compañeros. Y si no quisie»ren salir á nosotros, les quemaremos los lugares, y »les destruiremos la tierra, para que no se alegren en »ver el daño que nos hicieron, sino que se entristez»can cuando vieren sus males. Y los que no han »comido se vayan á comer. Y vosotros los Cadusios »id ahora, y lo primero que hagáis sea elegir capitán »para los vuestros, según que lo tenéis por ley y cos»tumbre; y tal, que con la ayuda de Dios y mía, pue»da tener cuidado de vosotros para lo que hubiéredes »menester. Y cuando hubiéredes comido, enviadme »el que así hubiéredes elegido.» Y ellos lo hicieron así.

Cyro, después que sacó su ejército, y pasó en su lugar acostumbrado el capitán electo por los Cadusios, mandóle que anduviese siempre junto á él con su compañía, para animar de nuevo, dice, si pudiésemos, á estos hombres vencidos: y desta manera caminaron todos. Venidos que fueron al lugar do habían sido vencidos los Cadusios, sepultaron los muertos, y comenzaron á destruir y talar la tierra. Y haciendo esto por los lugares de los enemigos, y basteciéndose dellos de todo lo que habían menester, tornaron otra vez á la tierra de Gadatas.

Y pensando Cyro lo que de hecho sería, que los comarcanos de aquella tierra que se habían pasado á él por estar cercanos de Babylonia recibirían daño de los enemigos, si él no se hallase presente; por eso á todos los enemigos que soltaba mandaba que dijesen al Rey, y el mismo Cyro le envió á decir con un trompeta, que él estaba pronto á dejar á los labrado-

res labrar la tierra (1) y no hacerles injuria, si él también quisiese dejar labrar á aquellos que se habían pasado á él. «Y tú, dice, aunque lo puedas prohibir, vedarlo has á muy pocos (pues es muy pequeña la tierra de aquellos que se pasaron á mí), y yo te dejaré á tí labrar mucha. Y al tiempo de la cosecha, si hubiere guerra, aquel podrá coger el fruto que fuere vencedor; y si hubiere paz, claro está que lo cogerás tú. Y si alguno de los míos con armas te lo contrariare, ó á mí de los tuyos, ambos tomaremos la venganza dellos como pudiéremos.»

Y con este mandado se partió el trompeta. Los Asyrios, después que oyeron todo lo que se hacía, persuadieron al Rey que consintiese en esto, mayormente porque quedaba muy poco tiempo de guerra. Así que el Rey, ó porque fué persuadido de los moradores de la tierra, ó porque él también lo quería, otorgó lo que pedía Cyro. Y desta manera hicieron sus pactos y conciertos, que para los labradores hubiese paz, y para los soldados y gentes de armas fuese guerra. Y esto acabó Cyro para los labradores. Los pastos de los ganados mandó que los amigos, si quisiesen, los pusiesen en tierra de su señorío. Y traían presa de todas las partes de los enemigos que podían, porque fuese más apacible la guerra á los compañeros. Porque también corrían peligro, aunque no tomasen el mantenimiento necesario á costa de los enemigos, y el tomarlo parecía que les hacía más livianos los trabajos de la guerra.

Estando Cyro aparejando su partida, llegó Gadatas, que traía muchos y grandes dones de diversas maneras (como quien los sacaba de casa llena), y con ellos

(1) Gentil provisión de Cyro para que se pudiesen labrar los campos.

muchos caballos que había quitado á los hombres de armas de quien él se desconfiaba, por la traición pasada. Y como se acercase á Cyro, hablóle desta manera: «Esto te traigo ahora, Cyro, para que te sirvas dello al presente, si lo has menester, y quiero que pienses que todo cuanto yo tengo es tuyo. Yo no tengo ni tendré jamás heredero á quien deje mi casa, sino que necesariamente falleciendo yo, todo mi linaje y nombre perece. Y yo te juro, Cyro, por Dios que lo ve y oye todo, que nunca dije ni hice cosa injusta ni mala;» y diciendo esto, lloraba su fortuna, y no pudo más hablar.

Oyendo esto Cyro, tuvo lástima de su desventura, y díjole así: «Yo recibo los caballos para aprovecharte á tí, porque los daré á otros que te serán más fieles que aquellos que los tenían de antes. Y yo haré lo que días ha deseo, que es cumplir con ellos la gente de armas de Persia, hasta en número de diez mil de caballo. Los otros dineros llévalos y guárdalos mientras vieres que yo los tengo, porque no sea vencido de tí en dádivas. Que cierto, si ahora te partieses, habiéndome dado más que tú de mí has recibido, por Dios que no sé cómo podría dejar de recibir vergüenza.»

«A esto respondió Gadatas: Yo te lo creo por cierto, pues conozco tu condición y costumbres; pero mira que no sé si seré bastante para guardarlos; porque mientras éramos amigos del Rey, parecíame que era muy buena la posesión que mi padre me dejó; porque estando cerca Babylonia, gozábamos de todo lo bueno que en una gran ciudad puede haber, y estábamos muy lejos de recibir ninguna molestia ni pesar cuando nos partíamos fuera de nuestra tierra por estar ésta en medio. Mas ahora que somos enemigos, cierto está que cuando te partieres de aquí que nos tramará asechanzas, y nos procurará mal á nos-

otros y á toda la casa, y me parece que viviremos una vida muy triste, teniendo los enemigos muy cerca, y viendo que son más poderosos que nosotros.

»Mas dirásme, por ventura: ¿pues por qué no pensabas esto primero que te rebelases y pasases á mí? Porque mi ánimo, por la injuria que había recibido y la ira que había cobrado, no consideraba lo más seguro, sino que siempre concebía en sí esto: cómo me podría vengar deste enemigo de Dios y de los hombres, que tiene odio, no á aquel que le ha hecho injuria, sino á aquel que sospecha que es mejor que él. Así que, según yo pienso, siendo él malo, se ayudaría de todos los malos; y si alguno hay que le parezca mejor que él, yo te aseguro, Cyro, que no has menester pelear contra ningún hombre bueno, sino que él sólo basta para procurar y tener artes y maneras como eche á perder el que fuere mejor que él. Y esto es lo que me da pena, porque con los malos pienso que fácilmente podrá más que otro.»

Oyendo esto Cyro, parecióle que no eran cosas aquellas para descuidarse, y díjole así: «¿Pues por qué, Gadatas, no fortaleces tus castillos, y pones gente de guarnición en ellos para que te sirvas dellos más seguramente cuando vinieres á ellos, y tú puedas ir á la guerra con nosotros, para que si Dios es de nuestra parte, como ahora lo es, aquél tenga miedo y temor de tí, y tú no dél? Y tú, tomando de tus cosas lo que más te agrade, ó aquel con cuya conversación te huelgas, vente conmigo, y tú me serás muy provechoso á mi parecer; y yo á tí, en cuanto pudiere, procuraré de serlo.» Oyendo esto Gadatas, tornó en sí, y dijo: «¿Por ventura no me podré aparejar antes que tú de aquí salgas? porque quiero llevar conmigo mi madre.—Sí por Dios, respondió Cyro, que yo te esperaré cuanto quisieres.»

Y con esto se fué Gadatas, y puso guarnición en sus castillos, y los basteció y fortaleció juntamente con Cyro, y aparejó todo aquello que para una gran casa era menester. Y llevó consigo aquellos de quien más se confiaba, y con quien más se holgaba; y muchos de aquellos de quien no se fiaba los constriñó que viniesen, y unos trujesen consigo sus mujeres y otros sus hermanas, para que desta manera prendados los detuviese consigo. Así se partió Cyro, llevando consigo á Gadatas y á los suyos que le mostrasen los caminos y las aguas, y el pasto y los trigos, para que pudiese siempre asentar su real en lugares muy abundantes.

Caminando Cyro por sus jornadas llegó á vista de Babylonia (1), y parecióle que el camino por do iba venía á dar en la muralla de la ciudad. Por lo cual llamó á Gobrias y á Gadatas, y preguntóles, si había otro camino que no viniese á salir tan cerca del muro; y Gobrias le respondió: «Sí hay, señor, otros muchos caminos; pero yo pensaba que tú querías ahora llegar muy cerca de la ciudad, para que les pudieses mostrar tu ejército, tan grande y tan lucido; porque cuando le tenías menor, te llegaste al muro, y os miraban cuando no erais muchos. Pues si ahora el Rey está aparejado, como te envió á decir que lo estaba para pelear contigo, bien sé que cuando viere tus fuerzas y poder, que las suyas no le parecerán estar apare jadas.»

A esto le respondió Cyro: «Paréceme, Gobrias, que te maravillas de mí, porque en el tiempo que vine con mucho menos poder, llegué el ejército á vista de la muralla, y ahora que le tengo mayor no quiero allegarle á ella. Pero no te maravilles, por-

(1) Cyro llega á Babylonia de vuelta.

que no es una misma cosa llegar de cerca y llegar de lejos. Llégánse cerca todos aquellos que de tal manera están puestos en orden, que piensan poder muy bien pelear, y de lejos se allegan los prudentes y sabios capitanes, para que muy seguramente y no muy prestamente se puedan ir. Porque de necesidad han de pasar en sus carros extendidos, y sin embarazo los que llevan el carruaje, y éstos todos se han de encubrir con la gente de armas y en ninguna manera se han de mostrar á los enemigos como que van desnudos y desacompañados de hombres de guerra que los guarden. Así que necesario es cuando se camina desta manera poner los más esforzados y belicosos delante de los más débiles y flacos. Porque si quisiesen salir de las murallas los enemigos muy espesos á encontrar con nosotros, más valientemente los encontraremos de lejos que de cerca.

»Y los que caminan de largo también tienen largas las ayudas, mas los que salen de la ciudad pueden de presto acometer á los que están cerca, y tornarse á entrar. Pues si pasamos de la ciudad tan lejos como ahora estamos, verán los enemigos nuestra multitud, y con las armas relucientes toda multitud es terrible y espantosa. Y si vamos desta manera, y salen cailadamente contra nosotros, viéndolos de lejos á ellos, no nos tomarán desapercebidos. Antes, compañeros, no osarán acometernos cuando vean que les es forzado salir á lejos fuera de los muros, si del todo no pensaren que son más poderosos y mejores que nosotros; porque toda retirada es temerosa.»

Después que acabó su razón, á todos les pareció que decía muy bien. Y Gobrias guiaba adelante como le fué mandado, pasando con el ejército por defuera de la ciudad, y Cyro quedaba en la retaguardia; porque estuviesen más fuertes los que venían detrás, apar-

tándose siempre de la ciudad. Caminando desta manera por sus jornadas todos los días continuos (1), llegó á los términos de los Asyrios y de los Medos, de donde había partido. Aquí había tres lugares muy fuertes de los Asyrios, y al menos fuerte dellos combatió y le tomó por fuerza; y los otros dos, por miedo de Cyro y persuasiones de Gadatas, los entregaron aquellos que los tenían en guarda.

CAPÍTULO V

Acabado todo esto, envió un mensajero á Cyaxares á rogarle que viniese al real, para que tomasen consejo qué harían de los castillos que habían tomado, y para que viese el ejército, y consultase sobre todo lo demás que se debía hacer; y que si lo mandase, que iría á asentar su real allí donde él estaba. Y así se partió el mensajero con este mensaje. En esto mandó Cyro á Gadatas que la tienda del Rey de Asyria, que los Medos habían escogido para Cyaxares, la aderezase con todos sus aparejos que tenía, y que llevase las dos mujeres en el aposento de las otras mujeres que estaban en su tienda, y con ellas juntamente las dos mujeres músicas que habían señalado para Cyaxares.

Y en esto estaban entendiendo. El mensajero que había sido enviado á Cyaxares, después que le hubo dicho su mandado, y le oyó Cyaxares, determinó que era mejor que el ejército se quedase en los términos; porque ya habían venido los Persas que Cyro había

(1) Cyro se vuelve adonde estaba Cyaxares.

enviado á llamar, que eran cuarenta mil flecheros y escudados. Y viendo que aun éstos hacían gran daño á la tierra de Media por el gasto que hacían, parecióle que era mejor librarse déstos, que no recibir otra multitud de nuevo en sus tierras. Aquel que traía á cargo el ejército nuevamente venido de Persia, preguntó á Cyaxares, según el mandado de Cyro, si había menester algunos de aquel ejército, el cual respondió que no. Entonces él, oyendo esto, aquel mismo día, como supo que Cyro estaba allí cerca, se fué para él llevándole su ejército. El día siguiente se partió Cyaxares con los caballeros Medos que le habían quedado. Lo cual sabido por Cyro que venía, tomó consigo muchos caballeros Persas que allí había presentes, y todos los Medos y Armenios y Hircanos, y todos los que mejor estaban encabalgados de los compañeros, y mejor armados, y le salió á recibir, para mostrarle á Cyaxares todas sus fuerzas y poder.

Mas Cyaxares, como vió que venían con Cyro muchos y muy buenos caballeros, y que con él no venían sino muy pocos criados y de poca cuenta, parecióle que venía deshonrado, y tomóle gran pesar. Después que Cyro descendió del caballo (1), y se llegó á él para besarle y abrazarle, según ley y costumbre de los Medos, Cyaxares bien que descendió del caballo, pero volvió el rostro, y no le quiso besar, sino que lloraba manifiestamente. En esto Cyro mandó á todos los otros que se retirasen y se asosegasen; y él tomando á Cyaxares de la mano, le apartó fuera del camino, y debajo de unas palmas le mandó tender un tapiz, y haciéndole sentar allí, y sentándose Cyro á par dél, le habló desta manera:

«Dime por Dios, tío: ¿por qué te airas, ó por qué me

(1) Vistas de Cyro y Cyaxares.

miras con mal rostro, ó por qué tienes pesar?» A esto le respondió Cyaxares y le dijo: «Porque, Cyro no me acuerdo desde que soy hombre, que siendo nacido de progenitores antiguos, y de padre rey, y yo mismo tenido por rey, que me viese tan bajo y abatido como ahora. Vengo á caballo para verte con mis criados, y con todo el otro poder, y hállote magnífico y honrado, y esto me da gran pesar, aunque lo sufriese de los enemigos, y mucho más porque lo sufro de aquellos que no convendría en ninguna manera. Yo tendría por mejor ser sumido diez estados debajo de tierra que verme tan abatido como ahora me veo, y que los míos no hagan caso de mí, y se rían de mí. Y conozco que no solamente tú eres mayor que yo, sino que también mis siervos y criados me salen á recibir más poderosos que yo. De manera que están antes aparejados para poderme hacer mal que recibirlo de mí.»

Y diciendo esto se le saltaban las lágrimas, de suerte que al mismo Cyro constreñía á llorar, y se le rasaban los ojos de agua; pero sosegándose un poco, le habló Cyro desta manera: «En esto que dices, tío, ni hablas verdad ni lo entiendes bien, si piensas que en mi presencia los Medos estén de tal manera aparejados, que son bastantes para hacerte mal. Y no me maravillo que te ensañes y tengas temor: mas si con razón ó sin ella estás enojado déstos, no quiero ahora pararme á disputarlo, que bien sé que te pesará si me oyeres responder por ellos. Pues que el varón príncipe se ensañe igualmente con todos sus súbditos, me parece gran yerro. Porque de necesidad el que quiere que muchos le tengan miedo, ha de ganar muchos enemigos; y el que se enoja con todos, les pone concordia entre sí á todos para con él. Por lo cual has de saber que yo no quise enviar éstos sin mí, temiendo

que no acaeciese algo por causa de tu ira, de que á todos nos pesase. Desto, con la ayuda de Dios, podrás estar seguro con mi presencia. Pero que tú pienses haber recibido de mí injuria, desto tengo gran pesar, si ejercitándome siempre en cuanto puedo de hacer mucho bien á los amigos, se pensase de mí que obraba lo contrario.

»Pues no nos culpemos sin culpa, sino que si es posible veamos claramente qué yerro es este mío, y yo pondré muy justa defensa por los amigos. Si de mí se juzgare que te he hecho injuria, confesaré que soy injusto; y si todos vieren que no he hecho mal, ni lo quise jamás hacer, ¿no confesarás tú también que no has recibido de mí agravio?—De necesidad lo he de confesar, respondió Cyaxares.—Y si te mostrare claramente que te he hecho bien, y que procuré con todas mis fuerzas de hacer todo lo más que pudiese, ¿no seré antes digno que tú me loes, que no que me culpes?—Justa cosa es, respondió Cyaxares.

—Ahora, pues, dice Cyro, consideremos todos mis hechos uno á uno, y desta manera se parecerá mejor el que dellos es bueno y el que es malo; y comencemos desde este principio, si te parece que basta. Tú, luego que sentiste que los enemigos muchos y muy espesos se movían contra tí, y contra toda tu tierra, luégo enviaste á la república de Persia á pedirles socorro y ayuda, y particularmente á mí, que procurase venir por caudillo, si algunos Persas hubiesen de venir á tí. Pues yo persuadido de tí en esto, vine como mejor pude, y traje conmigo muchos y muy buenos hombres de guerra.—Es verdad que veniste, dijo Cyaxares.

—Luego cuanto á lo primero, dice Cyro, respóndeme si conociste en esto haber recibido injuria de mí, ó antes beneficio.—Claro está, respondió Cyaxares,

que en esto recibí beneficio.—Dime, ahora, pues, dijo Cyro, cuando los enemigos vinieron y fué menester salir á pelear contra ellos, ¿viste que me aparté de ningún trabajo, ó dejé de ponerme á todo peligro?—No por Dios, dijo Cyaxares.—Pues dime, cuando con la ayuda de Dios hubimos la victoria, y los enemigos huyeron, ¿no te rogué que juntamente los siguiésemos y juntamente nos vengásemos, y juntamente gozásemos del bien, y participásemos del mal que sucediese? En esto todo, ¿sabes algo de que me puedes acusar de avaricia?»

A todo esto callaba Cyaxares, y Cyro le tornó á decir: «Pues si te es más agradable callar que no responder á esto, á lo menos, dime si piensas que te hice injuria, cuando no te pareció á tí que era seguro ir en pos de los enemigos en su alcance, en que yo no te dejé ser participante deste peligro, sino que te rogué enviases conmigo tu gente de á caballo, pues si en pedírtelos te hice injuria, mayormente ofreciéndome á mí mismo por compañero, esto quiero que me lo muestres.»

Y como Cyaxares callase también á esto, le dijo Cyro: «Pues si tampoco me quieres responder á esto, cuéntame ahora si te hice injuria cuando me respondiste que porque veías á los Medos estar alegres holgándose con sus vicios, no les querías apartar de su placer y constreñirlos á que se fuesen á poner á peligro. O si te parece también que te hice pesar cuando, no curando de tu ira, despues te torné á pedir lo que sabía que no había cosa que en menos tuvieses para concederla, ni nada más fácil que mandarla á los Medos, conviene á saber, cuando te pedí que me dieses solamente aquellos que me quisiesen seguir: así que alcanzando esto de tí, no pude acabar contigo otra cosa sino que yo se lo persuadiese á ellos. Por lo cual

me fuí para ellos, y se lo persuadí, y aquellos solamente tomé en mi compañía que fueron de mí persuadidos, y me despedí con tu consentimiento. Pues si en esto piensas que hay culpa, también la habrá en recibir de tí lo que tú diste, y así nos partimos.

»Después que salimos, ¿no es claro y manifiesto á todos lo que hicimos? ¿No tomamos el real de los enemigos? ¿No fueron muertos muchos de aquellos que venían contra tí? Y de los enemigos que quedaron vivos, ¿no quitamos á muchos las armas, y también á muchos los caballos? Los dineros que primero te saqueaban y llevaban los enemigos, ahora ves que tus amigos los tienen y te los traen: dellos para tí, dellos para ellos mismos, que están debajo de tu mando y señorío. Y lo que más y mejor de todo es, que ves tu tierra aumentada, y disminuída la de los enemigos, y que los lugares de los enemigos son tuyos, y los que primero estaban enajenados de tu señorío y en poder de los Syros, ahora por el contrario han tornado á tí. Desto si te ha venido algún mal ó algún bien queriéndolo yo saber, no sé cómo me lo diga; á lo menos oirlo no es vedado. Por tanto, dime luégo lo que dello sientes.»

Y con esto acabó su razón. A lo cual respondio Cyaxares: «Si lo que tú, Cyro, has hecho es bueno, no lo podría yo decir; pero sábete que esto bueno, cuanto mejor parece, tanto más me agravia. Yo, dice, querría hacer mayor tu tierra con mis fuerzas y poder, que ver la mía aumentada desta manera. Porque esto te es honra hacerlo, y á mí es deshonra (1) sufrirlo. Pues los dineros pienso que me será más agradable dártelos desta manera, que no recibirlos de tí, como

(1) El ánimo codicioso de honra por perdidoso se tiene, cuando la recibe de quien él quisiera darla.

tú ahora me los das; porque enriquecidos con estos de tí, entiendo más claro de cuáles me hago más pobre. Y si viera á mis súbditos agraviados en poca cosa de tí, me parece que me pesara menos que no verlos ahora llenos de muchos bienes que de tí han recibido. Pues si te parece que yo pienso esto sin razón, pásalo de mi pensamiento al tuyo, y entonces verás qué tal te parece. Dime (1): si alguno tratase los perros que tú crías para tu guarda y de los tuyos de manera que los hiciese que fuesen más conocidos á él que no á tí, ¿haríate placer con este su tratamiento?

»Y si esto parece poco, piensa ahora esto: si alguno á los siervos y criados que te sirven, y que tú posees para tu guarda y servicio, los dispusiese y acostumbrase de tal manera, que quisiesen ser antes suyos que tuyos, ¿por ventura le darías las gracias por tal beneficio? ¿Qué diremos de aquello que los hombres más quieren y aman como muy propia? Si alguno sirviese á tu mujer de tal suerte que la hiciese querer más á él que no á tí, ¿te holgarías con este servicio? Muy de otra manera pienso que lo harías; pero bien sé que el que esto hiciese te haría la mayor injuria de todas cuantas pueden ser. Así que, para que yo diga aquello que es más semejante á mi dolor y pesar, digo: que si á los Persas que tú trajiste contigo, alguno los tratase de tal manera, que quisiesen más seguirle á él que no á tí, ¿á este tal le tendrías por amigo? Pienso que no, sino que le tendrías por más enemigo que si matase muchos dellos. ¿Pues si alguno de tus amigos, cuando tú benignamente le dijeses, toma todo lo que quisieres de lo mío, y él, oído esto, se fuese y tomase cuanto pudiese, y se enrique-

(1) Por buenas comparaciones le muestra Cyasares á Cyro la justificación de su enojo.

ciese con tus bienes, sin poderte tú servir medianamente dellos, podrásle tú tener á este tal por buen amigo?

»Por tanto, mira ahora tú, Cyro, aunque no me ha acontecido á mí esto mismo, si te parece que me acontece actualmente lo semejante. Y muy gran verdad hablas cuando dices que yo te dije que llevases contigo todos los que quisiesen ir. Y así te fuiste llevando contigo todo mi ejército, y me dejaste solo: y ahora lo que ganaste con mis fuerzas, aquello me traes á mí, y aumentas mi tierra con mi poder; y yo, mostrando que no soy causa de ningún bien destos, me represento á mí mismo que verdaderamente soy como mujer para que tú hagas bien á los otros hombres y á estos mis súbditos; y tú pareces el marido, y yo tal, que aun no soy digno del reino y señorío. ¿Y cómo estos te parecen á tí beneficios, Cyro? Bien sabes tú, si quisieras hacer caso de mí, que de ninguna cosa te habías de guardar tanto de privarme como de la dignidad y de la honra. ¿Qué se me da á mí que se ensanchen y aumenten mis tierras y señoríos, si yo quedo deshonrado? Que no por eso mando yo á los Medos, porque soy mejor que todos ellos, sino antes porque todos ellos me tienen por mejor en todo que ellos.»

Estando aún hablando esto, le atajó Cyro, y le dijo: «Por Dios, tío, que si yo en algún tiempo te hice placer antes de ahora, que tú también me lo hagas ahora á mí en hacer lo que te rogare. Deja ya de acusarnos más, y pues que has experimentado la voluntad que te tengo, y ves claramente que todo lo que yo he hecho ha sido por tu bien, abrázame, pues que yo te abrazo, y tenme por bienhechor; y si otra cosa piensas, entonces acúsame.—Por ventura, dice Cyaxares, dices bien; y yo así lo haré.—

¿Pues cómo, dice Cyro, no te besaré también?—Si tú quieres, sí.—¿Y no me volverás el rostro como hiciste poco ha?—No volveré, dice Cyaxares. Y así Cyro le besó.

Viendo esto los Medos y los Persas, y otros muchos, que todos estaban con cuidado en qué pararía esto, luégo se gozaron y alegraron todos. Y Cyaxares y Cyro subieron en sus caballos y se partieron de allí. A Cyaxares acompañaban los Medos, que así les había Cyro hecho señas; y á Cyro los Persas, y otros también con ellos. Después que llegaron al real, y metieron á Cyaxares en la tienda que le tenían aparejada, aquellos que lo tenían á cargo aderezáronle todo lo necesario. Y los Medos mientras que Cyaxares estaba desocupado, antes de cena venían á él: los unos movidos de sí mismos, y los más porque Cyro se lo había mandado, y le traían muchos dones y presentes: unos, algún cautivo que sabía muy bien servir la copa, y otros, algún buen cocinero: otros, algún buen panadero, y otros, algún buen músico: otros, vasos ricos; otros, vestiduras preciosas. Y cada cual por la mayor parte le presentaba lo mejor que había ganado en la guerra; de manera que ya le pesaba menos á Cyaxares porque Cyro los había apartado dél, pues veía que los Medos no le tenían menos respeto que de antes.

Cuando fué hora de cenar, Cyaxares llamó á Cyro, y le rogaba que, pues hacía ya tanto tiempo que no se habían visto, cenase allí con él. Y Cyro le dijo: «Eso no me lo mandes, Cyaxares. ¿No ves estos que aquí están presentes, que todos han sido promovidos y ensalzados de nos? Luego no haría bien, si no curando dellos, quisiese cumplir con mis deleites. La gente de guerra, si les parece que no tienen cuenta con ellos, los que son buenos pierden el ánimo, y los ma-

los se hacen peores y más atrevidos. Pero tú que has venido de largo camino, cena ya ahora; y si algunos te honran, también los honrarás tú; y convídalos á cenar, para que con más libertad y osadía te conversen. Yo me voy para ir á hacer lo que te dije, y tornaré mañana temprano, y también serán aquí á tus puertas todos los demás á tiempo, para que consultemos contigo lo que es menester hacer de aquí adelante. Y tú también darás tu parecer sobre esto, si piensas que será bien continuar la guerra, ó si es ya tiempo de deshacer el ejército.»

Y de allí se fué Cyaxares á cenar, y Cyro mandó ayuntar los amigos que le parecían más bastantes para entender y saber, y ayudar á obrar lo que convenía, y hablóles desta manera: «Varones amigos (1), todo »aquello que de primero deseábamos, ya lo tenemos »con la ayuda de Dios. Por donde quiera que vamos »es nuestra tierra, que la hemos ganado; y vemos de »cada día menos de los enemigos, y de nosotros más »y muy mejores que ellos en fuerza. Y si estos nues »tros compañeros que ahora son con nosotros quisie- »ren quedarse, mucho más podremos hacer de aquí »adelante; y ahora es tiempo de compeler por fuerza, »ó persuadir de grado lo que conviene. Empero hacer »que los más de los compañeros sean de parecer de »quedarse, no es más de oficio que vuestro procurarlo. »Sino que (2) bien así como cuando es menester pe- »lear, el que más enemigos cautivare aquel es tenido »por más valiente y esforzado; así también cuando se »requiere consejo, el que más votos hiciere de su mis-

(1) Oración de Cyro á sus amigos para consultar si se continuaría la guerra, ó desharía el ejército.

(2) Buena conversación para que se entienda cuánto vale el buen consejo en la guerra.

»mo parecer, este tal con razón será visto por más elo-
»cuente y más excelente en el razonar. Mas no que-
»ráis, como aquellos que para ostentación hacen algu-
»na oración compuesta, poneros muy de reposo á
»pensar primero lo que habéis de decir á cada uno,
»sino que los informaréis de manera que sea manifies-
»to á todos poder ser persuadidos de cualquiera por
»las mismas obras que hace cada uno. Y desto tened
»cuidado vosotros, y yo trabajaré y procuraré cuanto
»pudiere como tengan lo necesario los soldados, y to-
»men consejo de guerra.»

LIBRO SEXTO.

ARGUMENTO.

Cyro y Cyaxares consultan si proseguirán la guerra contra los Asyrios, y determinan invernar en las estancias que hicieron. Cyro, ejercitando siempre su gente, mudó la manera de los carros que hasta entonces se usaban para pelear. Pasósele Abradatas con los suyos. Tuvo embajadores del Rey de los Indios, que le trajeron muchos dineros. Sabido por sus espías como Creso, rey de Lydia, hecho general de los enemigos, se aparejaba para la guerra, mandó á los suyos muy en particular aderezar lo necesario para la jornada, y con ellos comenzó á ir contra el enemigo. Llegando cerca dél, después que con muy gentiles ardides espió todo lo que sus enemigos concertaban, ordenó su ejército para la batalla, é hizo la amonestación que convenía para ella. Demás desto, todo lo que en este libro á sus tiempos se cuenta de Panthea y Abradatas, su marido, es dulcísima historia, donde se representa un singular ejemplo de afinación, caridad y amor de mujer á marido.

CAPÍTULO I.

Todo aquel día pasaron entendiendo en esto hasta la noche, que cenaron y se fueron á reposar, y otro día de mañana vinieron á las puertas de Cyaxares todos los compañeros de guerra. Mientras que Cyaxares se vestía, oyó que había á las puertas gran compañía de gentes. Y en este medio los amigos traían ante Cyro, los unos los Cadusios, que le rogaban que se quedase;

otros á los Sacas, otros á Gobrias. Hystaspas traía á Gadatas el Eunuco, que rogaba á Cyro que no se partiese.

Entonces Cyro, sintiendo que Gadatas se moría de miedo que no se deshiciese el ejército, riéndose le dijo: «Oh Gadatas, claro está que tú, persuadido deste Hystaspas, sabes bien lo que ahora dices.» Y Gadatas, alzando las manos al cielo, juró que no había sido persuadido de Hystaspas para entender aquello; «pero bien sé, dice, que si vosotros os vaís, que todo mi bien es perdido; por eso vine yo mismo á preguntar á éste si sabía la voluntad que tenías de deshacer el ejército.»

Respondióle Cyro: «Sin razón me parece que culpaba yo á Hystapas.» Dijo entonces Hystapas: «Sin razón, por Dios, pues yo contradecía á este Gadatas, diciéndole que tú no te podías detener, porque tu padre te había enviado á llamar.—¿Cómo así? dijo Cyro; ¿y tú habías de osar echar tal palabra por la boca, si yo quería ó no quería?—Por Dios sí, respondió Hystapas; porque yo veo que deseas tornar á Persia muy triunfante, y mostrar á tu padre las hazañas que has hecho, y contárselas cada una por sí.» Entonces le dijo Cyro: «¿Y tú no deseas tornar á tu casa?—No, por Dios, dice Hystapas; ni iré, sino que estaré aquí, y esperaré, y haré guerra, y seré capitán della hasta hacer á este Gadatas señor del Rey Asyrio.»

Y desta manera se burlaban unos con otros. En esto Cyaxares salió ataviado, y con mucha gravedad se sentó en el trono y silla Real, y cuando todos aquellos que convenía fueron juntos, mandó tener silencio, y él comenzó á hablar desta manera: «Varones compañeros: pues yo estoy aquí presente, y soy más viejo que Cyro, justo es que yo haga principio de la plática. Cuanto á lo primero, paréceme que es tiempo que consultemos desto, si todavía es tiempo de conti-

nuar la guerra, ó si será bien deshacer el ejército; y sobre esto comience luégo alguno á decir su parecer.»

Entonces el capitán de los Hircanos el primero de todos dijo así: «Varones compañeros, no sé yo qué palabras son menester, cuando las mismas obras muestran lo mejor. Bien sabemos todos que si quedamos juntos, haremos mucho más mal á los enemigos que el que recibiremos nosotros; pues mientras estuvimos apartados unos de otros, ellos se aprovecharon de nosotros á todo su placer y á todo nuestro pesar.»

Tras éste habló el capitán de los Cadusios. «Pues nosotros, dice, también ¿qué diremos? que si nos vamos á nuestras casas, cada cual por fuerza se ha de apartar del otro; y estando allí, ahora hagamos guerra, ahora no la hagamos (según que á mí me parece), no puede aprovecharnos este apartamiento, pues vemos que á nosotros mismos, porque nos apartamos un poco del ejército para pelear, nos costó caro, como todos sabéis.»

Luégo tras éste habló Artabazo, aquel que un tiempo dijo ser pariente de Cyro (1); «Yo, Cyaxares, soy de muy diferente parecer destos que primero han hablado. Estos dicen que conviene quedarnos y hacer guerra; yo digo que estando en mi casa, desde ella hacía guerra, porque muchas veces daba socorro y ayuda á los que lo habían menester; y cuando veía que los enemigos nos ponían asechanzas para tomar nuestros castillos, me daban bien en qué entender, y me recelaba y velaba, y esto hacía gastando de mi propia hacienda. Mas ahora yo tengo sus castillos y no les tengo miedo, y cómo y bebo de lo de los enemigos. Pues bien así como si estar en casa fuese estar en guerra, y estar aquí fuese estar en fiesta, así me

(1) Esto está en el primer libro.

parece que estas fiestas no se deben desbaratar, ni esta solemnidad se debe el hombre dejar de hallar en ella.»

Tras éste dijo Gobrias: «Yo, varones compañeros, hasta ahora no tengo por qué dejar de loar la fe y la palabra de Cyro, y la mano que me dió, porque en ninguna cosa falta de lo que promete. Pues si él se parte de la tierra, creedme que descansará el Rey Asyrio, y quedarán sin castigo así las iniquidades que intentó haceros, como las que ejecutó contra mí: y yo en parte pagaré otra vez la pena porque me hice vuestro amigo.

A la postre de todos habló Cyro, y dijo: «Yo (1), varones amigos, no ignoro que si ahora deshacemos el »ejército, nuestras cosas serán más flacas y se dismi»nuirán, y las de los enemigos se aumentarán. Pues »que todos aquellos á quien quitamos las armas, bre»vemente podrán hacer otras; y todos aquellos á quien »quitamos los caballos, de presto podrán comprar »otros, y en lugar de los muertos, vendrán á barbar y »nacerán otros. Por lo cual no es de maravillar si en »breve tiempo nos puedan dar en que entender.

»¿Pues por qué pensáis que mandé yo á Cyaxares »que hiciese mención de deshacer el ejército? Sabed »ciertamente, que porque temía lo que había de ser. »Veo que los enemigos vienen, con los cuales no po»demos pelear si tenemos aquí el real. Ya se acerca el »invierno, y aunque tengamos casas y coberturas »para nosotros, por Dios, que no las tenemos para los »caballos, ni para los criados, ni para toda la multitud »de soldados, sin los cuales no podemos hacer la gue»rra. Todas las provisiones necesarias por donde »quiera que venimos las hemos gastado; y por donde

(1) Cyro determina de seguir la guerra todavía.

»no hemos ido, por miedo de nosotros las han llevado »y metido en las fortalezas y lugares fuertes, de ma- »nera que ellos las tienen, y nosotros no podemos to- »marlas. ¿Pues quién hay tan valiente ni tan esforza- »do que pueda hacer guerra peleando contra la ham- »bre y frío?

»Por lo cual, si desta manera continuamos la guerra, »yo fío que nos convendrá de nuestra voluntad desha- »cer el ejército, antes que contra nuestra voluntad »seamos compelidos á ello por las dificultades. Y si »queremos aún mantener el ejército de aquí adelante, »yo digo lo que será menester hacer (1); y es, que pro- »curemos muy presto de tomar muchas plazas fuertes »de las de nuestros enemigos, y bastecerlas y forta- »lecerlas más para nosotros. Y si esto se hace, tendrán »las provisiones necesarias aquellos que las tomaren »y las pudieren guardar, y los que más pudieren cer- »carán á los otros. Mas ahora no diferimos nada de los »que navegan por la mar, pues aquellos, navegando »siempre, no dejan por más propio suyo lo que nave- »garon que lo que les queda por navegar; antes tan »ajeno y tan común se queda aquello como antes ha- »bía sido. Pero si tuviéremos castillos y fuerzas, con »éstas podremos enajenar las tierras á los enemigos; »y nosotros tendremos más por la tranquilidad y bo- »nanza.

»Y si por ventura algunos de vosotros se recelan »que será menester tener guarnición lejos de su tierra, »no os pese desto; porque nosotros los Persas, ya que »peregrinamos lejos de nuestras casas, pondremos »guarnición en los castillos más cercanos de los ene- »migos, y vosotros tened y labrad los lugarares que

(1) Consejo de Cyro muy bien mirado para la prosecución de la guerra.

»están en los términos de los Asyrios; pues si nosotros »podemos tener con nuestra guarnición las fuerzas »que están cerca de enemigos, en mayor paz viviréis »vosotros que tenéis las que están lejos dellos; porque »no pienso que podrán ellos tramaros asechanzas, des- »cuidándose del mal que tienen más cerca.»

Acabado Cyro de decir esto, todos los otros se levantaron, y lo aprobaron, diciendo que aquello era lo que más querían; y aun el mismo Cyaxares, Gadatas y Gobrias dijeron que cercarían los castillos de muralla, si los permitían los compañeros, para que los de dentro fuesen más amigos. Así que Cyro, después que vió á todos aparejados para hacer todo lo que decía, finalmente les dijo: «Si queremos acabar todo lo que hemos dicho, conviene hacer de presto máquinas y pertrechos para derrocar los muros de los enemigos, y maestros que hiciesen torres y municiones para fortalecer nuestras fuerzas.» Para esto se ofreció Cyaxares que él á su costa mandaría hacer un pertrecho; y Gadatas y Gobrias otro; y Tigranes otro; y Cyro dijo que el procuraría hacer otro. Después que hubieron determinado esto, buscaban sus maestros que hiciesen las máquinas, y cada cual de ellos aparejaba lo necesario para hacerlas; y pusiéronles veedores aquellos que les parecían más suficientes para ello.

Cyro, como vió (1) que era menester detenerse en esta obra, asentó su real en el lugar que le pareció más sano y que tenía mejores entradas y salidas para traer todo lo que convenía; é hizo todo aquello que se requería para las municiones, para que siempre estuviesen seguros, si fuese menester mudar el real más lejos. Demás desto, preguntaba siempre á los que él pensaba que sabían mejor la tierra dónde podría

(1) Advertencias en el asentar el real.

estar el ejército más a provecho; y sacábalos á lugares abundosos de pastos y mantenimientos, así para que el ejército se proveyese de lo necesario, como para que estuviesen más sanos y cobrasen más fuerzas trabajando por los caminos, y para que llevando y acarreando se les acordase siempre de guardar la ordenanza.

Y estando Cyro entendiendo en esto, llegaron algunos fugitivos y cautivos de Babylonia, que decían que ya el Rey Asyrio venía á Lydia, y que traía consigo muchos talentos de oro y de plata, y otras riquezas y atavíos de diversas maneras. El vulgo de los soldados decía que ya recogía su dinero para irse de miedo; mas Cyro, entendiendo que él había venido para mover algún mal si pudiese, se aparejó muy bien para contra su adversario, como si fuera tiempo de pelear; y cumplió todo el ejército de hombres de armas de los Persas, de los caballos que había tomado de los cautivos, y de algunos que tomó de los amigos. Esto recibía él de todos de muy buena gana, y no recusaba nada, si alguno le daba armas ó caballos que fuesen buenos.

Y también aparejaba carros de los que había tomado en la guerra, y deshizo las carretas Troyanas (1) que había de antes, y la manera de carretear de los Cyreneos que aun ahora usan. Porque es así que en los tiempos pasados los Medos y los Asyrios y los Arabes y todos los de Asia usaban los mismos carros que ahora usan los Cyreneos. Y parecióle á él que era muy bien que los más valientes y los más esforzados de todo el ejército no estuviesen en aquella parte donde pelean con tiros de lejos, lo cual no era mucha parte

(1) Carros Troyanos sin duda llama aquellos que en la guerra de Troya se usaron, de quien hay tanta mención en Homero.

para la victoria. Porque trescientos carros tienen trescientos combatientes y sírvense de mil doscientos caballos, y los carreteros destos carros son aquellos de quien se tiene más confianza, hasta otros trescientos; los cuales todos pueden hacer muy poco daño á los enemigos.

Así que deshizo estos carros de asiento, y en lugar destos ordenó otros que eran más aparejados para la guerra; con las ruedas muy recias que no se pudiesen fácilmente quebrar, y los ejes grandes y largos; porque todo lo que es muy ancho se trastorna menos (1). Y el asiento ó silla para los carreteros hizo como una torrecilla de maderos muy recios, cuya altura llegaba á los codos, para que se pudiesen regir los caballos desde la silla, y á estos carreteros mandó armar todo el cuerpo salvo los ojos; y mandó ponerles unas hoces de hierro de dos codos en largo junto á los ejes, de la una parte y de la otra de las ruedas, y otras debajo del eje vueltas hacia tierra, para haber de ir á encontrar con los enemigos con los carros. Y así como entonces los ordenó Cyro, así también ahora usan destos carros en toda la tierra del Rey de Persia. Tenía también muchos camellos que había allegado de los amigos, y otros muchos que había tomado en la guerra.

Esto así hecho, quiso enviar alguna espía á Lydia, y saber qué hacia el Asyrio, y parecióle que ninguno había más aparejado para ir á esto que Araspas, aquel que tenía en guarda aquella mujer hermosa que arriba dijimos. Al cual Araspas le acaeció esto. Siendo preso del amor de la mujer, fuéle forzoso descubrirle su amor y rogarle que tuviese parte con él, la cual

(1) Mudó Cyro la manera de los carros para las batallas, y á estos que él inventó llamaron siempre después carros facados.

se lo negó, porque era muy leal á su marido, y aunque estaba ausente, le amaba mucho. Mas ella tampoco quiso acusar á Araspas delante de Cyro, temiendo de revolver dos tan grandes amigos. Pero Araspas, pareciéndole que estaría siempre cautivo si no alcanzaba lo que deseaba, amenazó á la mujer que si no lo quería hacer de grado, que lo haría contra su voluntad. Entonces la mujer, temiendo que se le hiciese fuerza, no lo quiso más encubrir, sino envió su eunuco á Cyro, y mandóle que se lo dijese todo.

El cual como lo oyó rióse mucho de Araspas, que tan seguramente había afirmado y prometido de sí mismo que no se dejaría vencer en ninguna manera del amor, y envió á Artabazo con el eunuco, y mandóle que le dijese que no hiciese fuerza á la mujer, mas que si la pudiese persuadir, que no se lo vedaba. Venido Artabazo á Araspas, deshonróle, llamando á la mujer depósito que á su fe de Araspas se había confiado, y diciéndole su maldad, injusticia é incontinencia; de suerte que Araspas lloró mucho de tristeza y pesar, y estaba confuso de vergüenza y muerto de miedo que no le hiciese Cyro algún mal.

Sabido esto, Cyro mandóle llamar, y estando solo con él le dijo: «Yo veo, Araspas, que me tienes miedo, y tienes muy gran vergüenza. Pues sosiégate ahora, que ya he oído que los Dioses han sido vencidos del amor, y conozco muchos hombres que se tienen por sabios y prudentes que han padecido mucho por el amor; y yo me condeno á mí mismo, porque teniendo algunas veces conversación con hermosas, no hacía caso dellas, y yo tengo la culpa desto, que te constreñí á que te encargases deste negocio tan arduo.» Entonces respondió Araspas, diciendo: «Tú, Cyro, eres semejante en esto á lo que eres en las otras cosas: tú eres manso, y perdonas los yerros humanos, y los

otros hombres me confundían y aterraban con pesar. Porque luégo que se divulgó la fama desta mi desventura, los enemigos se gozaban, y los amigos venían á mí, y me aconsejaban que me quitase de donde tú me pudieses haber, porque no me viniese algún mal de tí, á quien había hecho tan grande injuria.»

Entonces le dijo Cyro: «Pues sábete, Araspas, que con esta fama de tu miedo me puedes ahora mucho agradar y aprovechar en gran manera á los amigos y compañeros.—Ojalá, dice Araspas, haya oportunidad en que yo te pueda servir otra vez.—Pues luégo, dice Cyro, si fingiendo que vas huyendo de mí, quieres ir á los enemigos, pienso que serás creído dellos.—Yo, dice Araspas, por Dios sé bien que aun seré creído de los amigos en esto que voy huyendo de tí, y les daré que decir.—Pues has de tornar aquí trayendo sabido muy bien todo el hecho de los enemigos. Porque yo pienso que te darán parte de sus dichos y consejos, por el crédito que dellos tendrás, de manera que no se te esconda nada de aquello que deseamos saber.—Ahora, pues, yo me parto, dice Araspas, y sábete que esto será buen argumento de más crédito para que á todos les parezca que huyo de veras porque temía no me hicieses algún mal.—¿Y cómo, dice Cyro, podrás dejar á la linda Panthea?—Yo sé ciertamente, respondió Araspas, que tengo dos ánimos: ahora yo he filosofado, con el injusto sofista y engañoso amor. Un solo ánimo no puede ser justamente bueno y malo, ni amar juntamente las buenas obras y las malas, ni querer hacer juntamente una cosa y no la querer hacer. Sino que está claro que hay dos ánimos, y cuando reina el bueno obra buenas cosas, y cuando el malo las hace malas. Ahora que te tomo por compañero reina el buen ánimo, y muy mucho por cierto.—Pues si te parece de ir, dice Cyro, has de hacer desta

manera, para que los enemigos te den más crédito: hazles saber de todo lo que acá pasa, pero de tal manera se lo harás saber, que lo que les dijeres será gran impedimento para lo que quisieren hacer, y seráles impedimento si les dijeres que nos aparejamos para entrar en su tierra; porque oyendo esto menos se podrán ayuntar con todas sus fuerzas, porque cada cual temerá por sí, y querrá mirar por su casa. Y estarás con ellos mucho tiempo, y avisarás de todo lo que hacen; y cuando estuvieren más cerca de nosotros, esto todo nos cumple mucho saberlo. Aconséjales que se pongan en orden lo mejor que les pareciere; porque cuando tú te partieres dellos necesariamente quedarán así ordenados, porque no querrán mudar su orden; y si le mudan, pasados á otra orden nueva, se turbarán en ella.»

Con esto se despidió Araspas, y tomando consigo los más fieles criados que tenía, y diciendo á algunos dellos lo que pensaba que convenía para el negocio, se partió. Panthea luego como supo que Araspas era ido, envió á decir á Cyro estas palabras: «No te pese, Cyro, porque Araspas se partió para los enemigos; porque si me dejas enviar por mi marido, á mi cargo que él venga, y te sea muy más fiel amigo que Araspas, y vendrá con todas las fuerzas y poder que tiene. Porque el padre deste que ahora reina en Asyria, era su amigo; mas este Rey de ahora procuró de descasarnos á mí y á mi marido: por lo cual como se tenga por injuriado dél, bien sé que de buena gana se pasará á un tal varón cual tú eres.»

Oyendo esto Cyro, mandóle que enviase á llamar su marido, la cual envió á la hora por él. Abradatas luégo que conoció la firma y sello de la mujer, y entendió todo lo demás como pasaba, de buena voluntad se vino para Cyro trayendo consigo cerca de mil

caballos; y así como llegó á las espías de los Persas, envió á Cyro á decir quién era, y Cyro mandó que incontinenti le llevasen á su mujer. Pues cuando se vieran el uno al otro, la mujer y Abradatas abrazáronse y saludáronse como era razón que lo hiciesen aquellos que nunca tal esperaban. Y después Panthea le contó la honestidad de Cyro y su templanza, y la misericordia que había usado con ella. Y Abradatas le dijo: «¿Qué podría yo hacer, dí, Panthea, para pagar á Cyro las gracias por tí y por mí?—¿Qué otra cosa, dice Panthea, sino que procures de ser tal para con él cual ha sido para contigo?»

Y con esto se partió Abradatas para Cyro; y luégo como le vió, le tomó de la mano y le dijo: «Por el bien que nos has hecho, Cyro, no tengo más que decir sino que yo me doy á tí por amigo y compañero y criado; y en todo lo que viere que trabajas procuraré de ayudarte tanto, cuanto pudiere hacer cualquier hombre muy bueno.» Entonces Cyro le dijo: «Yo te recibo desde ahora, y te doy libertad que vayas á cenar con tu mujer, y después vendréis á mi tienda á holgaros comigo y con mis amigos y vuestros.»

Pasado esto, como viese Abradatas á Cyro que estaba entendiendo en aparejar los carros armados con las hoces, y encubertar los caballos, y armar los hombres de armas, procuró de cumplirle hasta cien carros de sus caballos que fuesen semejantes á los del mismo Cyro, y él se aparejó para regirlos encima del carro, y unció su carro de cuatro timones y de ocho caballos. Y Panthea, su mujer, de sus dineros y joyas le hizo un coselete de oro, y una celada de oro, y asimismo unos brazalétes, y los caballos encubertó con cubiertas de acero.

Y esto por Abradatas así hecho, Cyro, viendo su carro de cuatro timones, pensó entre sí que se podría

también hacer de ocho timones, y que le llevasen ocho pares de bueyes uncidos por debajo la casilla de la máquina ó pertrecho, que estaba tres brazadas distante de tierra, juntamente con sus ruedas; y estas torrecillas de madera con la orden siguiente parecíale á él que daría muy gran ayuda á la infantería, y haría muy gran daño á los enemigos. Y hizo en estas casillas de las máquinas y pertrechos sus pasadizos y troneras y almenas, y puso en cada torre veinte hombres.

Después que ordenó todo lo necesario para las torres quiso hacer la experiencia de menearlas, y muy más fácilmente llevaban ocho pares de bueyes la torre y los hombres que estaban en ella, que no un par de bueyes el peso de una carga. Porque el peso de la carga de cada par de bueyes era cerca de ciento y veinte talentos (1), y el peso de la torre, cuyos maderos eran de un grueso igual á los de un andamio trágico, con los veinte hombres y sus armas, no llegaba á hacer la carga de quince talentos á cada par de bueyes. Y sabiendo ya que eran fáciles de llevar, aparejóse como para haber de llevar las torres juntamente con el ejército. Teniendo por sí que la codicia en la guerra es juntamente la salud y la justicia y la felicidad.

(1) Talento era suma de moneda antiguamente, así como ahora decimos un cuento, que no es una moneda, sino suma que resulta de mucha moneda. También talento llamaban hablando en pesos cierta cantidad de peso, así como ahora decimos un quintal ú otra cosa semejante.

CAPÍTULO II.

En este medio, llegaron mensajeros del Rey de las Indias que traían dineros, y le dijeron de su parte que el Rey le enviaba aquellos dineros, y le mandaba á decir estas palabras: «Yo, Cyro, me alegro mucho »porque me has hecho sabedor de lo que habías me»nester, y quiero ser tu huésped, y envíote esos dine»ros; y si más has menester envía por ellos. Y también »he mandado á los míos que hagan todo lo que tú les »mandares.»

Oída Cyro su mensajería, díjoles: «Pues yo os mando que algunos de vosotros se queden aquí en la tienda á guardar el dinero, y estéis á vuestro placer; y que los tres vayáis por amor de mí á tierra de los enemigos, como que vais enviados de vuestro Rey de Indias á procurar su amistad y compañía; y cuando hubiereis aprendido allí todo lo que dicen y hacen, hacédnoslo saber lo más presto que pudiereis á mí y al Rey de las Indias, y en esto me haréis muy gran servicio, y os lo agradeceré más que los dineros que ahora traéis. Porque á mi parecer los siervos y otros semejantes que van por espías, no pueden avisar que hayan entendido más de aquello que todos saben; mas los hombres sabios y prudentes, y tales cuales sois vosotros, muchas veces calan y saben los hechos, dichos y consejos de los enemigos.

Los Indios oyendo esto de buena gana, por haber sido entonces bien hospedados de Cyro, se aparejaron para partirse el día siguiente, prometiéndole que sabrían todo lo que más pudiesen del hecho de los

enemigos, y que tornarían lo más presto que fuese posible. Pues Cyro aparejaba todo lo demás necesario para la guerra muy suntuosamente, como varón que no tenía los pensamientos en cosas bajas; y no solamente parecía tener cuidado de los compañeros, sino que ponía competencia á los amigos, los unos con los otros, para que cada cual procurase de parecer muy bien armado y encabalgado, y apuesto para el trabajo de la guerra. Y esto todo hacía, ya sacándolos á caza, ya honrando por sí á todos los varones esforzados; y á los capitanes que veía procurar que los suyos fuesen buenos y esforzados, los loaba y animaba, y daba todo lo que podía. Y si alguna vez hacía sacrificios ó celebraba alguna fiesta, también en esto les ponía delante contiendas y juegos de todas aquellas maneras que los hombres se ejercitan para la guerra, y daba muy grandes premios á los vencedores, y había muy gran alegría y regocijo en el real.

Ya Cyro tenía casi acabado todo lo que quería tener para la guerra, excepto las máquinas y pertrechos, y el número de los hombres de armas persianos estaba ya cumplido hasta diez mil, y los carros armados con hoces eran ya cumplidos hasta ciento. Y los que Abradatas Susio procuraba de aparejar semejantes á los de Cyro, también estaban ya á punto hasta otros ciento. Y los carros medos, que Cyro había persuadido á Cyaxares que mudasen la facción que tenían de antes del carro troyano y lybico, también eran otros ciento. Y ordenó ciertos hombres que fuesen encima de los camellos, sobre cada uno dos flecheros. Y la mayor parte del ejército tenían un mismo ánimo, y éste muy ensalzado, como si ya hubiesen vencido, y no tenían en nada los enemigos.

Estando todos en esta disposición, tornaron los In-

dios que Cyro había enviado por espías á tierra de los enemigos, y dijeron que el rey Creso (1) había sido elegido por capitán general de todo el ejército de los enemigos, y que habían determinado todos los Reyes compañeros de guerra de ayuntarse en uno con todo el poder que cada uno tuviese, y traer infinitos dineros; y acabado esto, hacer toda la más gente que pudiesen, y darles todo el sueldo que hubiesen menester. Y que los más soldados eran Thraces, armados con espadas y estoques, y que ya venían navegando por la mar los Egypcios, que eran en número de ciento y veinte mil, con paveses que les cubrían los pies, y lanzas muy grandes como ahora las traen, y con segures; y que también estaba en la mar el ejército de los Cypriotas. Y que ya estaban allí todos los Cilices, y ambos á dos los Príncipes de Frygia con su gente, y los Lycaonas y Paflagones, y los Capadoces y Arabes y Fenices, y los Asyrios con el Príncipe de Babilonia, y los Jones y Eolios, y casi todos los Griegos que moran en Asia eran constreñidos á seguir á Creso. Y que Creso había enviado á Lacedemonia á pedir que los Lacedemonios se juntasen en su compañía y amistad, y que ayuntaban sus huestes junto al río Pactolo. Y que habían de pasar hacia Thybarra (donde se hacía ayuntamiento de todos los bárbaros de Asyria la baja súbditos del Rey), y que allí mandaban á todos que llevasen provisiones y bastimentos. Y casi semejantes nuevas decían los cautivos; porque siempre procuraba Cyro de prender algunos á quien pudiese preguntar algo; y enviaba algunas espías en hábito de siervos, como fugitivos.

Pues como los del ejército de Cyro oyeron las nuevas que traían los mensajeros indios, todos se pusieron

(1) El rey Creso contra Cyro.

en gran cuidado, como era razón, y andaban todos cabizbajos, con más silencio que solían, y no muy alegres, sino tristes. Y hacían corrillos, preguntándose los unos á los otros y hablando y razonando desto. Mas como Cyro sintió el miedo que andaba en su ejército, mandó llamar todos los capitanes de compañías, y principalmente de aquellos todos que desmayaban pensando que les vendría algún daño de los enemigos. Y también mandó llamar los capitanes de los que se animaban con esperanza del provecho. Y mandó á sus ministros que á todos aquellos que quisiesen estar presentes para oir lo que decía, que no se lo estorbasen. Y después que todos se ayuntaron, hablóles desta manera:

«Varones compañeros (1), yo os mandé ayuntar »porque veía á algunos de vosotros, después que vi- »nieron las nuevas de los enemigos traídas por los »mensajeros, que estabais semejantes á hombres que »han cobrado miedo. Y paréceme á mí que es de ma- »ravillar si alguno de vosotros teme, porque digan »que los enemigos se ayuntan. Porque nosotros esta- »mos ayuntados ahora más que no entonces cuando »los vencimos, y tenemos mucho mejor y más pode- »roso ejército ahora, por la bondad de Dios, que no »teníamos de antes. Pues viendo todo esto, decidme »por Dios, ¿por qué no tendréis ánimo y osadía? ¿Qué »haríais los que ahora teméis, si algunos mensajeros

(1) Oración de Cyro á los suyos para quitarles el miedo que habían concebido de los enemigos, por ser muchos, y animarlos á la batalla; en la cual con ímpetu y con furia les pregunta, lo cual todo hace para avivarlos más y espantarlos con otra mayor fuerza que no es la del falso miedo con que se movían. Y así está muy artificiosa la figura de la interrogación. Pero mucho más artificio tiene el representar por tan gentil ficción las fuerzas y mejorías de su ejército en que deben confiar.

»viniesen con nuevas de que lo que ahora tenemos »aparejado venía contra nosotros? Cómo temeríais, »decidme, si oyeseis decir ahora que los que primero »ya una vez os habían vencido, esos mismos venían »ahora, teniendo el ánimo más levantado con la mis- »ma victoria que habían habido de antes, y que los »flecheros y archeros que entonces derrocaron y des- »truyeron los castillos y fortalezas venían ahora, y »otros semejantes á ellos y muchos más; y que como »éstos estando mal armados y todos á pie vencieron »entonces, que así también ahora vienen muy mejor »aparejados á caballo contra los de caballo; y que no »curando de tiros ni de flechas, sino antes tomando »cada cual su palta y tiro fuerte en la mano, piensa »pelear de cerca y á las manos. Demás desto, que vie- »nen carros que no se pondrán de la suerte que de »antes, vueltos como para haber de huir, sino que los »caballos que los tiran estarán encubertados con sus »cubiertas de acero, y los carreteros puestos en sus »torres de madera, cubiertos y armados todo lo que »se les parece del cuerpo con sus coseletes y celadas, »y puestas por orden las hoces de hierro en los ejes »dellos, para romper de presto en los escuadrones de »los enemigos; y que asimismo traen camellos para »encontrar, tan bien aderezados en la guerra, que »cien caballos no serán bastantes para esperar á ver »uno dellos. Y que también traen torres de madera y »pertrechos con que entran en la batalla, de donde »dan ayuda á los suyos, y tiran á nosotros para nos »estorbar de pelear en campo llano.

»Pues si alguno os trujese nuevas que esto todo que »vosotros tenéis lo tienen los enemigos, ¿qué haríais »los que ahora teméis, porque os digan que el rey »Creso es elegido por capitán general de todo el »ejército de los enemigos? El cual ciertamente tanto

»más ruin es que todos los Syrios, cuanto se pareció »bien cuando los Syrios vencidos en batalla huyeron; »y Creso viéndolos vencidos, en lugar de ayudar los »amigos y compañeros, se fué huyendo. Y porque os »digan que los enemigos, no sintiéndose bastantes »por sí mismos para pelear con nosotros, traen otros »cogidos por sueldo, como si fuesen mejores para pe- »lear por ellos que no ellos mismos. Siendo esto así, »¿las cosas de los enemigos os parecen temerosas, y »las nuestras flacas? Por esto me parece, amigos, que »debemos enviar estos tales temerosos y cobardes (1) »allá á los enemigos, pues mucho más provecho nos »harán allí que estando aquí presentes.»

Después que Cyro hubo acabado su razón, levantóse en pie Chrysantas Persiano, varón sabio y prudente, y habló desta manera: «No te maravilles (2), Cyro, si algunos se han mostrado tristes oídas las nuevas que nos trajeron los mensajeros; porque á la verdad no los ha puesto tales el temor, sino el pesar. No de otra manera que algunos se entristecerían si queriendo y pensando ya de ir luégo á comer, les mandasen alguna obra que fuese necesario hacerla antes de la comida: según yo pienso, ninguno hay que se alegrase de oir esto: así también nosotros ahora, pensando que ya estábamos para enriquecernos, después que oimos que aun nos resta otra cosa que conviene, y es por fuerza que se haga, nos hemos parado tristes, no porque tengamos miedo de hacerla, sino porque

(1) Al cabo los toca con representación de vileza, la cual lastima y hace cobrar aliento, como un duro aguijón que mucho hiere.

(2) Oración de Chrysantas, capitán general de los de caballo; para animar la gente de guerra; en la cual no hay más artificio de trocar hermosamente la reprehensión de Cyro en loa de los reprehendidos, mostrándolo con una bella comparación.

quisiéramos que ya estuviera hecha. Que pues trabajamos y peleamos, no solamente por conquistar á Syria, donde hay mucho trigo y muchas ovejas y muchas palmas fructíferas, sino también por ganar á Lydia, donde hay mucho vino y muchos higos y mucho olio, y tiene la mar, por donde le entran tantos bienes cuantos ninguno puede ver jamás; pensando todo esto no nos pesa ya más, sino que nos animamos cuanto podemos para que en breve vayamos á gozar de todos estos bienes juntos.»

Cuando Chrysantas acabó de hablar, todos los compañeros de guerra se holgaron por las palabras que había dicho, y le loaron. Entonces dijo Cyro: «Pues á mí me parece, compañeros, que debemos ir contra los enemigos muy presto, para prevenirlos, si ser pudiere, antes que puedan allegar y aparejar todo lo que les es necesario; porque cuanto más presto fuéremos, tanto menos los hallaremos que tienen aparejado, y veréis cómo les falta mucho. Y yo digo esto; pero si alguno sabe otra cosa que sea más segura ó más fácil, muéstremelo.» Después que todos los demás aprobaron que convenía ir muy de presto contra los enemigos y ninguno hubo que lo contradijese, Cyro les comenzó á decir así:

«Varones compañeros (1), los ánimos y los cuerpos

(1) Oración de Cyro á los suyos, la cual no tiene ningún otro artificio más de, á la llana, darles á entender cómo se debe proveer cada uno. Es mucho de notar la particularidad con que manda aparejar todo género de provisiones; y es cosa mucho de advertir cuán particularmente muestra Cyro aquí cómo el cuidado del general ha de estar repartido también en las cosas menudas como en las mayores. De aquí, y de otros muchos lugares desta obra, se ve que tuvo mucha razón Scipión el Mayor de traerla siempre consigo, y, como dice Marco Tulio, nunca dejarla de las manos.

»y las armas de que hemos de usar, ya mucho ha »que con la ayuda de Dios los tenemos aparejados. »Ahora nos conviene aparejar lo que es menester para »el camino, así para nosotros mismos, como para to- »das las bestias de que nos hemos de servir, por lo »menos para veinte días. Haciendo yo la cuenta con- »migo, hallo que hay camino de más de quince días »en el cual no hallaremos nada de lo necesario, por »haberse gastado ya todo: parte dello tomamos nos- »otros, y parte los enemigos, cuanto han podido. »También conviene aparejar pan que baste, porque »sin esto ni podemos pelear ni vivir: el vino tanto será »menester tener cada uno, cuanto le bastare; y acos- »tumbrémonos á beber agua, porque en muchos luga- »res del camino no hay vino, para lo cual, aunque »tengamos mucho vino aparejado, no será bastante. »Pues para que no caigamos de repente en dolencias, »si nos faltare el vino, menester será que hagamos »desta manera. En el comer comencemos desde luégo »á beber agua, porque haciendo esto no sentiremos la »mudanza.

»Porque el que come pan de harina, siempre come »masa mezclada con agua, y el que come manjar de »pan, come pan rociado con agua; y todo lo cocido »se guisa por la mayor parte con agua. Y después de »comer, si hubiere vino, lo beberemos; y si no, por »eso no sentirá más mal el estómago. Y después de ce- »nar será menester quitar del vino, hasta que apren- »damos del todo á beber agua. Porque la mudanza »que se hace poco á poco dispone á cualquiera natu- »raleza y condición para que pueda sufrir las alte- »raciones de la nueva costumbre en que se pone; y »esto nos lo enseña el mismo Dios, que nos lleva poco »á poco del invierno á sufrir los recios calores, y del »calor al invierno recio nos pasa por la medianía del

»otoño. Así que, imitándole, conviene que nos acos-»tumbremos á llegar primero donde es necesario ir.

»Las mantas y ropa de cama que nos dan peso, gas-»témoslas en las cosas necesarias. Porque lo necesario »si está sobrado no es del todo inútil; pero aunque nos »falten los colchones, no temáis por eso que dejaréis »de dormir á vuestro sabor, y si no, echadme á mí la »culpa. El que tuviere buen vestido ayudarle ha mucho »para la sanidad y para la enfermedad. Las viandas »debéis procurar que por la mayor parte sean agrias »y saladas, pues estas dan apetito para comer, y son »de más provecho. Cuando entráremos en tierra bue-»na y fértil, donde es verisímil que podremos coger »trigo, allí será menester hacer atahonas en que se »muela y se haga arina; porque el más liviano instru-»mento de todos para moler es la atahona. También »habéis de aparejar todas las cosas necesarias para »los enfermos, pues estas son de poco peso; y cuando »acaece tal fortuna de enfermedad son mucho de me-»nester.

»Asimismo conviene llevar muchos látigos, cinchas »y correas para los hombres y para las bestias; por-»que cuando se gastasen ó rompieren, de necesidad »han de estar ociosos, si no tienen cinchas ó con que »uñir. Y el que sabe acepillar y pulir la palta y tiro, »bueno es, dice, que no se olvide el cepillo, y tam-»bién es bueno llevar su lima: porque el que aguza el »hierro de su lanza, este tal aguza el ánimo, y en cierta »manera tiene vergüenza el que aguza el hierro de ser »ruin y cobarde. Asimismo, dice, es menester tener »mucha madera en los carros y en las carretas; por-»que donde hay muchas obras, hay necesidad de mu-»chas cosas que suelen faltar.

»Y también conviene llevar instrumentos necesa-»rios para todo esto, pues no se hallan maestros ni ofi-

»ciales en todas partes: lo que basta para un día, muy »pocos hay, aunque no sean muy suficientes, que no »lo puedan hacer. Item es necesario que lleve cada »carro su azuela para labrar, y su pala y azadón, y »en las bestias de trabajo hachas de partir y hoces. »Estas cosas son útiles para cada uno en particular, »y muy provechosas para todos en común. Y todo lo »necesario para los mantenimientos, vosotros los ca- »pitanes de soldados pesquisadlo de aquellos que son »á vuestro cargo; que no conviene descuidarse desto, »porque faltando á uno nos faltará á todos.

»Todo lo que mando que lleven las bestias, voso- »tros los vehedores del carruaje lo mandaréis, y el »que no lo tuviere, hacedle por fuerza que lo apareje. »Vosotros los que tenéis mando sobre los que tienen »cargo de los caminos, notad por escrito los que son »reprobados y desechados, así de los archeros como »de los flecheros y tiradores de hondas. Y los arche- »ros lleven su hacha de partir leña, y los flecheros su »pala ó arrejaque de hierro, y los tiradores de honda »su azadón; y así vengan todos á la guerra. Y los que »esto llevaren han de caminar delante de los carros en »sus alas, para que si fuere menester en alguna parte »abrir camino, estén allí prontos para hacer la obra; »y para que yo también, si he menester hacer algo, »vea luégo de dónde lo he de tomar para servirme »dello. También llevaré conmigo herreros y carpinte- »ros y zapateros que tengan edad para pelear, y trai- »gan sus instrumentos y herramientas, para que de »todo lo que fuere menester destos oficios en el ejér- »cito, no falte nada; y éstos estén libres y exentos de »la orden de los soldados, y los que saben de guerra, »sirviendo por sueldo al que quisieren entren en la »ordenanza.

»Y si algún mercader quisiere seguir el real para

»vender algo, traiga las provisiones necesarias para »los veinte días arriba dichos; y si fuere tomado ven- »diendo dentro del término destos días, pierda todos »sus bienes; pero pasados estos días, venda como qui- »siere á toda su voluntad. Cualquier mercader que »fuere hallado traer más provisiones y bastimentos al »campo, este tal será honrado y galardonado de mí y »de todos los compañeros de guerra. Y si alguno »piensa que tendrá necesidad de dineros para su mer- »cadería, traiga quien le conozca y dé fiadores que »vendrá en el ejército, y venga y tome de los que »nos tenemos.

»Y yo mando y publico, que si alguno ve ó sabe »alguna otra cosa necesaria y cumplidera, que me lo »notifique. Y de aquí idos vosotros y aparejaos: yo »haré mis sacrificios para la partida, y si bien suce- »den en lo divino, y se muestran favorables, yo os lo »avisaré. Y todos con sus capitanes se hallen presen- »tes en el lugar señalado, con todas aquellas cosas »arriba dichas; y vosotros, capitanes, después que »cada cual hubiere ordenado los de su compañía, ve- »níos todos á mí, para que cada uno sepa su plaza, y »lugar que ha de tener.»

CAPÍTULO III.

Oído esto se aparejaron todos, y Cyro hizo sus sacrificios, los cuales, como se mostrasen buenos y favorables, movió luégo con todas sus huestes. El primer día asentó su real (1) como pudo, muy cerca de

(1) Cyro comienza á caminar para la guerra.

donde había partido, para que si á alguno se le había olvidado algo, tornase por ello, y si alguno entendiese que le faltaba alguna cosa, también la proveyese. Cyaxares con la tercera parte de Medos se quedó, por no dejar sola y desamparada su casa. Y Cyro caminaba lo más aprisa que podía, llevando los hombres de armas en los primeros, y delante dellos iban los corredores, enviando siempre delante espías para saber los mejores lugares donde pudiesen parar. Tras éstos venía el carruaje, y donde quiera que había campo, hacía muchas manadas de los carros y del carruaje. A la postre seguia la infantería, para que si algo del carruaje se quedase atrás, encontrasen con ello los capitanes, y procurasen que no les estorbasen de caminar.

Cuando era el camino angosto, llevando los soldados en medio el carruaje de una parte y de otra, caminaban; y si algún impedimento había, los hombres de guerra que lo tenían á cargo procuraban de quitarle. Caminaban siempre los escuadrones en ordenanza, teniendo consigo el carruaje, por serles mandado á los que lo llevaban que cada cual fuese en su orden, si alguna necesidad no lo estorbase; y que cada uno tuviese la divisa del capitán cuyo carruaje llevaba, y pasase adelante para que fuese conocido de su compañía. Por lo cual caminaban todos espesos, y procuraba cada cual mucho por los suyos que no se quedasen: y haciéndolo así, no era menester buscarse los unos á los otros; sino que todo lo tenían presente y á la mano, salvo y guardado; y de presto habían los soldados lo que les cumplía.

Pues yendo por su camino adelante las espías, parecióles que veían en el campo algunos hombres que venían por mantenimientos y por leña, y veían las bestias que lo llevaban estar paciendo: y mirando

más adelante, parecióles que veían humo levantado y polvareda; y desto todo conocieron que estaban cerca del ejército de los enemigos. Por lo cual el caporal de las espías hizo luégo mensajero á Cyro para hacérselo saber. Oído esto Cyro, mandóles que se estuviesen quedos en las mismas atalayas, para que le avisasen todo lo que viesen de nuevo. Y envió un escuadrón de gente de caballo delante, y encomendóles que procurasen de prender algunos hombres de aquellos que estaban en el campo, para saber más ciertamente la verdad de todo.

Los cuales lo hicieron así como les fué mandado, y él se apartó afuera del camino con su ejército para aparejar todo lo que le parecía que convenía antes que todos se juntasen: y primero les mandó que fueren á comer, y después que todos se pusiesen en orden para hacer lo que les mandasen. Cuando hubieron comido, mandó llamar á los capitanes de los hombres de armas y de la infantería, y de los carros de guerra, que todos fueron ayuntados. En esto vinieron los de caballo que habían ido á correr el campo, y trajeron algunos hombres cautivos, los cuales siendo preguntados de Cyro, dijeron que habían salido del real, unos por leña, y otros por provisiones, y que habían pasado las guardas; porque por la muchedumbre de gente que había en el ejército eran raros los mantenimientos.

Oído esto, Cyro les tornó á preguntar que cuánto estaba de allí el campo de los enemigos. Y ellos dijeron que dos parasangas. Demás desto les preguntó Cyro: «¿Qué se suena de nosotros en vuestro ejército?» A esto respondieron ellos: «Por Dios sí, que hay gran fama en el real que ya estáis muy cerca, y que venís á acometerlos.—¿Pues cómo, dice Cyro, holgábanse en saber que ya íbamos?» Y esto les preguntó

por causa de los que allí estaban presentes. Respondieron ellos: «Por Dios que no se holgaban, antes les pesaba en gran manera.—Pues ahora, dice Cyro, ¿qué hacen?—«Pónense en orden, respondieron, y ayer y tres días ha que no hacen otra cosa.—¿Quién es el que los ordena? dice Cyro.—El mismo Rey Creso, respondieron ellos, y con él un gran varón Griego y un otro Medo, que dicen se rebeló de vosotros y se pasó á ellos.» Entonces Cyro dió una gran voz, diciendo: «¡Oh gran Dios, y cuánto preciaría prender á ése como yo querría!» Y mandó llevar de allí los cautivos, y volvióse á los que allí estaban como que les quería decir algo.

En esto llegó otro mensajero enviado del caporal de las espías, diciendo que habían visto un grán escuadrón de gente de caballo en el campo; «y nosotros, dice, conjeturamos que son enviados, porque quieren ver nuestro ejército, porque delante del escuadrón venían casi otros treinta de caballo, y todos venían muy espesos, por ventura á prender á nuestras espías si pudiesen; y nosotros somos hasta diez en esta atalaya.» Entonces Cyro mandó que de los de caballo que estaban siempre con él fuesen al lugar de la atalaya algunos escondidos de los enemigos, y que estuviesen allí muy secretamente, «y cuando los nuestros diez, dice, se salieren y dejaren la atalaya (1), levantaos vosotros, y acometed de presto á los que subieren á ella; y porque no os puedan hacer mal los del escuadrón grande que queda atrás, tú, Hystaspas, saldrás al encuentro, tomando contigo mil hombres de armas, y te mostrarás de través al escuadrón de los enemigos, y guárdate mucho de seguirlos en

(1) Cyro da orden para engañar la gente que ha salido del real de los enemigos.

lugar oculto, sino procura siempre de pasar por donde estuvieren tus espías; y si algunos las manos alzadas vinieren á vosotros, recibidlos amigablemente.»

Ya Hystaspas se armaba para partirse y los suyos cabalgaban para ir como les fuera mandado; y antes que llegasen al lugar de las atalayas encontraron con Araspas y sus criados, que había sido enviado antes por espía, y era el que tenía en guarda á Panthea la mujer Susia. Cyro luego que lo supo saltó de la silla, y le salió al encuentro, y le recibió muy bien. Los otros todos, como era de creer, no sabiendo nada del hecho, se espantaron y maravillaron, hasta que Cyro les dijo: «Varones amigos, venido nos es un varón muy bueno, y ahora es razón que todos sepan sus obras. Éste, no siendo convencido de ninguna vileza ni fealdad, se partió, no por mi temor, sino enviado de mí para que supiese todo el hecho de los enemigos, y nos hiciese saber la verdad de lo que pasaba. Pues lo que yo te prometí, Araspas, bien me acuerdo, y cumplirlo he juntamente con todos estos que aquí están; y justo es que vosotros todos, varones, le honréis como merece tan buen hombre; pues por nuestro bien de todos se puso á peligro, y sostuvo el crimen y la culpa en que fué muy agraviado.»

En esto todos le abrazaron y recibieron amigablemente, hasta que Cyro les dijo: «Baste ahora; y tú, Araspas, tiempo es que nos cuentes lo que nos cumple saber de los enemigos, no disminuyendo nada de la verdad; que cierto más vale que pensando lo más hallemos lo menos, que no oyendo lo menos veamos después lo más.—Yo, dice Araspas, hice por saber muy de cierto qué tan grande era su ejército, porque juntamente con ellos le ordenaba.—¿Luégo según eso, dice Cyro, tú, Araspas, no solamente sabes el número de su ejército, pero también la orden que traen?

—Sí, por Dios, dice Araspas; y aun también cómo piensan de pelear.—Ahora pues, dice Cyro, primero nos declara la multitud en suma.—Todos ellos, respondió Araspas, están ordenados de treinta en treinta, espesos, así de pie como de caballo, excepto los Egipcios: ocupan éllos cerca de cuarenta estadios, porque yo procuré mucho de saber cuánto lugar ocupaban.

—Pues cuéntanos ahora, dice Cyro, cómo están ordenados los Egipcios, porque dijiste excepto los Egipcios.—A éstos, dice, ordenaron los coroneles que tienen cargo de cada diez mil de ciento en ciento, porque esta regla de ordenanza trajeron de su casa, aunque Creso de mala gana les permitió que se ordenasen desta manera, porque quería en la orden de la infantería exceder mucho á la de tu ejército.—¿Pues por qué, dice Cyro, querrá esto el rey Creso?—Porque, respondió Araspas, por Dios, pensaba de cercar tu ejército con su multitud.

—¿Qué sabía, dice Cyro, si cercándonos fueran ellos cercados? Pero ya hemos oído lo que nos cumplía saber de tí. A vosotros, varones, os conviene hacer de esta manera: ahora después que os partáis de aquí, mirad bien vuestras armas y las de vuestros caballos (que muchas veces por falta de una cosa pequeña el hombre y el caballo y el carro no son de provecho en la pelea). Mañana bien temprano, mientras que yo hago las sacrificios, comerán los hombres y los caballos, porque cuando fuere tiempo de hacer algo no nos falte nada. Después, tú, Araspas (1), llevarás el diestro cuerno de la batalla, como ahora le tienes; y vosotros los coroneles, como ahora los tenéis; porque al tiempo de la batalla no hay lugar de uñir los caballos á ningún carro: y mandad á los otros capitanes y

(1) Cómo ordenó Cyro su ejército.

caporales que se pongan todos en orden de su batallón en dos partes el escuadra;» y tenía cada escuadra veinticuatro hombres.

Entonces uno de los coroneles dijo: «¿Parécete, Cyro, que estando así ordenados en tantos, seremos bastantes contra un batallón tan grande y espeso de los enemigos?» Y Cyro le dijo: «Los escuadrones más espesos que puedan alcanzar con las armas á dar en los contrarios, ¿parécete que podrán hacer más daño á los enemigos que provecho á los amigos? Yo, dice, más querría que estos soldados repartidos de ciento en ciento estuviesen ordenados de diez mil de fondo, pues desta manera pelearemos contra muy pocos; pero de todos aquellos que yo ordenare el escuadrón espeso, pienso hacer que todo él se ayuden los unos á los otros. Pondré en orden los archeros que tiran detrás de los que van armados con coseletes, y tras los archeros y tiradores ordenaré que vayan los flecheros; porque estos, ¿quién los ha de poner los primeros, pues que ellos mismos confiesan que no pueden sostener á pelear de cerca y á las manos? Mas poniéndoles delante los armados de coseletes, quedarán los tiradores y los flecheros guardados, y por todos los que van delante herirán y harán daño en los enemigos; pues es cierto que cuanto más mal se hiciere á los contrarios, tanto más alivio se da á los amigos y compañeros.

»Y los postreros de todos pondré á los que vienen llamados tras éstos. Bien así como las casas no son de ningún provecho si les faltan las piedras para los cimientos recios y las techumbres buenas, así también los escuadrones no son de ningún provecho si los primeros y los postreros no fueren buenos y esforzados. Así que vosotros ordenaos como yo lo mando: y vosotros los capitanes de los escudados, poned junto á

estos las escuadras; y vosotros los capitanes de los flecheros, poneros tras los escudados de la misma manera; y tú, que eres caudillo de todos, llevando contigo en los postreros los más valientes y esforzados, mándales que miren por cada uno de los suyos: y á los que vieren que hacen su deber, que los animen y amonesten, y á los ruines y cobardes que los amenacen muy reciamente, y si alguno se saliere ó tornare atrás, queriendo hacer traición, que le dé pena de muerte. Este es sin duda el oficio de los capitanes y caudillos, con obras y palabras animar los suyos. Y á vosotros que vais en la orden de los postreros, os conviene poner más miedo á los cobardes no haciendo lo que deben, que no el que tienen de los enemigos.

»Y así lo haced. Tú, Abradatas, que tienes á cargo las máquinas y pertrechos, haz de manera que las bestias de carga que traen las torres de madera, y los ministros sigan en pos de los escuadrones muy cerca dellos. Y tú, Dauco, que tienes mando sobre los que tienen cargo del carruaje de las carretas, vendrás con toda tu gente detrás de las torres y máquinas y pertrechos; y tus oficiales y ministros castiguen muy cruelmente á los que salen antes de tiempo, ó á los que se quedan atrás. Y tú, Carduco, que tienes cargo de los carros que vienen con las mujeres, mándalos poner á la postre detrás del carruaje. Porque siguiendo desta manera, harán muestra de más multitud, y nos darán lugar de poner celadas: y si quisieren cercarnos los enemigos, seráles forzado hacer mayor cerco; y cuanto más lugar ocuparen, tanto más débiles y flacos serán de necesidad.

»Vosotros así lo haced. Tú, Artabazo, y tú, Artagersas, venid detrás cada cual con los mil infantes que tiene á cargo. Tú, Pharnuco, y Asiadatas, con los mil de caballo de que cada uno de vosotros es caudillo, no

os pongáis en orden de batallón con los demás, sino que detrás de los carros os armad, y venid á mí con los otros capitanes; y de tal manera os conviene apercibir, como aquellos que de necesidad habéis de ser los primeros que peleen. Tú que tienes mando en aquellos á cuyo cargo son los camellos, ponte en orden detrás de los carros, y haz todo aquello que te mande Artagersas. Vosotros los capitanes de los carros de guerra, echad suertes, y el que le cupiere, vaya delante del escuadrón, y los otros en pos dél con cada cien carros, uno al lado derecho y otro al lado siniestro.» Y desta manera los ordenó Cyro.

Entonces Abradatas, rey de los Susios, dijo: «Yo, Cyro, quiero de mi grado ponerme rostro á rostro del escuadrón de los contrarios, si no te parece otra cosa.» Cyro se holgó mucho dello, y maravillándose de su esfuerzo, y tomándole de la mano, preguntó á los Persas que estaban en los otros carros, si consentirían en ello. Y como ellos respondiesen que no era honesto otorgárselo, mandóles que echasen suertes, los cuales lo hicieron así, y cúpole la suerte á Abradatas como él lo deseaba de antes; y así se puso en orden para contra los Egypcios. Entonces se fueron todos, y procuraron lo que les habían mandado. Y después que hubieron cenado y puesto sus guardas, se fueron á dormir.

CAPITULO IV.

El día siguiente por la mañana Cyro hizo sus sacrificios, y lo mismo hizo todo el ejército; y después se armaron de muchas y muy ricas armas, así de muy

buenos coseletes como de celadas. Y también armaron sus caballos con testeras las cabezas y los pechos con pretales de acero; y á los caballos que iban solos encubertaron las piernas, y á los que iban uñidos á los carros armáronlos galanamente con otras armas que cubrían los costados, y era hermosa cosa de mirar. El carro de Abradatas estaba muy bien aderezado con cuatro timones y ocho caballos; y estando para vestirse una camisa de lino á la costumbre de la tierra, Panthea, su mujer, le trajo una celada de oro y unos brazaletes, y unas manillas anchas para las junturas de las manos, y una vestidura de púrpura larga á manera de estola (1), y una cimera de color violado. Y esto todo había ella hecho á medida de sus armas, sin que su marido lo sintiese.

Lo cual como él lo vió, se maravilló, y preguntó á Panthea: «¿Por ventura, mujer, has deshecho todo tu oro y atavío por hacerme á mí estas armas?—No, por Dios, dice Panthea, pues me he quedado con la joya que yo más estimo; porque si tú pareces á los otros como me pareces á mí, eres el mayor atavío de todos;» y diciendo esto, le vestía las armas, y procuraba de encubrir las lágrimas que le caían por las mejillas. Y siendo de antes Abradatas de muy lindo parecer, armado con estas armas parecía muy más gentil hombre, y muy más hermoso, porque lo era de su natural Y tomando las riendas de mano del carretero, se aparejaba para subir en el carro.

Entonces Panthea, mandando apartar los otros, le dijo así: «Si alguna mujer (2) hay en el mundo que

(1) Estola era antiguamente vestidura larga, y autorizada de solas las mujeres, aunque los Griegos diciendo estola, también suelen entender vestidura de hombres.

(2) Valerosa y muy dulce amonestación de Panthea á su marido queriendo entrar en la batalla.

»precie más á su marido que á su vida y á su alma, »bien pienso que conoces que yo soy una dellas; y »para esto no es menester contar particularidades, »porque creo que he mostrado las obras más verdade»ras que las palabras que ahora hablo. Y teniendo yo »esta voluntad que tú sabes, yo te juro por tu amistad »y por la mía, que más querría contigo, mi buen ma»rido, ir juntamente debajo de tierra, que vivir des»honrada con algún deshonrado; y así yo siempre te »he tenido á tí y á mí por dignos de mucho bien y »honra. Y pienso que debemos dar muchas gracias á »Cyro, porque á mí siendo cautiva y escogida para sí, »ni me quiso poseer como esclava, ni como libre con »deshonra de mi fama; sino que me guardó para tí »como si fuera mujer de su hermano. Demás desto, »cuando Araspas que me tenía en guarda se rebeló, »yo le prometí á Cyro que si me dejase enviar por tí, »que vendrías y le serías muy más fiel y mejor amigo »que no Araspas.»

Entonces Abradatas, muy alegre de lo que había dicho su mujer, halagándola y tocándola en la cabeza, alzó los ojos al cielo, y comenzó á hacer plegarias desta manera: »¡Oh, gran Dios (1), plégate de otorgarme que yo pueda parecer marido digno de Panthea, y amigo digno de Cyro, que tanta honra nos ha hecho!» Dicho esto á la entrada del carro, luégo subió en él, y el carretero cerró la silla; y Panthea no teniendo más lugar de abrazarle, besó la silla, y así pasó adelante el carro, y Panthea le seguía detrás á excusa del marido. Como Abradatas lo sintiese, volvióse á ella, y díjole: «Ten buen ánimo, Panthea, y

(1) Estas mismas palabras escribe Plutarco que dijo Marco Bruto cuando descubrió en su mujer Porcia un ánimo grandísimo, que él nunca pudiera imaginar.

huelga y descansa, y vete ahora con Dios.» Entonces los eunucos y criados la tomaron y la llevaron en el carro en que allí había venido, y la asentaron en él, y después le cerraron y cubrieron. La gente que allí se halló presente, aunque tenían harto que ver en el carro de Abradatas y en él mismo cómo iba armado y ataviado, no pudieron bien mirarle hasta que del todo se partiese Panthea.

Cyro, después que hubo hecho sus sacrificios, viendo puesto todo su ejército en orden como lo había mandado teniendo á menudo espías unas en pos de otras, mandó llamar todos los capitanes, y siendo todos juntos, les habló desta manera: «Varones amigos y »compañeros (1): los sacrificios se nos muestran tales »como de antes cuando nos otorgó Dios la victoria. »Pues yo os quiero traer á la memoria aquello que me »parece os debéis bien acordar, para que con más áni- »mo vayáis á pelear. Porque en las cosas de guerra »muy más ejercitados estáis que los enemigos, y »criados y enseñados en ella mucho más tiempo que »ellos, y los habéis vencido unos con otros, y muchos »de los enemigos fueron vencidos con ellos, y algunos »no saben pelear, y otros saben bien que tienen capi- »tanes traidores. Mas vosotros que sois á una con nos- »otros, bien sabéis que tenéis compañeros que os que- »rrán ayudar para pelear. Y de creer es que los que »se confían unos de otros esperarán y pelearán con- »cordes: y los que se desconfían de sí, de necesidad »han de consultar cómo se vaya cada uno por su parte

(1) Oración de Cyro á los capitanes, donde les muestra que los hombres bien instituídos el primero y principal respeto tienen á Dios; y así alegra Cyro al principio á los suyos con certificarles desu ayuda. Después desto, comparando en particular los dos ejércitos, muestra la gran ventaja del suyo, amonestando y animándolos para la batalla.

»lo más presto que pudiere, y se salga de entre los »otros.

»Ahora pues, varones esforzados, vamos contra los »enemigos, pues tenemos demás desto carros arma- »dos contra los carros desarmados de los enemigos; »y asimismo caballeros y caballos armados contra los »suyos desarmados para pelear de cerca y á las ma- »nos. Pelearéis contra los de pie como de antes pe- »leasteis con los otros: los Egipcios de una misma »manera son armados, y de una misma manera están »en orden: los paveses tienen mayores que sería me- »nester para que puedan hacer cosa buena. Están »puestos en orden de ciento en ciento, de manera »que los unos á los otros se estorbarán, excepto algu- »nos pocos. Pues si piensan de nos oprimir acome- »tiéndonos con ímpetu, debemos resistirlos á caballo »afirmándonos en ellos con las lanzas hincadas en tie- »rra. Pues si alguno dellos esperare, no sé cómo po- »drán pelear juntamente á caballo y con el escuadrón »de la infantería, y las torres y pertrechos juntamente »Y los nuestros desde las torres de madera y pertre- »chos nos darán socorro y ayuda; los cuales, hiriendo »en los enemigos, harán que en lugar de pelear no se- »pan de sí, ni lo que han de hacer. Pues si alguna cosa »os parece que habéis menester, decídmelo, que por la »bondad de Dios no nos faltará nada: y si alguno »quisiere decir algo, dígalo luégo; y si no, venid á »los sacrificios, y haced vuestras plegarias á Dios, »como antes también le adoramos, y luégo idos á la »ordenanza. Y cada cual de vosotros amoneste á los »suyos lo que de mí habéis sido amonestados, y se »muestre á sus súbditos ser tal, que merece mandar- »los; á saber, ser osado, valiente y esforzado en la dis- »posición y en el rostro, y en las palabras.»

LIBRO SÉPTIMO.

ARGUMENTO.

Cyro comenzó la batalla, y rompió en muy poco espacio los enemigos. Abradatas murió peleando valerosamente. Y á Cyro le mataron el caballo; pero al fin hubo entera la victoria con dársele los Egipcios. Creso huyó á Sardis; y allí cerró Cyro á Creso, y lo tomó, y lo dejó en su señorío. En honrar á Abradatas y en consolar su mujer Panthea mostró Cyro su generoso y blando corazón. Panthea se mató al fin sobre su marido, y lo mismo hicieron sus eunucos; y es una dolorosa historia. Sujetó después Cyro los Cares y Capadoces, y Frygios y Árabes, llevando su camino para Babylonia, la cual cercó, y tomó por un buen ardid. Y muerto el Rey se apoderó de la ciudad; y siendo ya tan gran señor, ordenó lo que para su autoridad y buena gobernación del Reino convenía.

CAPÍTULO I.

Después que hubieron hecho sus ruegos y plegarias á los Dioses fuéronse á sus compañías, y los ministros trajeron de comer y de beber á Cyro y á los suyos, que aun estaban en los sacrificios. Siendo acabados, Cyro así como estaba en pie comía, y daba y repartía siempre al que lo había más menester: y hecha primero la salva á los Dioses, bebía; y lo mismo hacían todos los otros que con él estaban. Esto así hecho, pidió á Dios que fuese su abogado,

ayudador y compañero: y luégo subió á caballo, y mandó á los suyos que también cabalgasen. Estaban todos estos caballeros armados de las mismas armas de Cyro, con las ropas de encima de las armas moradas, y coseletes y celadas de acero, y cimeras blancas, y sus espadas y paltas y casquetes cada uno, y los caballos con las testeras y antepechos y cubiertas de los lados de acero; y cada uno tenía las grebas de lo mismo. En esto sólo diferían las armas de Cyro, que todas las armas de los otros eran teñidas con color de oro, y las armas de Cyro relumbraban como espejo.

Cuando hubo subido á caballo, paróse un poco á mirar por dónde había de ir; y estando así oyó un gran trueno á la mano derecha. Entonces alzando los ojos al cielo, dijo: «Seguirte hemos, oh gran Júpiter:» y así se movió, llevando consigo á la mano derecha á Chrysantas, capitán de la gente de caballo, con sus hombres de armas; y á la siniestra á Arasambas con toda la infantería, mandándoles que tuviesen siempre ojo á la seña de la bandera, y siguiesen tras ella. La seña era una águila dorada (1) extendida en una lanza larga, y esta seña dura hasta ahora, que la traen los Reyes de Persia. Antes que viniesen á vista de los enemigos hizo parar y descansar tres veces al ejército.

Y pasando adelante como una legua, comenzaron á ver el campo de los enemigos que ya se venían acercando. Ya que todos vinieron á verse los unos á los otros en campo descubierto, y los enemigos conocieron que era mucho mayor su escuadrón que el de los contrarios, mandáronle parar (porque de otra manera no podían cercarlos como querían), y des-

(1) Divisa de los Reyes de Persia, que traen en sus banderas.

pués dieron la vuelta en cerco, haciendo su ordenanza de una parte y de otra en figura de la letra *Gamma* (1), para que pudiesen pelear mejor de todas partes.

Viendo esto Cyro, tampoco se detuvo, sino que de la misma manera guiaba su gente. Y parando mientes que los enemigos de lejos hacían vueltas de ambas partes, acerca de las cuales extendían los cuernos de la batalla, dijo: «¿No miras, Chrysantas, dónde hacen los enemigos la vuelta?—Bien lo miro, dijo Chrysantas; maravíllome en gran manera, porque me parece que apartan mucho los cuernos de su escuadrón principal. — Así me parece á mí, dijo Cyro, y aun también los apartan del nuestro. — ¿Pues por qué lo hacen, dijo Chrysantas? — Porque, respondió Cyro, temen ciertamente que si están cerca de nosotros los cuernos, estando lejos su escuadrón, que daremos sobre ellos.» Demás desto le tornó á preguntar Chrysantas: «¿Cómo se podrán ayudar los unos á los otros?» A esto respondió Cyro: «Claro está que cuando haciendo sus cuernos subieren á ponerse frontero de los lados de nuestro ejército, que revolverán con todo el escuadrón para entrar por todas partes y pelear con nosotros.—¿Parécete, dijo Chrysantas, que es buen consejo?—Bueno, respondió Cyro, para lo que ven á vista de ojos; pero para lo que no ven, mucho peor que si entrasen con los cuernos. Mas tú, Arsamas, ven muy quedo con la gente de pie que traes, como ves que yo vengo: y tú, Chrysantas, sigue á la par con éste con todos los tuyos de caballo: yo iré allí donde me

(1) La letra *Gamma* de los Griegos es nuestra G, y la figura que tiene, á la cual compara aquí Xenofonte el rodeo del ejército de Creso, es esta r, porque la gamma griega es ni más ni menos que la L latina vuelta del revés lo alto abajo.

parece que hay lugar oportuno para comenzar la batalla, y de pasada veré cómo están todas nuestras cosas. Y cuando allí estuviere, ya que todos estuviéremos á punto para encontrar con los enemigos, comenzaré á apellidar y cantar el Peán (1): vosotros seguidme. Cuando viniere á mano con los enemigos, mirad que estéis muy sobre aviso, y tengáis buen sentido; porque, según pienso, no habrá pequeño bullicio y tumulto. Entonces vosotros dad en los enemigos, cuando Abradatas con sus carros los acometiere con ímpetu, que así se le dirá á él que lo haga, y á vosotros os conviene seguirle muy cerca de sus carros. Y desta manera entraremos en los enemigos muy turbados y alborotados más á nuestro salvo: y yo seré muy presto con vosotros, Dios queriendo.»

Acabado de decir esto, hizo seña para entrar en los enemigos, y dió por apellido á los suyos para aquel día: *Júpiter salvador, y nuestra guía,* y así pasó por medio de los carros y de los armados con coseletes; y viendo algunos de los que estaban en la ordenanza, dijo: «¡Oh varones (2), cuán alegre cosa me es miraros á la cara!» Y pasando por otros decía: «Pensad, varones, que ahora es la contienda, no solamente sobre la victoria de hoy, pero también sobre aquella que antes vencisteis, y de toda vuestra felicidad y bienandanza.» Y pasando por otros les decía: «Oh varones, después deste día no tendréis más que culpar á los Dioses porque os han dado poder de poseer mu-

---

(1) Ya ha dicho otra vez Xenofonte cómo los Persas al entrar en la batalla apellidaban con cierto canto á los Dioses. Este apellido se llamaba Peán. Era como entrar ahora los Españoles en la batalla diciendo: «Santiago.»

(2) Diversas maneras de amonestar brevemente la gente, puesta ya en orden para la batalla.

chos y muy grandes bienes, si fuéredes buenos y esforzados.»

Pasando por otros les decía: «¿Cuando, decidme, nos amonestaremos para alcanzar mayor galardón ó mayor fruto que es este que tenemos entre manos? Porque ahora podemos, siendo valientes y esforzados, ganar muchos y muy grandes bienes.» Pasando por otros decía: «Bien sabéis, varones, según pienso, que ahora están puestos premios á los vencedores: seguir, herir, matar, alcanzar bienes y honra, ser libres y mandar, y ser señores; y á los ruines y cobardes, lo contrario á todo esto. Pues el que se quiere bien á sí, pelee como esforzado juntamente conmigo; porque yo no haré ninguna cosa que sea mala ó fea.» Pasando junto á algunos de aquellos que de antes habían peleado juntamente con él, les habló así: «¿Qué menester es, varones, deciros á vosotros nada, pues sabéis cuál es el día de los buenos y esforzados en las batallas, y cuál es el de los ruines y cobardes?»

Pasado de aquí, vino adonde estaba Abradatas, el cual dando las riendas al carretero, se vino para él, y también acorrieron los otros que estaban allí cerca puestos en ordenanza, así los de pie, como los que guían en los carros; y estando Cyro en medio dellos, les dijo: «Oh Abradatas, Dios te otorgó lo que tú deseabas, que quiso preferirte á tí y á tus capitanes á todos los compañeros de guerra; pero acuérdate que te conviene ahora pelear esforzadamente, porque os mirarán los Persas, y todos aquellos que os siguen, y no os dejarán pelear solos.» A esto respondió Abradatas diciendo: «Lo que á mi cargo es, Cyro, en buen estado está, pero lo que está de través me da congoja, porque veo muy extendidos los cuernos de los enemigos, con muchos carros y ejército de diversa manera;

y de nuestra parte no veo puesto en orden contra ellos sino los carros. Por lo cual yo, si no me hubiera cabido por suerte este lugar que tengo, me afrentara de estar aquí, según me parece que estoy en lugar seguro.»

A esto dijo Cyro: «Si tus cosas están bien, ten buena confianza de los otros, porque yo con la ayuda de Dios haré que queden solos los lados de los enemigos. Y por Dios te ruego que no te muevas contra ellos antes que veas huir aquellos que tú ahora temes.» Semejantes palabras decía Cyro (1) con alguna jactancia, cuando estaba á punto de dar la batalla, no siendo en lo demás nada jactancioso. «Pues cuando vieres, dice, á éstos huir, piensa de cierto que yo vengo á acometer con ímpetu los contrarios, y entonces te aprovecharás de tus enemigos como de ruines y cobardes, y de tus amigos como de buenos y esforzados. Pero mientras tuvieres ocio, tú, Abradatas, manda llamar los tuyos junto á los carros, y amonéstales que entren osadamente en los enemigos, animándoles con el rostro, y aliviándoles el trabajo con esperanza. Y porque se muestren más esforzados los que están en tus carros, ponles contienda y competencia entre sí. Que bien sabes que si esto así se hace, que todos dirán (lo que está muy en la mano) que no hay cosa de más fruto y ganancia que la virtud y el esfuerzo.»

Entonces Abradatas subió en su carro para hacerlo así, y Cyro pasó adelante. Y como llegó al cuerno siniestro donde estaba Hystaspas con la mitad de los hombres de armas persianos, llamándole por su nombre, le dijo: «Oh Hystaspas, ahora ves que es menes-

(1) Nota que Cyro era bravoso en hablar al tiempo del poner las manos en el hecho.

ter tu presteza y diligencia; porque si prevenimos á los enemigos, podremos matar dellos, y de los nuestros no morirá ninguno.» A esto respondió Hystastas riendo: «Yo me guardaré bien de los que están enfrente de mí, mas de los que están á los lados tú mandarás á los otros que no estén ociosos, ni se descuiden.» Entonces dijo Cyro: «Pues yo pasaré contra éstos; y tú, Hystaspas, acuérdate y mira que á cualquier de nosotros que Dios otorgare la victoria, si quedaren atrás algunos de los enemigos, siempre vamos contra los que pelearen.»

Y dicho esto, pasó adelante. Y cuando llegó al lado derecho, donde estaba el capitán de los carros que allí estaban, le dijo: «Yo vengo á ser en vuestra ayuda; pero cuando nos sintiéredes acometer los enemigos por parte de lo alto, vosotros procurar de entrar juntamente y pasar por medio dellos; que mucho más seguros seréis estando fuera, que si fuéredes tomados dentro.» Salido de aquí, vino por donde estaban los carros á la retaguardia, y mandó á Artagersas y á Farnuco, que con los mil de caballo que tenían y otros tantos de pie esperasen en aquel lugar; «y cuando sintiéredes, dice, que yo entro por arriba al cuerno derecho de los enemigos, entonces vosotros acometed los contrarios que tuviéredes de frente, y pelead contra el cuerno, que es lo más débil de su ejército, llevando todo vuestro escuadrón entero para que estéis más fuertes. Pues como veis, los hombres de armas de los enemigos están en los postreros, contra los cuales podéis enviar la escuadra de los camellos para que den en ellos; y sabed que antes de pelear veréis los enemigos que os parecerán hombres de burla.»

Acabado de hacer esto, Cyro pasóse al cuerno derecho; y Creso, pensando que ya estaba más cerca el escuadrón de los enemigos al suyo en que él venía,

extendiéndose los cuernos, mandóles hacer señal que no pasasen más adelante arriba, sino que desde aquel lugar diesen la vuelta. Pues como todos parasen, viendo frontero de sí el escuadrón de Cyro (1), hízoles señal que rompiesen en los enemigos; y desta manera se acercaron tres escuadrones al ejército de Cyro, uno enfrente, y de los dos restantes, uno al lado derecho y otro al lado izquierdo; de suerte que pusieron gran miedo á todo el ejército de Cyro. Porque como un pequeño ladrillo puesto en medio de otro grande está rodeado, así también el ejército de Cyro de todas partes estaba cercado de los enemigos, así de gente de caballo como de otros soldados armados, y de los escudados y flecheros, y de carros, excepto por las espaldas.

Pero después que Cyro se lo mandó dieron todos la vuelta, y pusiéronse á rostro de los enemigos. Y había muy gran silencio de todas partes, porque todos se recelaban de lo venidero. Mas cuando á Cyro le pareció que ya era tiempo, comenzó á apellidar y á decir el Peán, resonando todos los de su ejército, y tras esto todos apellidaban juntamente al dios (2) Marte. Entonces se levantó Cyro, y con los suyos de caballo entró por los lados de los enemigos y comenzó á dar en ellos, y luégo fueron en pos dél siguiéndole todos los de pie muy apresuradamente, y atropellándolos de una parte y de otra les hacían muy gran ventaja, y con su escuadrón rompieron el cuerno de los enemigos; de suerte que de presto los hicieron volver las espaldas.

---

(1) Comiénzase la batalla de Cyro con Creso y los otros Reyes.

(2) Los antiguos en la vanidad de su religión, para cada cosa de la vida tenían su dios, y así fingían que de las batallas tenía cuidado uno que llamaban Marte.

Pues cuando Artagerses sintió que Cyro estaba ya asido á las manos con los enemigos, rompió por el lado izquierdo, metiendo en ellos los camellos, como Cyro se lo había mandado; y como los viesen los caballos, no pudieron más esperar, sino que los unos atónitos y desenfrenados huían, y los otros saltaban y se enarmonaban, y los otros caían unos sobre otros; y todo este mal le venía á los caballos de los camellos. Artagerses, con todos los suyos muy bien puestos en orden, dió sobre ellos, viéndolos desordenados y turbados, y metióles los carros por el lado derecho é izquierdo. Y muchos de los que huían de los carros, fueron muertos de aquellos que venían en pos del cuerno, y á muchos tomaban los carros cuando huían.

Abradatas no esperó más, sino que á voces diciendo: «varones amigos, seguidme,» entraba con sus carros rompiendo en los enemigos, no perdonando los caballos, sino metiéndoles el aguijón hasta la sangre, y juntamente con él rompieron los otros caudillos de carros de guerra. Los carros de los enemigos se pusieron luégo en huída, y fueron muchos presos de los soldados que iban dentro y otros que se quedaron atrás. Abradatas por detrás dellos vino á dar en el escuadrón de los Egypcios, y juntamente con él rompieron los que estaban más cerca puestos en ordenanza. Y como en otros muchos lugares se conoce manifiestamente que no hay más fuerte escuadrón que aquel que está ayuntado y ordenado de hombres amigos y compañeros, aquí se pareció muy claro; porque todos sus amigos y compañeros arremetieron juntamente con él. Los otros caudillos de carros, viendo los Egypcios que los esperaban en gran número espesos, desviáronse dellos, y fueron á dar sobre los carros que huían siguiéndolos en el alcance.

Los de Abradatas, por la parte que habían rompi-

do (1), viendo que los Egypcios no se podían apartar por causa de aquellos que los cercaban de una parte y de otra, hiriendo á los unos con el ímpetu de los timones de los caballos los hacían volver atrás, y á los que caían prendían y tomaban á ellos y á sus caballos y ruedas. Pues si algunos alcanzaban los carros armados con hoces, todo lo cortaban, armadura y cuerpo, con la fuerza que llevaban. ¡En esta revuelta tan grande, que no se puede contar, saltando las ruedas por los muchos montones, cayó Abradatas (2), y los que con él iban rompiendo, y queriéndose aquí mostrar valientes y esforzados, fueron hechos piezas y muertos. Los Persas, entrando por donde Abradatas y los suyos habían rompido, dieron en los enemigos, que estaban desordenados y alborotados, y mataron muchos dellos.

Pero los Egypcios de aquella parte en que no habían recibido daño alguno (y eran éstos muchísimos), venían contra los Persas. Aquí fué una muy cruda batalla de lanzas y flechas y espadas, y prevalecían los Egypcios, así en multitud como en armas; porque aun hasta ahora tienen las lanzas recias y largas, y tienen los paveses muy más grandes que los coseletes y escudos de los Persas, que les cubren todos los cuerpos, y les ayudan para arremeter con más ímpetu, porque los ciñen á los hombros. Así que traían enlazados sus escudos y acometían con tan gran ímpetu, que no los podían resistir los Persas, que traen al cabo de las manos sus escudos, sino que se retiraban hiriendo y sufriendo heridas, hasta que se vinieron á meter debajo de las máquinas y pertrechos. Cuando aquí llegaron los Egypcios, pasábanlo muy mal de las

(1) Rota del ejército de Creso.
(2) Muerte de Abradatas.

muchas heridas que les daban desde las torres y máquinas y pertrechos; y los últimos de todos no dejaban huir sus flecheros, ni sus tiradores, sino que alzando las espadas los forzaban ahincadamente á tirar sus flechas y tiros. De suerte que había muy gran matanza de hombres, y muy gran sonido de armas y tiros, que tiraban de diversas maneras, y muy gran clamor y voces de unos que se llamaban, y de otros que se animaban, y de otros que invocaban los Dioses en su ayuda.

En esto, Cyro, siguiendo á los suyos vínose á juntar con ellos más cerca de los enemigos; y viendo á los Persas movidos ya y alanzados de su lugar, pesóle en gran manera, y conociendo que él no podía de otra ninguna manera hacer detener más presto los enemigos que atajándoles el camino por detrás, mandando á los suyos que le siguiesen, rompió con ellos por las espaldas, y hirieron muchos dellos, y á otros muchos mataron. Cuando esto sintieron los Egypcios comenzaron á apellidar y dar grandes voces, diciendo que los enemigos estaban á las espaldas y por medio de los golpes y heridas se tornaban y peleaban muy valientemente, mezclados los unos con los otros, así los de pie como los de caballo. Y habiendo caído uno dellos debajo del caballo de Cyro (1), y siendo hollado, hiere con la espada en el vientre al caballo, y éste muy lastimado de la herida, no pudiéndolo más sufrir, sacudió de sí á tierra á Cyro. Aquí cualquiera pudiera bien conocer cuánto vale al Príncipe ser amado y querido de los suyos. Porque luégo todos dieron grandes voces, y arremetiendo peleaban y alanzaban los enemigos, y ellos también eran alanzados, y herían y eran heridos; hasta que saltando uno

(1) A Cyro le matan el caballo, y él pelea animosamente.

de los ministros de Cyro del caballo le subió en él.

Pues cuando Cyro fué á caballo, miraba que ya por todas partes herían y maltrataban á los Egypcios, porque ya estaba junto á ellos Hystaspas con todos los caballos persianos y Chrysantas; pero ya no les dejaba romper en el escuadrón de los Egypcios, sino que mandaba que de fuera les tirasen tiros y flechas. Y llegado á caballo donde estaban las máquinas y pertrechos, parecióle que era bien subirse en una de las torres de madera, para mirar desde allí si quedaban algunos de los enemigos que peleasen; y subido que fué, vió todo el campo lleno de caballos y hombres y carros que huían, y vencían y eran vencidos; y no pudo ver otros que esperasen, si no eran los Egypcios. Éstos, viéndose muy trabajados, hicieron un cerco, de manera que se pudiesen ver las armas, y no hacían más de estarse sentados debajo de los paveses, y sufrían y toleraban mucho mal y daño que les hacían sus contrarios.

Maravillándose Cyro de su esfuerzo, y teniendo lástima que pereciesen así tan buenos hombres de guerra, mandó retirar todos aquellos que los maltrataban, y no dejaba pelear á ninguno. Y envióles un trompeta á preguntarles si por ventura querían perecer todos por causa de aquellos traidores que los habían dejado y desamparado solos, ó querían más salvarse, pues eran buenos y esforzados. Ellos respondieron: «¿Cómo podremos salvarnos, queriendo parecer buenos y esforzados?» Y Cyro les tornó á decir: «Tales pareceréis por cierto, pues que á vosotros solos os vemos que esperáis y queréis pelear.» A esto dijeron los Egipcios: «¿Qué podemos hacer que sea bien hecho para salvarnos?» Y Cyro les dijo: «Que os salvéis de manera que á ninguno de los compañeros hagáis traición, y entreguéis las armas, y os hagáis amigos de

aquellos que escogen antes salvaros que no destruiros pudiéndolo hacer.» Oído esto, ellos le preguntaron: «Pues si nos hacemos tus amigos, ¿qué quieres hacer de nosotros?» Respondió Cyro: «Yo os quiero para haceros bien, y recibirlo de vosotros.» Tornándole á preguntar los Egipcios: «¿Qué bien nos haras?» Respondió Cyro: «Daros mayor sueldo que ahora tenéis mientras dure la guerra; y en tiempo de paz, al que de vosotros quisiere quedar conmigo le daré tierras y villas y mujeres y criados.» Oyendo esto los Egipcios (1), rogáronle que les exceptuase el pelear contra Creso, porque á éste sólo perdonaban. En lo demás hicieron con él sus pactos y conciertos, y diéronle su fe, y recibiéronla dél. Y desde entonces los Egipcios quedaron fieles y leales á los reyes de Persia, como lo son ahora, y Cyro les dió las ciudades de arriba, que aun el día de hoy se llaman las ciudades de los Egipcios, y además á Larisa y Cylene, que están junto al río Cyme, cerca de la mar, las cuales hasta ahora tienen y poseen sus sucesores y descendientes. Esto así hecho, Cyro se tornó siendo ya de noche, y asentó su real junto á un lugar que llamaban Tymbaris.

En esta batalla se señalaron entre todos los enemimigos los Egipcios solos. Entre los de Cyro los hombres de armas se mostraron los mejores, por lo cual aun hasta ahora dura aquella armadura que entonces Cyro inventó para los de caballo. También se señalaron allí los carros armados con hoces: de manera que aun hasta ahora les queda aquella manera de pelear á los reyes de Persia. Los camellos solamente aprovecharon para espantar los caballos, que ni los que en ellos iban mataron á nadie, ni dellos fué muerto alguno de los caballos, porque ningún caballo se les acercó. Y aun-

(1) Los Egypcios se dan á Cyro.

que esto pareció ser de provecho, con todo eso ningún hombre honrado debe criar camellos para ir cabalgando él en ellos, ni ha de pensar de pelear desde encima dellos. Porque luégo tornando ellos á tomar su forma, quedan en el número de las bestias que llevan cargas. La gente de Cyro, después que hubieron cenado y puesto sus guardas como convenía, se fueron á dormir.

CAPÍTULO II.

Creso se fué huyendo á la ciudad de Sardis con todos los suyos, y las otras naciones lo más lejos que pudieron huir de noche, se fué cada uno por el camino que iba á sus casas. Venida la mañana, Cyro movió con su ejército para Sardis (1), y cuando llegó á los muros de Sardis puso sus máquinas y pertrechos á los muros, y aparejó sus escalas. Y hecho esto, por donde les parecía más arduo y difícil á los de Sardis, la noche siguiente subieron los Caldeos y los Persas, guiándoles un hombre de Persia que había sido criado de uno de aquellos que estaban en guarnición en la fortaleza, y sabía muy bien la subida y la bajada al río. Así que luégo fué tomada la fortaleza, y todos los Lydios huían de los muros cada cual donde podía. Otro día de mañana Cyro entró en la ciudad, y mandó que ninguno se moviese de su escuadrón.

Creso, viéndose cerrado en el palacio, daba voces llamando á Cyro, el cual, después que puso guardas á Creso, se fué para la fortaleza, donde halló á los Per-

(1) Cerco de Sardis.

sas que la estaban guardando, y vió las armas de los Caldeos solas; porque las habían dejado y se habían ido corriendo á robar las casas. De lo cual hubo gran pesar, y mandó llamar á sus capitanes, y díjoles que se fuesen luégo del ejército; «porque no puedo sufrir, dice, hombres codiciosos y desordenados. Que bien sabéis que os nombré yo á vosotros para hacer que los Caldeos fuesen los más buenos de toda la gente de guerra: ahora no os maravilléis que después de idos vosotros sucedan otros que sean mucho mejores.»

Oyendo esto los Caldeos, se temieron dél, y le suplicaron que cesase su ira, y que ellos tornarían todo lo que habían tomado. A lo cual Cyro respondió que no lo había menester. «Mas si queréis, dice, que yo pierda el enojo, dad todo lo que tomasteis á los que que quedaron á guardar la fortaleza; porque cuando la otra gente de guerra supiere que los que no salen de su orden ganan más, yo seré bien librado.» Entonces los Caldeos lo hicieron así como Cyro se lo había mandado. Y los que quedaron en guarda de la fortaleza y no salieron de su obediencia, hubieron muchas riquezas. Cyro asentó su real en el lugar de la ciudad que le pareció que estaba más aparejado para estar puestos en armas, y después mandó que todos se fuesen á comer.

Esto así hecho, Cyro mandó traer ante sí á Creso, el cual vino luégo (1), y como vió á Cyro, le saludó diciendo: «Dios te salve, señor, porque esto te otorgó la fortuna que lo tuvieses de aquí adelante, y á mí que te lo llamase.—Y á tí tambien, Creso, Dios te salve, dijo Cyro, porque ambos somos hombres. Empero dime, Creso: ¿querríasme aconsejar?—Querría, dijo Creso, hallar algún bien para tí, porque esto pienso

(1) Plática de Cyro con Creso.

que sería bueno también para mí.—Oye, pues, Creso, dijo Cyro: yo viendo la gente de guerra que había trabajado mucho, y se había puesto á muchos peligros, y que ahora pensaba tener para saquear una ciudad la más rica de toda Asia, después de Babylonia, parecióme que era bien querer aprovechar los soldados; porque conozco que si no reciben algún fruto de sus trabajos, que no los podré tener mucho tiempo debajo de mi obediencia. Yo no quiero que saqueen la ciudád, que desta manera pienso que se destruiría del todo, y en el saco bien sé que los más malos habrían la mejor parte.»

Oído esto, Creso le dijo: «Pues déjame decir á los Lydios que yo quisiere hablar como yo acabé contigo que no se saquease la ciudad, ni se perdiesen los niños y las mujeres, y yo te prometo que en lugar desto los Lydios te darán de su voluntad todo lo más bueno y precioso que hay en Sardis. Porque si esto oyen, yo sé bien que te traerán todo lo bueno que poseen hombres y mujeres, y después en el año siguiente tendrás la ciudad llena de muchos y muy grandes bienes. Mas si ahora la robas y saqueas, las artes y los oficios, que dicen que son las fuentes de todos los bienes, se perderán y destruirán. Y después te será lícito, si te pareciere cuando tornares, tomar consejo de saquearla ó no. Y cuanto á la primero, envía á mis tesoros, y recíbanlos tus tesoreros de los mios.»

Todo esto consintió Cyro que se hiciese así como Creso lo había dicho. «Mas dime, Creso, dijo Cyro: ¿cómo te aconteció con el oráculo de Delfos, porque dicen que Apolo (1) te favoreció mucho, y tú hiciste

(1) No hay casi quien no sepa que los antiguos tenían en gran veneración un templo del Dios Apolo, que estaba en Delfos, una ciudad de Beocia; en el cual se daban respuestas de lo que cada

lo que él te aconsejó?» Entonces respondió Creso: «Ojalá fuera así; mas ahora veo que todo lo he hecho al contrario de lo que me aconsejó desde el principio que me fuí á aconsejar con él.—¿Cómo es eso? dijo Cyro; ¡increible cosa me cuentas!

Respondió Creso: «Es así, que al principio no curando yo de preguntar al Dios Apolo si había menester algo, le tenté si podría decir verdad. Pues cuando esto pasa, no solamente Dios, pero también los hombres buenos y virtuosos, si conocen que no son creídos, no quieren bien á aquellos que no les dan crédito. Así que, conociendo yo que era muy torpe lo que yo hacía, por estar lejos de Delfos, enviéle á pedir respuesta sobre los hijos, el cual no me respondió al principio; mas después de haberle enviado muchos dones y presentes de oro y plata, y con muchos sacrificios que le hice, parecióme que le tenía aplacado, y entonces cuando le pregunté qué haría para tener hijos, me respondió que tendría hijos. Y así fué que no me mintió en esto. Mas después que me nacieron hijos no me aprovecharon nada, porque el uno fué mudo, y el más bueno se me murió en la flor de su edad. Pues viéndome afligido con estas desventuras de los hijos, envié otra vez á preguntarle qué haría para vivir bienaventurado lo que me quedaba de la vida, y respondióme: «*Conócete á tí mismo* (1), *y así, Creso, serás bienaventurado.*» Oído este oráculo, fuí muy alegre, porque pensaba que era muy fácil cosa darme yo á mí mismo la bienaventuranza siendo príncipe y señor. Porque me parecía que conocer á los otros hombres es cosa que algunos la pueden alcanzar y

---

uno quería preguntar. Estas respuestas se daban por una sacerdotisa que llamaban Pythia.

(1) Felicidad es conocerse el hombre á sí mismo.

otros no, mas conocerse cada uno á sí mismo no me parecía que había quien no lo pudiese hacer muy fácilmente. Y así todo aquel tiempo estuve descansado, no teniendo de qué quejarme después de la muerte de mi hijo. Mas cuando fuí persuadido del Rey Asirio que hiciese guerra contra vosotros, púseme á todo peligro, y escapéme sin recibir mal ninguno, y no tengo en esto por qué culpar á los Dioses. Pues conociéndome á mí mismo que no era bastante para pelear con vosotros, me escapé salvo con la ayuda de Dios yo y los míos. Ahora otra vez ensoberbecido con las riquezas y con los deleites, y también vencido de los que me rogaban que fuese su caudillo, y de las dádivas y presentes que me dieron, y de los hombres que me lisonjeaban, diciendo que si yo quería mandar, que todos me obedecerían, y que sería el mayor señor de los hombres; digo, que engreído é hinchado con estas palabras, después que todos los reyes comarcanos me eligieron por capitán general de todo el ejército, acepté el cargo como aquel que era bastante para ser valeroso y esforzado, no conociéndome á mí mismo, pues que pensaba que era bastante para pelear contra tí, siendo como eres cuanto á lo primero engendrado de los Dioses y nacido de reyes, y también que desde niño has ejercitado la virtud; pero yo de mis mayores he oído que el primero dellos que reinó consiguió á un tiempo el reino y la libertad. Pues ignorando todo esto, con razón pago la pena que he merecido; y ahora, finalmente, me reconozco á mí mismo, y á tí también te parecerá ser verdadero Apolo, cuando dijo que yo sería bienaventurado si me conociese á mí mismo. Por lo cual yo te pregunto, pues me parece que puedes conjeturar esto al presente, que me digas si me puedes hacer bienaventurado.»

Cyro le respondió: «Para eso, Creso, tú me puedes

dar consejo, que yo pensando la bienaventuranza que tenías de antes, tengo compasión de tí; y por eso te entrego á tu mujer y á tus hijas que tienes, y á los amigos y criados, y la mesa en que bebías y te holgabas, y solamente te quito las guerras y las batallas. —Por Dios, dice Creso, que aun hasta ahora no me quitas nada de mi bienaventuranza, que yo te digo que si tú haces lo que dices, yo viviré la vida más bienaventurada que nunca pensamos tener yo y todos los míos.» Y Cyro le dijo: «¿Quién es el que tiene esta vida tan bienaventurada?» Respondió Creso diciendo: «Mi mujer, porque ella participa igualmente conmigo de todos los bienes y deleites y placeres, y no es participante del cuidado que es menester para procurarlos, ni de la guerra, ni de las batallas. Así que veo claramente que tú quieres hacer conmigo como yo hice con mi mujer, á quien quería más que á todas las personas del mundo, y por eso me parece que debo de dar á Apolo las gracias dobladas.» Oyendo Cyro estas palabras, se maravilló mucho de la tranquilidad y sosiego de su ánimo, por lo cual, de ahí adelante le llevaba siempre consigo do quiera que iba, ó porque se aprovechaba de su consejo, ó porque pensaba que así era más seguro. Con esto se fueron por entonces á reposar.

CAPÍTULO III.

El día siguiente mandó Cyro llamar los amigos y los capitanes del ejército, y á unos mandó que recibiesen los tesoros, y á otros los dineros que entregase Creso; y que lo primero de todo apartasen para los

Dioses lo que escogiesen los Magos, y que lo demás que recibiesen que lo guardasen en las arcas, y las pusiesen en los carros, y las llevasen do quiera que fuesen, para que cuando fuese tiempo repartiesen á cada uno su parte según que lo había merecido; y ellos lo hicieron así. Cyro mandó llamar algunos criados de los suyos que allí estaban, y preguntóles: «Decidme, ¿ha visto alguno de vosotros á Abradatas, que me maravillo mucho que de antes solía venir á menudo á mí, y ahora no parece?» Entonces uno de los criados respondió: «Señor, no es vivo, porque murió en la batalla, cuando entró con su carro á romper en el escuadrón de los Egypcios; y los otros todos, excepto sus compañeros, según cuentan, huyeron cuando vieron la multitud de los Egypcios. Y ahora dicen que su mujer tomó el cuerpo muerto, y le puso encima de su carro, y le llevó á un lugar que está cerca de aquí junto al río Pactolo, y que sus eunucos y sus criados le están cabando la sepultura en un collado. Y dicen que su mujer está sentada en tierra ataviando al marido con sus atavíos, teniendo puesta su cabeza dél en su regazo.»

Oído esto, Cyro se dió una palmada en el muslo, y luégo subió á caballo; y tomando consigo mil de caballo, se partió para el lugar del planto, y mandó á Gadatas y á Gobrias que tomasen los más ricos atavíos que pudiesen, y los llevasen para las honras de aquél su amigo tan bueno ya difunto. Y al que tenía cargo del ganado le mandó que llevase bueyes y caballos, y muchas ovejas donde supiese que estaba, para hacer sacrificios por Abradatas. Cuando vió á la mujer sentada en tierra, y que tenía á su marido muerto en los brazos, lloró de compasión y dijo: «¡Ay de tí, ánima buena y leal, que te vas y nos dejas!» Y diciendo esto, le tomó por la mano, la cual le sacó

con la suya; porque estaba cortada de un golpe que los Egypcios le habían dado con una segur.

Lo cual viendo Cyro hubo muy mayor dolor y pesar. Su mujer Panthea lloraba y plañía; y tomando la mano del marido de la de Cyro, besóla, y tornóla á poner en su lugar lo mejor que pudo, y vuelta á Cyro dijo: «Así están, Cyro, todas las demás partes de su cuerpo; pero ¿para qué las has de ver? Yo solamente puedo averiguar que el difunto sufrió y padeció mucho por mí, y por ventura no menos por tí. Yo, loca de mí, le amonesté muchas veces que así lo hiciese, porque pareciese que te era verdadero amigo; y bien sé que él no pensaba tanto en hacerlo por hacerme á mí placer, cuanto por agradar á tí. Él murió sin culpa, ¡y yo que se lo amonesté quedo viva, y estoy aquí sentada!»

Cyro estuvo callando y llorando por algún rato, y después le habló desta manera: «A la verdad, señora, ha habido muy buen fin, porque murió vencedor. Tú toma estos atavíos que te doy, y hónrale con ellos.» Estaba á la sazón allí con él Gobrias y Gadatas, con muchos y muy ricos atavíos que traían. Después le dijo: «Sepas, señora, que yo nunca le dejé de honrar en todo lo demás, y ahora los más de nosotros le harán un monumento tal cual le merecéis, y matarán para sus sacrificios todas las reses que pertenecen á un varón bueno y esforzado. Y tú no quedarás sola, sino que yo por tu castidad y por tu virtud te honraré en todo lo demás, y te daré quien te lleve á tu honra el que tú mandares, con tal que tú declares quién quieres que te lleve.» Entonces Panthea le dijo: «Ten por cierto, Cyro, que no te encubriré á quién quiero ir.»

Y con esto se fué Cyro, habiendo gran lástima de la mujer que había perdido tal marido, y del marido que

había dejado tal mujer para no verla más. Luego Panthea mandó apartar afuera los eunucos, «mientras que yo, dice, lloro como quiero á mi marido.» Y á su ama le dijo que esperase, y le mandó que cuando fuese muerta, cubriese á ella y á su marido juntos en un mismo lienzo. El ama le suplicaba mucho que no lo hiciese; mas viendo que no aprovechaba nada con ella, y que se enojaba porque se lo hablaba, sentóse á llorar. Panthea tomó una espada que de antes tenía aparejada, y con ella se hirió, poniendo la cabeza sobre los pechos del marido, y así murió. El ama llorando y plañendo los cubrió ambos juntos de un paño, como Panthea se lo había mandado.

Cyro como supo el hecho de Panthea, espantado dello, se fué derecho para donde estaba, por ver si lo podría remediar. Y los eunucos viendo el caso, tres que eran sacaron las espadas y se mataron, estando en pie allí donde ella se lo mandara. Y hasta ahora hay un monumento que se dice la sepultura de los eunucos, y en una columna más alta están escritos los nombres del marido y de la mujer con letras syrias, y abajo dicen que hay tres columnas con títulos que dicen los Cetriferos (1). Cyro, como se acercó al lugar do había acaecido aquel hecho, maravillóse de ver la mujer, y llorando se fué de allí, y procuró con toda diligencia que se les hiciesen las honras que les pertenecían, y mandóles hacer un monumento muy grande, según dicen.

---

(1) A los eunucos les debieron poner este título por la grandeza de ánimo en que se mostraron tener corazones de reyes, y también les pudieron poner á éstos sceptros en las manos, porque ciertos criados que tenían los Reyes de Persia muy preciados traian sceptros, y se llamaban sceptriferos, como en el libro octavo de esta obra parece.

CAPÍTULO IV.

En este medio tenían contiendas y discordias los Cares, y hacían muy cruda guerra los unos á los otros, como aquellos que moraban en lugares muy fuertes; y de ambas partes enviaron á pedir socorro y ayuda á Cyro. Y Cyro estando en Sardis de reposo hacía sus máquinas y pertrechos, llamados carneros, para derrocar los muros de aquellos que no quisiesen serle obedientes; y envió á Adusio, varón persiano muy prudente en todas las cosas, y no menos esforzado y muy bien quisto, á Cariacon gran ejército, y con él fueron á esta guerra los Cilices y los Cyprios de buena gana. Y por esta razón nunca puso Cyro sátrapa (1) ni gobernador persiano en las tierras de los Cilices ni de los Cyprios, sino que le bastaban á él los reyes de la tierra para que se la gobernasen, de los cuales recibía su tributo, y les mandaba ir á la guerra cuando era menester.

Pues como Adusio llegase á Caria con su ejército, vinieron los Cares (2) de la una parte y de la otra á él, diciéndole cada uno por sí, que estaban aparejados de le recibir en sus villas y fortalezas en daño de la parte contraria. Mas Adusio trataba desta manera con ambas partes, que cuando hablaba con los unos decía que tenían justicia, mas no les convenía que los con-

(1) Sátrapas llamaban los Persas á los hombres principales, como serían ahora los grandes señores, y gobernadores.

(2) Estos Cares y esta región de Caria no es la de Grecia que está frontero de Rodas, muy conocida por la reina de Artemisa y su marido Mauseolo, sino otra provincia en Asia la Menor.

trarios supiesen que él era su amigo, porque desta manera los tomaría más desapercibidos; y con esto les demandaba su fe y palabra. Y los Cares juraron que sin dolo ni fraude alguno lo recibirían en sus villas y fortalezas al bien y pro de Cyro y de los Persas; y también el mismo Adusio juró que sin engaño iría á los castillos y fortalezas para el bien y provecho de los que le recibiesen.

Acabado esto con ambas partes, hizo sus pactos y conciertos con los unos y los otros calladamente de noche y á escondidas de ambas partes, y en las misma noche se metió en los castillos, y tomó las fuerzas de ambas partes. Y luégo que fué de día, sentándose en medio dellas con su ejército, mandó llamar ante sí á los que eran más principales y más á propósito de ambas partes, los cuales mirándose unos á otros fueron muy tristes, pensando que ambas partes habían sido engañadas. Y Adusio les habló desta manera: «Yo, varones Cares, os hice juramento que entraría en vuestros castillos y fortalezas sin engaños, para el bien de los que me recibiesen: pues si destruyo á los unos de vosotros, pienso que habría entrado por el mal de todos los Cares. Y si os hago paz y seguridad para que ambas partes podáis labrar bien vuestras tierras, pienso que vine por vuestro bien; por lo cual conviene que desde hoy en adelante os juntéis amigablemente los unos con los otros, y labréis vuestras tierras sin miedo, y deis y toméis en casamiento vuestros hijos é hijas los unos á los otros. Y si algunos fuera desto procuraren de hacer injuria á los otros destos, tales Cyro y nosotros seremos enemigos.»

Y desde entonces las puertas de los castillos fueron abiertas, y los caminos llenos de caminantes de una parte á otra, y los campos llenos de labradores. Y hacían sus fiestas y solemnidades públicamente y en

común y todo estaba lleno de paz y alegría. En esto vinieron mensajeros de Cyro á Adusio á preguntarle si había menester más ejército ó más pertrechos; y Adusio respondió que aun del ejército que tenía allí de presente se podían servir para otras partes; y diciendo esto, se partió, y llevó su ejército, dejando guarnición en las fuerzas y fortalezas. Los Cares le suplicaban que se quedase; y no lo pudiendo acabar con él, enviaron á suplicar á Cyro que les tornase á enviar á Adusio por su sátrapa y gobernador.

En este tiempo envió á Hystaspas (1) con ejército contra los de Phrygia que habitan junto el mar Helesponto: y después que llegó Adusio, mandóle que llevase su ejército por donde iba Hystaspas, porque obedeciesen más presto á Hystaspas, oyendo que le venía cerca otro ejército. Y los Griegos marítimos que están junto la mar, dando muchas dádivas y presentes, se concertaron de no recibir los Bárbaros en sus villas y fortalezas, sino de pagar tributo, é ir á la guerra donde Cyro les mandase. Mas el Rey de Phrygia se aparejaba para tener y defender sus castillos y fortalezas, y no obedecer como los otros, y así mandó que se hiciese. Mas después que se rebelaron sus caudillos, y quedó solo y desamparado, al fin hubo de venir en manos de Hystaspas para ser juzgado de Cyro. Hystaspas, dejando en las fortalezas muy buena guarnición, se partió de allí llevando consigo muchos hombres de caballo Phrygios y de los escudados. Y Cyro mandó á Adusio que se juntase con Hystaspas, y que trajese armados consigo aquellos Phrygios que hubiesen seguido su parcialidad; y que á los que porfiaban pelear los mandase quitar los caballos y las armas, y todos viniesen con sus hondas en pos del ejército.

---

(1) Hystaspas por mandado de Cyro va contra los de Frigia.

Estando ellos en esto, Cyro movió con todo su ejército de Sardis, y dejando allí muy buena guarnición de infantería, trayendo á Creso consigo, que llevaba muchos carros cargados de dineros y de otras muchas riquezas; y Creso traía en escrito todo lo que había en cada carro, y dándole el escrito á Cyro, le dijo: «Teniendo éste sabrás muy bien, Cyro, lo que te cuenta cada uno de lo que te trae á cargo y lo que no.» Y Cyro le dijo: «Bien haces, Creso, en proveer eso; pero los que traen mis dineros merecen que los tengan por suyos. Y así si hurtaren algo dellos, hurtarán de lo suyo propio.» Y diciendo esto, dió aquel escrito á los amigos principales que tenían el cargo desto, para que supiesen si los contadores les daban buena cuenta ó no.

Traía también consigo los Lydios que veía que eran buenos hombres en armas y á caballo y de carro, y procuraban de hacer todo aquello que pensaban le era agradable; y éstos venían con él armados. Y los que vió que no le seguían de buena gana quitóles los caballos, y diólos á los Persas que andaban en su compañía desde el comienzo de la guerra: y quemóles las armas, y mandó que le siguiesen con sus hondas y desarmados. Y á los siervos mandaba aprender el ejercicio de las hondas, pensando que este género de armadura era muy conveniente á los siervos. Porque con las otras fuerzas del ejército si se ayuntan los tiradores de hondas, algunas veces son de gran provecho; mas solos por sí, todos los tiradores de honda juntos no serán bastantes para esperar á pocos hombres armados, y pelear con ellos de cerca.

Yendo Cyro por su camino adelante hacia Babylonia, conquistó de pasada á los Phrygios que habitan en la gran Phrygia, y á los Capadoces y á los Árabes hizo siervos: y de todas las armas dellos que les quitó,

armó más de cuarenta mil Persas de á caballo; y muchos caballos de los cautivos repartió á los compañeros de guerra. Y así llegó á Babylonia, llevando consigo muchos de á caballo, y muchos flecheros y archeros, y tiradores de honda sin número.

CAPÍTULO V.

Estando cerca de Babylonia, asentó todo su ejército junto á la ciudad: y él mismo á caballo la andaba mirando al derredor con los compañeros más principales de la guerra. Y después que hubo bien visto los muros de la ciudad, que le parecieron muy fuertes, aparejábase para sacar de allí el ejército. Y en esto salió un fugitivo della, que le dijo que los enemigos habían determinado de salir á dar en el real cuando levantase su campo, porque le habían mirado desde los muros y les parecían muy débiles y flacos sus escuadrones. Y no era maravilla que les pareciese así, porque cercando los muros, que tenían muy gran campo, de necesidad habían de parecer los escuadrones ralos y no espesos.

Oído esto Cyro, estando en medio del ejército con los suyos, mandó á los hombres de armas que, viniendo desde arriba por ambas partes, doblasen el escuadrón, hasta tanto que pasando por el ejército de una parte y de otra llegasen al medio donde él estaba. Y haciendo éstos así, los que quedaban tomaron más osadía con verse dobladas fuerzas, y más espesos los escuadrones. Y lo mismo sucedió á los que se retiraban: porque luégo estos que quedaban fueron contra los enemigos como se vieron juntos de ambas partes,

y más fuertes que de antes; así los que se retiraban por los primeros, como los primeros por los postreros que vinieron.

Porque de esta manera, doblado el escuadrón, de necesidad los primeros y los postreros eran los más esforzados, y los más ruines quedaban en medio puestos en ordenanza; y estando puestos en esta orden estaban más aparejados para pelear, y para no poder huir. Los caballos y la infantería ligera desde las alas se acercaban tanto más á su príncipe cuanto el escuadrón se hacía más espeso después de doblado. Y puestos así en orden, fuéronse retirando poco á poco de los muros hasta que estuvieron en lugar seguro, de donde no les pudiesen hacer mal los que tiraban de las murallas: y hallándose ya fuera del tiro de dardo, volviéndose y avanzando primero algunos pasos, se cubrían por la izquierda, y hacían alto mirando la muralla: y cuanto más lejos estaban, tanto más ralos se cubrían; y cuando se vieron en lugar seguro, iban todos muy espesos hasta que llegaron á sus tiendas.

Asentado su real, Cyro mandó llamar los principales que estaban más á mano, y díjoles: «Varones compañeros, ya corrimos en torno de la ciudad, y no me parece que se podrán tomar por combate tan altos y tan fuertes muros; y cuantos más hombres hay en la ciudad, si no salen á pelear, tanto más presto pienso que los podemos tomar por hambre. Y si no os parece otra cosa mejor, yo digo que les debemos poner cerco.»

A esto respondió Chrysantas: «Veamos; ¿este río no pasa por la ciudad, y es más de dos estados en ancho? —Sí, por Dios, dijo Gobrias, y más tiene de dos estados de hombre de hondo; de manera que la ciudad es más fuerte por el río que no por los muros.» Entonces

dijo Cyro: «Dejemos ahora eso, Chrysantas, que soprepuja nuestro poder y fuerzas; y nosotros midamos lo más presto que ser pueda su parte cada uno, y cavemos un fosado tan ancho y tan hondo, que haya menester muy pocos de nosotros para guardarlo.»

Así que, midiendo al derredor del muro, dejando tanto espacio desde el río cuanto bastaba para poner muy grandes bastiones, mandó hacer de la una parte y de la otra de la muralla un muy gran fosado y baluartes hacia la parte donde ellos estaban. Y mandó hacer unas torres junto al río, fundando los cimientos sobre unas palmas no menores que de cien pies (porque allí se crían palmas más largas que cien pies; y por ser, como son, las palmas de tal naturaleza, que oprimidas y cargadas con el peso y carga se encorvan hacia arriba, como los asnos de carga, eran buenas para el fundamento). Y éstas puso á causa que le parecía mejor aparejo para poner cerco, porque aunque corriese el río á la fosa, no pudiese llevar las torres; y también hizo otras torres encima de los baluartes para que tuviesen más fuertes guaridas.

Y cuando ellos hacían todo esto, los de la ciudad que lo veían desde las murallas se reían de su cerco, porque tenían provisiones y bastimentos necesarios para más de veinte años. Oyendo esto Cyro, dividió el ejército en doce partes, para que cada parte guardase un mes del año. Los Babylonios sabido esto, mucho más se reían, porque pensaban que les había de caber la guarda á los Phrygios y á los Lycios, y á los Arabes y á los Capadoces, los cuales sabían que les tenían más voluntad á ellos que no á los Persas. Estando ya acabados de hacer los fosados, Cyro oyó decir que había una gran fiesta en Babylonia, en la cual los Babylonios gastan toda la noche en beber y comer, y bailar y danzar. Pues la noche de esta fiesta,

ya que había oscurecido, tomó consigo muchos hombres, y abrió las fosas que venían al río; y esto así hecho, toda la agua del río se corrío á las fosas en la misma noche; y quedó la madre del río que iba por la ciudad tan baja el agua, que podían pasar por ella á vado los hombres.

Cuando vió que ya el río se podía pasar á vado, mandó Cyro á los coroneles persianos de los de caballo y de pie que viniesen á él con dos escuadrones de cada mil hombres: y á las otras compañías mandó que siguiesen á las espaldas puestos en orden así como estaban: y mandó poner en la orilla del río sus ministros y los de pie y de caballo; y mandóles que tentasen primero si se podía ir por el río á pie; y después que le avisaron que se podía muy bien pasar á vado, mandó llamar los capitanes de los hombres de armas y de la infantería, y hablóles desta manera:

«Varones amigos (1), pues el río nos abre el camino »para ir á la ciudad, entremos osadamente dentro sin »temer nada de lo que allí hay, considerando que los »enemigos contra quien ahora vamos son aquellos á »quien nosotros mismos, teniendo compañeros que »les ayudaban, y estando todos velando y despiertos, »y templados y armados, y bien ordenados, los ven»cimos. Pues ahora vamos contra los mismos en tiem»po que muchos dellos duermen, y muchos dellos »están embriagados, y todos desordenados; y cuando »sintieren que estamos dentro, mucho más inútiles y »sin provecho serán que ahora, por el espanto y al-

(1) Oración de Cyro á los capitanes, animándoles para que entrasen por fuerza de armas la ciudad de Babylonia, en la cual oración, para que todos menosprecien al enemigo, deshace sus fuerzas, y da á entender cuánto menos pueden ahora que las otras veces que han sido vencidos. También el refrescar la memoria de las victorias pasadas pone más ánime para la presente.

»teración que recibirán. Y si alguno piensa lo que se »dice, que se han de temer los que entran en la ciu»dad que no suban los de dentro en los tejados y les »tiren de una parte y de otra, tened buen ánimo, y no »desconfiéis por eso; porque si algunos suben en las »casas, tenemos por compañero á Vulcano, dios del »fuego; y los portales y portadas dellos son muy bue»nas y muy fáciles de quemarse, porque las puertas »son hechas de palma untadas con betún quemado; y »nosotros tenemos hartas hachas que podrán de pres»to pegar fuego, y mucha pez y estopa para que con»ciba de presto la llama. Así que necesariamente ó »han de huir de presto de sus casas, ó se han de que»mar todos de súbito. Ahora, pues, tomad las armas, »que yo iré delante con la ayuda de Dios; y vos»otros, Gadatas y Gobrias, guiad y mostradnos el »camino, pues le sabéis bien; y cuando fuéremos »dentro, llevadnos prestamente al palacio.» Entonces dijeron los de Gobrias: «No hay de que nos espantemos, si las puertas de palacio están abiertas, porque esta noche está toda la ciudad de fiesta y regocijo; mas encontraremos sin duda con las guardas que están delante las puertas, porque siempre las hay allí puestas.—Pues no conviene, dijo Cyro, descuidarnos, sino ir luego, porque los tomemos muy desapercibidos.»

Dicho esto, caminaron todos adelante y de los que encontraban, algunos estaban heridos y otros muertos, otros huían adentro de la ciudad, otros daban voces. Los que estaban con Gobrias daban asimismo voces con ellos, como que estaban embriagados y regocijados también. Y así lo más presto que pudieron vinieron al palacio del Rey; y los que estaban con Gobrias y Gadatas ordenados para esto hallaron las puertas de palacio cerradas; y los que estaban señalados

para acometer las guardas dieron en ellas, que estaban bebiendo junto á una grande hoguera, aprovechándose dellos como de sus enemigos. Después que oyeron el clamor y el ruído los de dentro, y sintieron el alboroto, mandó el Rey que mirasen lo que era. Corrieron luego algunos, y abrieron las puertas.

Entonces los que estaban con Gadatas, como vieron las puertas abiertas, saltaron dentro, y siguiendo á los que huían, é hiriéndolos, llegaron á donde estaba el Rey, al cual hallaron que estaba ya en pie con la espada desenvainada en la mano; y Gadatas y Gobrias, y los que con él iban, que eran muchos, arremetieron con él, y le mataron á él y á todos los que con él estaban: y allí unos les tiraban, otros huían y otros se defendían cuanto podían. Cyro envió los escuadrones de los hombres de armas á los caminos, y mandóles que matasen á todos los que hallasen fuera dellos; y que los que supiesen hablar la lengua syria, pregonasen que todos los que estuviesen en sus casas se quedasen dentro; y si alguno fuese tomado fuera, que fuese muerto; y ellos hacían así. Pues Gadatas y Gobrias luego que se tornaron, lo primero que hicieron fué adorar los Dioses, y darles gracias por la venganza que les habían dado de un rey tan injusto y malo; y después besaban las manos y los pies de Cyro, llorando de gozo y alegría.

Venida la mañana, los que tenían en guarda las fortalezas, sintiendo que la ciudad era tomada, y el Rey muerto, entregaron las fortalezas. Cyro las recibía luégo, y enviaba á ellas alcaides y gente de guarnición: y permitió que enterrasen los muertos sus deudos y parientes; y mandó pregonar que todos los Babylonios diesen las armas; que donde quiera que fuesen halladas armas en alguna casa, que todos los de dentro fuesen muertos; por lo cual ellos las traje-

ron y entregaron luego. Cyro las mandó poner en las fortalezas, porque estuviesen aparejadas para cuando fuesen menester.

Esto así hecho, mandó llamar primero á los Magos, para que de la ciudad ganada por armas escogiesen las primicias de los despojos, las cuales ofreciesen á los Dioses y á los templos. Después repartió las casas y las estancias á los que habían sido participantes de los trabajos y hazañas; y de tal manera lo repartió, que daba lo mejor á los mejores. Y mandó que si alguno pensase que tenía menos de lo que debía haber, que viniese á él que lo remediase. Mandó también á los Babylonios que labrasen la tierra y diesen tributos, y honrasen á cada cual de aquellos que les fuesen dados por señores; y que á los Persas y á los otros compañeros comunes, todos los que quisiesen quedar con él, que los hablasen y saludasen como á señores.

Despues de todo esto, deseando Cyro aparejarse como veía que era conveniente á rey, pensó que sería bien hacer esto con el parecer de los amigos, para que muy sin odio ni sospecha de presunción ni altivez se pudiese mostrar pocas veces y con conveniente gravedad y veneración, lo cual procuró desta manera: luego que era de día se ponía en el lugar que á él le parecía más aparejado y admitía al que le quería decir algo; y dándole respuesta, le enviaba con Dios. Entendiendo, pues, los suyos que admitía á todos, vinieron una multitud dellos, y alanzábanse los unos á los otros, y peleaban y reñían sobre cual entraría primero, hasta que los ministros los despartían y dejaban entrar.

Y cuando alguno de los amigos le parecía que le apretaba la gente, Cyro extendía la mano y los llamaba, diciéndoles: «Varones amigos, esperad hasta que despidamos esta compañía, y después despacio

nos veremos.» Y así los amigos esperaban, y el vulgo venía más y más de cada día, de manera que era de noche antes que él pudiese conversar con los amigos; y entonces Cyro les decía: «Ahora ya es tiempo de ir á reposar; mañana veníos temprano, porque yo quiero hablar un poco con vosotros.» Oyendo esto los amigos, se iban de buena gana corriendo, habiendo recibido pena por carecer de las cosas necesarias. Habiendo pasado esto así, fuéronse los amigos de Cyro á dormir.

Otro día por la mañana vino Cyro al mismo lugar, y luego fué cercado de más multitud de gentes que le querían hablar, los cuales vinieron muy gran rato antes que los amigos. Entonces Cyro mandó hacer un cerco grande de los hombres de guarda persianos, y dijo que ninguno pasase, si no fuesen los amigos, y los príncipes y capitanes de los Persas y de los compañeros de guerra; y después que todos estos fueron juntos, Cyro les comenzó á hablar desta manera:

»Varones amigos y compañeros (1), no tenemos por »qué quejarnos de los Dioses que hasta ahora no ha»yan hecho todo aquello que deseábamos y les pedi»mos con nuestros ruegos y deseos. Pues si hacer »grandes hazañas viene á parar en que no pueda un »hombre ser señor de sí mismo, ni holgarse con los »amigos, yo digo que se quede con Dios la tal bien»aventuranza. Pensad, dice, cómo ayer, comenzando »desde la mañana á oir los que á mí venían, no lo »pude dejar hasta que fué de noche, y ahora veis »aquí estos y otros muchos más de los que ayer es-

(1) Oración de Cyro á los amigos y compañeros de guerra, que contiene gran muestra de llaneza y sencillez, y toda está enderezada á descubrir Cyro sus buenas entrañas y amigable condición. Y esto no quiere ningún artificio, antes sería vicio tenerlo.

»taban, que nos vienen á dar negocios en que en»tender. Y si yo me sujetase así á ellos, pienso que »os podré dar muy poca parte de mí, y yo también »la tendré muy poca de vosotros; pues de mí mismo »yo sé bien que no tendré ninguna. Demás desto veo »otra cosa que es más de reir: yo estoy aficionado á »vosotros, como es razón, y destos que están aquí pre»sentes conozco muy pocos ó ninguno, y con todo eso »estos están aparejados para que si pueden vencerme »con importunidad, primero alcancen de mí lo que »quieren, que no vosotros. Pues yo quiero y tengo por »bien, que si alguno ha menester algo de mí que os »honre á vosotros mis amigos, y os ruegue que los »traigáis á pedírmelo. Por ventura me dirá alguno: »—¿Pues por qué de principio no te apercibías á esto, »sino que te pusiste á tí mesmo en público; y siem»pre en todos los trabajos y cuidados de la guerra »fuiste el primero, y al parecer tan soldado como »cualquiera de los comunes?—A esto respondo, que »yo conozco las cosas de la guerra, que son de tal ca»lidad, que no conviene que el príncipe sea el pos»trero en saber y entender lo que conviene, ni en »hacer lo que el tiempo y la sazón requiere. Y si los »capitanes se ven de tarde en tarde, pienso que se »les pasarán muchas cosas por alto de aquellas que »conviene hacerse. Ahora, pues, que ya ha cesado esta »guerra tan trabajosa, paréceme que es razón que »mi ánimo tenga algún descanso y reposo. Por lo »cual bien así, como si yo dudase qué es lo que debo »de hacer para el bien vuestro y de los otros todos, »de quién hemos de tener cuidado, pido que me »aconseje alguno lo que ve que es más útil y prove»choso.»

Acabado que hubo Cyro su razón, levantóse tras él Artabazo, el que un tiempo había dicho que era

pariente de Cyro, y habló así (1): «Muy bien hiciste, Cyro, en comenzar esta plática, porque yo, siendo tú muy mancebo, deseaba desde principio hacerme tu amigo, mas viendo que no me habías menester para nada, tenía vergüenza de venir á tí. Mas después que un tiempo acaso me rogaste que fuese de buena gana á los Medos con el mensaje de lo que decía Cyaxares, pensaba conmigo que si hacía esto de grado, te sería tan amigo y familiar como él, y podría conversar contigo cuanto tiempo quisiese. Yo hice tan bien aquel negocio, que tú me loaste por ello. Después desto los Hircanos fueron los primeros que se hicieron nuestros amigos, cuando teníamos mucho deseo y necesidad de tener compañeros de guerra, y los queríamos tanto, que sólo nos faltaba traerlos en palmas. Luégo fueron tomados y robados los reales de los enemigos, y no tuviste ocio de conversar conmigo; y yo te lo perdonaba. En esto Gobrias se hizo nuestro amigo, de lo cual yo me holgaba, y también Gadatas asimismo se hizo nuestro amigo: de manera, que tenía trabajo en querer participar contigo. Cuando los Sacas y Cadusios se hicieron nuestros compañeros de guerra, fué menester honrarlos á ellos, y con razón, porque ellos también te honraban. Pues cuando tornamos allí donde salimos, viéndote ocupado en haber caballos y carros y pertrechos, pensaba que cuando estuvieses libre de esto, que tendrías tiempo para conversar comigo. Mas cuando vino aquel mensaje tan triste, que todo el mundo se juntaba para venir contra nosotros, conocí ser la cosa de gran importancia, y que si suce-

(1) Oración de Artabazo, en la cual, como muy aficionado á Cyro, aprueba su consejo de querer comunicar á los amigos, y por ejemplo de lo pasado muestra que así conviene hacerlo.

día bien, yo sabía de cierto que habría mucha conversación entre los dos. Ahora que ya vencimos tan gran batalla y ganamos á Sardis, y tenemos por siervo á Creso, y tomamos á Babylonia, y hemos conquistado y sujetado todos los hombres, yo te juro por el sol que si ayer no diera de puñadas á muchos, que nunca pudiera llegar á tí. Después que me tomaste por la mano, y me mandaste estar junto á tí, claro está que estuve todo el día contigo sin comer ni beber. Pues si algunos otros hay que merezcan tener más parte contigo que yo, bien está; pero si no, yo quiero otra vez decir á todos de tu parte que se vayan, excepto nosotros, que desde principio somos tus amigos.»

Desto se rió Cyro y otros muchos. Y luégo se levantó Chrysantas Persa, y habló desta manera (1): «Con razón, Cyro, antes de ahora te mostrabas á tí »mismo en público, por las causas que dijiste, y no »cuidabas mucho de nosotros, pues siempre estába»mos presentes, porque á nosotros mismos convenía »hacerlo así. Mas el vulgo era menester que por todas »maneras ganases su gracia, para que de mejor gana »quisiesen trabajar y ponerse á peligro con nosotros. »Ahora que las cosas van de otra manera, y que no »solamente tienes ya ganadas las voluntades de todos »ellos, pero también puedes adquirir otros cuando »fuere tiempo, ya es razón que asientes tu casa y go»ces el imperio y el mando, y que tú solo no estés sin »casa y hogar; porque no hay lugar más santo en la »vida de los hombres, ni más alegre ni más propio. »Demás desto, ¿piensas tú que no recibimos ver-

(1) Oración de Chrysantas á Cyro, en la cual ningún artificio hay, sino aprobar llanamente el consejo de Cyro casi por las mismas causas pasadas, amonestándole que descanse de los trabajos pasados.

»güenza cuando te vemos á tí de fuera esperando, y »que nosotros estemos dentro de casa, y parezcamos »á todos tener más descanso que tú?» Cuando Chrisantas acabó de hablar aquesta razón, todos los más dellos la consintieron y aprobaron.

Y luego se fué Cyro al Palacio Real, y allí le entregaron los dineros y riquezas que traían de Sardis los contadores. Y entrando dentro, primero hicieron sacrificio á la Diosa Vesta, y después á Júpiter Rey de los Dioses, y á los Dioses Penates (1), y al particular Dios de la casa, y á algún otro Dios que los Magos le advertían. Y esto así hecho, comenzó á entender en la gobernacion, y pensando en su negocio hallaba que él había de mandar muchos hombres y morar en ciudad grande señalada, como era Babylonia: la cual estaba tan mal con él, cuanto una ciudad muy enemiga puede estar con un hombre. Considerando esto, parecióle que había menester guarda para su persona, sabiendo que en ninguna parte pueden ser mejor tomados los hombres por traición que en el comer ó en el beber, ó en el baño ó en la cama, ó en el sueño; y pensaba en algunos que para en esto pudiese tener por muy leales y fieles.

Parecíale que ningún hombre podía ser fiel y leal, que amase más á otro que aquel que había menester su guarda. Pues los que tenían hijos ó mujeres á su voluntad, ú otros amores, conocía dellos que de su natural eran forzados á querer ya á éstos en gran manera. Pero viendo los eunucos privados y libres de todo esto, pensó que estos tales querían y amaban

(1) El error de los antiguos creía que en cada casa donde se juntaban á vivir algunos presidía un Dios, al cual llamaban Lar, y teníanle dedicado el fuego. También los Dioses que en cada casa particularmente reverenciaban, cualesquier que fuesen, los llamaban Dioses penates, ó Penates solamente.

sobre todas las cosas aquellos que los pueden más enriquecer y favorecer, si fueren injuriados, y darles más honra. Y para hacer bien á estos tales pensaba que no había otro ninguno que lo pudiese hacer mejor que él. Y también como los eunucos andan corridos y afrentados entre los otros hombres, han menester señor que los pueda favorecer y ayudar. Es así que no hay ninguno por ruin que sea que no piensa poder y valer más en todas las cosas que un eunuco, sino hay otra cosa mayor en medio que se lo estorbe. Mas si el eunuco es fiel á su señor, no hay por qué no deba ser uno de los más principales.

Pues lo que algunos piensan que los eunucos carecen de fuerzas, esto no le parecía así á Cyro; porque hacía conjetura de los otros animales: los caballos rijosos después de capados dejan de morder y de bravear, pero por eso no son menos belicosos. Y los toros capados pierden el brío y la braveza, pero no pierden las fuerzas para trabajar. Asimismo los perros castrados jamás desamparan ni abandonan á sus señores, ni son peores por eso para guardar la casa, ni para la caza. Pues también los hombres por el semejante se hacen más mansos, privados de aquella parte del apetito carnal; pero no más descuidados para hacer lo que les mandan: ni dejan de ser buenos hombres de caballo ni buenos tiradores, ni menos amigos de honra.

Y claramente muestran que en la guerra y en la caza guardan una presunción y competencia en sus ánimos. Ya pues que sean fieles en las adversidades de los señores, muy bien lo tienen probado; porque ningunos hay que muestren más fieles obras en las adversidades (1) de los señores que los eunucos. Y si

(1) Los eunucos son muy fieles criados para con sus señores en las adversidades.

por ventura parece que son disminuídos en la fuerza del cuerpo, el hierro hace iguales en la guerra á los flacos con los fuertes. Así que, conociendo esto Cyro, recibió de los porteros todos los que tenía para la guarda de su cuerpo, é hízolos eunucos (*).

Y pensando que esta guarda no era bastante para con la multitud de aquellos que le querían mal, miró por otros algunos muy fieles, que pudiese tomar para la guarda de Palacio. Y sabiendo que los Persas lo pasaban mal en sus casas por la pobreza que tenían, y que vivían con mucho trabajo por ser la tierra áspera, y que todos trabajaban por sus manos, pensó que éstos serían muy contentos de quedarse allí á vivir con él. Así que tomó diez mil hombres déstos con lanzas, que de noche y de día guardaban el Palacio al derredor; y cuando estaba dentro en ocio, y cuando salía fuera le acompañaban puestos en orden de una parte y de otra. Pensando también que convenía haber guardas bastantes para toda la ciudad de Babylonia, ahora estuviese él dentro, ahora saliese fuera á alguna otra parte, ordenó y puso guarnición bastante en Babylonia, y mandó que los Babylonios les pagasen á éstos todo el sueldo; porque su intento era aba-

(*) No se ha explicado Xenofonte con tanta precisión y exactitud, que sus expresiones no puedan recibir diversos sentidos. El que da Gracián á las últimas palabras de este período no lo resiste la frase griega: pero no es adaptable al contexto. ¿Quién ha de creer de un Príncipe tan humano como Cyro un hecho tan cruel y afrentoso, como es esta mutilación? Fuera de que sería una prevaricación manifiesta que pretendiese Cyro conciliarse el amor de sus súbditos por aquellos medios con que él mismo había sublevado á los del Rey de Asyria, como lo muestra el ejemplo de Gadatas. Así que el pensamiento de Xenofonte es: *Conociendo esto Cyro, hizo ó eligió solamente eunucos para porteros de su casa y guardias de su cuerpo.*

tir y debilitar á los de Babylonia para que estuviesen muy humildes y muy sujetos.

Esta guarda que Cyro puso entonces para su persona y para Babylonia dura hasta ahora. Considerando también cómo se podría conservar todo el imperio y señorío, y aumentarle más, pensó que estos todos que le seguían alquilados por sueldo no serían tanto mejores que los súbditos cuanto eran más pocos que ellos. Y conocía que debía conservar buenos hombres, pues ellos con ayuda de Dios eran causa de la victoria, y que debía procurar que siempre ejercitasen la virtud: de manera que no pareciese que él se lo mandaba, sino que sabiendo y conociendo ellos que esto era lo muy bueno, procurasen la virtud y perseverasen en ella. Y así mandó ayuntar los Omótimos, y todos aquellos que le parecieron aparejados, útiles y provechosos para ser participantes de los trabajos y de los bienes; y cuando todos fueron juntos, hablóles desta manera:

«Varones amigos (1) y compañeros, muchas gracias »debemos dar á Dios porque nos dejó alcanzar aquello »que nosotros pensábamos que merecíamos. Ahora, »pues, ya tenemos mucha tierra y muy buena, y los »que la labran nos mantienen; y también tenemos »casas, y en ellas todos sus aparejos, y ninguno de »vosotros teniendo esto pienso que tiene lo ajeno. »Porque ley es perpetua entre todos los hombres, que »cuando alguna ciudad fuere tomada por armas, los »cuerpos de los que están en la ciudad y los dineros y

(1) Oración prudente de Cyro después de la victoria á los suyos, amonestándoles el trabajo y cuidado que deben tener para conservar lo ganado, y con ejemplos y comparaciones los advierte de lo que en esto les conviene. El razonamiento es noble más por la fina filosofía que tiene, que por mucha más gracia de elocuencia que tuviera.

»todos los bienes son de los que los tomaron y los ga-»naron. Luego no poseéis vosotros injustamente lo »que tenéis, sino que por vuestra humanidad y por »vuestra bondad no les quitáis todo lo que les dejáis »tener.

»Y esto yo lo entiendo así. Pues si nos damos á la »pereza y flojedad y al deleite de los ruines hombres, »que piensan que el trabajar es cosa miserable y que »el vivir sin trabajo es deleite, yo os digo que en bre-»ve tiempo seremos tenidos en poco, y que presto »perderemos todos los bienes que tenemos; que cierto »no basta ser buenos, sino perseverar en serlo hasta »el fin. Y bien así como las otras artes no curando »dellas, valen menos, y los cuerpos sanos, cuando los »dejan estar flojos y perezosos, cobran males y enfer-»medades; así también la continencia y templanza y »fuerzas cuando dejan de ejercitarse, se convierten »en vicio y maldad.

»Por lo cual en ninguna manera conviene descui-»darnos, ni debemos saltar luégo de presto á los de-»leites; porque muy gran cosa pienso que es ganar, »pero mucha mayor es conservar lo ganado. Que el »ganar, muchas veces se ha por sola la osadía del que »la alcanza; mas conservar lo ganado no se puede »hacer sin templanza y sin moderación, y sin mucha »diligencia. Así que, conociendo ahora ser así, debe-»mos ejercitar más la virtud que antes que adquiriés-»semos y ganásemos los bienes que tenemos; pues »sabemos bien que, cuanto más uno tiene, tanto más »envidiosos y asechadores y enemigos tiene. Mayor-»mente si las posesiones y siervos que posee las tiene »contra voluntad de sus dueños primeros, como nos-»otros las tenemos.

»Y es de pensar que Dios será con nosotros, pues »no las poseemos injustamente ganadas por traición

»y asechanzas, sino que antes nos vengamos de los »que nos asechaban y armaban traición. Por esto he»mos de aparejar de aquí adelante para seguir siem»pre lo mejor de lo que nos está bien; y esto es pen»sar que los que son más buenos son dignos de man»dar á los súbditos. Que del calor y del frío, del »comer y del beber, y de los trabajos y del sueño de »necesidad hemos de dar parte á nuestros siervos y »criados; y en todo aquello que les hacemos partici»pantes conviene procurar que á todos parezcamos »mejores que ellos. Mas de la ciencia del arte militar »de la guerra y del ejercicio della siempre nos debe»mos guardar de no hacer participantes á aquellos »que queremos tener y poseer por nuestros obreros y »tributarios, sino que á éstos los hemos de exceder en »estos tales ejercicios, y valer más que no ellos. Sa»biendo y conociendo que Dios mostró á los hombres »estos instrumentos de libertad (1) y felicidad. Y así »como á ellos les quitamos las armas, así también nos »conviene á nosotros que nunca estemos sin ellas; »pues sabemos bien que los que tienen siempre las »armas cerca, estos tienen muy á la mano todo lo »que quieren.

»Y si alguno por ventura piensa decir: ¿qué prove»cho nos trae haber acabado lo que deseábamos, si es »menester de nuevo sufrir y tolerar, y tener hambre »y sed, y cuidados y trabajos? este tal es bien que »sepa que tanto más gozo y alegría traen los bienes, »cuanto con más trabajo se alcanzan; que los traba»jos son como salsa para las cosas buenas. Porque al»canzar algo sin desearlo, es menos gustoso después »de alcanzado. Que si alguno no hubiese menester »nada, no hay para qué trabajar por vivir á placer. Y

(1) La guerra es instrumento de libertad.

»si aquello que más desean los hombres nos viniese »por alguna otra vía, no les sería tan suave como si »él mismo lo trabajase; y el tal hombre en tanto más »tendría lo necesario para la vida, cuanto más lo de»sease; como si teniendo hambre alcanzase muy bue»nos manjares, y teniendo sed gozase de muy suaves »bebidas, y habiendo menester descansar, reposase á »su placer. Por lo cual todo digo que es menester dis»ponernos para la virtud y para la bondad, porque »gocemos á nuestro placer de los bienes, y no venga»mos á experimentar aquella cosa que es más dura »de todas. Que cierto no es tan triste cosa no ganar »el bien, cuanto es amarga perder lo ganado.

»Y también pensad ahora esto: ¿qué causa tenemos »para que queramos ser más ruines que de antes? ¿Por »ventura porque mandamos y somos señores? Pues »en ninguna manera conviene que el príncipe sea »más ruin que los otros. ¿Por ventura porque ahora »parecemos estar más prósperos y bienaventurados »que de antes? No cierto, pues que nadie osará decir »que el vicio y la maldad son buenas guardas, ni »buenos tutores de la prosperidad y buena andanza. »¿Por ventura porque tenemos y poseemos siervos y »esclavos? Pues no conviene que siendo uno malo »castigue á los otros por la maldad ó por el vicio.

»Pensaréis también que nos basta que tenemos »aparejo de mantener á muchos para guardas de »nuestras casas y de nuestros cuerpos; pues torpe »cosa será creer que nos conviene tener guardas »para nuestra persona, y nosotros nos guardarnos á »nosotros mismos. Conviene, pues, saber que no hay »otra tan buena guarda para el príncipe, cuanto es »ser él mismo bueno y virtuoso; y esto es lo que »siempre le ha de acompañar. Porque el que está solo »de virtud no puede ni debe tener bien ninguno.

»¿Pues qué os parece se debe hacer, y dónde se ha »de ejercitar la virtud y dónde se ha aprender? No »quiero decir nada de nuevo, sino conforme á lo que »ya teneis sabido, quiero que entendáis que bien así »como en Persia los Omótimos viven y conversan en »las estancias, así también digo que nos conviene »aquí á todos los Omótimos ejercitarnos en los mis- »mos estudios y ejercicios; y pues me veis aquí todos »presentes, considerad bien si tengo cuidado y pongo »diligencia en hacer todo lo que conviene, y yo tam- »bién miraré por vosotros. Y á los que viere ejercitar »la virtud y la bondad, á éstos honraré; y si Dios me »diere hijos, los criaré y enseñaré aquí, porque pro- »curaré más de ser muy bueno, queriendo dar muy »buenos ejemplos á los hijos. Y ellos, aunque quieran, »no podrán fácilmente ser malos, no viendo ni oyendo »de mí cosa que sea torpe ó fea, y gastando los días »en buenos y honestos estudios y ejercicios.»

LIBRO OCTAVO.

ARGUMENTO.

En este libro se contiene la orden que dió Cyro para gobernar un reino tan grande, como era el de que se había hecho señor. Toda va enderezada la materia de la gobernación á representar todo entero un buen príncipe, que como valeroso sepa conquistar, y después como prudente y sabio conserve lo ganado, teniendo más respecto al bien de los suyos que al particular de sí mismo. Aunque éste también se procura y se alcanza cuando se procura y alcanza el público, por estar tan junto como está el uno con el otro, que en queriéndolos apartar perecen ambos, y no puede haber daño en el bien público que no sea con detrimento del bien del príncipe. Todo esto va particularizando Xenofonte en las particularidades que dice ordenaba Cyro para la conservación de su autoridad y reputación y buen ejemplo, y para provecho común y prosperidad de los suyos. Contiénese asimismo el testamento que Cyro hizo, estando presentes sus dos hijos; al mayor de los cuales dejó el Reino, y al otro, que fuese sátrapa de ciertas provincias.

CAPÍTULO I.

Después que Cyro acabó su razón, levantóse luégo tras él Chrysantas, y habló desta manera: «Muchas »veces, varones amigos (1), lo he pensado, y ahora

(1) Oración de Chrysantas, la cual también contiene muy buenas consideraciones morales, y con ellas quiere persuadir Chrysantas que Cyro debe ser muy obedecido de todos. Para alcanzar esto, también usa de un decir un poco más impetuoso y levantado, lo cual es de artificio.

»también lo pienso, que el buen príncipe no difiere »nada del buen padre. Los padres proveen á los hijos »para que nunca les falte el bien; y Cyro me parece »ahora que nos aconseja aquello con que podamos »vivir siempre bienaventurados hasta el fin. Pero lo »que á mí me parece que dejó de declararos como »era menester, esto procuraré yo de enseñaros, para »que lo sepan los que no lo saben. Pensad, pues, aho- »ra: ¿qué ciudad de enemigos fué jamás tomada por »los que no quisieron obedecer á su capitán, y qué »ciudad de amigos fué jamás conservada de los que »no quisieron tener obediencia á su señor? ¿Y qué »ejército de los que no fuesen obedientes alcanzó »jamás la victoria? ¿O cuándo son los hombres con »más facilidad vencidos en las batallas, que cuando »procura cada uno en particular de salvarse á sí »solo? ¿Qué cosa buena pudieron jamás hacer aque- »llos que no obedecen á los mejores? ¿Qué ciudades »se habitan según las leyes, ó qué casas se pueden »conservar, ó qué naos llegan al puerto donde van, »si no hay obediencia? Pues nosotros todos los bie- »nes que ahora tenemos, ¿por qué los hemos alcan- »zado principalmente, sino por tener obediencia á »nuestro príncipe? Por esto de noche y de día ve- »níamos de presto donde era menester; y siguiendo »todos muy espesos al príncipe, nunca estábamos »reposando, ni dejábamos por acabar y medio hecho »todo lo que nos era mandado. Pues si es muy gran »cosa obedecer al príncipe para alcanzar el bien, »debéis asimismo saber que también lo es para con- »servarlo.

»Antes muchos nos mandaban, y á ninguno man- »dábamos; ahora habéis venido á tales términos todos »los que estáis aquí presentes, que unos mandáis á »muchos, y otros á pocos. Pues así como vosotros os

»tenéis por dignos de mandar á los vuestros, así tam-»bién nosotros es razón que obedezcamos (1) á los »que tenemos obligación de obedecer. En esto hemos »nosotros de diferir de los siervos, que los siervos »contra su grado sirven á los señores, y nosotros que »nos tenemos por libres lo habemos de hacer de buen »grado; porque desta manera parece ser más esti-»mado. Hallaréis también que en cualquiera repú-»blica donde el mando no es de uno solo, la ciudad »que de muy buena gana obedece á los gobernadores, »ésta menos que todas podrá ser constreñida que »obedezca los enemigos. Luego parezcamos todos pre-»sentes, como Cyro lo manda, en esta estancia, y »ejercitemos aquello con que podamos conservar lo »bueno. Ofrezcámonos y representémonos á él, para »que Cyro se sirva de nosotros y nos emplee en lo »que fuere menester. Pues debemos bien saber que »no se hallará jamás que Cyro se quiera servir de »nosotros para su bien, y no para el nuestro; pues »tan bien es nuestro provecho como el suyo, y los »que son sus enemigos también lo son nuestros.»

Cuando Chrysantas acabó de hablar, levantáronse otros muchos de los Persas y de los compañeros; y consintieron y aprobaron todo lo que por él fué dicho. Al fin fué determinado que los honrados y más principales hubiesen de parecer siempre á las puertas, y ofrecerse y mostrarse á Cyro, para que se sirviese dellos en todo lo que quisiese, hasta que los despidiese y mandase ir. Y como entonces fué determinado, así también lo hacen ahora los que moran en Asia, y están debajo del mando del Rey, que frecuentan de continuo los palacios de los príncipes. Y lo mismo que mostramos que Cyro por razón había

(1) Gran bien es obedecer á los príncipes y caudillos.

ordenado para conservar así el imperio para sí y para los Persas, lo mismo hacen por ley hasta ahora todos los reyes que después dél vinieron. Y esto va de la misma manera que se han todas las otras cosas: que cuanto es mejor el príncipe que manda, tanto más puras y mejores leyes establece; y cuanto es más ruin, tanto las ordena más malas. Así que venían de continuo los honrados á las puertas de Cyro con sus caballos y sus lanzas de común consentimiento de todos los hombres buenos que habían sido en conquistar el imperio.

Y Cyro ordenó otros mayordomos y procuradores para las otras cosas; y tenía recaudadores de sus rentas, y despenseros para los gastos, y veedores de las obras, y guardas de las posesiones, y fieles que tenían cargo de las provisiones necesarias para comer. Y también dió cargo de los caballos y de los perros de caza á aquellos que pensaba que harían muy buenos estos animales para poderse servir dellos. Mas de los hombres, aquellos que pensaba que le convenía tener para guarda y conservación de su estado y felicidad, éstos no los encomendaba á otros para que los hiciesen muy buenos, sino que lo tomaba él por su oficio propio. Que bien sabía que si en algún tiempo era menester pelear, que destos tales había de escoger los que mandasen y presidiesen, y con ellos ponerse á muy grandes peligros. Y destos tales ordenó los capitanes de la infantería y de gente de caballo. Y si era menester para alguna parte capitán general, sin que fuese necesariamente su persona, él mismo sabía bien que déstos le había de enviar.

Y también sabía que se había de servir déstos para gobernadores y conservadores de las ciudades y de todas las otras naciones. Y déstos enviaba algunos por embajadores, lo cual él tenía en mucho, por poder

alcanzar sin guerra lo que le cumplía. Y no siendo tales cuales habían de ser aquellos que eran diputados para estas cosas grandes (1), pensaba que todas sus cosas iban á mal; y si éstos eran cual convenía que fuesen, pensaba que todo se le haría bien. Conociendo esto, metióse en este cuidado y diligencia; y pensaba que el mismo ejercicio de virtud había de tener él mismo que todos los otros. Que cierto pensaba ser imposible que, no siendo el tal como convenía ser, pudiese mover é incitar á los otros á hacer obras buenas y virtuosas. Así como pensó esto, así también le parecía que primero había menester ocio y espacio, si quería poner diligencia para que todo esto se cumpliese muy bien. Pues descuidarse de las rentas, no le parecía ser cosa que cumplía; porque él entendía que de necesidad había de hacer muy grandes gastos para conservar muy gran imperio.

Y siendo señor de tantas tierras, si quisiese entender siempre en ellas, sabía también que tendría muchas ocupaciones en procurar por el bien de todos. Así que, considerando cómo podrían hacerse bien las cosas de su casa, y tener ocio, pensó en cierta manera para ellas una orden como de guerra militar, que así como los caporales de diez tienen cuidado de las escuadras de diez, y los capitanes de los caporales, y los coroneles mayores de diez mil de los coroneles menores de mil; y desta manera ninguno se les pasa por alto, aunque haya muchos millares de hombres; y cuando el capitán general se quiere servir de todo el ejército para hacer alguna cosa, bástale madarlo á los coroneles mayores; pues por esta misma orden que se gobiernan las cosas de guerra, por esta misma Cyro

(1) Gran ayuda para la felicidad del reino, que los grandes señores sean llanos.

recapituló y ordenó en suma todos los negocios de su casa; de suerte que le bastaba hablar con pocos, para que no hubiese descuido en las cosas de su casa y gobernación. Y con esto tenían más ocio y espacio que no otros que solamente tienen cuidado de una casa, ó cargo de una nao. Por lo cual como ordenase las cosas de su casa por esta vía, enseñó los suyos que siempre guardasen esta orden; y así buscó ocio y descanso para sí y para los suyos.

Comenzó de dar instrucción á sus familiares cómo habían de regirse. Y primeramente todos los que tenían hacienda bastante para mantenerse trabajando otros, si estos tales no parecían presentes á las puertas, mandábalos buscar, pensando que los que parecían allí de su grado, no querrían hacer cosa mala ni fea, ó porque estaban cerca del Príncipe, ó porque sabían que los hombres buenos los miraban lo que hacían. Y los que no venían ni parecían, creía que estaban ausentes por algún vicio, ó por engañar á alguno, ó por negligencia y descuido. Por lo cual pensando esto constreñía á venir y aparecer allí estos tales, mandando como por sentencia á alguno de aquellos que más eran sus amigos, que tomase para sí los bienes de aquel que no parecía, diciendo que tomaba de lo suyo. Haciéndose esto así, venían luégo aquellos que había sido privados de sus bienes como agraviados.

Y Cyro en muchos días no les daba audiencia: después de oídos, dilataba la causa por mucho tiempo. Y con esto pensaba que los acostumbraría á servirle, y que menos enemigos le serían, que si castigándolos él mismo les forzase que viniesen. Así que esta era una manera de enseñarlos para que pareciesen presentes; y la otra era que mandaba á los que estaban presentes aquellas cosas que eran muy fáciles de ha-

cer y muy provechosas y de mucha ganancia para ellos; y la otra que nunca repartía nada á los ausentes. Pero la mayor de todas, y que más le necesitaba, era que al que de todo era desobediente le quitaba la hacienda y la daba á otro que pensaba que estaría presente cuando fuese menester. Y así este tal se le hacía amigo útil y provechoso en lugar del inútil y desaprovechado. Y aun el que ahora es rey pesquisa si falta alguno de los que deben estar presentes.

Pues desta manera era Cyro contrario á todos los que no parecían; y á los que se le presentaban, pensaba que los podría mover é incitar para las obras buenas y virtuosas; porque de tal suerte les mandaba á ellos y los regía, que procuraba de mostrarse á los súbditos ser más ordenado en virtudes que todos los otros. Y también daba á entender, que le parecía á él que por leyes escritas los hombres se hacían mejores. Mas el buen príncipe pensaba que era una ley viva para los hombres, que bastaba para ordenar y ver el que estaba desordenado, y castigarle. Teniéndolo, pues, entendido ante todas cosas se mostraba trabajar más, y tener más cuidado en las cosas del culto divino cuando tenía más prosperidad. Entonces fué cuando primeramente ordenaron los Magos los himnos y alabanzas en honra de los Dioses. Y luégo que amanecía sacrificaba á los Dioses que decían los Magos; y así lo que entonces fué establecido y ordenado dura hasta ahora acerca del que reina. Y en esto los primeros, como más ganosos, le imitaban los otros Persas, teniendo por sí que serían bienaventurados si honrasen y acatasen á Dios, como lo hacía el que era príncipe y el más rico y binaventurado de todos: y en ello pensaban que hacían muy gran placer á Cyro.

El mismo Cyro pensaba que la santidad y religión de los suyos le aprovechaba también á él: porque con-

sideraba lo mismo que aquellos que navegan, que escogen antes ir en compañía de los buenos y religiosos, que no de aquellos que parecen malos y perversos. Asimismo consideraba que si todos sus familiares fuesen buenos y religiosos para con Dios, que serían menos malos entre sí y para con él mismo, teniéndose por tal que debía ser como un bienhechor para con los familiares. Daba también á entender claramente á todos aquellos que él estimaba en mucho, que á ningún amigo ni compañero había injuriado; sino que mirando él rectamente la justicia, pensaba que más se habían de abstener los otros de ganancias torpes y feas, y que no querrían por injusticia enriquecer: y creía que todos tendrían más vergüenza dél, si él pareciese claramente que la tenía de todos, para no osar decir ni hacer cosa alguna torpe ó fea.

Y esto ser así lo conjeturaba porque comunmente los hombres tienen más vergüenza de los vergonzosos que de los desvergonzados, ahora sea este tal á quien han de tener el respeto el príncipe, ahora sea uno de los otros á quien ni están sujetos ni temen. Y también las mujeres vergonzosas son más respetadas de aquellos que las tienen por tales. Y pensaba que permanecería más la obediencia en los suyos, si honraba manifiestamente más á aquellos que sin excusa le obedecían, que no á los que parecían dar muestra de muchas virtudes y de mucho trabajo, sin ponerlo por obra. Conociendo esto, perseveraba en hacerlo siempre así.

Mostrando la templanza en sí mismo, hacía que todos la ejercitasen más; porque cuando los hombres ven vivir templado á aquel que tiene más poder para hacer injuria, entonces los débiles y que poco pueden no quieren que se presuma ni entienda dellos que hacen injuria alguna. Hacía diferencia entre la vergüen-

za y la templanza: los que tienen vergüenza quería que fuesen los que huyen de hacer en público cosa que sea torpe y fea; y los templados, los que en público y en secreto. Y desta manera pensaba que se ejercitaría más la templanza si se ponía por público ejemplo á sí mismo que no se retraía de las buenas obras para los deleites súbitos y halagüeños, sino que antes quería tomar el trabajo con virtud que no el deleite con vicio. Pues siendo tal Cyro, hacía que en las puertas y en las entradas hubiese mucha modestia y templanza en los ruines, para que tuviesen el respeto debido á los mejores y mucha vergüenza y reverencia entre sí. Ninguno vieras allí que se ensañaba con voces, ni se holgada con risa por la injuria de otro; sino que si los vieras, pensaras verdaderamente que vivían según razón. Y ordenando y haciendo estas cosas y otras semejantes, pasaban la vida los que estaban á las puertas.

Fuera de esto, por causa del ejercicio de la guerra sacaba á caza á los que pensaba que les convenía ejercitarse en ella. Este ejercicio juzgaba que era el más bueno para las cosas de la guerra, y para el ejercicio de cabalgar á caballo el más verdadero: pues en diversos lugares les pone la caza á los de caballo en que han de usar su destreza. Han menester ir en pos de las fieras cuando huyen, y esto los hace más hábiles para obrar desde los caballos, porque se ceban del deseo y codicia de honra, y ésta los acostumbra más á sufrir los trabajos, y los fríos y los calores, y la hambre y la sed á los que se dan á ella. Y aun ahora el Rey y los suyos tienen y usan este ejercicio de la caza.

Destas cosas, pues, que ya hemos dicho, se parece claramente cómo él tenía por averiguado que á ninguno pertenecía ser señor y mandar, sino á aquel que

fuese mejor que aquellos á quien mandaba. También se entiende esto, que por tal manera ejercitaba los suyos, que él mismo trabajaba más que todos en la templanza y en las artes de guerra, y en los ejercicios della. Y entonces sacaba los otros á caza cuando no había necesidad de quedar en casa; pero si alguna vez la había, cazaba en casa las fieras que mantenía en los huertos y bosques cercados. Y jamás cenaba antes que hubiese sudado con el trabajo, ni mandaba dar de comer á los caballos antes que se hubiesen ejercitado, y convidaba á la caza á sus ministros, que llevaban el sceptro (1). Así que él excedía á todos en todas las buenas obras, y también los suyos á los otros por el continuo ejercicio; y este ejemplo daba de sí mismo. También honraba con dádivas y cargos y preeminencias y honras de todas maneras á aquellos que veía que obraban la virtud y la bondad, de tal manera que á todos ponía codicia y competencia que cada cual quisiese parecer muy bueno en los ojos de Cyro.

Asimismo parece que aprendimos esto de Cyro: que no solamente pensaba que convenía á los príncipes exceder á sus súbditos en ser mejores que ellos, sino que también pensaba que convenía enamorarlos en el atavío del cuerpo. Por esto escogió de traer vestida una estola hecha á la manera de las de Media, y persuadido á sus amigos y familiares que se vistiesen desta manera; porque esta vestidura, por ser larga, parecía que cubría las tachas del cuerpo, si algunas había; y los que las traían parecían más grandes y más hermosos. El calzado tenían tal, que pudiesen poner en él algo secretamente para que pareciese el hombre más alto y los hiciese parecer mayores. Alcoholában-

(1) Quién fuesen estos que traían ¡los sceptros, adelante lo declara Xenophonte.

se los ojos, y se teñían las cejas porque pareciesen más lindos los ojos, y fregábanse el rostro por parecer más colorados que no eran de su natural. Mandólos acostumbrar á no escupir ni sonarse las narices en público, y á que no torciesen el cuello, ni volviesen el rostro para ver alguna cosa, como aquellos que no se maravillasen de nada. Todo esto pensaba que aprovechaba algo para no ser menospreciados de los súbditos.

Los que le parecían buenos y suficientes para los cargos y gobiernos, ordenábalos á ejemplo de sí mismo, para que lo acostumbrasen mucho antes, y se ejercitasen en parecer muy venerables y severos á los que mandasen y presidiesen. Los siervos que ordenaba para el servicio, á estos no convidada á que se ejercitasen en ninguna de las artes de nobles y libres, ni les consentía tener armas; sino procuraba que nunca les faltase el comer ni el beber para el servicio de las otras artes de libres. Y cuando iban á caza y corrían las fieras en los campos, permitíales á estos siervos y esclavos que trajesen la comida á los otros para la caza; y á ninguno de los nobles y libres lo permitía traer. Cuando caminaba llevábalos á los siervos á dar agua como bestias, y cuando era hora de comer esperábalos hasta que comiesen, porque no tuviesen hambre. De manera que éstos también, como los buenos y honrados, le llamaban siempre padre (porque tenía cuidado dellos), mostrando que siempre querían ser sus siervos.

Y desta manera procuró seguridad para todo el Imperio de los Persas: y para evitar que á él mismo no le viniese algún peligro ó mal de aquellos á quien había sujetado, mostrábase muy valiente y osado, y tenía por hombres de pocas fuerzas á los que veía vivir malamente y desordenados; y ninguno de estos

tales se le acercaba á él de noche ni de día. Mas á los que dellos tenía por buenos y concertados, de buena gana los miraba juntos y armados: y algunos dellos sabía que eran capitanes de hombres de caballo, y otros de infantería; y muchos dellos veía que tenían una presunción de ánimo como hombres bastantes para mandar, y éstos se metían con los de su guarda; y muchos dellos se juntaban con él, porque de necesidad se había de servir dellos, Así que destos que había sujetado se recelaba que no le viniese algún peligro de mal por muchas vías; por lo cual consideraba cómo podría estar seguro dellos: que quitarles las armas, y hacerles que fuesen menos que hombres para guerra, no lo aprobaba; porque le parecía cosa injusta, y pensaba que sería destrucción de su reino; pues si no los admitía, y claramente les mostraba no fiarse dellos, lo tenía por principio de guerra. Por eso pensó una cosa que le pareció la mejor de todas para su seguridad, y más loable: ésta era trabajar si pudiese de hacer que los principales dellos fuesen más sus amigos que no ellos eran entre sí.

CAPITULO II.

Pues la manera que á mi parecer tuvo para venir á ser amado dellos, procuraremos de lo contar ahora: Primeramente, en todas cosas se mostraba siempre humano en cuanto podía, pareciéndole que así como no es cosa fácil amar á aquellos que parecen que nos tienen odio, ni querer bien á los que nos quieren mal; así tambien á los que conocemos que nos aman y quieren bien, no puede ser que les tengamos odio;

siendo así que tengamos creído dellos que nos quieren bien. Así que mientras no tuvo posibilidad de dineros para poder hacer bien, procuraba de granjear el amistad, mirando siempre por los compañeros y amigos, y trabajando con ellos, y mostrando claramente que le placía de su bien y le pesaba de su mal.

Después que vino á tal estado que les pudiese hacer bien con dineros, á mi parecer, les hizo, como se puede ver claro, el beneficio más agradable que puede haber en el trato y conversación que tienen los hombres unos con otros, que es á su misma costa darles de comer y beber. Pensando, pues, esto Cyro, fué el primero que ordenó que á todos los de su mesa se les pusiesen las mismas viandas que á él, y tantas cuantas fuesen bastantes para muchos hombres. Todo lo que se ponía delante, sacando lo que estaba para él y sus convidados, lo repartía entre sus amigos, á los que quería mostrar que tenía memoria dellos y los quería bien, y enviaba á aquellos que más le contentaban, ó en la guarda de su persona, ó en el servicio, ó en otros negocios cualesquiera, dándoles á entender en esto que no ignoraba la voluntad que tenían de agradarle.

También honraba á sus criados dándoles algo de lo de su mesa, cuando quería loar á alguno: y toda la comida de sus criados mandaba poner encima de su mesa, pensando que desta manera les engendraría amor como á hijos. Y si quería que alguno de los amigos fuese estimado de muchos, á este tal también enviaba algo de su mesa; porque aun ahora también á los que ven que se les envía algo de la mesa del Rey, á estos tales todos les hacen más honra en Persia, pensando que ellos son honrados, y bastantes para alcanzar del Rey lo que han menester. Y no solamente deleita y agrada lo que el Rey envía por las causas

arriba dichas, sino porque á la verdad tiene más contentamiento y deleite en sí lo que es enviado de la mesa del Rey.

Y que esto sea así no es de maravillar, porque bien así como todas las otras artes y oficios se obran y labran mejor en las grandes ciudades, así también las viandas y manjares del Rey son hechos y aparejados con más trabajo y artificio. En las ciudades pequeñas los mismos oficiales hacen la cama, la puerta, el arado, la mesa; y muchas veces él mismo labra la casa, y se alegra si hay algunos que le den obras de muchas maneras, que sean bastantes para mantenerse; pero no hay duda sino que es imposible que los hombres que tienen muchos oficios los puedan hacer todos bien. Y así en las grandes ciudades, porque muchos han menester á uno, basta un oficio á cada cual para mantenerse; y muchas veces no uno entero, sino que uno hace el calzado de hombres, y otro de mujeres; y aun en este mismo oficio hay uno que corta el calzado, y otro que lo cose, y cada cual dellos se mantiene. Y también hay uno que corta de vestir, y otro que no tiene otra cosa que hacer sino aparejarlo. Que de necesidad el que entiende en una obra pequeña, es forzado que la haga muy bien.

Lo mismo acaece en las cosas de comer, porque cuando uno mismo hace la cama, pone la mesa, amasa, cuece, y guisa de comer, y hace otras haciendas, necesario es que cada cosa destas vaya como puede. Pero cuando uno tiene harto que hacer en cocer la carne, y otro en asarla, y otro en cocer los peces, y otro en asarlos, y otro hace pan, y aun no de todas maneras, sino que le basta que lo haga bien de una suerte; necesario es, según pienso, que todo esto vaya muy bien hecho, pues cada obra se hace por sí. Y así el que lo hace mejor en las cosas de comer, éste sin

comparación excede á los otros: y porque Cyro tenía tales sus cocineros, por eso podía ser muy estimado lo que guisaban.

Pues cuánto Cyro valiese más que todos los otros, de aquí adelante lo daremos á entender. Como tuviese muchas más rentas que todos los otros, mucho más los excedía en hacer mercedes y ser liberal. Y Cyro comenzó aquel uso y costumbre que dura ahora entre aquellos reyes de ser francos y liberales en hacer bien mercedes. Porque decidme, yo os ruego: ¿quién tiene amigos más ricos el día de hoy que el Rey de Persia? ¿Quién parece haber ataviado con más ricas vestiduras á los suyos que el Rey de Persia? ¿Qué dádivas vemos que parezcan reales, como las manillas, collares, joyeles, caballos con frenos de oro, pues á ninguno es lícito tener esto, sino aquel á quien el Rey lo da? ¿De quién otro se cuenta haber hecho con la grandeza de sus dádivas y mercedes que el Rey fuese más querido que los hermanos, y los padres y los hijos? ¿Quién otro pudo castigar tan bien los enemigos que estaban ausentes y lejos camino de muchos meses, como el Rey de Persia? ¿Quién otro hubo que, habiendo sujetado el Imperio, fuese llamado padre de los súbditos cuando muriese, sino fué Cyro? Pues este nombre de padre, claro está que más le pertenece al que hace el bien, que no al que le quita.

Asimismo sabemos que no con otra cosa adquirió Cyro aquellos que son llamados ojos del Rey, y orejas del Rey, sino con darles dones y honrarlos. Porque haciendo mucho bien á los que le hiciesen sabedor de lo que le cumplía oir, hizo á muchos hombres que tuviesen orejas para oir, y ojos para ver algo, que avisándoselo al Rey le viniese provecho dello. De aquí nació el proverbio vulgar: *Que son muchos los ojos del*

Rey, y muchas las orejas del Rey. Y si alguno piensa que más vale que el Rey no tenga sino un ojo, engáñase; porque uno sólo muy poco verá, y muy poco oirá; y pondrá descuido á los otros de lo que le fuere encomendado, si fuere mandado á uno solo. Demás desto, al que conociesen ser un ojo, sabrían que les convenía guardarse de aquel sólo, y no de otro. Pero no es así, sino que el Rey oye á todos aquellos que dicen haber oído ó visto algo digno de proveerse con cuidado y diligencia; y desta manera se piensa que el Rey tiene muchas orejas y muchos ojos. Por esto también se recelan de decir en todas partes algo que no conviene al Rey, como que él lo oyese, ó de hacer lo que no cumple al Rey, como que él estuviese presente. Y desta manera ninguno osaba hacer ruin mención de Cyro á otro alguno; sino que cada cual estaba alerto, como si estuvieran presentes todos los ojos del Rey y todas las orejas del Rey. Ya pues de que todos los hombres le fuesen tan aficionados, yo no sé otra causa mayor que esta, que por poco servicio quería hacer mucho bien á muchos.

Y que excediese á todos en grandeza de dádivas y mercedes no es de maravillar, porque era muy más rico que todos; pero es de maravillar que, siendo Rey, sobrepujase á todos sus amigos en cuidado y diligencia. Así se cuenta dél, que de ninguna cosa se afrentaba tanto, como de ser sobrepujado y vencido de los amigos en cuidado y diligencia. Y todos hacen mención de un dicho suyo, que decía: que eran muy semejantes en todo las obras del buen pastor y las del buen Rey; «porque al pastor, dice, le conviene tener bien curado su ganado para aprovecharse dello si estuviere bueno; y el Rey asimismo ha de hacer prósperos y bienaventurados las ciudades y los hombres, para que pueda servirse dellos.» Así que no es de ma-

ravillar que, siendo deste parecer, pretendiese vencer á todos los hombres en bien hacer.

De lo cual se dice que Cyro mostró muy buen ejemplo á Creso, cuando le amonestaba que vendría á ser pobre si daba tanto y era tan largo, pudiendo tener en casa muchos tesoros de oro guardados para él solo. Cyro dicen que le preguntó entonces: «¿Cuántos dineros piensas que tendría, si hubiese allegado el oro, como tú me aconsejas, desde todo aquel tiempo que tengo mando?» Creso respondió que tendría infinito número. Cyro replicó á esto, y le dijo: «Ahora, pues, Creso, envía un hombre tuyo con este Hystaspas, de quien tú más te confíes; y tú, Hystaspas, vé á todos mis amigos, y díles que tengo necesidad de dineros para un cierto negocio (como á la verdad los he menester), y mándales que cada uno me dé todos los más dineros que pudiere. Y escrita y cerrada y sellada la carta de la cuenta de lo que cada uno da, la den á este ministro de Creso para que la traiga.»

Todo esto que dijo lo escribió en sus letras, y las cerró y selló, y dió á Hystaspas para que las llevase á sus amigos, y les escribió á todos que recibiesen á Hystaspas como á su amigo. Después que llegó á todos Hystaspas, y el ministro de Creso trajo las cartas, cuentan que dijo Hystaspas: «Oh Rey Cyro, ya te puedes servir de mí como de hombre rico; porque vesme aquí donde vengo cargado de dones por causa de tus letras.» Entonces Cyro dijo á Creso: «Cata aquí uno de los tesoros que tenemos; los otros puedes ver tú mismo; y cuenta ahora cuántos dineros tengo aparejados si hubiese menester servirme dellos.» Así que, contando Creso los dineros, dicen que halló que tenía muchos más dineros Cyro que tuviera guardades en sus tesoros si los hubiera allegado como Creso le decía. Lo cual pareciendo así, le dijo Cyro:

«Ves aquí, Creso, como yo también tengo tesoros, y tú me mandas que los tenga guardados y allegados, para que me tengan envidia y odio por ellos, y los haya de confiar de hombres asalariados que me los guarden. Yo haciendo ricos los amigos, éstos pienso que son mis tesoros, y más fieles guardas de mí y de todos mis bienes, que no si los doy en guarda á hombres que lleven sueldo para ello. Y otra cosa también te digo, Creso: que yo no puedo sobrepujar á los hombres en aquello en que Dios quiso que todos fuesen iguales, pues que él los hizo á todos igualmente pobres; pues á éstos no los puedo yo hacer ventaja en condición, sino que también soy codicioso y hambriento de dineros como los otros. Pero en esto sólo pienso que hay diferencia de mí á ellos: que éstos después que han alcanzado más dineros de los que les basta, los unos los guardan so tierra, otros los dejan podrecer, otros los cuentan, otros los miden, otros los despenden y gastan, otros los guardan y tienen harto negocio en que entender con ellos. Y aunque los tienen dentro de su casa, no comen más de lo que pueden, porque reventarían; ni visten más de lo que pueden traer á cuestas, porque se ahogarían. Y los dineros demasiados y superfluos les dan trabajo; pero yo, sirvo con ellos á Dios; y aunque codicio siempre más y más dineros, después que los he alcanzado, con los que me sobran de lo que he menester, con estos proveo las necesidades de los amigos, y haciendo bien y enriqueciendo los hombres gano su gracia y amistad; y el fruto que saco de esto es la seguridad y la buena fama que nunca se podrece ni se daña, por mucha que haya una sobre otra. Antes la buena fama, cuanto más grande es, tanto mayor, mejor y más buena y más liviana de llevar; y muchas veces alivia á los que la llevan y traen consigo. Y para que lo sepas

esto, Creso, te digo que yo no tengo por más bienaventurados los que tienen y guardan muchos dineros. Que desta manera los que guardan las puertas y los muros de las ciudades serían los más bienaventurados; porque guardan todo aquello que está dentro dellas, sino aquel que puede alcanzar muchos dineros con justicia, y gastarlos para provecho de muchos con bondad. Este tal pienso que es bienaventurado y sus dineros también.» Esto así lo mostraba Cyro por obras, como lo decía de palabra.

Demás désto, entendiendo que muchos hombres en sanidad procuran todo lo necesario, y lo que es útil y provechoso para su mantenimiento, y comer cuando están sanos, y veía que no curaban de proveer lo que habían menester para cuando entuviesen enfermos, parecióle también que debía proveer en esto; y así mandó traer muy buenos médicos (1) para tener consigo; y todos los instrumentos y medicinas y cosas de comer y de beber, que cualquier dellos decía que eran necesarias, las mandaba tener aparejadas y guardadas. Y cuando alguno caía malo, miraba la disposición que había para curarle, y le mandaba dar todo lo que había menester. Y hacía gracias á los médicos cuando sanaban á alguno de aquellos que habían tomado á su cargo de curarle. Con esto y otras cosas semejantes procuraba por valer más á cerca de aquellos de quien quería ser amado.

De todos los ejercicios que ponía contiendas, ponía también premios y joyas, queriendo engendrarles competencia entre sí de las obras buenas y virtuosas. Y esto traía mucho loor á Cyro, que siempre procuraba como se ejercitase la virtud. Y estas contiendas y competencias las ponía entre los unos y los otros.

(1) Provisión de médicos es necesaria en la república.

Demás desto, estableció Cyro por ley que todas las cosas que requiriesen juicio, ahora fuesen causas civiles, ahora contiendas, todos aquellos que tuviesen necesidad de ser juzgados tuviesen recurso á los jueces; porque cierto está que la una parte y la otra escogerían los mejores jueces y los amigos. Y el que no vencía la causa tenía envidia (1) á los que vencían, y tenía odio á los jueces que no daban sentencia por él. Y el que vencía pensaba que vencía con derecho, y así pensaba que no habría que agradecer á ninguno. Y los que querían ser primeros en la amistad de Cyro, así como otros en las ciudades, éstos se tenían envidia unos á otros: por lo cual muchos querían antes quitar del medio á su rival, que no juntamente hacer algo de bueno para ambos. Y todo esto venía á parar en una envidia honesta que los unos á los otros se tenían; la cual era muy provechosa para que todos le tuviesen más respeto. Y en esto declaró Cyro que procuraba que los más buenos y los más principales le amasen más á él solo que no á sí mismos unos á otros.

CAPÍTULO III.

Ahora contaremos cómo Cyro hizo la primera salida de Palacio; porque la pompa y la majestad de salir fuera nos parece una de las artes que se procuran

(1) Todo esto que toca á contender unos con otros, y quedar triste el vencido y el vencedor alegre, le parecerá no bien ordenado á quien no considerare cuán bien dijo Hesiodo que dos maneras de envidia hay, una viciosa, y otra generosa é hidalga, que pone codicia de lo bueno, y enciende más el ánimo en el deseo de la virtud.

para que el imperio y mando no sea tenido en poco. Primeramente, antes que saliese, mandó llamar á sí los que tenían cargos públicos, así de los Persas, como de otras naciones, y repartióles estolas y vestiduras de las de Media, y entonces primeramente los Persas le vistieron la estola de Media. Y cuando se las daba ses decía así: que él quería cabalgar para los templos consagrados á Dios; y hacer allí sacrificios juntamente con ellos. «Por lo cual, dice, seréis aquí prestos á las puertas vestidos con estas estolas mañana antes que salga el sol, y venid ordenados de la manera que Feraulas Persa os lo mandare de mi parte. Y cuando yo saliere delante me seguiréis en el lugar que os fuere señalado. Y si á alguno de vosotros le pareciere otra orden mejor que esta con que ahora salimos, muéstrelo á la vuelta que tornáremos. Pues para que á todos os parezca muy buena y muy linda orden, conviene aparejarlo todo cada cosa por sí, por el orden que yo he dado.»

Después que hubo repartido aquellas vestiduras y estolas ricas entre los principales, mandó traer otras estolas de Media, porque tenía muchas aparejadas sin escasez, así de púrpura, como de color rosado y leonado. Y habiendo repartido parte destas vestiduras á cada uno de los capitanes y caudillos, mandóles que ataviasen con ellas á sus amigos, «como yo, dice, atavío á vosotros.» Entonces uno de los que allí estaban le dijo: «Y tú, Cyro, ¿cuándo te has de ataviar?» Respondióle Cyro: «¿No os parece que yo estoy ataviado, cuando os atavío á vosotros? Que ciertamente si yo os puedo hacer bien á vosotros mis amigos, con cualquier vestidura que tuviere vestida, con esta pareceré muy hermoso.»

Y así aquéllos se partieron, y enviáron á llamar sus amigos, y los ataviaron con aquellas estolas. Pues

Cyro, sabiendo que Feraulas era uno de los plebeyos, hombre bien entendido y pulido y ordenado, y que procuraba agradarle, y que en el tiempo pasado había sido intercesor para que cada cual fuese honrado según que merecía, mandóle llamar, y aconsejóse con él cómo le parecía que debía hacer para que su salida fuese muy hermosa y agradable de ver á los amigos y que bien la querían, y muy terrible y espantosa á los enemigos y que le quisiesen mal. Después que lo consultaron ambos y les pareció lo mismo, mandó á Feraulas que procurase que el día siguiente fuese la salida como mejor le pareciese: «que yo, dice, he mandado á todos que te obedezcan en la orden que tú dieres para salir. Pero porque hagan de mejor gana lo que tú les ordenares, toma estas estolas, y repártelas entre los capitanes de los hombres de lanza; y llama á los capitanes de los de caballo, y dáles estas; y á los capitanes de los carros darás estas otras.»

Feraulas las tomó de su mano y las llevó. Y dos de los capitanes cuando le vieron, decíanle como por escarnio: «Grande hombre eres tú, Feraulas, que nos has de mandar lo que nos conviene hacer.—No soy yo, por Dios, dice Feraulas, pues no solamente no os lo mandaré según parece que lo hago; pero si es menester llevar las cargas acuestas lo haré. Veis aquí os traigo dos vestidos, para cada uno de vosotros el suyo: tú escoge de los dos el que quisieres.» Y así el capitán tomó el vestido, y luégo se le olvidó la ira y envidia que le había cobrado, y le pedía consejo para cuál tomaría de los dos. Feraulas le aconsejó que tomase el mejor; «y si me culpares que te dí á escoger, cuando otra vez repartiere, te servirás de mí como de otro ministro.» Feraulas, después que hubo repartido las estolas como le había sido mandado, luégo procuró de entender en lo que le convenía á la salida

del Rey, para que todo fuese muy bien concertado.

Y otro día siguiente antes que amaneciese todo estaba aparejado. Había dos bandas de caballeros de la una parte y de la otra del camino, como ahora también van cuando sale el Rey, en las cuales no podía entrar ninguno de aquellos que no fuese de los honrados. Y también había allí dos pertigueros que herían á aquel que perturbaba la orden. Primeramente iban cuatro mil hombres de lanza de cuatro en cuatro delante las puertas, dos mil de una parte y dos mil de otra. Y también estaban todos los caballeros apeados de sus caballos, metidas las manos por las aberturas de las vestiduras, como ahora las guardan cuando el Rey los mira. Estaban los Persas á la mano derecha, y los otros de los compañeros á la siniestra del camino por do había de ir. Y los carros de la misma manera, la mitad de una parte, y la otra mitad de otra.

Después que se abrieron las puertas del Palacio real, salieron los toros para los sacrificios de Júpiter, muy grandes y muy hermosos, de cuatro en cuatro; y los de los otros dioses que los Magos interpretasen. Los Persas usan de más artificio para el culto divino que para las otras cosas. Tras los bueyes iban los caballos (1) que habían de ser sacrificados al Sol. En pos de éstos iba un carro blanco con el yugo de oro coronado, el cual era consagrado á Júpiter, y junto éste iba el carro del Sol, blanco y colorado como el primero. Y tras éste otro carro tercero, que llevaban los caballos encubertados con cubiertas de color rosado, y detrás venían aquellos que traían fuego sagrado en un hogar grande.

A la postre de todos parecía fuera de las puertas

(1) Los Persas sacrificaban al Sol caballos, porque son ligeros como es el Sol.

el mismo Cyro sobre un carro, teniendo puesta su tiara (1) ó mitra derecha, y una vestidura de púrpura ametalada de blanco (y á ninguno otro le es lícito traer la mitad de blanco sino al Rey) y unos muslos de color de yedra; y la ropa real, que llamaban Candy, toda de púrpura. Tenía la diadema al derredor de la tiara; y sus parientes traían esta señal, y ahora también traen la misma. Tenía las manos sacadas fuera de las maneras, y guiaba el carro un carretero, hombre grande de cuerpo, aunque era menor que Cyro, ó porque á la verdad lo era, ó de otra qualquier manera Cyro parecía mucho mayor. Al cual, en viéndole, todos le hacían la reverencia y le adoraban, ó porque algunos fueron mandados comenzar, ó atónitos y espantados de ver su gran aparato y majestad, y porque Cyro parecía grande y hermoso. De antes ninguno de los Persas adoraba á Cyro.

Cuando salió el carro de Cyro luégo comenzaron á andar los cuatro mil hombres de lanza, los dos mil de una parte del carro, y los otros dos mil de la otra; y junto él iban los sceptríferos (2), cerca de trescientos muy bien ataviados en sus caballos con sus astas es las manos; y luégo los caballos que había criado Cyro, con sus frenos de oro y cubiertas ricas diferenciadas, que eran cerca de doscientos; y tras ellos dos mil hombres de lanza. Tras ellos iban los hombres de caballo que habían sido primero armados de Cyro, como arriba dijimos, cerca de diez mil, todos ordenados de ciento en ciento, de los cuales era coronel Chrysantas. Después déstos iban otros diez mil de caballo Persas,

(1) Los Persas al ornamento que los reyes ponían en la cabeza por insignia como corona llamaban Tidaris, de donde después vino el nombre de tiara.

(2) Sceptriferos son los que llevan el cetro.

ordenados de la misma manera, cuyo caudillo era Hystaspas. Después déstos iban otros diez mil de la misma manera, cuyo capitán era Damatas; y tras éstos los de Gadatas. Y después déstos los hombres de caballo Medos, y tras éstos los Armenios, y después los Hyrcanos, y tras éstos los Cadusios; á éstos seguían los Sacas; y después de los de á caballo venían los carros ordenados de cuatro en cuatro, de los cuales era caudillo Artabates Persa.

Caminando Cyro, seguíanle muchos hombres fuera de la ordenanza, que tenían necesidad de hablarle, cada cual para su negocio. Por lo cual Cyro les enviaba algunos de los sceptríferos que iban á par dél, ordenados de tres en tres, de la una parte de la renglera y de la otra, para que fuesen con mensaje; y mandó que les dijesen, que si alguno dellos había menester algo, que hiciese saber lo que quería á algunos de los gobernadores, que aquellos se lo dirían á él. Y así ellos se iban por entre los de caballo, y consultábanlo con aquel que querían. Y Cyro á aquellos que entre todos sus amigos quería que fuesen muy honrados de todos los otros hombres, á éstos les enviaba con alguno á llamar uno á uno, y les decía: «Si alguno déstos que me siguen os informare de algo que no hace mucho al caso, no les deis atención; y si alguno pareciere que pide lo justo, hacédmelo saber; porque de común consejo de todos le despachemos.»

Otros cuando eran llamados, venían luégo de presto, obedeciendo el mandado de Cyro, y mostrando que en gran manera le querían ser obedientes. Había uno llamado Dayfarnes, hombre presuntuoso y mal criado y de viles costumbres, que pensaba cuanto menos de presto obedeciese, tanto más parecería libre. Lo cual sintiendo Cyro, antes que Dayfarnes viniese á él para hablarle, envió secretamente á uno de sus scep-

tríferos que le dijese que ya no le había menester. Y de entonces en adelante no le envió más á llamar; y como otro que fué llamado después dél, por ser más obediente, viniese primero, envió Cyro á él, y dióle un caballo de los suyos que venían atrás, y mandó á uno de los sceptríferos que se le llevase. Todos los que vieron esta acción la tuvieron por cosa muy honorífica, y de allí en adelante muchos más hombres le honraban.

Después que llegaron á los templos hicieron sus sacrificios á Júpiter; y todos sus holocaustos enteros, quemando todos los toros. Y asimismo los hicieron al Sol y quemaron todos los caballos, y después á la diosa de la Tierra sacrificaron todo lo que habían declarado los Magos, y después á los héroes y dioses patrones de Syria. Acabado todo esto, porque el lugar era muy hermoso y aparejado para ello, mandó señalar un puesto de cinco estadios de término, y mandó que corriesen los caballos á la par en cuadrillas, y él salió con la banda de los Persas, y venció; porque se había ejercitado en gran manera en el arte de cabalgar. De los Medos venció Artabates, á quien Cyro había dado un caballo muy bueno: de los Syrios vencía su caudillo: de los Armenios, Tigranes: de los Hyrcanos, el hijo del capitán de su caballería: de los Sacas un hombre particular, que con su caballo pasó á todos los otros, y los dejó atrás casi en medio de la carrera.

Entonces Cyro cuentan que le preguntó al mancebo si trocaría aquel caballo por un reino; el cual le respondió que no le trocaría por el reino, pero que le emplearía en un hombre bueno y esforzado, y que fuese tal que le mereciese, si le quisiese recibir. Cyro le dijo: «Pues yo te quiero avisar para que, aunque aquí tires á ojos ciegas, no puedas errar el tiro, dejando de acertar en hombre bueno.» A esto respon-

dió el Saca con la mano alzada: «Muéstrame tú, Cyro, éste tal para que le hiera con este terrón.» Cyro le mostró dónde estaban muchos de sus amigos, y el Saca cerró los ojos y tiró el terrón; y acaso acertó á Feraulas, que pasaba á caballo á entender en cierta cosa que Cyro le había mandado, el cual, aunque fué herido, no volvió la cabeza atrás sino que pasó adelante su camino á donde Cyro le enviaba. Entonces abrió los ojos el Saca, y preguntó á quién había acertado, y respondiéronle: «Por Dios que á ninguno de los presentes.—¿Ni tampoco de los ausentes? respondió el Saca.—Por Dios, dice Cyro, que tú acertaste á aquel que pasa tan ligero con su caballo entre los carros.—¿Pues cómo, dice el Saca, no volvió la cara?—Debe ser algún loco, respondió Cyro, según parece.»

Oyendo esto el mancebo Saca, fué á ver quién era, y halló á Feraulas la mejilla llena de tierra y de sangre que le salía de las narices del golpe que había recibido. Y después que llegó á él, preguntóle si había sido herido. Y Feraulas respondió: «Tú lo puedes ver.» Entonces dijo el mancebo Saca: «Pues yo te doy este caballo.» Y como Feraulas le preguntase por qué causa se lo daba, el Saca le contó todo el hecho; y finalmente le dijo: «Yo pienso que no erré el tiro de hombre bueno.» Y Feraulas le dijo: «Mas si fueras cuerdo, yo pienso que le dieras á otro que fuera más rico que yo; mas yo lo recibo ahora, y ruego á Dios, que permitió que fuese herido de tí, que me otorgue que no me arrepienta deste don. Ahora toma mi caballo y sube en él, que después yo tornaré á tí.» Y así se partieron el uno del otro.

De los Cadusios venció Rathonices. Y Cyro mandó salir á correr los carros cada uno por sí. Y á todos los vencedores dió vasos, y también les dió bueyes para que comiesen después de los sacrificios, y él tomó un

buey en premio de su victoria. Y de los vasos dió su parte á Feraulas, porque le pareció que había ordenado muy bien su salida, como arriba es dicho. Y como Cyro entonces lo ordenó, así dura hasta ahora, cuando el rey cabalga para salir á alguna parte, excepto que faltan los sacrificios cuando el rey no ha de sacrificar. Acabado todo esto, se tornaron á la ciudad, y se aposentaron los que tenían casas en sus casas, y los que no las tenían, en sus estancias.

Feraulas convidó en su casa al Saca que le había dado el caballo, y le dió abundosamente lo necesario. Después de haber cenado, Feraulas tomó los vasos que Cyro le había dado, y con todos ellos llenos bebió el Saca, y después graciosamente se los dió. El Saca, viendo muchas y muy ricas alhajas, y muchos y muy ricos atavíos y aparatos, y muchos criados, le preguntó: «Dime, Feraulas, ¿eres tú en tu tierra uno de los ricos?» Al cual Feraulas le respondió: «¿De cuáles ricos? Ciertamente soy de aquellos que viven de sus manos. Mi padre me enseñó en la crianza y disciplina de los muchachos, manteniéndome pobremente con su trabajo. Después que vine en edad de mancebo, no pudiéndome mantener á mí ocioso, me sacó á labrar la tierra, y allí me mandó trabajar. Y de ahí adelante yo le mantenía á él mientras vivió, como él me había mantenido de antes, cavando y sembrando una pequeña terrezuela, no mala por cierto, sino muy justa en pagarnos nuestro trabajo. Todo lo que en ella se sembraba lo tornaba enteramente, y algunas veces por su fertilidad daba duplicado el fruto que recibía. Y desta manera pasaba en mi casa la vida. Ahora todo esto que ves me lo ha dado Cyro.»

Entonces dijo Saca: «Oh bienaventurado tú por otras muchas causas, y tambien por esta; porque de pobre te has hecho rico. Que yo pienso que por esta via te

serán más agradables las riquezas; porque siendo antes pobre de dinero, te has enriquecido.» Feraulas le respondió: «Si así lo piensas, Saca, que tanto más alegre vivo cuanto más poseo, engáñaste. ¿No sabes que cómo y bebo y duermo ahora no tan alegremente como cuando era pobre? Porque en tener mucho no tengo otra ganancia sino tener más que guardar, y más que repartir á otros, y más de que tener cuidado, y más negocios en que entender. Ahora muchos criados me piden el comer, muchos el beber, y muchos el vestir: otros han menester el médico; y uno viene con el mensaje que el lobo comió las ovejas; otro que los bueyes se despeñaron; otro que enfermó el ganado. Así que me parece, dice Feraulas, que ahora que tengo mucho, tengo más pena y congoja que de antes cuando tenía poco.

—Mas por Dios, dice el Saca, que cuando lo vieres todo salvo mucho más te alegrarás que no yo.—No es tan alegre cosa tener bienes, respondióle Feraulas, cuanto es triste perderlos. Y sabrás que digo verdad, pues que á ninguno de los ricos verás que vele una noche toda por la fuerza del mucho deleite; pero no verás ninguno de aquellos que han perdido algo que pueda dormir de tristeza.—Así es por Dios, dice el Saca; pero tampoco á ninguno de aquellos que reciben algo, verás soñoliento de placer.—Dices la verdad en eso, respondió Feraulas, porque si el tener fuese tan alegre como el recibir, los ricos serían muy más bienaventurados que los pobres. Mas de necesidad el que mucho tiene ha de gastar mucho con Dios, y con los amigos y con los huéspedes. Pues cualquiera que se huelga demasiadamente con las riquezas, sábete que también le pesa en demasía cuando hace gasto.

—Por Dios, dice el Saca, que yo no soy dés os, sino que tengo por bienaventuranza tener mucho y gastar

mucho.—Pues si así es como tú dices, replicó Feraulas, ¿por qué no serás tú de presto rico y bienaventurado, y también á mí me haces bienaventurado? Toma todo cuanto tengo y poséelo, y usa dello á tu voluntad; y á mí no hagas otra cosa sino mantenerme como huésped, y aun si quisieres, á menos costa que á un huésped. Bástame á mí, que de todo lo que tuvieres me hagas participante.» Entonces dijo el Saca: «Parece que te burlas conmigo.» Y Feraulas le afirmó con juramento que lo decía de veras. «Y aun también, dice, alcanzaré esto de Cyro, que no hayas menester parecer á las puertas, ni ir á la guerra, sino que tú, rico y próspero, te quedes en casa, y yo haré esto todo por tí y por mí; y si hubiere algún bien por el servicio que hago á Cyro, ó de alguna guerra, lo traeré á tí, porque tengas más que mandar. Solamente quiero que me saques de cuidados, porque si yo me veo libre dellos, pienso que seré muy más provechoso para mí y para el servicio de Cyro.»

Dicho esto, hicieron sus conciertos, y lo concluyeron así. Y el Saca se tenía por bienaventurado, porque sería señor de muchos dineros; y Feraulas mucho más, porque tendría mayordomo que le quitase de cuidado, y de allí adelante tendría ocio para hacer á su voluntad todo lo que le pluguiese. Era Feraulas de su condición amigo de amigos; y ninguna cosa le parecía más deleitable, ni más útil que agradar y hacer placer á los hombres; porque le parecía que el hombre era el mejor y más agradecido de todos los animales. Pues veía los que son loados de alguno, que también ellos le tornan á loar de buena gana, y que agradan á los que les hacen placer, y los que conocen que les tienen amor, también á éstos por el semejante los quieren bien. Y los que saben que los aman, á éstos no pueden tenerles odio; y que quieren honrar

más á sus padres y madres vivos y muertos que no todos los otros animales; y conocía que todos los otros animales son más ingratos y más desconocidos que los hombres.

Así que Feraulas se gozaba porque le era lícito, estando libre de cuidado de todos los otros bienes y posesiones, conversar con los amigos á su placer. Y el Saca se holgaba porque, teniendo muchos bienes, podría aprovecharse de muchos. Así que amaba el Saca á Feraulas porque siempre traía algo á casa, y Feraulas al Saca porque lo quería tomar todo, y teniendo siempre cuidado de muchas cosas, no le daba ocupación alguna. Y desta manera vivían los dos.

CAPÍTULO IV.

Cyro, después que hubo sacrificado, hizo convite por las victorias, y convidó á sus amigos, y á todos aquellos que sabía bien que querían y procuraban su honra y aumento; y con estos convidó también á Artabazo Medo, y á Tygranes Armenio, y al caudillo de los Hircanos y á Gobrias. Gadatas tenía mando sobre los Sceptríferos, y como él lo ordenaba se aparejaban todas las cosas de comer dentro de casa; y cuando algunos convidados tenía Cyro, no se sentaba Gadatas, sino que entendía en todo. Y cuando no había convidados, sentábase á la mesa con Cyro, que se holgaba de conversar con él. Y por estos servicios era muy honrado de Cyro, y recibía dél muchas mercedes y beneficios; y por causa de Cyro era también honrado de otros.

Después que vinieron los convidados á cenar, no los

mandó sentar Cyro como quiera á cada uno, sino que al que más honraba ponía á su mano izquierda; porque aquel lado está más aparejado para padecer traiciones y asechanzas, que no el derecho, y el segundo á la derecha, y el tercero otra vez á la izquierda y el cuarto á la derecha: si más había, por el semejante. Parecíale muy bien declarar cuánto honraba á cada uno; porque donde los hombres piensan que el más bueno no ha de ser más alabado, ni recibir más premio que el malo, aquí claramente se muestra que no tienen contienda de honra unos con otros. Mas donde parece que el más bueno vale más (1), y lleva la mejor parte, aquí claramente muestran todos su contienda y porfía en ser buenos.

Desta manera Cyro manifestaba los más buenos que con él estaban, comenzando luégo á darlo á entender en la preeminencia del asiento. Y no quiso poner una orden fija y perpetua para siempre; sino estableció por ley que por buenas obras subiesen al más honrado asiento; y al que era astuto y cauteloso le mandaba apartar á otro asiento más abatido. Parecíale que se afrentaba si al que tenía preeminencia en el asiento no le hacía muchos y muy grandes bienes. Y vemos que esta orden que Cyro introdujo entonces en su palacio, se observa aun el día de hoy de la misma manera.

Mientras cenaban, parecióle á Gobrias que no era de maravillar que de cada cosa tuviese mucho aquel que mandaba á muchos. Pero era más de maravillar que Cyro, que hacía tan grandes hazañas, si tomaba alguna cosa buena, no la gozaba él solo, sino que tenía por honra hacer participantes dello á todos los que

(1) Donde valen los méritos de cada uno, allí los buenos se esfuerzan más á ser mejores.

estuviesen presentes. Muchas veces le veía enviar á los amigos ausentes aquellos con que más se deleitaba. Por lo cual después que cenaron, y Cyro había enviado todo lo que podía de la mesa, que era mucho, dijo Gobrías: «Yo, Cyro, primero pensaba que en las cosas de guerra excedías mucho á los otros hombres: mas por Dios te juro que me parece les excedes más en ser humano y virtuoso, que no en el arte militar.—Por Dios, respondió Cyro, que más alegre me es á mí mostrar las obras de humanidad y virtud, que no las de la ciencia (1) de guerra.—¿Como así? dijo Gobrias. —Porque en esto, respondió Cyro, se ha de manifestar mejor lo que los hombres hacen mal y lo que hacen bien.»

Después desto, cuando se hubieron convidado á beber unos á otros, preguntó Hystaspas á Cyro, diciendo: «Por ventura, Cyro, ¿te pesaría si te pregunto lo que deseo saber de tí?—Antes por Dios me pesaría más, respondió Cyro, si sintiese que encubres lo que me quieres preguntar.—Pregúntote pues, dijo Hystaspas, si me llamaste en algún tiempo que yo no viniese á tu mandado.—No por cierto, respondió Cyro.—Pues cuando venía á tu mandado, ¿por ventura venía despacio?—Ni eso tampoco, respondió Cyro.—¿Mandásteme algo, dice Hystaspas, vez alguna que no lo hiciese?—De eso menos tengo que culparte, dijo Cyro.—Pues cuando lo hacía, dice Hystaspas, sentísteme que no lo hiciese de buena gana?—En ninguna manera, respondió Cyro.—¿Pues por qué causa, dice Hystaspas, mandaste que Chrysantas se sentase en más honrado lugar que yo?—Yo te diré, Hystaspas, respondió en-

(1) En las cosas de la guerra no se muestra tanto el ser hombre verdaderamente virtuoso, como en la conversación que se tiene con los otros hombres.

tonces Cyro, lo que hay en eso, y tú no te enojarás conmigo, si oyes la verdad.—Antes, dice Hystaspas, me holgaré de saber que no he sido injuriado.

—Este Chrysantas, dice Cyro (1), no esperaba que le llamasen, sino que antes de ser llamado venía para mis cosas. Demás desto, no solamente hacía lo que le era mandado, pero también aquello que él veía que á mí me cumplía. Y cuando yo había menester decir algo á los compañeros de guerra, aconsejábame lo que él pensaba que me convenía. Y lo que él sentía que yo quería que supiesen los compañeros, y tenía vergüerza decirlo de mí á ellos, esto se lo decía declarándoles su parecer, como que salía del mismo. Pues en estas cosas quién le veda que no pueda ser aún mejor que yo. Y para sí él dice que le basta lo presente, y para mí nunca jamás deja de pensar en lo que me podrá más servir y aprovechar, y más se goza y alegra de mi bien que yo mismo.—Por Dios, Cyro, respondió á esto Hystaspas, que yo me huelgo de haberte preguntado esto.—¿Por qué? dice Cyro.—Porque yo trabajaré de hacer lo mismo, respondió Hystaspas. Una sola cosa no acabo de entender, que no sé cómo podré mostrar que me huelgo de tu bien. ¿Por ventura ha de ser con dar palmadas de gozo, ó con reirme mucho, ó con hacer otra cosa alguna?» Entonces dijo Artabazo que no, sino con saltar y bailar á la manera de Persia. De lo cual todos se rieron.

Pasando el convite adelante, Cyro preguntó á Gobrias: Dime, Gobrias, ¿te parece que darás ahora mejor tu hija por mujer á alguno destos que ya conoces, que no al principio cuando te ayuntaste con nosotros?» A esto respondió Gobrias: «Quiero saber, antes

(1) Nota las cosas que valen para ser uno privado con un príncipe.

que responda, si tengo yo también ahora de decir la verdad.—Sí por Dios, dice Cyro; porque ninguna pregunta requiere mentira.—Pues sábete, Cyro, dice Gobrias, que ahora la daré muy de mejor gana.—¿Me podrás decir la causa por qué? dijo Cyro.—Sí por cierto, respondió Gobrias.—Pues dila luego, dijo Cyro. —Porque entonces, dice Gobrias, solamente los veía sufrir con buen ánimo los trabajos y peligros; mas ahora los veo sufrir con templanza el bien y la prosperidad. Y paréceme, Cyro, que es más difícil hallar hombre que sepa sufrir bien la prosperidad que no el trabajo y fatiga. Porque la prosperidad á muchos es madre de la injuria, y la adversidad á todos es causa de templanza.»

En esto Cyro se volvió á Hystapas y le dijo: «¿Oiste ahora tú, Hystapas, las palabras de Gobrias?—Sí por Dios, dijo Hystapas; y si muchos dichos destos dice, más bien codiciaré yo á su hija por esposa, que no si me mostrase muchos vasos de oro, como hizo de antes.—Por cierto, dijo Gobrias, muchos tales dichos tengo escritos, y no tendré escasez ninguna en dártelos, si tomas mi hija por mujer. Los vasos, porque me parece que no los recibes, no sé si los darás de buena gana á este Chrysantas porque te quitó tu asiento.—Ahora pues, dice Cyro, tú, Hystaspas, y los otros que aquí estáis presentes, si me decís cuándo alguno de vosotros se quiera casar, conoceréis qué tal ayudador os seré yo para ello.»

A esto dijo Gobrias: «Bien está; pero si alguno quiere casar su hija, ¿á quién será menester que acuda y lo diga?—A mí también eso, respondió Cyro, porque sé mejor que todos el arte.—¿Qué arte? dijo Chrysantas. —Conocer, respondió Cyro, qué casamiento le está bien á cada uno.—Pues dime por Dios, Cyro, le preguntó entonces Chrysantas, ¿qué mujer piensas que

me estará á mí muy bien?—Cuanto á lo primero, respondió Cyro, la que fuere pequeña, porque tú también eres pequeño: que si la tomas grande, cuando la quieras besar estando ella en pie, serte ha menester saltar como los perritos falderos.—Eso, dice Chrysantas, bien mirado es; porque yo en ninguna manera soy buen saltador.—Demás desto, la que fuere roma de narices, dice Cyro; porque tú eres de nariz corva, y con la nariz roma bien sabes que se junta muy bien la corva.—¿Luego, según eso, quieres decir que con el que ha bien cenado, como yo ahora, se juntará bien el que no ha cenado?—Sí por Dios, dice Cyro, eso mismo digo. Porque el vientre de los que están llenos está corvo, y el de los que no han cenado romo.

—Pues veamos, dice Chrysantas, al rey que es frío de complexión (1), ¿podrásme decir qué mujer le estará bien?» Entonces Cyro se rió mucho, y lo mismo hicieron todos los otros. Y estándose todos riendo juntamente, dijo Hystaspas. «Por esa causa sólo te tengo más envidia en tu reinado.—¿Por cuál? respondió Cyro.—Porque siendo frío puedes dar que reir.—¿Qué tanto darías ahora, Hystaspas, porque este dicho fuese sabido de aquella á quien quieres parecer festivo y decidor?» Desta manera se motejaban unos á otros.

Después desto mandó sacar Cyro un atavío de mujer para Tygranes, y diósele, para que le enviase á su mujer; porque se había mostrado varonil en la guerra con su marido. Y á Artabazo dió un vaso de oro; y al capitán de los Hircanos un caballo, con otros muchos y muy preciosos dones. «A tí, dice, Gobrias, yo te daré

(1) El donaire de la pregunta de Chrysantas está en que moteja muy galanamente á Cyro de poco amigo de mujeres: á los cuales comunmente llaman fríos.

marido para tu hija.» A esto dijo Hystaspas: «Luego si eso es, darásme á mí, para que me dé aquellos buenos dichos que antes me prometía.—Por ventura, dice Cyro, ¿tienes tú hacienda para merecer la doncella?—Sí por Dios, respondió Hystaspas, y muy más grande que de dineros.—¿Y dónde tienes esta hacienda, dijo Cyro?—Aquí en ese mismo lugar donde tú estás sentado, pues que eres mi amigo, respondió Hystaspas.—Entonces, dijo Gobrias, esa me basta; y luego extendió la mano, diciendo: dame tú, Cyro, la tuya.»

Y Cyro, tomando la mano derecha de Hystaspas, la dió á Gobrias, y él la recibió. Y después desto dió muchos y muy preciosos dones á Hystaspas, para que los enviase á la doncella; y llegándose á Chrysantas le abrazó, y le dió paz. Viendo esto Artabazo, dijo: «Por Dios, Cyro, que no es semejante la liberalidad de mi vaso de oro al don que diste á Chrysantas.—Pues á tí también te lo daré, dijo Cyro.» Mas Artabazo le preguntó que cuándo. Y Cyro le respondió: «De aquí á treinta años; por tanto, aparéjate para esperar, y no para morir.» Y así se acabó el convite. Y cuando todos se levantaron, también se levantó Cyro, y los acompañó hasta las puertas.

Otro día por la mañana despidió todos los compañeros de guerra que se quisieron ir á sus casas, excepto aquellos que se quisieron quedar de su voluntad: á los cuales dió tierras y casas, las cuales tienen y poseen ahora los sucesores y descendientes que dellos permanecieron. Y destos los más son Medos é Hircanos. Y á los que se partieron les dió muchos dones, é hizo muy contentos. Y así despidió los príncipes y capitanes y compañeros de guerra, y á sus gentes. Y después desto repartió entre los suyos todos los dineros que había tomado en Sardis; y lo mejor y más escogido dió á los coroneles y á sus ministros dél, se-

gún que cada uno lo merecía; y lo otro todo repartió. Y dando á cada uno de los coroneles su parte, mandó que la repartiesen entre los suyos, como él lo había repartido entre ellos. Y los otros dineros dieron los príncipes y capitanes á los más aprobados de aquellos que estaban debajo de su mando. Y la resta los decuriones y caporales la repartieron á soldados particulares, según que cada uno lo merecía. Y así todos recibieron su justo repartimiento por iguales partes.

Después que recibieron los dineros que entonces les fueron dados, algunos dellos hablaban estas y otras semejantes palabras de Cyro: «Ciertamente éste muchos dineros tiene, pues que ha dado tantos á cada uno de nosotros en particular.» Otros decían: «Aunque tiene muchos dineros, no es su condición de Cyro de querer enriquecerse, sino que más se huelga en darlo á otros que guardarlo para sí.» Pues como Cyro sintiese estas pláticas, y la opinión que dél todos tenían, mandó ayuntar los amigos, y todos los otros que convenía, y hablóles desta manera:

«Varones amigos (1): he visto algunos hombres que »quieren parecer tener más de lo que tienen, pen»sando que desta manera serán tenidos por más libe»rales; pero á mí me parece que estos tales van lejos »de su pensamiento. Porque el que quiere dar mues»tra de tener muchos bienes, y según su posibilidad »con ellos no favorece ni ayuda á los amigos, éste »antes me parece que será estimado por escaso que »por liberal. Hay otros que quieren encubrir todo lo »que tienen, y éstos también á mi parecer son malos

(1) Oración de Cyro á los suyos, que contiene más filosofía que no arte de bien decir. Es delicada la consideración que hace para dar á entender el cuidado que uno ha de tener para ser verdaderamente liberal.

»para con sus amigos. Pues muchas veces los amigos »que tienen necesidad, por no saber lo que aquellos »tales sus amigos tienen, no se la declaran. Y desta »manera reciben manifiesto engaño. Así que de hom- »bre sencillo y claro me parece que es manifestar lo »que tiene, y con ello trabajar de hacer bien, y apro- »vechar á todos. Por tanto, yo os quiero mostrar todo »lo que yo tengo, que realmente se pueda ver; y lo »que no se pudiere ver, os lo declararé.»

Y diciendo esto, les mostraba muchas y muy preciosas cosas que tenía. Y lo que estaba guardado, que no era fácil cosa de poderlo ver, se lo relataba y daba noticia dello. Y al fin les dijo: «Todo esto que yo ten- »go, varones amigos, habéis de pensar que no es más »mío que vuestro. Yo lo he allegado, no por cierto »para consumir y gastarlo para mí solo (que aunque »quisiese no lo podría hacer), sino para tener siempre »que dar al que de vosotros lo hiciere bien, y para que »si alguno de vos pensare tener necesidad de cosa al- »guna, venga á mí, y tome todo lo que hubiere me »nester.» Estas y otras semejantes razones les decía.

CAPÍTULO V.

Cuando ya le pareció que las cosas de Babylonia estaban en buen estado, de manera que se podía partir de allí, aparejó su camino para Persia, y mandó á todos los suyos que se aparejasen. Y después que ya estaba á punto todo lo que le parecía que había menester para el camino, se partió. Ahora, pues, contaremos cómo siendo tan gran ejército tenía tan buena orden, así para aderezarse y ordenarse para caminar,

como para deshacerse en llegando á donde iba, y para alojarse de presto en el lugar que era menester. Porque donde quiera que el Rey asentaba su real silla, todos los de su ejército ponían sus tiendas y estancias en verano y en invierno.

Cyro, pues, ordenó desde principio que su tienda se pusiese al Oriente, y después señaló cuánto habían de estar apartadas las tiendas y estancias de la gente de guarda de la tienda del Rey. De los panaderos señaló su lugar á la mano derecha, y á los cocineros que aparejaban cosas de comer, á la mano izquierda. Y á los caballos mandó también poner á la mano derecha, y á las otras bestias de carga á la mano izquierda, y todo lo demás ordenó de manera que cada uno supiese su asiento, y su término y lugar.

Cuando se han de tornar á aparejar otra vez para caminar, cada cual adereza sus alhajas de que se han de servir, como les está ordenado, y algunos dellos las ponen encima de las bestias: de manera que todos llegan á la par con sus cargas al lugar señalado, para hacer lo que les está mandado, y todos juntamente las tornan á poner en su lugar. Y así un mismo tiempo basta para levantar una tienda y para levantarlas todas. Y lo mismo es para los otros aparejos, y para obrar todo lo demás que es necesario en su tiempo y sazón: de la misma manera á cada cual le está ordenado lo que ha de hacer, y por esto el mismo tiempo le basta á la una parte y á todas para hacerlo. Y bien así como los criados para los servicios necesarios tienen su lugar señalado el que pertenece á cada uno; así también la gente de guerra en el campo tienen su lugar conveniente para cada género de armadura, y sabían cuál era suyo, y cuál era ajeno; y así todos se aposentaban sin rencilla, por tener como tenía por muy bueno Cyro que en la casa hubiese la orden necesaria, para

que cuando alguno hubiese menester algo supiese dónde lo había de hallar. Y también le parecía muy buena cosa que las capitanías de la gente de guerra estuviesen siempre puestas en orden y aparejadas; porque cuanto más cortos son los tiempos y breves las ocasiones de poder servir y aprovechar para las cosas de guerra, tanto mayores son los yerros de aquellos que en estas son tardíos ó perezosos. Así también veía que hacían muchas cosas de provecho aquellos que estaban apercebidos y puestos á punto en tiempo oportuno. Y por esto tenía mucho cuidado desta buena orden.

A esta causa él mismo ponía siempre su estancia en medio del real (porque este era el lugar más fuerte y seguro) y después ponía cerca de sí aquellos de quien más se confiaba, como lo tenía de costumbre. Estos estando al derredor tenían consigo los hombres de armas, y los capitanes de los carros de guerra; porque estos pensaban que habían de estar en lugar fuerte, pues pelean con tales armas que no las pueden tener á mano en el real, y han menester mucho más tiempo para armarse que los otros, si han de salir á hacer alguna cosa que sea de provecho. A la mano derecha y á la siniestra dél y de los de caballo estaba el lugar señalado á los escudados, y los flecheros tenían su lugar en la delantera, y detrás dél y de los de caballo.

A los de armas pesadas y que tenían grandes paveses mandó poner en torno de todo el ejército, que fuesen en lugar de muro, para que mientras se aparejaban los de caballo, éstos resistiesen á los enemigos, y los de caballo se aparejasen y éstos detuviesen hasta que los hombres de armas seguramente se pudiesen armar. Dormían puestos en ordenanza también como los hombres de armas, los escudados y los

flecheros, para que si algo acaeciese de noche, estuviesen no menos aparejados que los hombres de armas para ir á los que les viniesen á las manos, y peleasen y tirasen sus tiros y flechas, para que se defendiesen ellos, y amparasen también por algún espacio á los hombres de armas mientras se armaban.

Tenían todos los príncipes y capitanes sus enseñas en las tiendas; y así como en las ciudades los que son cuerdos saben las moradas y habitaciones de muchos, mayormente de aquellos de quien les parece podrán tener más necesidad; así también los ministros de Cyro sabían en el real los lugares y estancias de los príncipes y capitanes, y conocían la enseña que cada uno tenía. Por lo cual, si había menester Cyro alguno dellos, no lo buscaban, sino que se iban derechos á cada cual dellos. Y por estar cada nación por sí, sin mezcla de otros, era más manifiesto á todos cuándo alguno andaba bien ordenado, y cuándo alguno no hacía lo que le era mandado. Y estando las cosas desta manera, pensaba Cyro que si los enemigos acometiesen de noche ó de día, caerían en sus manos en el real, como quien cae en celada.

Y parecíale que no estaba el saber de la guerra en sólo poder fácilmente extender los escuadrones, y juntarlos ó recogerlos en escuadrón desde los cuernos, ó desenvolverlos bien á diestra ó á siniestra, ó á las espaldas cuando se parecen los enemigos, sino en apartarlos cuando es menester, y cómo se había de poner delante cada compañía, para que pudiesen ser de provecho, y cómo había de apresurarse, cuando era menester atajar los enemigos. Estas y otras cosas semejantes pensaba que eran de hombre sabio y esforzado. Asimismo cuando caminaba iba con su ejército puesto en orden, para si algo le acaeciese, y en el real le alojaba las más veces como arriba es dicho.

Cuando llegaron á tierra de Media, Cyro se fué á casa de Cyaxares, y después que se hubieron saludado y abrazado el uno al otro, Cyro dijo á Cyaxares que le había escogido y reservado en Babylonia casa y palacio real, para que, cuando allí viniese, tuviese donde aposentarse como en su casa propia. Diciendo esto, le dió muchos y muy ricos dones, los cuales recibió Cyaxares, y luégo le envió á su hija, que le llevaba una corona de oro, y unos brazaletes y un collar y una estola ó vestidura hecha á la manera de Media muy rica.

Y estando la doncella coronando á Cyro con ella, le dijo Cyaxares: «Yo también, Cyro, te doy á tí esta por mujer, que es mi hija. Tu padre se casó con la hija de mi padre, de la cual tú naciste. Esta es la que tú, siendo muchacho, cuando estabas con nosotros, la regalabas; y cuando alguno la preguntaba con quién se había de casar, respondía que con Cyro. Y también le doy en dote á todo el reino de Media, pues no tengo hijo varón legítimo.» Acabado que hubo Cyaxares su razón, le dijo Cyro: «Yo tengo en mucho el linaje y la doncella y el dote; pero quiero otorgar esto con consentimiento y parecer de mi padre y madre.» Y con esto, Cyro le dió á la doncella todos aquellos dones que le parecieron serían agradables á Cyaxares, y se partió para Persia.

Cuando llegó á los términos de Persia, dejó atrás todo el ejército, y él, con sus amigos, se fué para la ciudad, llevando las víctimas que parecieron ser bastantes para sacrificar y dar un banquete espléndido á todos los Persas. Y también llevó consigo los dones que le parecieron convenientes para su padre y madre y los otros amigos, y los que convenían para los gobernadores y ancianos del pueblo, y para todos los Omótimos. Y dió á todos los Persianos y Persianas

los dones que ahora también se dan, cuando quiera que el Rey nuevo entra en Persia. Después desto, mandó Cambyses ayuntar los ancianos y gobernadores de Persia que tienen los cargos mayores, y con ellos también á Cyro, y hablóles desta manera:

«Varones Persianos (1), y tú, Cyro, con gran razón »os debo querer bien á vosotros, porque yo soy vuestro »rey que os mando, y tú, Cyro, eres mi hijo; por tanto, »seré tenido por justo si propusiere aquí lo que me »parece que entiendo ser bueno y provechoso así á »vosotros como á él. El tiempo pasado vosotros hon»rasteis y engrandecisteis á Cyro dándole ejército y »señalándole por capitán general dél; y él fué tan »buen caudillo dél, que con el ayuda de Dios os ha »hecho á vosotros los Persas afamados entre todos los »hombres, y muy honrados en toda Asia; y enrique»ció á todos los buenos que anduvieron con él en la »guerra, y á los demás dió su sueldo y mantenimien»to. Él ha sido el primero que habiendo levantado un »cuerpo de caballería de hombres persianos, puso á los »Persas en estado de ser señores de la campaña. Pues »si de aquí adelante sois deste mismo parecer, seréis »causa de muchos y muy grandes bienes para los »unos y para los otros. Mas si tú, Cyro, ensoberbecido »con la próspera fortuna que ahora gozas, procurares »de mandar y señorear á los Persas, por codicia y »avaricia, como á los otros; ó vosotros los Persianos, »teniendo envidia á su mando y poderío, procurareis »de deshacerle del reino, bien sabéis que los unos á »los otros os haréis muy gran impedimento para te»ner y gozar muy bien.

»Pues para evitar este mal que no venga, sino an»tes todo bien, me parece que todos juntamente ha-

(1) Oración de Cambyses á los Grandes de Persia.

»gáis vuestros sacrificios, y tomando á Dios por testi-»go, os concertaréis desta manera: tú, Cyro, si al-»guno quisiere hacer guerra á la tierra de Persia, ó »tentare de quebrantar las leyes de los Persas, ayu-»darás la patria con todas tus fuerzas y poder: y vos-»otros los Persas, si alguno procura de privar á Cyro »de su reino y señorío, ó alguno de sus súbditos se le »rebelare, daréis ayuda á vosotros mismos y á Cyro »también para todo lo que os mandare. Y mientras »yo fuere vivo será mío el reinado en Persia; y en »siendo yo difunto, cierto es que será de Cyro, si vi-»viere. Y cuando viniere á Persia, si con vosotros se »hubiere santamente, quiero que haga por vosotros »los sacrificios que ahora yo hago; y cuando él estu-»biere ausente, pienso que os estará bien que aquel »que de mi linaje os pareciere muy bueno cumpla »estos sacrificios.»

Esto todo que dijo Cambyses lo loaron y aproba-ron Cyro y todos los magistrados y gobernadores de los Persas; y así como lo ordenaron entonces, toman-do á Dios por testigo, así también lo guardan ahora entre sí los Persas y su Rey unos con otros. Esto así hecho, se partió Cyro para Media, y cuando fué llegado allí, con el consentimiento de sus padres tomó la hija de Cyaxares por mujer, la cual, según la fama de ahora, dicen que era hermosa sobremanera. Aunque algunos historiadores dicen que se casó con la hermana de la madre; pero que aquella sin duda había de ser entonces muy vieja y no moza, como convenía. Después de casado luégo se partió de allí.

CAPÍTULO VI.

Estando ya de asiento en Babylonia, parecióle que sería bien enviar sátrapas y gobernadores á las tierras que había conquistado. Los alcaides que estaban en las fortalezas, y los capitanes de la gente de guarnición que estaban por guarda de la tierra, quiso que no obedeciesen otro sino á él: y esto proveyó así con pensamiento que si alguno de los sátrapas con riquezas ó poderío de gente hiciese alguna injuria, ó tentase de no serle obediente, tuviese luégo á la mano adversario en la tierra. Así que, queriendo hacer esto, determinó de llamar luégo todos los que más convenía, y decírselo primero, para que supiesen á lo que iban. Desta manera pensaba que ellos lo sufrirían más fácilmente; mas si ya una vez estuviesen en el señorío absoluto, parecíale que oyendo esto de nuevo lo sufrirían de mala gana, porque pensarían que se hacía esto por la desconfianza que tenía Cyro dellos.

Por lo cual, siendo llamados, y estando todos juntos, los habló desta manera: «Varones amigos, tene»mos en las ciudades y villas que hemos ganado »guarniciones y alcaides que entonces dejamos allí, »á los cuales yo mandé, cuando me partí, que no en»tendiesen en otra cosa sino en guardar la tierra. »Pues éstos no los quiero quitar de su cargo, porque »han guardado y cumplido muy bien todo lo que les »ha sido mandado; mas paréceme bien enviar otros »sátrapas y gobernadores que manden á los veci»nos de la tierra, y reciban el tributo, y pagen su »sueldo á las guarniciones y todo lo demás que fuere

»menester. Y paréceme que de los que aquí estáis pre»sentes, á quien yo encomiendo estos cargos cuando »envio á algunos para que hagan algo en estas pro»vincias, es bien que tengan allí tierras y casas para »que nos traigan aquí el tributo; y cuando allí fue»ren, quiero que tengan morada propia donde re»cogerse.»

Dicho esto, dió á muchos de los amigos casas y súbditos en todas las ciudades y villas conquistadas: y ahora son las tierras de los descendientes de aquellos que entonces las poseyeron, unas en una parte, y otras en otra; y ellos siempre moran y están con el Rey. «Conviene, pues, dijo Cyro, mirar bien que los »sátrapas y gobernadores que van á estas tierras sean »tales, que se acuerden y tengan cuidado de enviar»nos aquí todo lo bueno y precioso que hay en cada »tierra: para que nosotros también seamos participan»tes de los bienes que hay en todas partes; pues que »si algún mal grande allí hay, nosotros lo habemos »de remediar y castigar.»

Dicho esto, acabó su razón: y á los que conoció de sus amigos que tenían voluntad de ir á aquellas tierras, escogió entre ellos los que eran más aparejados y bastantes para ello, y enviólos por sátrapas y gobernadores. A Arabia envió á Megabizo: á Capadocia envió á Artabates: á la Gran Phrygia á Artacamas: á Lycia y á Jonia á Chrysantas, capitán de los de caballo: á Caria á Adusio, como los Cares lo habían pedido: á la Phrygia que está junto al mar Helesponto y á Eolide á Pharnuco. A Cilicia, á Chipre y á Paphlagonia no envió sátrapas persianos, porque ellos de su voluntad habían venido á ayudarle en la guerra contra los de Babylonia; empero ordenó que éstos asimismo diesen tributos.

Y como Cyro lo ordenó entonces, así también ahora

hay los alcaides de las fortalezas del Rey, y los capitanes de las guarniciones, y gentes de guarda que están escritos en los libros del Rey. Demás desto, mandó á todos los sátrapas que enviaba, que en cuanto pudiesen procurasen de imitar lo que le veían hacer á él mismo; y que primeramente ordenasen los hombres de armas y carreteros de guerra de aquellos Persas que le habían seguido en la guerra y sido compañeros della. Y á todos lo que habían recibido tierras y casas los constriñesen á parecer á las puertas de palacio, y procurar de vivir templados, y representarse á sí mismos á su sátrapa y gobernador, para que se sirviese dellos en lo que hubiese menester. Y que los hijos que naciesen, los enseñasen á venir y parecer á las puertas, como acerca dél se hacía. Y que el sátrapa sacase á la caza los que están en guarda de las puertas; y que el mismo sátrapa y los que con él están se ejercitasen en las cosas de guerra.

«Y el que de vosotros (1), dice, según su cuenta y »razón, mostrare haber hecho á muchos buenos hom»bres de armas y á muchos buenos carreteros de gue»rra, este tal, como á buen compañero y buen con»servador del imperio de los Persas y mío, le honraré »cuanto pudiere. Demás desto, mirad que los más bue»nos sean preferidos á todos los otros en los asientos, »como cerca de mí se hace; y vuestra mesa sea como »la mía, que primeramente mantenga á los criados »y ministros y oficiales de casa; y depués que sea tan »abundante, que podáis repartir á los amigos, y hon»rar cotidianamente al que hiciere algún buen hecho. »Aparejad vuestros huertos, y criad en ellos animales »y fieras para vuestro pasatiempo, y nunca os venga

(1) Avisos de Cyro á sus gobernadores.

»la comida delante sin haber trabajado, ni déis de co-»mer á vuestros caballos sin que estén ejercitados. »No puedo yo siendo uno solo por fuerzas humanas »guardar siempre todos vuestros bienes, sino que me »conviene á mí, siendo bueno juntamente con los bue-»nos que estuvieren conmigo, daros ayuda; y á vos-»otros semejantemente siendo buenos, os conviene »que con los buenos que están con vosotros me ayu-»déis y seáis buenos compañeros. Quiero también que »sepáis que nada desto que os mando ahora, no os lo »mando como á siervos y criados, sino que lo que yo »digo que os cumple hacer, eso mismo procuro y tra-»bajo de hacer yo. Pues bien así como yo os mando »que me imitéis, así también enseñad que os imiten los »magistrados y gobernadores que tienen los cargos de »vuestra mano.»

Y todo lo que entonces ordenó Cyro permanece hasta ahora de la misma manera que él lo dispuso: todas las guarniciones y guardas se conservan: todas las puertas de los palacios y estancias de los príncipes y gobernadores se frecuentan y sirven. Todas las casas grandes y pequeñas se habitan semejantemente; y los más buenos son preferidos á todos los que están presentes en los asientos y preeminencias. Todos los caminos están ordenados de la misma manera; y á todos se les reducen en suma los muchos negocios y muchas obras, habiendo pocos que presidan en ellos. Acabado que hubo Cyro de decir lo que habían de hacer, dando á cada uno dellos más fuerzas y poder, los envió: y mandóles á todos que estuviesen aparejados para el año siguiente, porque había de comenzar guerra, y quería hacer alarde de los hombres y armas, y caballos y carros de guerra que tenía.

Y también notamos que, según dicen, Cyro primero de todos comenzó el uso que dura hasta ahora;

y es, que visita cada año un pesquisidor (1) con ejército la tierra, para que si alguno de los sátrapas hubiere menester ayuda, se la dé; y si alguno hiciere injuria á otro, la enmiende; y si alguno se descuida de hacer traer el tributo, ó la guarda de los súbditos, ó de no labrar la tierra, ó deje de hacer algo de lo que le está mandado, lo remedie si puede; y si no puede, lo avise al Rey, para que sabido por el Rey, castigue al que fuere culpado. Y cuando vemos que, hablando comúnmente en Persia, dicen: el hijo del Rey baja á esta tierra, el hermano del Rey viene, el ojo del Rey lo ve, y algunas veces no viene ni parece ninguno déstos, quieren dar á entender estos pesquisidores del Rey; y cada cual dellos es quitado del cargo cuando el Rey lo manda.

Y también sabemos otra invención que halló el primero de todos para la grandeza de su Imperio, por la cual sabía de presto lo que se hacía muy lejos, y era desta manera: considerando (2) cuánto camino podía hacer un caballo corriendo en un día cuanto pudiese, mandó hacer hostalerías distantes otro tanto espacio la una de la otra, y mandó poner en ellas caballos, y quien los curase: y ordenó un hombre en cada una que fuese idóneo y suficiente para tomar las cartas que llevasen y les diese, y recibiese los caballos y hombres cansados, y enviase otros holgados. Algunas veces ni aun bastaban las noches para el camino, sino en pos del mensajero ó correo del día succedía otro luégo de noche; y haciéndose desta manera, dicen algunos que caminaban muy más presto el camino que le pudieran pasar las grullas volando. Si esto es mentira ó verdad, no lo sé; á lo menos es

(1) Visitadores.
(2) Ciro inventó las postas.

cierto que de todas las maneras de caminar por tierra ésta es la más presta, y para saber más antes lo bueno ó lo malo que hay por todas partes, y proveerlo ó remediarlo.

Pasado el año, mandó allegar todas sus huestes en Babylonia; y dicen que tenía ciento veinte mil de caballo, y dos mil carros armados con hoces de hierro, y seiscientos mil infantes. Habiendo aparejado todo esto Cyro, movió con todo su ejército, con el cual dicen que conquistó todas las gentes que habitan desde Syria hasta el mar Bermejo, y después pasó en Egypto, y ganóla por fuerza de armas; y desde aquí puso términos á todo su Imperio: al Oriente el mar Bermejo, al Septentrión el mar Euxino, al Occidente Chipre y Egypto, al Mediodía Ethiopía. Pasados estos términos, las regiones apenas son habitables, unas por el gran calor, otras por el frío, otras por el agua, otras por la sequedad.

En este medio Cyro hacía su vida desta manera: en tiempo de invierno estaba en Babylonia siete meses, porque la tierra es muy templada: en tiempo de verano estaba tres meses en Susis (1), y en lo más recio de todo el estío estaba dos meses en Ecbatanis, y así pasaba su vida en frío y en calor templado. En tanto grado le eran aficionados los hombres, que cualquier nación se tenía por muy ruin si no enviaba á Cyro todo lo bueno que nacía ó se criaba ó se fabricaba en la tierra: y semejantemente cualquier ciudad y cualquier hombre particular pensaba que luégo sería rico, si diese alguna cosa á Cyro, ó le agradase; porque á la verdad Cyro, recibiendo de cada cual aquello

(1) Susis y Ecbatanis regiones son no muy distantes de Babylonia.

de que tenía abundancia el que lo daba, les tornaba á dar en pago aquello de que el tal tenía muy gran necesidad.

CAPÍTULO VII.

Habiendo Cyro pasado su edad desta manera, siendo ya muy viejo, vino á Persia la séptima vez después de la fundación de su reinado, porque su padre y su madre mucho tiempo antes, como es de creer, se le habían fallecido. Venido allí Cyro, hizo sus sacrificios acostumbrados y sus fiestas á los Persas á manera de la patria, y á todos repartió de sus dones como había de costumbre. Y estando una vez durmiendo en su palacio real (1), aparecióle en sueños una visión más divina que humana, que le dijo: «Aparéjate, Cyro, que muy presto pasarás desta vida á otro muy mejor estado.» Y con esta visión despertó del sueño, y entendió que ya se acercaba el fin de su vida; por lo cual aparejó sus sacificios al dios Júpiter de la patria, y al Sol, y á los otros Dioses en las alturas, como los Persas acostumbran á sacrificar, haciendo su oración desta manera: «Júpiter dios de la patria, y tú, Sol, y todos los »otros Dioses, recibid de mí estos últimos sacrificios »por gracias de tantas y de tan esclarecidas hazañas »mías, porque me significasteis en los sacrificios y en »las señales del cielo, y en agüeros y en rumores todo »aquello que me convenía hacer ó no. Muchas gracias »os doy, porque conociendo el cuidado que de mí ha»béis tenido, nunca me ensoberbecí en la prosperi-

(1) Muerte de Cyro.

»dad, ni me estimé en más ser que de hombre. Ahora »yo os pido con muchos ruegos que deis á mis hijos y »á mi mujer, y á mis amigos y á la patria toda felici- »dad y bienaventuranza, y que á mí me otorguéis tan »bueno el fin del vivir cual me disteis la vida.»

Esto así hecho, se tornó á su palacio, y parecióle que descansaría con gusto, y así se fué á dormir. Cuando fué hora, los suyos le amonestaron que se bañase, y él les respondió que de buena gana reposaría. Poco después los mismos, cuando era ya hora, le sirvieron la cena; mas Cyro no tenía apetito ninguno de comer, sino que le parecía tenía gran sed, y así bebió de muy buena gana. Y como esto le aconteciese también el segundo y tercero día, mandó llamar sus hijos, que le habían acompañado y estaban en Persia; y también mandó llamar los amigos, y los grandes magistrados de Persia que tenían la gobernación de la República, y estando todos allí presentes les comenzó á hablar desta manera:

«Hijos míos (1), y vosotros mis amigos que aquí es- »táis presentes: yo siento por muchos indicios ser lle- »gado el fin de mi vida. A vosotros os cumple después »de mi muerte decir y hacer todo aquello con que yo »alcancé á ser de buena ventura. Yo, siendo mucha- »cho, hice fruto en todas las bondades y virtudes que »hay en la puericia; y después asimismo siendo man- »cebo, en todo lo bueno que hay en esta edad; y cuan- »do fuí hecho hombre de edad perfecta, en todas las »perfecciones de hombre. Y pasando más adelante por »discurso de tiempo, sentí aumentadas mis fuerzas; »de manera que nunca sentí la vejez más flaca que mi »mocedad. No emprendí ni codicié cosa alguna, que »yo sepa, que no alcanzase. Alcancé á ver mis amigos

(1) Testamento de Cyro.

»hechos ricos por mi mano, y los enemigos puestos »en servidumbre por mí. A mi patria, que de antes era »muy pequeña y muy particular en Asia, la dejo »ahora señora y honrada sobre todas. De todo cuanto »adquirí, nunca supe guardar cosa para mí solo, y así »gasté el tiempo pasado como deseaba. El temor que »siempre tuve, que andando el tiempo no viese ó »oyese, ó padeciese alguna cosa que me diese pesar, »no me dejaba ensoberbecer, ni alegrarme absoluta»mente. Ahora, si falleciere, déjoos vivos á vosotros »mis hijos que Dios me dió: dejo á la patria y á los »amigos prósperos y bienaventurados; por lo cual »con razón para siempre durará la memoria de mi »bienaventuranza.

»Ahora me conviene declarar á cuál de vosotros dos »tengo de dejar el reino, porque no haya duda al»guna que ponga diferencias entre vosotros. Yo »igualmente os amo á vosotros, hijos míos; pero para »que pueda proveer con consejo, y ser caudillo cuan»do fuere menester, mándolo al mayor, que tiene más »experiencia de las cosas. También yo sé que he en»señado con la disciplina mía y de la patria á obedecer »y honrar á los mayores, no solamente á los hermanos, »pero á los ciudadanos cuando se encuentran en la »calle, y en los asientos, y en el razonar. Porque, hijos »míos, de tal manera os enseñé desde el principio de »vuestra crianza que honraseis los más ancianos, y »fueseis honrados de los más mancebos; por lo cual »debéis admitir lo que os digo, como antiguo, y usado »por ley, derecho y costumbre. Así que tú, Cambyses, »habrás el reino que te otorgan los dioses; y yo, en »cuanto en mí es, te lo doy. A tí, oh Tanaoxares, te »doy que seas sátrapa de los Medos y de los Armenios, »y allende desto de los Cadusios; y dándote esto, pien»so que dejo á tu hermano mayor mayor señorío, y el

»nombre del reino, y á tí la bienaventuranza sin pe-
»sar. No veo que te pueda faltar nada del placer hu-
»mano, sino que tienes todo aquello que parece puede
»dar contento á los hombres. Mas querer lo muy di-
»fícil, y tener muchos cuidados, y no poder tener
»jamás descanso, ser estimulado por competencia y
»emulación de mis hazañas, y tramar asechanzas, y
»ser sujeto á ellas, estos trabajos todos de necesidad
»acompañan antes al que tiene el reino que no á tí, lo
»cual bien sabes la pesadumbre que trae consigo.

»Y sábete, Cambyses, que no es este sceptro de oro
»el que guarda y conserva el reino, sino que los mu-
»chos amigos es el sceptro más verdadero y más
»seguro que los reyes pueden tener. No pienses que
»los hombres nacen fieles de su natural; porque si esto
»fuese así, todos serían fieles, y á todos guadarían fide-
»lidad: al modo que todas las demás cosas naturales
»vemos que son unas mismas en todos; mas la lealtad
»no la sacan los hombres del vientre de su madre,
»antes cada cual ha de procurar de se los hacer fieles
»para consigo: y no se ha de ganar dellos en ninguna
»manera esta lealtad por fuerza, sino por beneficios. Y
»así, si tentares de hacer algunas guardas del reino,
»no comiences de otro primero que de aquel que es
»nacido y criado en el mismo lugar; y por eso los
»hombres ciudadanos te serán más propincuos que los
»advenedizos, y los que se han criado juntamente
»contigo que no los extraños: porque los que son en-
»gendrados de un mismo padre, y nacidos y criados
»de una misma madre, y mantenidos en una misma
»casa, y amados y queridos de los mismos parientes,
»y que llaman á un mismo padre y á una misma ma-
»dre, ¿por qué no serán éstos los más cercanos y pro-
»pincuos de todos?»

»Y no queráis hacer vanos los bienes que da Dios á

»los hermanos para más familiaridad y propiedad; sino »que sobre este tan excelente fundamento que Dios »ha puesto, debéis edificar otras obras amigables; y »desta manera vuestra amistad nunca será traspa»sada. De sí mismo cura el que mira por el hermano. »¿Para quién será mayor bien ser el hermano grande »señor que para su mismo hermano? ¿A quién temerá »alguno más injuriar que al hernano que tuviere al »hermano gran señor? Pues luégo ninguno le oirá »más presto que tú á él, y ninguno le esté más puesto á »la mano. Que todos los bienes ó todos los males dés»te, de ninguno son tan propios como tuyos. También »debes pensar, tú, Cambyses, hijo mío, esto. ¿A quién »podrás hacer tú tanto placer de que puedas esperar »alcanzar tanto premio como de este tu hermano pro»pio? ¿A quién podrás tú ayudar que tengas por ello »mejor ayudador y compañero que á él? ¿A quién es »más fea cosa dejar de amar y querer bien que al her»mano? ¿Quién es más digno de ser preferido á todos »que el hermano? Sólo el hermano, Cambyses, es »aquel que aunque sea primero y muy preferido, »aumentado y aventajado por tu favor, y por privar »mucho contigo, no por eso te sucederá ser odioso á »los demás. Así que por Dios, hijos míos carísimos, »honraos el uno al otro, si me quisiéredes hacer pla»cer, y agradarme después de muerto.

»Porque no os debe pasar en ninguna manera por »el pensamiento creer que después de pasado desta »vida humana ya no soy nada. Pues que tampoco »ahora veíais mi ánimo; sino que de las operaciones »que hacía conocíais que estaba presente. ¿Cómo no »sabéis vosotros que los ánimos de aquellos que han »sido injuriados de otros ponen miedo y espanto á los »parricidas y á los malhechores, y los persecuciones y »aficciones á los malos? ¿Pues cómo pensáis, hijos míos

»que permanecerían las honras de aquellos que son »ya difuntos, si las ánimas de ellos no fuesen ya se- »ñoras de nada, ni tuviesen más mando sobre otro? »Nunca, hijos, pude ser persuadido que el ánimo »viviese solamente mientras que está en cuerpo »mortal, y que cuando está apartado dél, luégo se »muere: porque veo los cuerpos mortales que viven »cuanto tiempo está en ellos el ánimo. Y el ánimo, á »cuanto yo creo, no es insipiente y torpe cuando »está apartado del cuerpo, que es insipiente y torpe; »sino que cuando el entendimiento puro y limpio está »apartado y libre del cuerpo, entonces es de creer que »está más sabio y prudente, y más en su fuerza y vi- »gor. Y desatado el cuerpo, claro está que cada parte »torna á su natural, excepto el ánimo, que éste sólo »ni cuando está presente ni cuando está ausente se »puede ver. Pensad también que no hay cosa más se- »mejante á la muerte del hombre que el sueño; pues el »ánimo del hombre entonces se parece más divino, y »entonces vé más algo de lo por venir, porque en el »sueño, según parece, es más libre.

»Pues si esto es así como yo pienso, y que el ánimo »deja al cuerpo y no que se muere, vosotros, mis hijos, »teniendo reverencia á mi ánimo, haced lo que yo os »ruego. Y si no es así, sino que quedando el ánimo en »el cuerpo muere juntamente con el cuerpo, á lo me- »nos temed á Dios, que siempre es, y todo lo ve, y todo »lo puede, y que contiene la orden de todas las cosas, »cierto y firme y sin error, é inefable por su grande- »za y hermosura. Temiendo, pues, á éste no haréis ni »aconsejaréis cosa alguna mala ó cruel. Y después de »Dios tened vergüenza á los hombres, que siempre na- »cen y se aumentan y se extienden por muchos siglos »con su generación. Que cierto no os puso Dios es- »condidos en tinieblas, sino que de necesidad vuestras

»obras han de estar siempre manifiestas á todos; y se »parecieren limpias y justas, os harán muy poderosos »entre todos los hombres. Mas si procuráis de usar de »alguna injusticia el un hermano con el otro, perde»réis todo el crédito que teníais con ellos. Ninguno os »creerá de ahí adelante, aunque mucho bien os desee, »viendo injuriado del otro aquel que más le toca en »amistad y parentesco.

»Pues si enseñándooslo yo aquí ahora vosotros »aprendéis bastantemente lo que os cumple hacer á »ambos, gran bien será; y si no, aprendedlo de vues»tros mayores, porque ésta es la más verdadera doc»trina. Muchos fueron los que perseveraron siempre »amigos los padres con los hijos, y los hermanos con »los hermanos; y si algunos fueron contrarios entre »sí, allegaos al parecer de aquellos que siguieron lo »más bueno y provechoso, y desta manera seréis bien »aconsejados. Y cuanto á esto, lo dicho baste. Mi »cuerpo, hijos míos, cuando falleciere desta vida, no »lo pongáis en oro ni en plata, ni en otra cosa algu»na, sino dadle lo más presto que ser pueda á la tierra. »Porque no hay cosa más bienaventurada que juntar»se con la tierra, que engendra y cría todo lo bueno y »precioso; pues como haya sido siempre humano, pa»réceme ahora también que de muy buena gana seré »participante de aquello que hace bien á los hombres.

»Pero ya me desfallece el ánimo y parece que »me deja de todas partes: por lo cual, si alguno qui»siere tocar mi mano derecha, ó mirar mis ojos mien»tras estoy vivo, lléguese más. Y cuando yo me hu»biere cubierto el rostro, yo os pido y ruego, mis hijos, »que ninguna persona humana vea mi cuerpo (1), ni

(1) Veda Cyro que su cuerpo sea visto después de muerto. Y quiere dar á entender en esto, que el ánimo era por quien había de ser preciado, que el cuerpo no era de estimar en nada.

»aun vosotros mismos. A todos los Persas y á todos »los compañeros de guerra convidad á mi entierro, »para que se gocen juntamente conmigo. Porque ya »estoy en lugar seguro, donde no me puede venir mal »ninguno, ahora pase á otro siglo bienaventurado, »ahora me torne en nada. A todos cuantos vinieren á »vosotros hacedles todo cuanto bien cabe en hombre »bienaventurado, y enviadlos. Y con esto postrero »acordaos siempre de mí, que haciendo bien á los »amigos podréis castigar á los enemigos. Quedaos con »Dios, hijos muy amados, y esto mismo diréis á vues»tra madre de mi parte. Y vosotros, mis amigos pre»sentes y ausentes, quedaos con Dios.» Diciendo esto, dió la mano derecha á todos, y luégo se cubrió el rostro y murió.

CAPÍTULO VIII.

Pues que el reino de Cyro fuese el mayor y el mejor de toda Asia, el mismo reino da testimonio dello; porque tenía por términos al Oriente el mar Bermejo, al Septentrión el mar Euxino, al Occidente Chypre y Egypto, al Mediodía Etiopía. Y siendo este Imperio tan grande, con solo el parecer de Cyro se gobernaba: el cual amaba y honraba sus súbditos como á hijos; y los súbditos le acataban á él como á padre. Después que Cyro fué muerto, luégo los hijos comenzaron á tener discordia el uno con el otro: luégo las ciudades y provincias se rebelaron; y todo á ir de mal en peor. Y para que sea verdad lo que digo, comenzaré á mostrarlo contando desde las cosas divinas.

Yo sé muy bien que de antes el Rey y los suyos aun

con los muy malos acostumbraban guardar los juramentos ó lo que prometían, ó de lo que daban la mano. Y si no fueren tales y tan buenos, y no tuvieren tal opinión, ninguno los creyera entonces, como ahora no cree nadie á éstos después que han conocido su poco respeto y su maldad. Pluguiera á Dios que así lo hicieran aquellos capitanes griegos (1) que entraron estos días con Cyro el Menor en Asia; porque no fueran tan mal engañados. Mas los tristes, confiados en la opinión que dellos tenían de antes, se creyeron de otro; y traídos al Rey les fueron cortadas las cabezas. Y también muchos de los bárbaros que juntamente con él andaban en la guerra, los unos engañados con las persuasiones de los otros perecieron.

Muchos también de los Persas son hoy en día en muchas cosas muy peores. De antes, si alguno se ponía á peligro por el Rey, ó le adquiría alguna ciudad ó tierra, ó le hacía algún bueno y señalado hecho, este tal era honrado. Mas ahora, si alguno como Leomithres dejare la mujer y los hijos y también los hijos de los amigos por rehenes en Egypto para que los matasen luégo, y traspasare muy grandes juramentos, porque en ello le parecía que hacía provecho al Rey, estos son los que son galardonados con grandes honras. Pues viendo esto los de Asia, todos se han convertido á maldad y á injusticia: porque cuales son los que mandan, tales suelen ser los súbditos por la mayor parte.

Y por esto ahora tienen más soltura las cosas ilícitas que de antes, mayormente para haber dineros, en lo cual son más injustos. Porque no solamente á

(1) Todo lo que aquí adelante trae por ejemplo Xenofonte, así destos capitanes, como de Leomithres y los demás, todo es de cosas que después de Cyro sucedieron en Persia.

los que son muy culpados, pero también á los que no tienen culpa alguna, los prenden y constriñen á que paguen dineros que no deben; por lo cual no tienen menos temor los que tienen muchos bienes que los que tienen muchos delitos; y en ninguna manera querrían venir en manos de los que más pueden ni osan ayuntarse con el ejército del Rey. Y si algunos tienen guerra con ellos, á todos aquellos les es lícito seguramente conversar y cazar en su tierra de Persia, sin que se lo estorben donde quiera que fuere; y esto por su maldad y poca religión para con Dios, y injusticia para con los hombres. Así que sus intenciones son ahora mucho más peores que antiguamente lo eran.

Ahora contaremos por qué no ejercitan los cuerpos como de antes. Era costumbre antiguamente entre los Persas no escupir ni sonar las narices, y esto claro está que lo hacían no por dejar correr los humores en el cuerpo, sino porque con trabajos y sudor querían gastarlos, y hacer los cuerpos más firmes y macizos. Pues ahora todavía dura la costumbre de no escupir ni sonarse; pero el trabajar en ninguna manera lo usan; y de primero tenían por ley y costumbre comer una vez al día, para que gastasen todo lo demás del día en sus haciendas y negocios, y en trabajar para ganar la vida. Esta costumbre dura también ahora de no comer más de una vez al día; pero comenzando la comida desde la mañana, comen y beben hasta muy de noche que se van á dormir.

Asimismo tenían por costumbre no llevar jarros grandes á los convites, y esto porque pensaban que no bebiendo demasiado, menos yerros cometerían con el cuerpo, ni con el entendimiento. Esto también dura ahora de no llevar los jarros; pero beben tanto, que en lugar de llevar los jarros llenos, los llevan á

ellos llenos, de manera que no se pueden tener en pie derechos. Demás desto, era también costumbre de la tierra, que mientras caminaban no comían ni bebían, ni hacían cosa alguna hasta cumplir su jornada: ahora también les dura tener la misma abstinencia; pero hacen las jornadas tan cortas, que no es de maravillar si se abstienen de las cosas necesarias.

A la caza salían tantas veces de antes, cuantas les parecía que bastaban para su ejercicio y de sus caballos las cazas. Mas después que el rey Artaxerxes y los suyos se dejaron vencer del vino, ni ellos salían á caza, ni sacaban los otros á ellas, sino que si algunos por ser amigos del trabajar y ejercicio cazaban juntamente con los suyos de caballo, claramente les tenían envidia; y los aborrecían y tenían odio porque eran mejores que no ellos. Y también dura hasta ahora la costumbre de educar los muchachos en Palacio; pero el ejercicio de cabalgar está del todo perdido, porque no lo hacen por ganar honra en ello. Y como los muchachos de antes oyendo juzgar las causas y pleitos justamente, parecía que aprendían la justicia, esto está trocado; porque ven claramente que vencen la causa las partes que más dan. Y de antes los muchachos aprendían las virtudes y fuerzas de las yerbas y de las plantas de la tierra, para saberse aprovechar de las útiles y buenas, y desechar las malas y nocivas: ahora parece que lo aprenden para hacer mucho mal, pues en ninguna tierra hay donde mueran y sean destruídos más hombres con veneno que allí en Persia.

Y aun ahora son muy más dados á los deleites que en tiempo de Cyro; porque entonces usaban de la disciplina y buena crianza y continencia de los Pérsas, y de la estola y delicadeza de los Medos: ahora desprecian aquella templanza y continencia de los Per-

sas, y guardan muy bien los deleites de los Medos. Quiero, pues, declarar más sus deleites, de que al presente se corrompen. Cuanto á lo primero, ellos no están contentos con tener los lechos mullidos y delicados, sino que también los pies de los lechos ponen sobre tapetes, porque no estriben en el suelo, sino en los tapetes y alfombras. De todos los juegos de sobre mesa que de antes fueron hallados, ninguno dellos han quitado, sino que siempre inventan otros nuevos, y asimismo de las viandas; de manera que para lo uno y para lo otro buscan siempre nuevos oficiales.

En el invierno no les basta tener cubierta y abrigada la cabeza y el cuerpo y los pies, sino que tienen guantes gruesos para las manos y los dedos. En el verano no se contentan con la sombra de los árboles y de las peñas, sino que en las mismas sombras hay hombres que les inventan otras nuevas sombras. Y de lo que más se glorían es de tener muchos vasos y vasijas y copas y tazas de oro y plata; y aunque los hayan adquirido injustamente no lo tienen por afrenta. Porque la injusticia y la ganancia torpe y fea está muy arraigada entre ellos. De antes era costumbre de la tierra no ser vistos ir á pie, y no por otra causa alguna, sino porque aprendiesen á ser muy buenos hombres de caballo: ahora tienen más cubiertas y cojines en los caballos que en los lechos; porque no procuran tanto aprender bien á cabalgar, cuanto estar bien sentados y á su placer.

Pues en las cosas de guerra, ¿cómo no serán ahora muy peores que de antes? pues el tiempo pasado tenían por costumbre de la tierra sacar de los labradores recios hombres de pie y de caballo para la guerra, y para poner en las guarniciones, si fuese menester, y que llevasen sueldo para defensa de la patria. Ahora á los porteros y á los cocineros, guisado-

res y botilleres, y á los que tienen cargo del baño y á los reposteros, y á los que sirven á la mesa y en la cámara, y á los que los atavían y ponen todo lo demás en orden, á éstos todos hacen hombres de armas los que tienen el mando y poder para ello, y para que les ganen el sueldo á ellos. Así que hay una multitud déstos, y todos ellos no son de ningún provecho para la guerra, como las cosas mismas al fin lo manifiestan; porque ya más fácilmente conversan en su tierra de los Persas los enemigos que los amigos.

Cyro quitó el uso de pelear hiriendo y tirando de lejos en la guerra, y armó á los suyos y á sus caballos de coseletes y cubiertas de acero, y dando á cada uno su palta en la mano, hizo que peleasen juntos á las manos: mas ahora ni hieren tirando de lejos ni peleando de cerca. Los de pie traen sus escudos y espadas y segures para haber de pelear como en los tiempos de Cyro, pero no quieren venir á las manos. Ni tampoco usan de los carros armados con hoces de hierro, para lo que primero los inventó Cyro; porque él honrando los carreteros dellos, y aumentándolos en bien y honra, los hacía buenos y esforzados; y así tenía quien se metiese por medio de las armas.

Mas los Persas deste tiempo, como no conocen los que vienen en los carros, piensan que los otros ejercitados son semejantes á ellos no ejercitados. Y así se mueven contra los enemigos; mas antes que lleguen á ellos los unos caen de los carros, los otros de su voluntad saltan dellos. Por lo cual, no teniendo los carros quien los guie, muchas veces hacen más mal y daño á los amigos que á los enemigos. Y también ellos son flojos y remisos, porque conocen los ruines premios y galardones que ahora dan por los hechos de guerra. Y ninguno se apareja para la guerra sin los Griegos: ni cuando se hacen la guerra los unos

á los otros: ni cuando los Griegos la hacen contra ellos; y aun contra éstos conocen que la hacen con la ayuda de los mismos Griegos.

Yo pienso que he satisfecho á mi propósito, y digo que los Persas de ahora, y los que con ellos se juntan son más malvados para con Dios, y más inicuos para con sus parientes, y más injustos para con todos los otros, y de menos corazón para la guerra que no los de antes, como hemos mostrado. Y si alguno siente lo contrario, considerando sus obras, hallará que dan testimonio de verdad á mis palabras.

FIN DE LA CYROPEDIA.

ÍNDICE.

Págs.

La Cyropedia ó historia de Cyro el Mayor:

Libro primero..... 5
Libro segundo..... 65
Libro tercero..... 123
Libro cuarto..... 143
Libro quinto..... 189
Libro sexto..... 241
Libro séptimo..... 277
Libro octavo..... 323

UNIVERSIDAD DE MURCIA
1429509
276060